

DANIELLA CASTILLO
@1DAIRYMOON

CERO

Rubias

Nova Casa Editorial

DANIELLA CASTILLO
@1DAIRYMOON

CERO
Rubias

The logo features the word 'CERO' in a large, bold, hand-drawn font. Below it, the word 'Rubias' is written in a cursive script. Several dashed arrows point towards the letters of 'CERO' from various directions: a solid arrow from the left to the 'C', a dashed arrow from the top-left to the 'E', a solid arrow from the top-right to the 'R', a dashed arrow from the top-right to the 'O', and a dashed arrow from the bottom-right to the 'O'.

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, **Daniella Castillo**

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Claudia Márquez

Daniel García

Portada

María Alejandra Domínguez

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Revisión

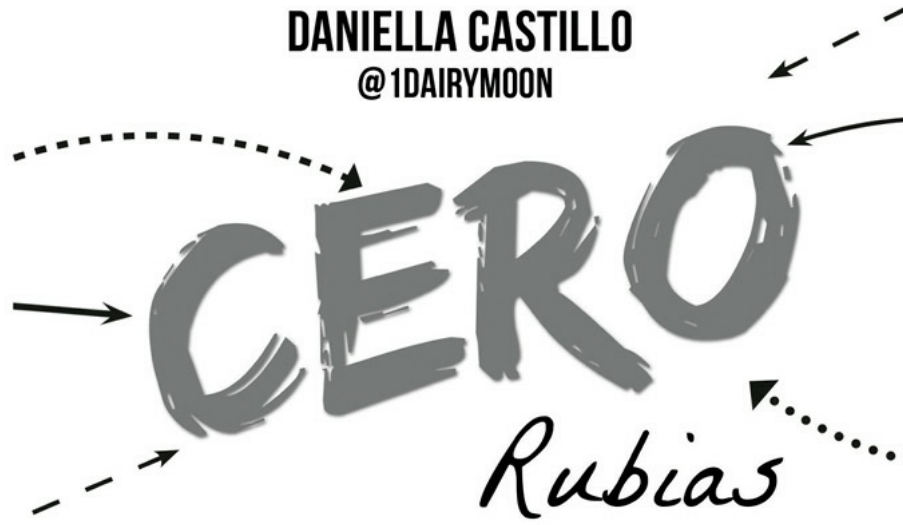
Ricardo Tavares

Primera edición: Junio 2017

ISBN: 978-84-17142-20-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

DANIELLA CASTILLO
@1DAIRYMOON



CERO
Rubias

The title 'CERO' is written in a bold, grey, hand-drawn font. Below it, the word 'Rubias' is written in a black, cursive script. Several arrows of different styles (solid, dashed, dotted) point to various parts of the letters in 'CERO', suggesting a focus on the drawing or construction of the text.

Nova Casa Editorial

Agradecimientos

Cero Rubias siempre será uno de los proyectos más especiales dentro de mi corazón, ya que ha marcado de gran manera mi vida como escritora.

Debo agradecer primero a Dios, todo esto es posible gracias a Él. También a mis padres, quienes me han apoyado incondicionalmente y se han emocionado conmigo en el transcurso de esta obra. No puedo dejar por fuera a Jocabed, que siempre tiene palabras de aliento y ánimo para mí. Claro, a Edwin por siempre estar allí en cada momento importante de mi carrera. A todos mis amigos y compañeros por el simple hecho de acompañarme en esta travesía y escuchar mis largas charlas sobre este proyecto. A todas aquellas personas que me han orientado y aconsejado durante el camino. Quiero dar gracias a Nova Casa Editorial por haber creído en mi libro y hacer que esto llegue a sus manos.

Para finalizar, quiero agradecerte personalmente a ti. Sí, a ti. Por haberle dado una oportunidad a este libro ya sea en Wattpad o por haberlo comprado. Significa mucho para mí. Espero hayas disfrutado leerlo, tanto como yo amé escribirlo. Gracias.

ÍNDICE

1. Barbie Dreamhouse
2. Plano CARTERSiano y lista negra
3. ¡Es natural!
4. Ruthie, la bromista
5. Depilación gratuita
6. Tú no me importas, yo te importo
7. Palabras mortales
8. Un arma, un disparo
9. Doctores, policías y una celda
10. Verdades y mentiras
11. La invitaré a salir
12. Una discusión mojada
13. Estás ardiente
14. Espías
15. Cuerpos en arena
16. Un error
17. No me gusta Meg
18. Eminem y una tregua
19. ¿Qué rayos está sucediendo?
20. A cargo de un ebrio
21. Confusiones incómodas
22. ¡Quiero matar a Carter!
23. Los Charles
24. Vértigo
25. Una familia de latinos

26. Niños irresponsables
 27. Bigote
 28. Misión: feliz cumpleaños
 29. Palomas
 30. Montaña de cálculos
 31. Una carta
 32. Se acabó
 33. Te quiero para mí
 34. Casi perfecto
- Epílogo

*Para mis padres Héctor y Anabel, mi hermana Gabriela
y todos mis queridos tulipanes, con amor.*

Barbie Dreamhouse

Capítulo 1

Mi vida es un poco desastrosa, pero podía verle el lado gracioso a todo.

Podía. Es un verbo en pasado.

Y dejé de hacerlo cuando:

—Empecé a trabajar en casa de los Crane.

—Cumplí la mayoría de edad, lo que significaba que ya era adulta.

Sí, exacto, ese momento en el que dejas de ser un adolescente puberto y te transformas en una persona responsable, seria y aburrida. Tres palabras que yo odio. ¡Por todos los cielos! Tengo tan solo 17 años, no puede ser que ya quiere que madure. Y cuando digo «quiere» me refiero a mi tía Wendy.

Ella es una mujer de 30 años, divorciada y sin hijos. Es la hermana menor de mi padre que justo ahora está dando sus servicios a la Fuerza Armada de los Estados Unidos. En cambio, mi madre murió cuando yo nací... Sí, triste historia, lo que sea. No me gusta hablar de aquello. Crecí con Wendy desde que tengo uso de memoria y algunos años con mi padre, luego él tuvo que irse y desde entonces lo veo cada 2 años.

Así que ahora que se supone que soy una adulta, tendré que conseguir un trabajo para ayudar a pagar la universidad. Anhele ir a Louisville desde pequeña.

Así que aquí me encuentro, en una cafetería, compartiendo la mesa con la hermosa señora Elizabeth de Crane para acordar un trabajo como niñera. Todo va bien hasta el momento.

—Un gusto conocerte, Megan. Wendy me ha hablado muy bien de ti.

1) Sí, me llamo Megan, odio el nombre, así que me quedo con Meg y 2) Wendy me recomendó el trabajo.

—Gracias.

—De acuerdo, vayamos al punto —da un sorbo a su café—. Este no es un trabajo de niñera común. No cuidarás niños.

—¿A qué se refiere? —frunzo el ceño sin entender.

—Es un anciano —utiliza un monótono—. Es el padre de mi esposo, River Crane. Y solo necesitamos a alguien que lo cuide, pero se supone que justo en este momento ya estarías corriendo. Es un buen hombre, solo que en ocasiones es muy ocurrente —la mujer se pasa una mano por el cabello castaño oscuro en frustración—. ¿Qué dices?

Abro los ojos y trago, indecisa. Vaya, es un anciano. ¿Por qué no solo lo meten a un asilo y ya? No me esperaba esto. ¿Debería aceptar?

—¿Cuánto me van a pagar? —tomo de mi café para no parecer tan interesada.

—Oh, el dinero es lo de menos. ¿Cuánto quieres?

Alzo una ceja. Ahora sí que estoy interesada.

—¿Doscientos dólares?

—¿Solo doscientos? Vale, seiscientos dólares al mes. ¿Qué dices?

Me atraganto con el café y empiezo a toser.

—Espere... ¿Seiscientos? ¿Dólares? ¿Al mes?

Mi calculadora mental se activa. Las vacaciones son durante 3 meses, ese es el tiempo que le trabajaría a los Crane para luego largarme a Louisville. Si multiplicas $600 \times 3 = 1.800$, casi 2.000 dólares, lo que haría que solo faltaran mil más para poder inscribirme. Y entre Wendy y papá podría conseguirlos.

—Claro, linda, no sabes cuánto hemos estado buscando a alguien para que se encargue de él. Mi esposo y yo tenemos que salir del país para unos negocios y si te pudieras quedar a dormir sería mucho mejor. ¿Cuento contigo?

Seiscientos dólares al mes.

Un anciano.

¿Qué tan malo puede ser?

—Será un gusto trabajar para usted, señora Crane.

...CR...

Hoy hace una muy bonita mañana y por alguna razón me encuentro frente a la gran Casa-Mansión de los Crane. Es la casa de ensueños de cualquier familia. Blanca, gigante y de dos plantas. La entrada está adornada por un cegador pasto verde y arbustos que se encuentran a los costados del gran pasillo de asfalto que te lleva directo a los pies de la gigante casa. El porche —también gigante— es propio de cuatro pilastras que se alzan hacia el techo. La puerta de entrada tiene un diseño como el de las típicas puertas francesas con ventanillas de cristal difuso. Mis ojos no podían despegarse de la arquitectura del lugar... Y pensar que trabajaré aquí durante tres meses.

De seguro me sentiría como una Barbie en su Dreamhouse.

Dejo mis maletas a los pies de una de las gruesas pilastras y me acerco a la puerta. Toco el timbre y escucho cómo el sonido parecido al de un llamador de ángeles de metal se esparce dentro de la casa con un delicado pero resonante ruido. Espero unos segundos frente a la puerta hasta que escucho a alguien acercándose. Me acomodo la camisa y me coloco los mechones rubios de cabello detrás de las orejas.

Una de las puertas se abre mostrando a una muy pero muy guapa mujer. Su cabello es de un color nuez oscuro, sus rasgos están bien definidos y sus ojos son de un café muy opaco. Parece tener unos 40 años y trae puesto un uniforme de mucama, así que supuse que es una. Observo cómo se coloca una mano en la cintura y deja caer su peso sobre una pierna. Por cierto, tiene unas muy grandes caderas.

—Así que tú debes ser la nueva cuidadora del señor Marshall —dice en tono seguro pero interrogante, a la vez que me da una sonrisa retadora. Se ve como una mujer coqueta y no puedo saltarme el hecho de que su acento es muy diferente.

—Sí... Eso creo —trato de sonar indiferente, pero por dentro estoy muy emocionada.

¡Mi primer trabajo, esto tiene que ser bueno!

—Vale... rubia —parece examinar me en voz alta—. Soy Guadalupe, pero si quieres dime Lupe, soy colombiana. La señora Elizabeth y el señor River partieron hace unas cuantas horas, así que no los verás hasta en un par de meses. Soy la mucama principal en esta casa, así que por favor pasa y mantén el orden.

Asiento, tomo mis maletas y obedezco a sus órdenes.

Al entrar no pude evitar sorprenderme aún más: la casa es mucho más bellísima por dentro. Creo que ni con todo el dinero que pueda conseguir trabajando me podría comprar una casa así de magnífica. En la primera planta todo se ve elegante y casual al mismo tiempo, y parece que cada objeto o cuadro fue lustrado al igual que el piso, que parece ser de un mármol tan claro que puedo ver mi reflejo. Al alzar el rostro y observar la escalera del mismo material con unas barandas de hierro muy costosas, pude ver que la segunda planta es igual de tentativa que la primera.

—Sí, esa es la reacción de todos al llegar, pero luego te acostumbras —dice Lupe, mientras avanza a mi lado.

Ella me conduce a lo que sería mi habitación durante estos 3 largos meses. Es muy acogedora y de un tamaño ético para mí y de veras gusta. Las paredes son de un tono café claro y las cobijas son blancas y acolchonadas. Hay una mesa para leer, baño privado, estantes, un puf y un sofá pequeño. Es todo muy lindo.

—De acuerdo. ¿Quieres acomodarte? ¿O ya quieres acabar con la intriga y conocer a Marshall? —bromea y yo sonrío en cortesía.

...CR...

—Mira... es un señor tranquilo y todo, a veces grosero y en ocasiones divertido. Solo tienes que aprender a manejarlo y todo irá bien. Es la sabiduría de esta casa, así espero que sepas cuidar este ancestral tesoro —dice mientras nos dirigimos al salón principal donde se supone que está el anciano —. Oh, por cierto, ¿cómo te llamas?

—Meg...an —dije creyendo que sería formal decir mi nombre completo.

—¿Meg-an? ¿Qué tipo de nombre es ese?

—Solo dime Meg.

Lupe asiente.

Al llegar al salón todo es aún más sorprendente. Vaya que esta gente tiene dinero. Todo en este hogar parece tener el doble del tamaño normal. Es como: «Objeto ´ 2 = dinero que sobra».

Sofás gigantes, televisor gigante, mesa de centro gigante, muebles elegantes más adornos tamaño normal. Junto a uno los sofás gigantes —y que también

se veían muy cómodos, como para poner tu trasero sobre ellos y no levantarte durante horas— puedo ver al abuelo.

Lupe señala con su dedo índice hacia un sofá ortopédico en donde supongo que en él se encuentra sentado es el famoso señor Marshall.

Como es propio de los ancianos, su cabeza está llena de canas y en la coronilla hay rastros de calvicie. En sus mejillas trae una barba gris como de 2 semanas sin afeitarse. La piel alrededor de sus ojos está arrugada al igual que su frente y el resto de su cuerpo. Observo cómo mete la mano frenéticamente entre los espacios del sofá en busca de algo.

—Marsh —lo llama Lupe, pero él hace caso omiso—, Marshall —vuelve a ser ignorada— ¡MARSHALL! —esta vez levanta la cabeza y nos observa con los ojos abiertos de párpado en párpado.

—¿Está sordo? —me inclino hacia Lupe y le pregunto, intentando susurrarle, mas ella no contesta.

—No estoy sordo, niña —dice despectivamente mientras se recuesta en el sofá—. ¿Qué quieres, Lupe?

—Es ella —dice sin especificar.

El anciano guarda silencio y levanta una de sus cejas grises. Se gira y me observa detenidamente.

—¡Pero si es una niña! ¡Solo mírala! —tira sus flácidos brazos al aire.

Bueno, me alegro de que por lo menos él me vea como una niña y no como una «adulta».

—Oh, vamos, Marsh —lo anima.

El viejo no contesta, más bien se cruza de brazos.

—Solo acércatele y preséntate, todo saldrá bien. Es inofensivo... después de que no tenga algo filoso en sus manos —abro los ojos y ella ríe—. Solo bromeo.

Me siento en el sofá que está junto a él con mucha cautela y lo observo durante unos segundos. Sus ojos de un color azul pálido, casi grises, están clavados en la pantalla de la TV y su gesto es de ceño fruncido. Pienso muy bien en las palabras que diré.

—De acuerdo. Yo soy Megan Lennon, soy su nueva cuidadora y espero que nos llevemos bien —de seguro soné como la persona más retarda del mundo.

—Allí está —dice con un tono seco.

Señala a un papel en la mesa de centro. A continuación lo tomo entre mis manos y lo leo cuidadosamente. Es una lista.

1. *Alérgico a la nuez, manzanilla y miel.*
2. *Siesta de 12:10 p.m. a 1:50 p.m.*
3. *Pastillas de la presión arterial a las 2:30 p.m.*
4. *Pastillas de la azúcar a las 5:40 p.m.*

—Se supone que eso es todo lo que tienes que saber sobre mí. Pero solo son un montón de patrañas, Maggie.

—Me llamo Megan.

—No me interesa. Me gusta Maggie y así será. Ahora, Maggie, si quieres ayudarme, encuentra el bendito aparato que controla esta cosa —señala el televisor—. Las otras siempre lo encuentran una semana después.

—¿Las otras?

—¿Qué? ¿Creíste que eres la primera? He perdido la cuenta de cuántas cuidadoras he tenido, niña. Todas se marchan después de una semana. Obvio que primero encuentran el control.

Su declaración me coloca alerta. No seré una más de esas, conseguiré el dinero suficiente para ir a Louisville.

—Veamos... —me levanto del sofá y comienzo a buscar—. Listo. Lo tengo —saco el control remoto de por debajo del sofá ortopédico y se lo entrego en sus manos. Él lo mira impresionado y luego me sonrío.

—Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien, Maggie.

En esos minutos que pasé con el señor Marshall logré descubrir algunas cosas sobre él. Como que su programa favorito es «Acumuladores» en Discovery Home and Health. Le encanta ver cómo las personas guardan porquerías en sus casas como si fuera oro y cada vez que el protagonista se niega a botarla, suelta el mismo insulto: «Baboso». También me contó que el control remoto se le pierde a cada momento y que es toda una odisea encontrarlo y, por último, que es un gran fanático de la leche.

—¡Ja! ¿Ese tipo acumula medias? Yo en mis tiempos acumulaba calzones —expresa con sarcasmo y yo me limito a sonreír.

Luego algo extraño sucedió.

De pronto escucho un fuerte alarido desde la parte de arriba de la casa. Fue un grito varonil y grueso como un rugir, seguido de un sonido similar al de

algo quebrándose. Me levanto en alerta del sofá y miro hacia el techo en un acto reflejo.

—¿Señor Marshall? Disculpe pero... ¡¿Qué rayos fue eso?! —pregunto al ver que él no se altera y simplemente continua viendo el programa.

—Agh, tiene que ser ese niño otra vez —dice sin darle mucha importancia.

—¿Niño? ¿De qué estás hab...?

—Shh, cierra la boca.

El señor Marshall se queda sentado en el sofá como si nada estuviera sucediendo. ¿De qué niño está hablando? ¿Y qué tal si es un secuestrador? ¡Ay no! ¿Y si realmente es uno? No, no, no, tengo que ir a revisar.

Salgo rápidamente del salón principal y corro escaleras arriba, de donde ha provenido el ruido. Tomo lo primero que está a mi alcance, que casualmente es un jarrón de cerámica que se ve muy costoso. Solo lo utilizaré en caso de que alguien me quisiera hacer daño. Si lo uso en defensa personal, tal vez los señores Crane no me lo cobren por romperlo.

Camino con pasos sigilosos y espero unos minutos para averiguar si algo anda mal. Y allí está la señal. Otro rugido, esta vez más leve que el anterior seguido de maldiciones. Levanto el jarrón preparada para lanzárselo a cualquier cosa que se mueva, pero luego descubro que las palabrotas provienen de una de las habitaciones.

Sobre las escaleras hay un gran hoyo, que me permite descender. El borde del hoyo está protegido por una baranda de hierro, lo que hace que se viera como un balcón interno en forma circular. Alrededor hay una plataforma cubierta por el mismo piso de mármol que se convierte en dos pasillos en forma de paréntesis, que me conducen a las habitaciones. De mi lado del hoyo hay una ventana con más puertas francesas que supongo llevan a un balcón externo.

Avanzo cuidadosamente tratando de no hacer ruido y me escabullo en el grueso pasillo que tiene habitaciones a ambos lados. Llego a un punto en el que el pasillo se convierte en una cruz haciendo nacer más habitaciones. Al final del pasillo principal hay una gran puerta —creo que debo dejar de decir «gran», ya que supongo que quedó claro que todo en esta casa es gigante—, la cual supuse que era la habitación de los señores Crane. En el pasillo de la izquierda está mi habitación y del de la derecha proviene el ruido.

Llego a la puerta donde se escucha la voz que exclama barbaridades. Recuesto mi cabeza en la puerta. No puedo entender muy bien lo que dice, pero logro alcanzar algunas palabras como «juego, perdí, no puede ser», entre más lamentaciones. Daba a entender que está muy enojado. Aferro mi mano aún más al jarrón y trato de calmarme. Tomo aire y me dispongo a entrar.

Vamos, Meg, si intenta hacerte algo, solo ¡PUM! Le rompes el jarrón en el cráneo. De acuerdo, aquí vam...

Dejo que el jarrón se deslice de mis manos y caiga al piso. Ni siquiera el estridente sonido que causa al romperse me importa.

Parpadeo.

Trago en seco.

¿Un chico?

¿Es en serio?

¿Un chico atractivo?

Sí, un chico castaño, sin camisa y muy atractivo está frente a mis ojos. Parece tener mi edad y su rostro se me es diminutivamente familiar. Solo trae un *jean* puesto y está tirado sobre un puf verde con un mando de Play Station 4 en sus manos. A su lado hay retazos de vidrios de lo que al parecer alguna vez fue un vaso.

Al verme se levanta de golpe del puf y me mira con el ceño fruncido. Se ve muy, pero muy enojado, pero también seductor. Mi estómago da un vuelco y no pude evitar sonrojarme. Soy una idiota. Él toma una playera del suelo y se la coloca en un ágil movimiento. Por cierto, su habitación es un asco. Ambos guardamos silencio hasta que él da las primeras palabras.

—Pero qué... ¿Quién rayos eres tú? —su tono no es muy agradable, más bien grosero. Trato de recuperar mi compostura y contestar.

—¿Yo? ¿Mejor dime quién eres tú? —digo inútilmente en mi defensa.

Él suelta una risa amarga —mira, niña, esta es mi casa. Yo hago las preguntas. Ahora explícate.

Vaya, qué gracioso, ahora todos en esta casa me ven como una *niña*.

—¿Tu casa? Espera... no entiendo —me acaricio una sien.

Rueda los ojos ya cansado.

—Soy hijo de Elizabeth y River, nieto de Marshall. ¿Acaso te suena, linda? —dice con un sarcasmo muy cruel. Y lo de *linda* lo entona en una mofa—.

Yo a ti no te conozco. ¿Ahora me puedes decir quién rayos eres?

—¿Hijo de...? ¿Nieto de Marshall? —para entonces ya estoy demasiado confundida—. Yo... me llamo Meg Lennon, soy la nueva cuidadora de... ¿tu abuelo?

—Oh, ya veo. Ya consiguieron otra... y rubia —me observa con desprecio y no pude evitar sentir más que odio hacia él.

Al parecer todos en esta casa han notado que soy rubia. Qué novedad.

—¿Cuál es tu problema? La señora Elizabeth jamás me comentó sobre ti. Nunca mencionó que tenía un hijo o nada por el estilo, y tampoco que era un total cretino —si él pensaba insultarme, pues yo también lo haría.

Para mi sorpresa, él sonrío con una pizca de arrogancia.

—No digas cosas que no te convienen, querida —utiliza un tono amenazante—. Mamá jamás dice nada sobre mi porque yo soy la causa de que todas las cuidadoras de Marshall se larguen —comenta con total orgullo—. Soy un pequeño desastre que te hará de la vida un asco.



#LecciónDelDía:

Siempre toca la puerta antes de entrar,
nunca sabes qué puede haber detrás de ella.



Plano CARTERsiano y lista negra

Capítulo 2

Han pasado tres días desde el tal incidente con el chico desconocido, y lo llamo «chico desconocido», ya que soy desconocedora de su nombre. No he dejado de darle vueltas al asunto desde entonces. Su rostro se me es tan familiar, pero desconozco completamente su identidad. Desde aquel día solo lo he visto salir unas pocas veces de su habitación y solo para buscar algo de comer. Aquellas veces que lo he visto, él me ignora por completo.

¡¿Pero dónde rayos lo había visto?! Mi mente no pensaba en nada más que eso.

No quise preguntarle a Marshall ni a Lupe por no parecer interesada. ¿Y qué tal si le decían? Él creería que realmente me importa.

Ya es la hora de las pastillas de Marshall, así que fui a buscarle agua a la cocina. Ya empiezo a acostumbrarme a la grandeza del lugar. Al entrar me llevo una sorpresa al ver que él está aquí, inclinado hacia el refrigerador tomando chucherías para nada alimenticias. Me sobresalto y pienso en qué hacer. Tengo tres opciones:

a) Huir, b) preguntarle su nombre o c) ignorarlo.

Antes de que pudiera irme por una de las opciones él se gira y me observa de arriba abajo con una mirada entrecerrada. Luego, como es de esperarse, me ignora y se da la vuelta para colocar los paquetes de chucherías sobre la encimera. Ruedo los ojos aunque él no me vea, es inevitable no hacerlo. Me acerco al refrigerador, extraigo la jarra de agua y sirvo un poco en un vaso.

Estuve a punto de irme cuando las palabras salieron de mis labios.

—¿Cómo te llamas? —fueron simples y desinteresadas. Él gira en mi dirección y me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Y eso a ti qué te importa? —su tono fue el mismo que usó la última vez que hablamos.

—Vaya que tienes un problema. Solo dímelo.

—¿Para?

—Para crear una identificación falsificada. Usaré tu nombre en la identificación para entrar a un night-club, pues claro, los guardias obviamente no sospecharán que soy una chica. Luego mataré a todas las mujeres del lugar y venderé sus riñones al mercado de órganos —dije ya cansada de su indiferencia.

Una pequeña sonrisa traviesa aparece en sus labios, pero se desvanece tan rápido como vino y la cambia por una arrogante.

—O tal vez lo quieras para escribirlo en tu ridículo diario de chica fresca —alza sus cejas.

—Oh, vamos, no seas tonto. Ni siquiera tengo un diario —negué—. ¿Me lo dirás?

—Eh, ¿qué obtendré a cambio?

—Una paliza.

—¿Tuya? —se ríe fuerte.

—No me subestimes —amenazo.

Él sigue riéndose hasta que alza las manos al aire en un acto de rendición.

—Vale, vale, por hacerme reír te lo diré. Un gusto en conocerte, soy Eduardo.

—¿Es broma?

—No, no lo es, Lennon.

Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro.

—¿Sabes qué? Ya no me interesa —me doy la media vuelta y empiezo a caminar fuera de la cocina, pero antes él se me adelanta. Pasa justo a mi lado provocando un choque de hombros que causa que derrame el agua al piso. Lo miro fulminante y él solo sonrío.

Es definitivo. Lo odio.

—Soy Carter... y creo que mi apellido ya lo sabes —me da una mirada más antes de empezar a alejarse. Ja, ¿acaso se cree tan importante?

Esperen un momento...

Carter.

Ese nombre...

Carter Juliad Crane.

¡Claro!

Soy una ilusa, ¿cómo no me di cuenta antes?

Asistíamos al mismo instituto. Solo que él es un par de años mayor que yo. En la primaria mi mejor amiga, Jade, estuvo mega enamorada de él y yo me la pasaba diciendo que no me parecía un buen chico —opinión que aún mantengo—. Sé su nombre completo, ya que Jade no dejaba de mencionarlo. Al llegar a la secundaria solo lo vi un par de veces. Su nombre recorría los pasillos del instituto con no muy buenos rumores. Los pocos que había escuchado se trataban de peleas clandestinas, apuestas, chicas, etc. Pero la mayoría eran inventos. Él era un chico con bastante mala fama y si hablamos de mí... ni siquiera tenía algo por lo cual ser reconocida. Era de esas personas normales, que hacían cosas normales y vivían con normalidad. Solo iba a clases y al final del día regresaba a casa. Nunca fui a una fiesta, ni siquiera para la de graduación. Solo recogí mi diploma y listo, adiós escuela.

Recuerdo haber cruzado miradas con él unas pocas veces y aquellas veces que lo había hecho llevaba la misma mirada oscura y denigrante de odio. La misma que me había lanzado al verme entrar en su habitación. Parecía siempre estar enfadado con el mundo.

Al reaccionar de aquella rápida reflexión, lo busco con la mirada. Sube las escaleras con los paquetes de chucherías en los brazos, ya casi llegando a la segunda planta. Corro hacia los pies de la escalera y desde allí le hablo.

—¿Nos conocíamos, cierto?

Él se detiene y gira para mirarme confundido.

—¿De qué hablas?

—Crawford Senior High School.

Levanta una ceja, pero luego su rostro parece iluminarse con sorpresa.

—Oh, vaya. Entonces eres tú —bufa, lo que al parecer fue residuo de un recuerdo—. Le gustabas mucho a un amigo. Aún sigo sin entender qué podía verle a una niña tonta como tú. Creo que solo le gustabas porque eras una estúpida rubia. Pero ni modo —se encoge de hombros indiferente y luego se aleja de mi vista.

¿Pero qué rayos sucede con él?

Después de aquel infamante comentario, las cosas no seguirían igual. Oh no, claro que no. ¿Tenía algo en contra de las rubias? Pues entonces...

Carter Crane, *bienvenido a mi lista negra*.

...CR...

Una de las condiciones que pedí para empezar a trabajar en casa de los Crane fue tener un día libre como mínimo. La señora Elizabeth accedió sin problemas, siempre que eso no afectara el horario vital de Marshall, podía salir cuando quisiera. Así que hoy voy a darme mi merecido descanso después de encuentros intensos con aquel zopenco.

Sí, voy a salir con mi novio.

Solo he tenido dos novios en mi vida. Uno en primaria y Ryan Damhuel.

Conocí a Ryan en el colegio. Somos una pareja normal, que tenemos citas normales y todo lo que implica un noviazgo normal. Llevamos nueve meses juntos, nueve lindos meses.

Me coloco un top blanco, una chaqueta negra encima, acompañado de un short negro y unas botas del mismo color bajas. Blanco y negro siempre habían sido mis colores favoritos. Los colores opuestos.

Bajo las escaleras de dos en dos con largos saltos y, para mi desgracia, *Cartersiano* viene de la cocina, así que lógicamente teníamos que encontrarnos.

Lo de *Cartersiano* se me había ocurrido mientras desahogaba mi enojo con las matemáticas. Algo peculiar sobre mí es que cuando estoy muy enojada, para no empezar a romper cosas y contener mi ira, suelo resolver problemas y temas relacionados a las matemáticas. A veces resuelvo ejemplos del Teorema de Pitágoras; creo un triángulo y mido sus catetos y veo si sus lados son congruentes; resuelvo operaciones matemáticas jerárquicamente, entre otras cosas. Pero justamente ese día lo primero que se me vino a la mente fue crear un plano cartesiano. Así que mentalmente lo apodo de esa manera. Claro, jamás se lo haría saber.

Trato de ignorarlo mientras hago mi recorrido hacia la puerta, pero su voz irrumpe en mi tranquilidad.

—¿A dónde vas? —cuestiona monótono mientras recorre mi cuerpo con una mirada sombría. Es una mirada de total desaprobación.

—Creo... —le mantengo la mirada durante unos instantes y luego le doy una sonrisa—... que eso a ti no te importa.

Chasquea la lengua —Cierto—. Luego cada uno toma su camino.

Corro muy entusiasmada hacia la puerta principal, por fin estaría lejos de él —aunque sea solo por unas horas, pero es algo—. Giro el picaporte de una de las puertas francesas y, para mi desgracia, cuando intento salir corriendo, mis planes son obstruidos, ya que tropiezo con algo o... alguien. Al separarme de aquel cuerpo pude ver que es una chica.

Es unos centímetros más alta que yo, tiene el cabello castaño oscuro y ojos marrones. Se ve muy disgustada a causa del golpe que le he dado. Al fijarme detenidamente noto algo familiar en su rostro. También la he visto en Crawford...

Piper Charles.

Cómo olvidar ese rostro. Compartimos Física y Álgebra juntas, pero nunca nos preocupamos en dirigirnos la palabra. Había escuchado que era muy odiosa y malcriada, que no es alguien agradable con quien pasar el tiempo.

Lleva puesto un conjunto de ropa de ejercicio; top fucsia, un *leggin* negro —que daba a ver lo plana que es, sin discriminar— y zapatillas deportivas. Me recorre con una mirada fulminante y luego comenzamos una guerra de miradas a la cual yo accedí con gusto. Era la mejor en esto, siempre le ganaba a Wendy. Ella suele decir que mis ojos verdes, como los de un gato, la intimidan un poco.

—¿Tú quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué siento que te conozco? —dijo con aire de superioridad del cual me burlo por mis adentros.

Debería postularla para estar dentro de mi lista negra.

—¿Por qué tendría que responderte esas preguntas? ¿Eres del FBI? —la recorro con mis ojos intencionalmente—. Pues en esas fachas no creo que...

—¿Piper? —la voz de Carter nos interrumpe.

Genial.

Ella gira la cabeza dramáticamente hacia el umbral donde Carter nos observaba. Se lanza hacia sus brazos y le quita un beso que causa que mi estómago se revuelva con náuseas. Él la rodea con sus brazos y le responde al beso provocativo. Ajusto mi bolso a mi hombro con incomodidad y me doy la vuelta para irme. No tengo por qué apreciar aquel espectáculo; además, no

debo hacer esperar a Ryan. Bajo los escalones del porche con resonantes pasos.

—¡Hey, Lennon! Diviértete —suelta con sarcasmo a mis espaldas.

¿Diviértete? ¿O quisiste decir «Muérete»?

—Cállate —contesto sin girarme y sigo mi camino.

Carter la observa alejarse de la colonia hasta que desaparece de su vista. Se supone que más adelante tomará un taxi. Observa a Piper entre sus brazos y cómo lo mira amenazante. Y aquí vienen los ataques de celos, pensó. Luego ella lo arrastra dentro de la casa y lo lleva hasta el salón.

—¿Quién rayos es esa, Carter? Quiero todos los detalles de cómo la conociste. No puedes traer a cualquier chica a tu casa sin consultármelo. Temía que esto sucediera. ¿Y por qué rayos me parece que la he visto en algún lugar?

Me lanzo sobre el sofá y la observo mientras escupe réplicas.

—Bájale una poquito. Es la nueva cuidadora del abuelo y es... despreciable. Asistía Crawford, era esa tonta chica de la que Shawn estaba enamorado. Megan Lennon. Además, no entiendo por qué te pones así, sabes muy bien que las rubias... no son lo mío.

—Megan Lennon, claro —dice para sí misma—. Sé que las odias, pero eso no quita el hecho de que sean atractivas, y vaya que ella lo es. No la quiero cerca de ti —se lanza junto a mí en el sofá.

—No te preocupes, no son ni serán mis gustos.

—¿Intentarás quitártela de encima como a las demás?

—No, esta vez no. Dejaré que ella misma se dé cuenta de que está en el lugar equivocado.

...CR...

El estruendoso portazo que causo al entrar recorre toda la mansión. Ya es pasada la medianoche. La casa está a oscuras a excepción de una tenue luz que proviene del piso de arriba.

Había sido un total asco de noche.

Me siento como una enorme montaña caca.

Me detengo a observar a mi alrededor. Todo lo elegante y hermoso de la casa, la linda escalera que asciende y los cuadros. Luego recuerdo lo que había sucedido y me lanzo en el hermoso piso a llorar. Sollozos incontenibles brotan de mi boca. Me dolía todo. Desde el alma hasta la espina dorsal. Y poco a poco entendí que lo que sentía dentro de mí no era tristeza, sino rencor y odio. Aquello había sido un golpe bajo a mi orgullo. Me restriego los ojos con los dedos índices y al contemplarlos pude ver una mancha negra sobre ellos.

Perfecto, ahora también se me ha corrido el rímel.

—Ugh, eres tú —la cabeza de Carter se asoma por encima de la baranda del segundo piso. Camina hacia las escaleras y se recuesta de un costado de la baranda a observarme. Luego una sonrisa atraviesa su rostro—. Espera un momento... ¿Te disfrazaste de mapache o a las vacas se le ha empezado a correr las manchas? Lennon, aún no es Halloween —dice en mofa hacia mi rímel corrido, a lo cual no le tomo importancia. Parece divertirse mi estado de ánimo.

—Cierra la boca, no estoy para tus babosadas —me levanto del piso desganada y comienzo a subir los peldaños.

—Huy, pero qué genio. ¿Estás en tus días?

Frunzo el ceño con total indignación y lo miro.

—Claro que no —niego ya que aún falta un poco para la fecha.

—¿Entonces?

—Te lo volveré a repetir: a ti no te importa ni te importará lo que suceda con mi vida. ¿Capicís?

—Oh, vamos, solo déjame divertirme un poquito con tu desgracia. Estoy aburrido.

—¿Dónde está tu novia?

—Se fue hace un rato. ¿Por qué?

Llego a la segunda planta y tomo el pasillo que me aleja más de él. Él rodea el círculo en un intento de acercarse. Pero yo me limito a ignorarlo lo mejor posible. Estuve a punto de lograrlo cuando él se interpone entre la puerta de mi habitación y yo. Se cruza de brazos y se recuesta en la madera.

—Ahora dime. Quiero saberlo.

—¿Por qué tendría que decírtelo?

—Porque si no tendrás que pasar la noche acá fuera.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Crees que puedes llegar a esta casa y a estas horas sin una excusa? Si no me cuentas, tendría que darles un mal reporte sobre tus servicios a mis padres. ¿No querrás eso, verdad Meg?

Me retengo de contestarle con un par de groserías. No, no podía arriesgarme a perder este trabajo, claro que no. *Necesitaba resolver matemáticas*. Respiro hondo e intento contener mi ira, enojo, rabia y desespero. *De verdad lo intenté...*

Levanto una mano para darle un fuerte golpe en el pecho pero antes de eso, él me detiene de la muñeca y me acerca a él de una forma amenazante.

—Olvidaré que trataste de golpearme. Pero primero, necesito una explicación.

Trago en seco y las lágrimas se empiezan a acumular en mis ojos. Lágrimas de indignación.

—Mi novio me dejó plantada, ¿de acuerdo? Y encima de eso me corta por teléfono. ¿Por qué llegué tarde? Decidí andar como vagabunda por las calles de San Diego. Sí, ríete todo lo que quieras. Pero te suplico que me dejes en paz y me permitas apartar mi vista de tu horrenda cara —me zafo de su agarre y aparto mi cuerpo lo más lejos posible. Pero él ni siquiera se inmuta en moverse de la puerta.

Se relame los labios en un intento de esconder su sonrisa, luego acaricia su barbilla en una ridícula mímica reflexiva.

—Entonces te dejó por teléfono. ¿Quién rayos deja a alguien por teléfono? —bufa—. O tal vez el pobre chico se dio cuenta de que eres igual a todas las rubias: tontas y plásticas. Si es así, entonces él y yo seríamos muy buenos amigos.

Escondo la herida que causa su comentario sobre mí.

—Eres increíble —lo miré fulminante. De un fuerte empujón lo aparto de la puerta y sin pensarlo me encierro en mi habitación. Lanzo el bolso sobre la cama, a la vez que lo escucho gritar desde el otro lado de la puerta.

—Pues eso ya lo sabía, Lennon —escucho sus pasos alejarse.

Cierro los ojos y con un movimiento de mano aparto el dorado cabello hacia atrás, dejando expuesta mi frente. Inhalo y exhalo con profundidad. No,

esto no funcionará.

Necesito lápiz y papel.

Trataría de resolverlo. No el problema que tenía con Carter Crane, que parece ser imposible de resolver.

Trataré de resolver las ecuaciones algebraicas.



#LecciónDelDía:

Jamás se restrieguen los ojos si tienen rímel,
podrían confundirlos con un mapache.

¡Es natural!

Capítulo 3

Ding Dong.

El sonido de llamador de ángeles se esparce nuevamente por la casa como aquel día en el que llegué a esta mansión. Es irónico que ahora quisiera regresar el tiempo y nunca haber cruzado esa puerta. Pero no había vuelta atrás, tendría que soportar a Cartersiano durante tres meses y luego irme a Louisville, a millas lejos de él. Lo cual anhelo desde lo más profundo de mi alma.

—¡Meg! ¡¿Puedes abrir?! ¡Estoy ocupada! —escuché cómo gritaba Lupe desde la cocina.

De seguro ha de estar ayudando a Pierre en la cocina. Oh, por poco y se me olvida contarles. Como en toda mansión, hay un personal encargado de las tareas del hogar. Lupe es la cabeza de las mucamas, Pierre la cabeza de la cocina y Philip la cabeza de los jardineros. Y yo soy la simple chica que cuida al viejo sabio.

Bajo las escaleras con rápidos saltos mientras apoyo una mano en la baranda. Corro hacia la puerta y la abro mientras formulo una imagen mental para quien está detrás de la puerta ¿es chico o chica? ¿Y si es Piper? Oh Dios, por favor no. ¿Y qué tal si es un secuestrador?

¿O qué tal si puedes dejar de ser tan paranoica, Meg?

Abro la puerta y al verlo pensé: *oh cielos, más conocidos.*

Apenas vi su rostro supe que también era de Crawford. Pero como siempre, no tengo ni la más mínima idea de quién es. La verdad, no solía conocer a muchas personas. En pocas palabras, no tenía una vida social activa. Frente a mí hay un apuesto chico de cabello oscuro, ojos miel y un lunar en su mejilla izquierda que lo caracterizaba.

Al verme retrocede unos pasos algo sobresaltado. Me examina de pies a cabeza con el rostro perplejo y luego me regala una sonrisa. Una sonrisa bonita y dulce. Es la mejor sonrisa que había recibido desde que llegué a esta casa. Una sonrisa con hermosos hoyuelos.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar? —digo con total cordialidad y simpatía.

—Oh, nada, solo buscaba a Carter. ¿Está dentro?

—Sí claro, pasa —lo invito y él acepta—. Me llamo Meg Lennon y soy la nueva cuidadora del señor Marshall —me presento con cordialidad.

—Sí, ¿creo que ya nos hemos visto? ¿Crawford, cierto?

—Sí.

—Genial, yo soy Shawn Lockwell. Soy el mejor amigo de Carter, casi hermanos —me ofrece la mano y yo la tomo en saludo. Me decepciona al saber que tiene amistades como Carter Crane, pero no puedo juzgarlo. Shawn se ve como una buena persona—. Entonces dime: ¿eres la nueva cuidadora de Marsh?... Eso significa que podré verte muy seguido por aquí, ¿no? —dijo en un tono coqueto.

—Prácticamente viviré aquí.

—Magnífico.

Para ti, para mí es toda una condena, pensé.

Él y yo mantenemos la conexión visual durante unos segundos. Vaya que tiene unos ojos muy lindos. No son los típicos ojos azules profundos, son de un color miel oscuro que a la vez te inspira un aire de comodidad y confianza.

—¡MAGGIE!... ¡MAGGIE! ¡SE PERDIÓ EL CONTROL OTRA VEZ! —escucho la gruesa voz de Marshall gritar desde el salón. Suelto la mano de Shawn y me rasco la nuca con incomodidad.

—Creo que me llaman... —sonrío apenada, a la vez que señalo con mi pulgar por encima de mi hombro. Me doy la media vuelta para retirarme.

—Espera... ¿Te llamas Maggie?

Me detengo.

—No, pero... si quieres puedes llamarme así —me giro y le doy un guiño coqueto al cual él responde tornándose sonrosado.

Shawn observa cómo Meg se retira hasta el salón de la casa en la que había jugado con su mejor amigo Carter desde que tenían 7 años. Sí, los padres de

Shawn y Carter son casi como una familia, ambos viven en la misma colonia a solo cuatro casas de distancia. Al mismo tiempo, no podía creer que Meg Lennon, la chica de la cual había estado enamorado desde sexto grado, estuviera viviendo bajo el mismo techo que su mejor amigo. No sabía si sentir celos o felicidad, ya que podría verla más seguido.

Al ver cómo ella desaparece suelta un suspiro.

Es muy hermosa.

Sacude la cabeza en un intento de apartar sus fantasías y recuerda por qué está allí. Viene para un enfrentamiento con Crane en *Battlefield 4*. Es una revancha a petición de Carter. Sube al segundo piso y corre hacia la habitación de su amigo. La abre sin molestarse en tocar para encontrar a Carter en calzones, semidesnudo.

—¿Qué hay, Crane? —dice y se lanza sobre el puf verde con total naturalidad—. ¿Estás listo para otra paliza?

—¿Acaso no te enseñaron a tocar, Bobowell? —protesta Carter mientras toma unos *jeans* y se los coloca en un salto.

No es nada agradable que mi mejor amigo me encuentre de esta manera cada vez que viene a mi casa. Pero sí, es cierto, me encanta andar en bóxers. Como a personas que el volar en un jet, lanzarse de un paracaídas o nadar en el mar los hace sentirse libres, a mí me causa la misma sensación el andar en bóxers. Estaba en todo mi derecho, pero aquello tuvo que cambiar a partir de la llegada de la insoportable rubia.

Extraño mis días de nudismo.

—Pues nunca lo he hecho y no tengo por qué hacerlo, pedazo de cráneo inexistente —se mofa de mi apellido justo como yo lo había hecho anteriormente—. Por cierto, ¿puedes explicarme por qué tienes a Meg Lennon viviendo contigo y no me lo has contado?

Ruedo los ojos al recordarla—. Oh vaya, ya te enteraste —suspiro—. Mira, vivir con ella no es algo de lo que esté orgulloso, más bien es una desgracia. Así que no vi por qué comentárselo a alguien —me coloco una playera azul encima y me despeino el cabello.

—Pero yo soy Shawn y soy tu mejor amigo. Encima sabes que me gusta y mucho. Por lo menos tuviste que tomarme en cuenta.

—Ya no interesa. ¿No crees? Sí, lo sé, está viviendo conmigo y toda esa basura, pero eso no va a quitar el hecho de que me repugna. ¿Entiendes? Esa niña es toda tuya, Lockwell.

—Vamos, te he dicho que no hables así de ella frente a mí. No te entiendo, la verdad. Megan es toda una hermosura —simulo tener arcadas colocándome un dedo en la lengua, en señal de lo que ha dicho es desagradable.

—Eres un cerdo.

Shawn toma un cojín y me lo lanza, pero antes yo lo atrapo y se lo tiro de vuelta contra su rostro. Suelto una carcajada—. Buen intento —Shawn lanza el cojín lejos de él.

—La próxima será en lugar doloroso y con un ladrillo.

—Ya cierra la boca. No puedo esperar para verte llamar a tu mami cuando pierdas y tengas que pagarme quinientos dólares.

—Primero me gastaré ese dinero en comprarte calzones nuevos, ese que tienes tiene un hoyo.

...CR...

Según lo que me había dicho Lupe, hoy es *La Noche del Mes*.

¿Qué es eso? Exactamente eso era lo que me preguntaba hasta que Lupe decidió dar respuestas a mis dudas.

Por lo que pude escuchar, *La Noche del Mes* es el evento en el que la familia Crane se reúne para compartir. Es una cena especial en la que todos participan como miembros de la familia que son. Incluso hasta los del personal que no son sanguíneamente familiares participan, ya que a todos los une esta casa en la cual comparten la mayor parte de su tiempo.

Así que yo también estaba invitada a este evento. Normalmente se celebra con los señores Crane, pero ellos aun así solicitaron que se celebrara en su ausencia. Al final todo este evento conlleva a un punto en específico, la verdadera razón por la que se realiza: compartir el tiempo que queda con el señor Marshall. Sí, el pobre anciano ya tiene 81 años, en cualquier momento podría írsenos y adiós. Así que todo esto se realiza para que Marsh no se sienta solo, sino lo contrario.

Los cocineros han empezado a ordenar todo desde las seis de la tarde.

Observo cómo transportan vajillas, copas, comidas y muchas otras cosas hacia una habitación desconocida para mí, la cual supongo que es el comedor familiar. Lupe me cuenta que solo lo utilizan para La Noche del Mes y los demás días comen individualmente o en el pequeño comedor que hay en la cocina.

Cuando se fue acercando la hora, me fui a arreglar un poco. Me quedé con el *jean* deshilado que llevo puesto remangado a los tobillos. Una playera blanca lisa y solo me peino un poco para luego volver a bajar. Allí me encuentro con Lupe, que en vez de llevar el uniforme de mucama trae un bonito vestido casual de tono azul pálido.

—Meg, linda, ¿puedes ir a buscar a Marshall? Ya todo está listo.

—Claro —digo.

Después de todo, ese es mi trabajo.

Fui hasta la habitación de Marshall que se encuentra en la planta baja. Es una de las habitaciones finales de la mansión. Cuando los señores Crane vieron que ya no podía subir ni bajar escaleras, tomaron la decisión de mudarlo a la planta baja, donde allí tendría acceso a todo.

Di leves golpes contra la puerta y luego escucho su áspera voz.

—Pasa, Maggie.

Abrí la puerta con cautela y asomo mi cabeza.

—¿Listo? —contemplo cómo él está sentado sobre el borde de su espaciosa cama con la espalda curvada. Mira hacia un punto en la nada con la mirada perdida a través de sus anteojos. Lleva puesto un jersey de rombos y un pantalón gris de tela con sus mocasines— ¿Marshall? —lo llamo al no obtener respuesta.

—Oh, claro que sí —dijo y se levanta con ayuda del bastón. Yo me apresuro a acercarme para poder ayudarlo. Hice que entrelazáramos la parte de arriba de nuestros codos como cuando el padre lleva a su hija en las bodas y de esa manera lo guío por los pasillos hacia el comedor.

Escucho cómo suelta un suspiro profundo.

—¿Qué sucede? —me tomo la libertad de cuestionarle.

—Es la misma tontería de todos los meses, Maggie. Solo voy porque hay buena comida y es casi toda para mí —sonríe dejando al descubierto algunas arrugas—. Mi hijo River está demente. Él suele decir: «la unión familiar es

importante» cuando ni siquiera asiste la familia completa a esta ridícula cena —replica con un tono de sarcasmo y resentimiento hacia algo que yo desconozco.

¿A qué se refiere exactamente?

Al llegar a la entrada del comedor, Lupe aparece frente a nosotros—. Muy buenas noches, Marshall —saluda jocosamente.

—¿Qué tal, Lupita? — él le responde con simpatía y ella lo ayuda a entrar al comedor. Cuando él ya estuvo dentro, ella sale y me observa con el ceño fruncido.

—¿No piensas entrar? Ven, vamos —me toma de la muñeca, pero yo la retengo de un jalón. Se vuelve para mirarme confundida—. ¿Qué traes? — vacilo unos instantes antes de hablar.

—No es nada. Solo que... —me relamo los labios incómoda—. No he visto a... ya sabes... Carter. ¿No va a venir? —Ni siquiera sé por qué rayos me preocupo por él. Ha sido un total cretino conmigo, yo no tengo por qué ser una dama con él. Lupe me da una sonrisa de medio lado sin mostrar sus dientes. Es una sonrisa cargada en lástima y comprensión.

—Carter no participa en La Noche del Mes desde hace tres años, Meg.

Alzo mis cejas algo... ¿sorpresa? No. Ofendida. Bufo a mis adentros. ¿No se suponía que aquella cena era para toda la fam...? Oh, vaya, entonces a eso se refería Marshall. Carter no participa en la cena familiar desde hace tres años. Un miembro no asiste. La familia no cena completa.

Pero qué total crío de... Elizabeth Crane.

No puedo evitar sentirme irada por su comportamiento, pero a la vez siento lástima por Marshall, quien no cena con su nieto desde hace tres años.

—Vale —asiento—. Creo que... se me olvidó algo —señalo con el pulgar hacia las escaleras—. Comiencen sin mí —le dije a Lupe mientras subía hasta la segunda planta.

...CR...

Toco la puerta de su habitación con dos leves golpes y espero una respuesta que demoró en llegar.

—¿Quién es? —arrastra las palabras con su voz ronca y vaga desde el otro lado de la puerta.

—Yo —contesto esperando que reconozca mi voz.

Luego de eso hubo unos largos minutos de silencio total. Esperé mil siglos, cruzo mis brazos impaciente y pego mi oído a la puerta a ver si había señales de vida allá dentro. No, todo está en total en calma. Exhalo ya aburrida de esperar. Me resigno creyendo que nunca saldría, pero el crujido del picaporte me hace detenerme.

—¿Qué quieres? —me observa con una mirada injuriosa.

Sin responderle lo contemplé. No tiene camisa —como la mayor parte del tiempo—, lleva uno *jeans* negros desabotonados mostrando la marca de sus bóxers y está descalzo. Se recuesta en el marco de la puerta con vagues y cruza sus piernas de manera engreída. Luego me sonrío. La vanidad emerge de su interior como un perfume que se esparce por todo el lugar y contamina mi oxígeno.

Una sola palabra.

Arrogancia.

—Me sorprende lo insensible que puede llegar a ser una persona como... tú. No sé por qué lo haces y tampoco te puedo juzgar. Tal vez no te agrade convivir, pero hazlo por tu abuelo, ¡por Dios! Me parece totalmente insensato que trates a tu familia como basura. El mundo no solo se trata sobre ti, ¿sabías? Allá fuera hay personas que te quieren... como Marshall y tus padres. ¿Y aún no los valoras? —indagué ofendida mientras entrecerraba los ojos en un acto de incomprensión.

Pues la verdad estaba enfadada y mucho. No concibo entender cómo este tipo con uno de los abuelos más geniales que he conocido pueda despreciarlo. *¿Qué no daría yo por tener a mis abuelos conmigo!*

—¿Podrías... solamente bajar y pasar un rato con el señor Marshall? Hazlo por él —pido mientras inhalo profundamente. Su expresión ni siquiera se inmuta, se mantiene con la misma mirada neutra que solo me hace sentir como una completa inútil.

Resopla—. Nunca he participado en esa estúpida cena. ¿Por qué tendría que hacerlo ahora?

¿Acaso no me había escuchado? Trago con dificultad y pude sentir cómo los orificios de mi nariz se esparcen como los de un dragón a punto de escupir fuego. ¿Cómo pude ser tan tonta para creer que un chico con tanta basura en la cabeza podría entender cuánto lo necesita su abuelo? Me sostuve el tabique con los dedos índice y pulgar, cierro los ojos para recuperar mi autodomínio.

—Cierto. Fui una tonta al hacer esto. Tú solo... disfruta tu soledad dentro de esas cuatro paredes. Sé feliz —hago un ademán hacia su habitación—. Diviértete —le brindo una leve sonrisa cargada en sarcasmo y le doy la espalda para marcharme al comedor.

Fue una total pérdida de tiempo.

Y dicen que los rubios son cabezas huecas.

...CR...

Hasta el momento todo va de maravilla. La cena está deliciosa y los postres ni hablar. El comedor familiar es como aquellos comedores en las películas de Harry Potter, solo que, obvio, más reducido y moderno. Es una larga mesa con ocho puestos a los costados y en los dos extremos una silla, lo cual equivale a dieciocho puestos.

El señor Marshall está sentado en un extremo de la mesa, yo me he sentado junto con él a su costado. El otro extremo está vacío, ya que ese es el puesto del señor River Crane y la silla a su costado también está vacía, porque es la de su esposa. La silla frente a mí tampoco está siendo utilizada, así que da a un total de tres sillas vacías. Es irónico que esto sea una cena «familiar» y solo un miembro de la familia esté presente.

Los trabajadores de la mansión se esparcen a lo largo de la mesa en los diferentes asientos y todos hablan entusiasmados y alegres. Lupe conversa con Margaret, quien es una de las mucamas, Pierre le cuenta sobre una receta secreta a Will, otro de los cocineros y Philip entablan una conversación con Gina, una de las encargadas de la limpieza.

Sobre nuestras cabezas está instalado un costoso, elegante y muy grande candelabro que ilumina la habitación con ayuda de las pequeñas velas que han colocado para adornar la mesa. Me siento como Michelle Obama en La

Casa Blanca. O tal vez como la princesa Diana en el palacio de Buckingham en Inglaterra. La verdad no sé, pero el punto es que me siento genial.

—¿Qué tal la estás pasando? —me pregunta Marshall mientras se mete un *brownie* a la boca.

—Todo está buenísimo —le echo un vistazo a las bandejas sobre la mesa, a ver qué más se ve apetecible.

De un momento a otro Lupe se coloca de pie, mientras toma una copa y con un tenedor tintinea sobre el cristal para captar la atención de todos.

—Buenas noches. Para aprovechar este momento en el que estamos reunidos todos, quiero que le demos una cordial bienvenida a la nueva integrante de personal: Megan Lennon. Es más joven que todos nosotros, pero no creo que eso nos afecte —bromea, a lo que yo respondo con una sonrisa—. Bienvenida, Meg —dice ella, a lo cual le siguieron los demás trabajadores y solo me limito a responder con un amable «Gracias».

La puerta del comedor se entreabre y el cuerpo de Carter aparece frente a nosotros. Trae la misma sonrisa presumida y segura de siempre. Lleva puesta una playera blanca, los *jeans* negros —ahora abotonados— y unas converse. Por lo menos se dignó a vestirse y no venir semidesnudo al comedor.

El lugar queda en total silencio cuando todos notan quién es el que ha entrado. Es como cuando el profesor más gruñón del Instituto entra en un salón de clases. Carter toma asiento frente a mí ubicándose al otro costado de la mesa, junto a Marshall. Me observa por unos instantes sin dejar de sonreír de la misma forma y no pude evitar sentirme un poco intimidada.

—Sí, bienvenida, Lennon —su voz gruesa causa que un escalofrío recorra toda mi espalda, algo que nunca había sentido con un chico. Es como si mi cuerpo me estuviera alertando de que algo inquietante anda por mis alrededores. Siento náuseas y por poco lo escupo todo.

Trago con dificultad—. Gracias —musito.

—Creo que a ti también hay que darte una bienvenida, Carter, es una sorpresa verte por aquí —habla Marshall mientras juega con la comida y mira fijamente a su nieto.

—Pues no creo que sea ninguna sorpresa, querido abuelo. Simplemente me dio hambre y quise probar algo... distinto. No es nada nuevo —le responde cargado en indiferencia.

Y este, oficialmente, ha sido el primer intercambio de palabras que he podido observar entre Carter y Marshall Crane. Tampoco puedo dejar a un lado la tensión que se condensa entre ellos y cada vez se hace más compacto, lo que edifica un amplio muro entre ambos.

Pierre carraspea incómodo.

—Es un gusto tenerlo con nosotros, joven Carter —dice con su muy marcado acento francés que puede reconocer a leguas. Carter solo asiente en un saludo hacia el cocinero.

El resto de la cena fue excesivamente incómodo. El silencio inunda la habitación y el único sonido audible es el tintinear de los tenedores contra los platos. Nadie habla, nadie ríe. Es terrorífico y por un momento deseé no haber invitado a Carter.

Pensé en algo que decir para quebrantar el silencio.

—¿Por qué Carter no cena nunca con ustedes?

Hice un intento de susurrar, ya que la pregunta va dirigida especialmente para el señor Marshall. Pero al parecer ha habido un desperfecto en los altavoces de mis cuerdas vocales, lo que provocó que mi pregunta se escuche hasta en el más mínimo rincón del comedor. Creo que hubo hasta eco. Tendré que llevar esos estúpidos altavoces a reparar.

Siento cómo de manera instantánea mis mejillas se incendian al darme cuenta de lo que he dicho y cómo todos los presentes tienen su mirada sobre mí.

Observo cómo Carter deja caer el tenedor sobre la mesa, lo que causa un leve estruendo en medio del silencio. Estaba masticando algo de su comida, pero inmediatamente su mandíbula se tensa y traga, lo cual hace que su manzana de adán se mueva. Me observa fijamente con la mirada que un asesino le lanzaría a su víctima.

Esta vez sí la embarré.

—Bueno, Maggie, mi teoría siempre ha sido que mi nieto prefiere pasar horas jugando frente a una pantalla en vez de invertir el tiempo con vejesterios como nosotros, y en parte creo que lo comprendo un poco, pero de alguna manera... —comenta Marshall, pero es interrumpido.

—Abuelo, creo que a esta... —me lanza otra mirada utilizando su hiriente tono despectivo—... no hay por qué darle explicaciones. Además, ¿por qué le

llamas Maggie? ¿Acaso ese no era el nombre que...?

—Carter, hijo, no tienes por qué hablarle así a una dama.

—¿Y tú crees que a esto se le puede llamar dama? —me señala, divertido.

Un furor empieza a crecer dentro de mí. Mi medidor de odio hacia Carter Crane había aumentado. Cierro mis manos con fuerza por debajo de la mesa hasta que mis uñas se clavan en las palmas de mis manos y mis nudillos palidecen. De pronto dejo caer mi puño encima de la mesa sobresaltando a todos, incluso a mí.

Necesito matemáticas.

—¡Pues tú tampoco eres un caballero que digamos! —replico.

—Oh, vamos, chicos, no vayan a discutir ahora —ruega el señor Marshall.

Se levanta de golpe, plasmando sus fuertes manos sobre el mantel e inclinándose hacia mí por encima de los utensilios.

—No abuelo, no pienso dejar que esta rubia, que tal vez sea oxigenada o teñida, me humille.

Oh, no.

No lo dijo.

Rayos, sí lo dijo.

Mis mejillas empiezan a arder de la cólera e indignación por lo que aquellas dos pequeñas pero ofensivas palabras han causado en mí.

¿Teñida?

¿Oxigenada?

Me levanto y lo enfrento en una guerra de miradas asesinas— ¿Qué tipo de chica crees que soy, eh?

—De las peores —contesta con una sonrisa de medio lado.

—Correcto. Así que te advierto que no me vuelvas a llamar de esa manera si no quieres que te depile las piernas y cejas de la manera más dolorosa posible durante la noche. Y por si no sabes qué es una depilación, solo te diré que es algo que no querrás experimentar —tomé una servilleta, me limpio los labios cautelosamente y se la lanzo en la cara—. Y por cierto, soy natural. Buen provecho —le hago una reverencia cargada en sarcasmo y la acompaño con un guiño de ojo para luego largarme del comedor llevándome todas las miradas.

Incluyendo la perpleja y absurda de Carter.



#LecciónDelDía:

Procura pensar antes de hablar,
puedes arruinarla con solo una palabra.
Por cierto, jamás le digas a una rubia que es teñida.

Ruthie, la bromista

Capítulo 4

Intenté dormir.

Oh, vaya que lo había intentado.

Pero, por más que tratara, mis párpados no lograban cerrarse ni un segundo. Tal vez sea por la ira que me consume por dentro y no deja mi alma en paz.

Me encuentro sentada frente a la mesita de noche con una incandescente lámpara de noche sobre mi cabeza, un lápiz en la mano, una hoja llena de números y el resto del escritorio está cubierto por hojas iguales. Mi mano se mueve rápidamente sobre la hoja como si habláramos de una máquina, dibujando números y signos sobre el papel. Al terminar con aquella operación que también había acabado con la hoja, la lanzo a un lado y tomo otra para continuar. Estoy fuera de control y los números no dejan de revolotear por mi mente.

Mi mano empieza a entrar en un tic nervioso impidiéndome seguir con mi escritura, tomé un largo respiro. Vaya, parece que no me había preocupado en respirar desde que había empezado a trazar signos y números. Me sostengo el cabello con ambas manos y trato de calmar mi pulso. Estoy mal. ¡Todas aquellas operaciones están mal al igual que mi vida! Y para mi sorpresa, también estoy sudando. Observo las páginas sobre la mesa casi inentendibles. Tomo el montón entre mis brazos y las lanzo debajo de la cama. Todas mis operaciones compulsivas están ahí debajo. Todas.

Me siento sobre el borde de la cama y medito en lo que haré.

No puedo dormir.

Odio a Carter Crane lo suficiente como para escribir páginas llenas de números.

Me fijo en el reloj.

10:55 p.m.

Todos deben estar durmiendo a estas horas. Sonríó abiertamente para mí misma cuando una idea llega de golpe a mi mente. Sé exactamente lo que tengo que hacer. No tiene nada que ver con Carter Crane por el momento. Se trata de otro imbécil.

Me observo en el espejo, tengo la misma ropa con la que fui a cenar. Si voy a salir a estas horas de la noche necesito cubrirme del frío. Las noches en San Diego no son muy cálidas que digamos. Me coloco una sudadera gris con capucha y tomo mi mochila.

...CR...

La casa está casi a oscuras, a excepción de una luz que proviene de las habitaciones de la segunda planta, por lo general esa siempre se queda encendida. Bajo los escalones con sigilo sin poder distinguirlos gracias a la penumbra hasta llegar al piso de mármol en el que se refleja la luz encendida y mi opaco reflejo. Llego a la puerta exitosamente, pero todo se derrumba cuando el clic de un interruptor suena a mis espaldas y una luz ilumina el recibidor. Cierro mis ojos con fuerza sin girarme esperando a ser reprendida por Lupe y sus grandes caderas. Mas no es su voz la que escucho.

—¿Qué rayos estás haciendo?

Es nada más y nada menos que el insoportable Carter Crane. Maravilloso.

Se encuentra a los pies de la escalera, recostado a la baranda mientras me observaba detenidamente.

Ruedo los ojos debido a que su presencia es irritable.

—¿Qué haces despierto?

—Es mi casa, yo hago las preguntas. ¿A dónde se supone que vas? —suena más a mi padre que a cualquier otra cosa.

Pienso en una excusa—. Yo... voy a salir.

Qué idiota. ¿No pude decir algo más obvio?

—Gracias por la información —me da su sonrisa cargada en sarcasmo—. ¿A dónde? —¿acaso este chico no puede ser más agobiador?

—Al Night-Club que te mencioné la vez pasada. Usaré tu nombre para entrar y creo que te conté todo mi plan, ¿no?

A él no pareció agradarle la broma; sin embargo, se cruza de brazos y se queda estático donde está mientras me brinda una mirada de «Si no me dices, no sales».

Me muerdo la parte interior de mi labio y suelto un suspiro exhausta de tantos rodeos. Creo que decirle la verdad no me perjudica en nada. Ajusto mi mochila al hombro y lo miro directo a los ojos, resignada.

—Iré a la casa de mi exnovio —anuncio.

Trato de evadir su mirada, lo que a él le causa gracia, ya que ahora una sonrisa traviesa y burlona se ha plasmado en su rostro.

—¿Le rogarás que vuelva contigo? —hace un puchero irónico—. Vamos, Lennon, deja al pobre chico en paz.

—No, no iré a rogarle nada. Iré por algo mucho mejor.

—¿Como qué?

—Dulce venganza —alzo la comisura de mis labios con picardía—. ¿Creíste que cualquier chico podría cortarme por teléfono y salir ileso? Te equivocaste de chica, Crane. Ahora, si me disculpas, necesito irme.

Me doy la vuelta para girar el picaporte, pero antes siento su fuerte mano alrededor de mi delgado brazo.

—Espera —pide.

Me estremezco al sentir su contacto, que me toma por sorpresa y no es para nada agradable. Me yergo, tenso la mandíbula y de un tirón me zafó de sus repugnantes y definidos dedos. Quién sabe qué habrá tocado con ellos.

—Quiero ir —dice.

¿Acaso había dicho lo que acabo de oír? Lo miro con una de mis cejas en alto y a continuación suelto una carcajada algo sarcástica, pero al notar su rostro determinado caigo en cuenta de que va en serio— ¿Qué? ¿Por qué o qué? No entiendo.

—Quiero observar cómo una destrozada chica cobra venganza de su exnovio y tal vez reírme un poco de su inminente fallo. Créelo, si voy, es solo por diversión —me guiña un ojo—. Además de que estoy aburrido.

Frunzo los labios ya harta de sus enredos.

—Mira, no irás por ningún motivo o circunstancia. ¿Entiendes?

—Oh, vamos, si vamos juntos claramente te llevaré en mi auto —dice con un tono seductor.

Un auto, eso es justo lo que necesito. Un auto me facilita todo el trabajo que requiere mi plan. Pero es el auto de Carter Crane. ¿O qué pensaba? ¿Ir a vengarme en taxi? Eso sería patético. Resoplo impotente, no puedo negarme.

—Vale. Pero una condición —pone los ojos en blanco.

—¿Ahora qué?

—Déjame golpearte —frunce el entrecejo.

—¿Golpearme? ¿Por qué?

—Tú me odias y yo te odio, ¿no?

—Cierto —asiente.

—Pues me has fastidiado lo suficiente hasta ahora y no creo poder supportarte ni un segundo más si no me dejas golpearte.

—Humm, no es algo que tenga sentido, pero aceptaré. Nada de rostro y mucho menos en la entrepierna, ¿de acuerdo?

—Bien. ¿Listo?

—Sí, lo que sea, acabemos con esto.

Primero le doy un fuerte golpe en el pecho y creo que se me entumece algo la mano. Recuerdo todos los insultos que me ha dicho hasta la fecha y entonces le doy con más fuerza en los brazos. Le pateo una pierna, le piso los pies y suelto más golpes al azar hasta acabar exhausta y sin aire. Pero lo que me parece casi irreal es que él ni siquiera ha mostrado signos de dolor. Solo se quedó allí inerte, mientras yo lo usaba como un saco de boxeo. Ni siquiera se movió. Me coloco las manos en las caderas mientras intento recuperar el aliento. De seguro he de verme ridícula.

—¿Te divertiste? —pregunta con una sonrisa.

Asiento—. Se siente genial. ¿En serio no te dolió?

—No —dice mientras abre la puerta y ambos nos adentramos en la oscura y friolenta noche.

—¿Puedes fingir que te duele por lo menos? No es tan divertido si no te duele.

Se detiene y me observa con una mirada que demuestra su completa apatía hacia mi persona. Parece confundido y divertido al mismo tiempo. Luego alza una de sus cejas.

—¿Auch?

...CR...

—De acuerdo, ¿cuál es el plan? —indaga una vez estuvimos dentro de su Audi negro que se confundiría con la noche si no fuera por la luces.

Sí, Carter tiene un *Audi* para él solo. Si acaso yo tengo una bicicleta y debo compartirla con Wendy. Esa era la diferencia entre Carter y yo. Él es rico y yo soy... yo.

Carter pone el auto en marcha.

—Ir a casa de Ruth.

—¿No es a la casa de tu exnovio?

—Claro, pero como en todo plan se necesita un protocolo para llevarlo a cabo. Tengo que conseguir algunas cosas para elaborar mi venganza.

—¿Qué se supone que le harás al pobre chico? —suelta una mano del volante y se la lleva al cabello.

—No te lo diré hasta que llegue la hora de hacerlo. Tal vez te intimide un tanto, así que será sorpresa.

—Bien. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Ryan.

—Ryan... —repite como si estuviera rastreando el nombre entre los archivos de su memoria— ¿Ryan Damhuel?

—Sí, ¿lo conoces?

—He escuchado de él. Es todo un patán.

Un poco, pero no más que tú, pienso, ya que decirlo en voz alta quizás sea como firmar mi sentencia de muerte, exagerando.

—¿Entonces dónde vive la tal Ruth?

—En su casa se organizó una de las más grandes fiestas de Crawford. Creo que tú debiste asistir —echo un vistazo fuera de la ventana para ubicarme en la dirección que vamos—. Fue esa en la que Sanders Keins vomitó medio litro de cerveza y grabaron un video que en poco tiempo se volvió viral —comento y él sonrió al recordarlo.

Como he dicho anteriormente, nunca asistí a fiestas, pero mi mejor amiga Jade sí. Así que después de cada una de esas fiestas ella me contaba con especificaciones lo sucedido. Por eso sé cada mínimo detalle de todas las

fiestas organizadas en Crawford sin tener la necesidad de haber asistido a ninguna de ellas.

—Es la casa de Ruth Fraser, quizás las conozcas como *Ruthie, la Bromista* —entono como si fuera un eslogan. Carter suelta una simple carcajada.

—Ruthie, la Bromista, claro.

El apodo va congeniado con su reputación. Ruth era la reina de las bromas en Crawford antes de que nos graduáramos. Cualquiera día del año te hacía una. Pero el Día de los Inocentes mitad del instituto temblaba, ya que esta chica se daba a lucir. Nadie se escapaba de ella. Desde el más popular hasta el más marginado caía por más simples que fueran las bromas y la cantidad de trucos que realizaba me sorprendía. La verdad debería considerar ser bromista como una profesión, así Ruthie ganaría mucho dinero. Me pregunto por qué aún no le han dado su Récord Guinness a «Más bromas realizadas». Creo que ella tiene un pergamino de varios kilómetros de distancia con cada una de sus bromas y víctimas.

Obvio, bromas en el instituto significan problemas, así, si querías encontrarla, siempre la verías en la oficina del director. Se lanzaba sobre la silla, subía los pies al escritorio del director y luego entonaba un despreocupado «¿Qué hay, William?», gracias a la extraña relación que mantenía con el director después de visitarlo tanto. O por lo menos eso es lo que he escuchado. También era conocida como una chica liberal, ruda y sarcástica, sin dejar a un lado su característico estilo *punk*. Siempre tiene un mechón de su cabello azabache teñido de un color diferente cada mes.

Para mí, es una chica fascinante.

—¿Y en qué rutada caíste? —me pregunta Carter.

Rutada es el término que usaban los estudiantes de Crawford para referirse a las bromas provenientes de Ruthie. Creo que incluso consideraron cambiar el Día de los Inocentes por el *Día de las Rutadas*.

—No puedo contarlas con los dedos, pero creo que mi preferida fue la vez que me quedé dormida en clase y me tiñó las puntas del cabello con crayón. Me di cuenta cuando empezaron a llamarme «Peluca de payaso» —bufo con el vago pero divertido recuerdo— ¿Y tú? No me dirás que te escapaste de Ruthie.

—Nadie escapa de ella. En clase gimnasia recortó mi camiseta, no me preguntes cómo. Hizo dos hoyos en la zona de mis pezones y sin darme cuenta salí a la cancha así. Cuando llegué todos se me quedaron mirando hasta que lo noté. Luego Shawn vino, me pellizcó un pezón y me dijo: «Lindas tetas» —imita a Shawn de forma graciosa.

No puedo evitar reírme de tan solo imaginarlo.

El auto se estaciona frente a la gran casa de Ruthie. No es tan grande como la de los Crane, pero es bonita. Las luces están encendidas, así que ha de estar despierta.

—Vuelvo en seguida —salto fuera del auto y me acerco al porche de la casa con pasos rítmicos.

Siento la penetrante mirada de Carter atravesarme la espalda. No sé cómo, pero podía apostar a que estos instantes me observa con esa mirada analítica de siempre.

Toco el timbre y enseguida la puerta se abre como si me estuviera esperando. Ruth aparece con una sonrisa simpática en el rostro y con esa mirada traviesa que la caracteriza. Frunce levemente el ceño al verme sin dejar de sonreír. Esta igual que siempre, lo único diferente es el color de su mechón que esta vez se muestra de un turquesa eléctrico.

—¿Lennon? Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

Como he dicho anteriormente, en el instituto no solía tener una vida social activa. Pero Ruth es algo parecido a mi amiga cruel y encubierta, ya que nadie sabe que ambas tenemos algo cercano pero a la vez lejos de la amistad. Yo era una de sus víctimas preferidas a la hora de hacer sus bromas, ya que mis dotes ninjas suelen estar por los suelos en todo momento. Soy ingenua y fácil de engañar, pero a la vez me causa gracia y no me molestan en absoluto sus bromas.

—Necesito un favor... que implica una broma.

La sonrisa de Ruth no se pudo extender más. Deja caer sus hombros sobre el marco de la puerta, se relame los labios y se acaricia las manos en un acto cómplice. Toma un aspecto similar al de un vendedor de drogas en aquellas calles clandestinas, solo que esta no es para nada la situación.

—Vale, solo dime lo que necesitas, linda.

Busqué un papel en mi bolsillo trasero y lo desdoble haciendo aparecer la lista de cosas. Luego empiezo a recitarla en orden.

—Cinta adhesiva.

—¿De qué tipo?

—¿Existen tipos de cinta adhesiva?

—¡Claro! ¿Con quién crees que estás hablando?

—De acuerdo. Dame la más adhesiva que tengas, ¿vale? —ella asiente—. Cera depilatoria, papel adherible y...

—¿Y?

—Sonará raro, pero... ¿tendrás algo que pueda hacer dormir alguien durante un tiempo? —alzo las cejas esperando no sonar tan estúpida como me escuché.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Treinta minutos?

—Perfecto.

Después de unos minutos, Ruth fue y regresó con todos los materiales.

—Cinta adhesiva, cera depilatoria, papel adherible y esto —menciona todo lo que le solicité y por último me mostró un pequeño frasco del tamaño de un pulgar lleno de un líquido azul. Me da una sonrisa perversa y por unos instantes considero el hecho de que Ruth sea cínica o paranoica.

—Es vía nasal. Solo aplícalo en donde lo pueda oler y caerá como tronco en unos instantes. Siempre funciona —tomo todas las cosas y las guardo en mi mochila. Luego le agradezco a Ruth, pero ella ya está echando una mirada por encima de mi hombro.

—¿Carter Crane? ¿Sales con él? Nunca me pasó por la cabeza, linda. Qué suerte la tuya, ese chico es todo un bombón y el dinero brota por los poros de su familia.

Me ajusto la mochila al hombro y aparto un mechón de mi frente.

—Oh, Ruth, claro que no salgo con él. Jamás caería tan bajo —ruedo los ojos—. Solo me está ayudando con mi broma, eso es todo.

—¿Qué tienes planeado? —indaga ella con suspicacia.

—Haré una depilación gratuita a un cretino —le guiño un ojo traviesa y luego me doy la vuelta para regresar al auto donde Carter aún me espera.

A mis espaldas escuché los jubilosos gritos de Ruth— ¡Ve con mi bendición, Lennon! —y no pude evitar reír a mis adentros.

...CR...

Carter estaciona el auto a unas cuantas calles de la casa de los Dhamuel para que nadie sospechara. Nos escabullimos en el jardín, detrás de unas plantas que la señora Dhamuel hace crecer muy grandes. De seguro aquí nadie nos vería y menos en la oscuridad. Nos lanzamos sobre el húmedo y corto pasto a planear nuestros pasos.

Agradezco que Ryan no tenga un perro en estas circunstancias, pero a unas cuantas manzanas se puede escuchar el ladrido de uno. La casa de los Dhamuel consta de solo una planta, pero es larga y extensa con un gran jardín y unos cuantos árboles.

—Hoy es viernes, lo cual significa que Ryan está solo en casa. No hay de qué preocuparnos —susurro, lo que hace que mi voz suene opaca y chillona. Carter se ve divertido y muy confiado en lo que hacemos, pero de alguna manera quise calmar sus nervios inexistentes... o tal vez son los míos.

—¿Cómo sabes eso? —ahora ambos susurramos y a diferencia de la mía, su voz se escucha áspera y gruesa. Apoya sus manos sobre la grama y me observa.

Saco un papel y bolígrafo de la mochila para luego comenzar a trazar mi rápida caligrafía sobre el papel mientras le explico entre más susurros — todos los viernes los padres de Ryan se van al casino. Él se queda solo en casa, ya que es un niño de mamá y también un inútil. Pero no te preocupes, tú siempre serás el número uno en mi lista —digo y observo por el rabillo del ojo cómo sonrío.

Escribo unas palabras más sobre el papel y luego lo doblo en dos.

—Me alegra mucho escuchar eso —noto una larga línea que se ha adherido a su rostro llamada *Sonrisa de tarado*.

Aparto la mirada de la irritable pero atractiva cara de Carter y la enfoco en lo que realmente es importante. Mi venganza. Saco el líquido azul que me dio Ruth y lo abro algo vacilante. No sé cuán peligroso puede llegar ser o a cuanta distancia podría ser su efecto, así que decido ser precavida.

Al verlo, Carter recobra la compostura y alterna su mirada entre el líquido y yo.

—¿Qué rayos es eso? —pregunta en voz alta, lo que causa que me sobresalte y que casi derrame del líquido.

—Cierra la boca —reprendo y llené mis pulmones de aire en busca de paciencia.

Tomé la carta en donde había escrito y dejo caer algunas gotas azules que luego se desvanecen mágicamente al ser absorbidas por el papel. Espero que esta cosa sea legal.

—Irás y pondrás esto frente a la puerta —le hablo a Carter mientras señalo el papel—. Tocas el timbre y regresas aquí. Es sencillo, espero que no seas tan tonto como para estropearlo.

Carter bufa.

—Pues no lo soy —me arrebató la carta de un jalón y se la lleva a la nariz.

Oh Dios, no.

Mis ojos se abren como platos al ver lo que hace, después de todo él no es tonto. Es mucho más que eso. Antes de que tuviera la oportunidad de inhalar se la aparto de un manotazo y le di una cachetada. Algo aturdido suelta una palabrota mientras se acaricia la zona del golpe y luego me fulmina.

—Eres una loca desgraciada. ¿Qué rayos te sucede?

—¿Qué sucede? —grito en un susurro—. Se supone que esto hará dormir a Ryan durante treinta minutos y tú, como el zopenco que eres, por poco y lo inhalas —me aparto los mechones que han caído sobre mi frente—. Aunque después de todo creo que debí dejarte hacerlo —reflexiono.

—Ya cierra la boca —rueda los ojos y toma la carta mientras se coloca de pie—. Observa y aprende, preciosa.

Me lanza un guiño seductor que haría derretir a cualquier chica, pero que en mí solo causa irritación.

Vamos, Carter, no lo arruines.



#LecciónDelDía:

Si tienes un amigo que te hace bromas, no te molestes.
Algún día te servirá de ayuda. Como dice el dicho:
«Si la vida te da limones, tírselos a la cara...
digo... aprende a hacer limonada... eso».

Depilación gratuita

Capítulo 5

Observo cómo Carter corre. Su torso se inclina hacia adelante, quedando muy cerca de sus piernas, las cuales se reclinan haciéndolo parecer más pequeño. Lo que es irónico ya que él era muchísimo más alto que yo. Supongo que esa es su ridícula técnica para pasar por desapercibido. Una vez llega al porche de la bonita casa deja la carta sobre la alfombra que se ubica frente a la puerta. Luego, como si fuera un ninja toca el timbre, que rápidamente resuena por los adentros de la vivienda. Corre de regreso en mi dirección algo torpe y tropieza un par de veces, pero finalmente llega. Se lanza a mi lado detrás de la muralla de plantas algo jadeante.

—Eso... fue... genial —sonríe.

Sin embargo, no le presto atención por estar al pendiente de lo que está por suceder. Ambos nos arrodillamos sobre la grama y tratamos de ver a través de las hojas. Desde aquí tenemos una vista lateral al porche, no es perfecta, pero podemos conformarnos.

—¿Ahora qué? —susurra él a mi lado, igual de intrigado en la escena.

—Hay que esperar —respondo y limpio el sudor de mis manos en mis *jeans*.

La puerta tarda unos minutos en abrirse e iluminar el oscuro porche. El corpulento y voluptuoso cuerpo de Ryan se asoma algo desconcertado. Frunce el ceño al ver que no hay nadie y luego exclama algo inaudible a nuestra distancia.

Mira hacia abajo, cretino, mira hacia abajo, susurro por mis adentros.

Y, como si me hubiera escuchado, lo hizo. Vio la carta y se inclinó para tomarla. Cuando la tiene entre sus manos, sus gestos se fruncen aún más. Debe haber visto la inscripción con mi nombre. Alza la vista y aprecia el panorama en busca de alguien, pasea su mirada por todo el jardín incluyendo la muralla de plantas de la señora Dhamuel. Mi cuerpo se tensa al verlo fijar

su mirada en nosotros, mi respiración se corta, mis ojos se abren y juro que nos estaba observando.

¡Pamplinas!

Cuando aparta la mirada para fijarla nuevamente en la carta casi me desplomo sobre el pasto. La tensión aún se siente en mis huesos. Respiro en un intento de recobrar la compostura y miro atenta a sus siguientes movimientos. Desdobla la carta y comienza a leerla. Al principio su expresión se mantiene neutra, pero de pronto una sonrisa arrogante atraviesa su cutis.

Le echo un vistazo a Carter, quien observaba a Ryan con los ojos muy abiertos. Gira su cabeza posando sus ojos miel sobre los míos y nuestras miradas se conectan por unos instantes.

Él alza una de sus oscuras cejas.

—¿Qué dice? —susurra aún más bajo que antes, refiriéndose a la carta.

Me humedezco los labios y le contesto en el mismo tono.

—Pues es una falsa nota pidiéndole que regresemos. Que no puedo vivir sin él y un montón de mentiras más —explico con los leves movimientos de mis labios—. Y me encargué de agregar una posdata: «Una muestra de mi perfume para que me recuerdes» —le cito lo que escribí.

Carter deja escapar una sonrisa traviesa.

—¿Quién lo diría, eh? Después de todo, Meg Lennon resultó ser una mente depravada.

Pongo los ojos en blanco y cuando vuelvo a posarlos en el porche, Ryan ya está inhalando el papel. Esta vez una sonrisa malvada aparece sorpresivamente en mi rostro. No me la esperaba, pero por alguna razón me causa un gran placer ver caer a Ryan sobre el piso del porche dormido.

¡Bendita sea Ruth y su armamento bromista!

—¿Pero qué rayos...? —expresa Carter ahora en voz alta.

Me coloco de pie, me sacudo los *jeans*, ajusto mi mochila a mi hombro y me acomodo la sudadera —ven, corre— le hago señas para que me siga, ya que estoy en medio jardín.

Ambos nos acercamos al porche con pasos rápidos para terminar justo en frente del cuerpo inerte de Ryan. Tiene un parecido fantasmal al Bello Durmiente.

Miro mi reloj de mano que descansa sobre mi muñeca y activo la alarma con el pequeño botón. Me acerco a la parte anterior de su cuerpo y lo tomo de los brazos en intento de levantarlo.

—Vamos, toma sus piernas —le indico a Carter, quien obedece sin protestar, pero que empieza a lanzar preguntas aleatorias.

—¿Qué rayos le hiciste? ¿Esto es legal? ¿Qué vamos a hacer? ¡Rayos, Lennon!, te juro que si me metes en problemas...

—¿Puedes cerrar la boca de una puñetera vez? Te estás comportando como el nene de mamá. No habrá problemas... o eso espero. Como sea, ayúdame llevarlo adentro —hago un ademán con la cabeza hacia el interior de la casa —. A partir de ahora tenemos treinta minutos para depilar a este bastardo.

—¡¿Depilar?! —los ojos de Carter se expanden al oírme.

—Ajá —alzo mis cejas retándolo.

Él se limita a sonreír con inseguridad y desconfianza.

Con el esfuerzo de ambos logramos trasladar a Ryan hasta su habitación. Al llegar enciendo las luces que iluminan el viril y masculino cuarto. Le indico que lo deje caer sobre la cama *king size* y, sin más, lo lanzamos sobre el colchón, lo que causó que su cuerpo rebote un par de veces y alguno que otro resorte proteste por el peso.

Me siento en el borde de la cama con la mirada de Carter fija en mí. Extraigo todos los materiales fuera de la mochila, los coloco a un lado y tengo que repetir el acto de secarme el sudor de las manos, ahora sobre mi sudadera. Le echo una última mirada al cuerpo de mi exnovio antes de empezar.

—De acuerdo —dejo salir un largo suspiro preparándome para lo que estoy por hacer—. Aquí vamos —destapo el envase que contiene la cera depilatoria. Tomo una paleta y la lleno con el espeso químico—. Súbele los pantalones —le ordeno a Carter.

—¿Qué?

—Que le subas la vasta hasta las rodillas —vuelvo a explicar.

Él me lanza una mirada vacilante, pero finalmente obedece y le alza la vasta de los *jeans* a Ryan, dando a descubrir el abundante pelaje en las piernas de este. Para un hombre esto es todo un logro.

—¡Por todos los cielos! —exclama Carter junto a mí— ¡Pero qué vellos! — Ahora se pasa una mano por el cabello acomodando unos mechones que estaban fuera de lugar.

—Todo un trofeo, qué lástima que tenga que eliminarlos —digo y comienzo a untar la cera sobre las bronceadas piernas de Ryan y su glorioso pelaje.

Carter me observa mientras lo aplico, ambos en silencio. Siento cuando su mirada se aparta de mi acto y se dirige hacia otra parte de la habitación, yo continúo.

—¿Qué son? —pregunta.

Me detengo y giro hacia él, quien está observando la gran repisa llena de los muñecos *otakus* tamaño miniatura. Observa cada uno con mucha atención y los examina con cuidado. La última vez que estuve en esta habitación Ryan me comentó que ya había llegado a los ochenta y siete ejemplares de la décima colección de no recuerdo qué rayos. Por cierto, cabe resaltar que Ryan adora esos muñecos.

—Ah, Ryan está obsesionado con un anime y desde entonces ha estado coleccionando esas cosas —explico y aprovecho la pausa para volver a empapar la paleta de cera—. Si gustas puedes romperlos, sería un extra a la venganza —digo y vuelvo a mi anterior labor con las piernas de Ryan.

—¿Segura? —dice y toma uno entre sus manos.

—Sin duda —lo aliento y luego escucho cómo Carter procede con su ahora nueva asignación.

A mis espaldas escuchó cómo juega con ellos para luego lanzarlos al suelo, los pisotea, los estrella contra las paredes y de alguna manera consigue una tijera y ahora se dedica a decapitar a los diminutos muñecos.

Cuando ya hube terminado con la cera que apliqué en piernas, brazos y axilas, procedo a colocarle la cinta adhesiva sobre todas aquellas partes. Le indico a Carter que se detenga y me ayude. Jadeante, se posiciona del otro costado de la cama y se coloca las manos en la cintura recobrando el aliento.

—A la cuenta de tres yo quito la cinta de sus axilas y brazos, tú la de las piernas. ¿De acuerdo?

—¿Qué me asegura que no se levantará y me dará un golpe?

—No lo hará —me acomodo en posición y cuento—. ¿Listo?

—Va.

—Una... dos...

—Espera, ¿no le dolerá? —su expresión es vacilante.

—Está más dormido que una roca. Además, si le duele, ¿a quién le importa?

—Está bien.

—¡TRES! —anuncio y escucho como el sonido cortante y arrebatador de la cinta al ser retirada atraviesa el aire.

De un tirón le elimino los vellos y dejo sus brazos despejados y prosigo con las axilas. Sonrió complacida al ver mi trabajo y observo el pasivo semblante de Ryan. Al parecer no sintió nada, ya que su ceño se mantuvo igual de pasivo que siempre.

—¡Oh no, no puede ser! —alzo mi vista hacia Carter, quien se está ahogando en carcajadas en estos momentos.

De sus manos cuelgan las dos largas tiras de cinta adhesiva que había aplicado en las piernas de Ryan, solo que esta vez están forradas con vellos. Me uno a la risa de Carter que poco a poco se intensifica hasta terminar ambos en el suelo rendidos, ahogándonos en nuestra propia saliva. Me sostengo el estómago en un acto de detener mi dolorosa risa y Carter patalea tratando de detenerse.

Tip... tip.

El sonido de la alarma deja un vacío silencio.

—Maldición, nos quedan solo cinco minutos antes de que pase el efecto —digo y me coloco de pie ya recobrada. Me acerco a Carter—. Dame eso —voy y le quito las tiras con los vellos de Ryan mientras él intenta levantarse del suelo.

Los pego a la pared, para que de esa manera al despertar lo primero que vea sean sus adorados vellos.

—Abre ese cajón y saca la máquina de afeitar, ¡rápido! —doy órdenes, las cuales Carter cumple—. Cuando la encuentres, conéctala al enchufe que está allí —señalo hacia un costado de la cama donde hay uno.

Mientras tanto yo me encargo de sacar papel adherible y un bolígrafo. Escribo rápidamente.

—Ya lo tengo... ¿Ahora qué? —escucho decir a mi compañero de crimen.

—Hazle una línea en medio del cabello —digo sin apartar la vista del papel en el que escribo.

—¿Qué?! —siento la adrenalina en su voz. En cualquier momento Ryan podría despertar.

—¿Que le hagas una bendita línea en la cabeza! ¡Rápalo! ¡Haz lo que sea posible para que cuando despierte no se siga viendo tan descaradamente atractivo!

—Lo que tú digas —dice y luego escucho cómo enciende la máquina.

Detengo el bolígrafo al darme cuenta de que me había quedado sin ideas. Exhalo frustrada.

—Dime algo que rime con esto: «Si a Meg Lennon por teléfono tu cortas...» —dejo la frase en el aire.

—¿Que rime? ¿Para qué o qué?

—Quiero dejar una huella de que estuve a aquí y de que no debió haberme cortado por teléfono. Pero solo que de una manera... no lo sé... ¿poética?

—Eso es patético.

—¡No me interesa! ¡Solo dime algo que rime! —me sostengo el cabello con ambas manos.

—Wow, cálmate. Déjame pensar... «Si a Meg Lennon por teléfono cortas... ¿con tus vellos ella te lo cobra?».

—«Si a Meg Lennon por teléfono cortas, con tus vellos ella te lo cobra» — cito en análisis—. Carter eso es... perfecto —digo algo sorprendida de sus dotes y sin vacilar lo escribo sobre el papel. Él bufa.

—Lo sé, soy genial.

Ignoro su arrogante comentario y, cuando termino de redactar la corta frase, la pego en la pared junto a los vellos y me giro para ver el trabajo de Carter. Sonríe. Le ha quitado algunos mechones de cabello y lo dejó algo espantoso, podría decirse.

—Bien. Es hora de irnos —meto todo en la mochila y Carter deja la máquina de afeitar a un lado para seguirme fuera de la habitación.

Antes de salir tuvimos que pasar por encima de la pequeña montaña formada por los minicuerpos de plástico decapitados. Al llegar al jardín frontal camino hasta la parte lateral de la casa donde se encuentran los árboles. Me detengo frente a uno y comienzo a subirlo. Desde este árbol

tendríamos una vista directa a la habitación de Ryan. Lo había descubierto hace un par de meses cuando vine a espiar a mi para entonces novio, por razones que no quiero mencionar.

—¿Qué estás haciendo? —escucho a Carter decir por debajo de mi cuerpo. Aprendí a subir y bajar este árbol tal como un gato lo haría.

—Consigo una mejor vista —explico y para entonces ya me estoy acomodando en una rama entre las hojas—. Es tu turno. Ven, sube —miro por debajo de mis piernas a Carter, quien me observa horrorizado.

—¿Mejor vista para qué?

—Oh, vamos, esta es la parte divertida en donde veremos los resultados.

—Tú... estás demente —niega con la cabeza y empieza a subir exactamente por donde yo lo había hecho.

Se acomoda en una rama cercana a la mía y me lanza una mirada con esos ojos miel que se muestran más opacos entre la oscuridad de las ramas.

Carter la observa a través de las hojas. Los ojos verdes de Meg resplandecen como dos luciérnagas intentando brillar, pero a la vez se ven sigilosos y atentos a cualquier alerta de peligro. Sus pupilas se dilatan y su iris verde es similar al de un felino por la noche.

No puedo negar cuánto me atrae el enigma de sus ojos verdes que capta mi atención con cada parpadeo. Me pregunto qué clase de genética se necesita para tener unos ojos como los de ella.

Ya empezaste a pensar incoherencias, Carter.

—Por lo que veo, debería despertar en un par de segundos. Supongo habrá que esperar —se fija en su reloj de mano y luego posa la mirada en la ventana de la habitación de Ryan que, por cierto, desde aquí tenemos una maravillosa vista hacia ella.

Su voz se escucha segura y tranquila, como si lo que acabamos de hacer fuera lo más común del universo. Como si este acto delictivo no nos traerá algún tipo de repercusiones, lo cual espero, ya que no creo tener tiempo para problemas dentro de mi apretada agenda.

Ambos esperamos a la expectativa a que el tal Ryan dé algunas señales de vida. *Vamos, chico, no te puedes morir; si lo haces, estaré en prisión el resto de mi vida*, ruego mentalmente.

—Mira eso —susurra ella y señala hacia la habitación.

Ryan había empezado a revolverse sobre la cama. Me enfoco en la escena y presto atención.

Primero comienza con pequeños susurros inentendibles y quejas. Luego su cuerpo empezó a reaccionar poco a poco. Abre los ojos de golpe sobresaltado y los clava en el techo. Su mirada se encuentra aterrada como si tuviera conocimiento de lo que le hicimos. Se sienta sobre la cama y al ver sus piernas y brazos pude admirar cómo su rostro se desencaja en horror y pánico.

—¡Pero qué...! —ruge sobresaltado.

Empieza a entrar en un tic nervioso y luego se lleva las manos a la cabeza. Automáticamente sus brazos comienzan a temblar mientras observa los mechones de pelo sobre las palmas de sus manos. Por un momento siento verdadera lástima por él, pero luego recuerdo que soy Carter Crane e insensible es una de las palabras que me caracteriza.

El chico se levanta de la cama derrotado y al ver la montaña de cuerpos de plástico decapitados cae de rodillas al piso, boquiabierto y algo lloroso.

—¡NOOO! ¡Lindsey, tú no! ¡Camille, por favor no! ¡Jason, no me dejes, amigo! —exclama nombres al azar mientras toma los cuerpos de plástico e intenta pegarlos a sus cabezas.

Aprecio la patética escena con los ojos muy abiertos. Definitivamente, este chico tiene más problemas que yo. De pronto empieza a sollozar y se coloca nuevamente de pie dirigiendo su mirada hacia los vellos pegados en la pared. Lee la nota que le dejó Meg, la toma entre sus manos y, al terminarla, suelta una tarra de insultos y maldiciones hacia ella. Rompe el papel y tira los trozos al piso, luego los patea y descarga su ira contra el pobre papel. Deja caer su puño contra la pared en donde están sus vellos y, por lo que escucho, puedo asegurar que alguna fractura tiene que haber. Suelta un grito desgarrador al verse en el espejo.

—No, no, no... ¡NO! —repite el monosílabo como disco rayado mientras se examina detenidamente.

De pronto, un estridente golpe en medio del silencio me hace apartar la mirada de Ryan. Bajo la cabeza hacia el suelo de donde provino el ruido y puedo ver la mochila de Meg descansando sobre el verdoso pasto.

—¡Rayos! —musita mientras observa al igual que yo la mochila.

—¡HEY, USTEDES! —giro mi cabeza hacia la ventana de la habitación donde ahora se encuentra Ryan lanzándome una mirada aniquilante.

Por más ridículo que suene, temo que si nos alcanza, nos hará trizas. Trago en seco intimidado y siento cómo la adrenalina empieza a correr por mis venas. Estamos en serios problemas.

—¡Salta, Carter! —escuchó decir a Meg, quien ya se está deslizando fuera del árbol.

Observo su impecable caída sobre el suelo, aumentando más mis sospechas sobre sus tal vez dotes felinos.

—¡LOS HARÉ AÑICOS!, ¡¿ESCUCHARON?! —ruge Ryan desde la ventana y luego escucho cómo se aleja de esta para ir a nuestra captura.

¿En serio? ¿Añicos? ¿Quién usa esa palabra?

Hago un movimiento en un intento de descender, pero los nervios me traicionan y de pronto, de la manera más torpe posible, me encuentro tirado en el pasto al igual que la mochila de Meg hace unos segundos, solo que esta vez yo sí estoy completamente adolorido.

—¡Santa cachucha! —me quejo en un alarido— ¡Me lleva la madre! — sostengo mi brazo y doy una patada contra el suelo.

Escucho los reclamos de Meg por encima de mí —¡Eres un...! —suspira—. Olvídalo... muévete. Nos va a alcanzar —dice y me ayuda a ponerme de pie con dificultad.

—Agh. ¿Esto no tenía que pasarte a ti? Después de todo fue tu idea —digo por lo bajo y escucho cómo la voz de Ryan nos amenaza desde el porche.

—Rayos eso ya no interesa, Crane, ¡corre!

Meg y yo comenzamos nuestra carrera. Corremos como si nuestra vida dependiera de ello, como si no hubiera un mañana. Ok, de acuerdo, estoy exagerando un tantito, pero fue algo muy parecido. Nos alejamos de la casa de los Dhamuel, acercándonos cada vez más a mi auto. Ryan nos sigue algunas manzanas hasta que dejamos de escuchar sus insultos a nuestras espaldas. Al llegar al auto nos escurrimos dentro de él jadeantes y sudorosos. Gimo exhausto y adolorido.

Había sido unas de las noches más intensas de mi vida, pero a la vez un asco.

Bufo mientras dejo escapar una sonrisa, que luego se convierte en una carcajada. Reflexiono sobre todo lo que sucedió al traspasar la noche.

Los vellos depilados, los muñecos decapitados, la afeitada de cabello, los dotes felinos de Meg, mi torpe caída y nuestra ridícula y penosa huida. Todo se ve tan patético una vez lo pienso y solo porque a la *rubia teñida* le dio sed de venganza.

—¿De qué te ríes? —reprocha confundida.

Mi risa se intensifica a lo que ella se une débilmente. Después de reírnos durante unos minutos ella me da un empujón.

—Ya párale. ¿Qué es tan gracioso?

Niego con la cabeza mientras tomo bocanadas de aire para reunir las palabras.

—Nada... nada. Solo recuérdame nunca jamás en mi vida cortar a una chica por teléfono, ¿vale?



#LecciónDelDía:

Es obvio. ¿No? ¿Acaso no te quedó claro?
Nunca en tu vida cortes a alguien por teléfono.

Tú no me importas, yo te importo

Capítulo 6

Ya han pasado unas semanas desde nuestro acto criminal.

La verdad, nada ha cambiado desde entonces. Carter y yo seguimos con nuestros incómodos intentos de ignorarnos que tanto agradezco. No quería que después de esa escapada todo cambiara y que de la noche a la mañana Carter y yo fuéramos los mejores amigos del mundo. Pero no voy negar que aquella noche algo cambió en nosotros, aunque solo haya sido durante un par de horas.

El odio que nos teníamos mutuamente lo apartamos para descargarlo sobre una sola persona, que por pura casualidad era mi exnovio. Ambos nos pusimos de común acuerdo para hacer sufrir a alguien, cosa que nunca creí que pudiera suceder. ¿Carter Crane y Meg Lennon un equipo criminal? ¡Ja! Hasta dentro de mi mente suena gracioso. Pero, después de todo, no fue nada tan grave como para cambiar nuestra forma de odiarnos. Él sigue siendo el mismo infeliz de siempre y yo la rubia a la que odia sin justificación.

Todo había vuelto a la normalidad.

Me encuentro desayunando en el jardín trasero de la mansión Crane que, por cierto, es muy elegante como el resto de la casa. No puedo dejar por fuera lo hermosa que es la mañana sabatina de hoy. La grama estaba muy bien cortada y el rocío mañanero hace que se sienta fresca bajo mis sandalias. Los arbustos esparcidos a lo largo del jardín cobran diferentes formas: como la de una bailarina de ballet, un caballo, un pez, una estrella y entre muchas otras. Estas fueron creadas por el talentoso Philip, el jardinero. Una fuente se planta en medio del jardín y el sonido del agua al caer llena el lugar junto al leve ruido del aire al mover las hojas. El ambiente matutino es fresco y no creo que pueda sentirse mejor.

Desayuno acompañada de mis ahora amigos: la carismática y guapísima Lupe y el divertido y humorístico Marshall. Durante toda la mañana Lupe nos

estuvo comentando sobre lo hermosa que es Latinoamérica y sobre su vida en el lugar en el que creció, creo es algo como... Cartagena en Colombia, no estoy segura. También nos estuvo enseñando algunas palabras típicas en español y la verdad creo que es un idioma muy lindo, elocuente y enigmático.

Por otro lado, yo, una *adulta novata* que escucha las lecciones de vida que cuenta el señor Marshall. Sin duda, Lupe y Marsh son dos adultos muy maduros. Espero algún día llegar a ser como ellos.

Tomo un poco de jugo de manzana y decido por fin abrir la boca.

—Una pregunta —pido y luego me saboreo los labios—. La verdad, me la he estado haciendo desde que llegué aquí. ¿Por qué tuvieron que contratarme a mí si tienen a Carter? —inquiero curiosa.

Él es unos años mayor que yo, ya está grande y creo que podría hacerse cargo de su abuelo. Por eso me pregunto cuál es la necesidad de contratar a una cuidadora.

El señor Marshall y Lupe se miran cómplices de algo que soy ignorante y luego ambos sueltan pequeñas risas.

—Muy gracioso, Meg —dice Lupe mientras simula limpiarse una lágrima.

—¿Qué tiene de gracioso? ¿Qué dije? —pregunto sin entender.

—Pues es más que obvio que Carter no es como tú, Maggie —suelta el señor Marshall a la vez que revuelve su café.

Noto cómo el semblante de Lupe cambia al oírlo llamarme Maggie. Sus gestos se oscurecen y su mirada se pierde durante unos instantes, pero luego sacude la cabeza para dirigirse a mí.

—Podríamos decir que Carter no es un chico muy responsable. Lo único que hace es quedarse dentro de su habitación y jugar videojuegos. Pocas veces sale con su odiosa novia y con el encantador Shawn, pero no es usual. Por eso Shawn siempre viene a visitarlo. Después de que salió del colegio les pidió a sus padres que le dieran un año sabático, para poder pensar bien y luego ir a la universidad. Pero la verdad no lo veo con intenciones de eso —niega con la cabeza en un gesto de lástima mientras aprieta sus labios.

A continuación, el señor Marshall toma las palabras.

—A los dieciséis, Carter tuvo un cambio drástico. Hace tres años él era un chico alegre, de buen carácter, con humor, obediente y le encantaba salir con sus amigos y la novia que tenía para entonces. Antes solía tener novias y

amigos por doquier —sonríe con el recuerdo—. Pero todo eso cambió cuando cumplió dieciséis. Se volvió malhumorado, odioso, irrespetuoso, grosero y todo lo que ves en él. Cuando llegaba del colegio se encerraba en su habitación al igual que ahora y se la pasaba jugando con esa máquina. Dejó de salir y terminó con su novia. No hacía su tarea y no tengo idea de cómo llegó a graduarse.

»La verdad, nadie nunca supo qué causó ese repentino cambio en él. En un momento estaba de fiesta y en unos pocos días ya estaba encerrado en el búnker de su habitación. Sus padres intentaron ayudarlo con un psicólogo y conversaciones íntimas, intentaron lo mínimo, pero lo único que causaron fue que Carter se encerrara aún más dentro de su caparazón —suspira—. Aún seguimos sin entenderlo. Decidimos aceptar que esa sería su nueva forma de actuar. Pero aún sigo creyendo que en alguna parte mi nieto de hace tres años está encerrado allí dentro del monstruo que hay ahora —expresa el anciano con resentimiento.

Proceso todo lo que me han dicho y decido guardar aquella información en mis archivos mentales, en una carpeta que llamaré «¿Por qué Carter es un gruñón?». Esa es información importante que debo recaudar para no meter la pata en ningún momento.

Entonces alguna vez existió un Carter Crane divertido y amistoso. Vaya, vaya, eso suena muy interesante... ¡JA! Se me hace totalmente imposible imaginarlo.

—¡Wow!, no tenía ni idea —fue lo único que logré decir antes de terminar mi último trago de jugo de manzana.

El señor Marshall suelta otro suspiro entristecedor.

—A veces solo quisiera que mi nieto dejara de ser alguien tan inmaduro e irresponsable. ¡Míralo! ¡Es un completo vago dentro de esas cuatro paredes! Un inútil que no piensa en un futuro —empieza a subir su tono de voz—. Quisiera que Carter se vuelva un hombre por fin, alguien coherente y que se dé cuenta de que allá hay un mundo que está esperando que él dé un aporte para esta bendita sociedad ¡Por Dios! Si él solo fuera como tú, todo sería más fácil —finaliza con un gesto emotivo.

—¡Pues gracias, abuelo! ¡Gracias por dejarme en claro lo que soy para ti! Un completo inútil, ¿no?

Todos volteamos en dirección a la casa. Una voz surge desde arriba, aquella

que nos había gritado a los cuatro vientos aquellas palabras. Alzo la vista y hago una visera con mis manos para obstruir los rayos del sol sobre mis ojos.

Entonces lo vi.

Carter se encuentra en el balcón de la segunda planta aferrado al refinado barandal mientras nos fulmina con odio. No tengo idea de cuánto tiempo lleva allí, pero por lo que veo puedo suponer que escuchó toda nuestra conversación. Se ve muy furioso.

—¡Yo como ella?! —me señala desde lejos y suelta una cruel carcajada— ¡Suéñalo, viejo! —sigue riéndose sin ninguna pizca de vergüenza, debo admitir que en un punto llega a sonar algo cínico.

Ruedo los ojos, aunque no creo que haya podido notarlo desde la distancia, pero no me importa.

—¡Oh, vamos, Carter, siempre has sabido que esa es mi opinión sobre ti, hijo! ¡Sabes que no estoy orgulloso de quién eres y creo que tú tampoco! ¡Solo quiero lo mejor para ti! ¡Que seas alguien mejor! ¡Que...

—¡Bla, bla, bla! ¡Mentiras! ¡Acabas de dejar muy claro que soy una total basura! ¡Creo que no hay más nada que decir!

—¡Pero Carter...!

Y entonces él suelta la costosa baranda del balcón, se da la media vuelta y cierra la puerta con un fuerte estruendo tras de sí dejando al señor Marshall con las palabras en la boca. Me parece algo muy grosero de su parte. Pero también puedo entenderlo de alguna manera.

Veamos... Que una chica como yo, que soy insignificante y tonta para él, le diga que es un *total inútil* tal vez no tenga relevancia alguna y quizás ni siquiera le afecte. Pero que te lo diga tu propio abuelo es algo muy diferente. Trago incómoda y regreso mi vista hacia ellos.

—Yo... lo siento mucho Maggie, no fue mi intención que él, pues... ya sabes —se excusa nervioso.

—No se preocupe, señor Marshall. Usted solo dio su opinión... que no es tan diferente a la mía —le guiño un ojo.

Nos empeñamos en terminar el resto del desayuno hasta que el resonante ruido del timbre se esparce por toda la casa como siempre.

—¿Puedes ir, Meg? Tengo que llevar los platos a la cocina —pide Lupe mientras se coloca de pie y recoge los utensilios.

—Seguro —me levanto y me introduzco dentro de la casa.

Caminé con pasos rápidos hasta el salón principal y me detengo frente a la puerta.

—Buenos días y bienvenido a la mansión Crane. En que podemos serv...

¿Por qué esto me sucede a mí?

Vamos, no puede ser verdad.

Me quedo estática bajo el umbral como una pilastra, literalmente. No puedo mover ni un solo centímetro de mi cuerpo, es como si me hubiera congelado en la Era del Hielo. Mis ojos se abren y mi respiración se detiene. Mis manos empiezan a sudar y todo alrededor parece dar vueltas por unos segundos. Mi vista está puesta sobre él sin intenciones de apartarla y viceversa. La mía mostraba temor y la de él ira y diversión. Su tonalidad de cabello está baja como esos cortes que se hacen los marinos y creo que algo por mis adentros se burla a carcajadas. En sus brazos aún se notan algunas marcas de su involuntaria depilación. Me limpio el sudor que se ha acumulado en la zona de mi inexistente bozo con el lomo de mi mano y junto el valor para hablar.

—Tú... tú... qué... ¿Tú qué haces aquí? —y fuera mi mente esas palabras sonaron patéticas.

—Oh. ¿Qué sucedió con esa linda bienvenida? ¿Qué paso con la sonrisa? De acuerdo, no importa. Quise venir a darte una pequeña visita, preciosa — me guiña un ojo con sarcasmo y de pronto siento cómo una gota helada de sudor baja por mi espina dorsal dejando un húmedo y frío camino.

—¿Cómo conseguiste mi dirección? ¿Quién rayos te dijo que estoy aquí?

—Eso es lo de menos, linda —todos sus apodos románticos caen sobre mí como una sentencia de muerte, ni siquiera cuando éramos novios él me llamaba de esa manera—. Fui a tu casa y tu amable tía Wendy me dijo que estabas trabajando en la casa de Carter Crane —al decir su nombre sonrío duramente—. Vaya, vaya, qué bonita casa —me empuja hacia un lado y entra sin permiso alguno—. Por cierto, creo que deberías actualizar a tu tía de que hemos terminado —hace un ridículo mohín.

—Ryan, déjate de juegos. Sal de aquí, por favor, estoy trabajando y no quiero problemas —le pido entre dientes. Él suelta una gruesa y seca risa.

—Eso tuviste que haberlo pensado antes de hacerme esto —se toma la vasta del pantalón y la alza, mostrándome su despejada pierna. Aprieto los labios

con fuerza conteniendo una carcajada. Me duele admitir que tiene piernas más bonitas que yo.

Meg eres toda una mente maestra.

—¿Por qué tendría que hacerlo cuando tú entraste a mi casa y destruiste toda mi belleza? —se señala abarcando todo su cuerpo—. ¡Eres solo una niña inmadura, Megan!

—Vale, entonces esta niña inmadura quiere que salgas de aquí —señalo la salida como un amo dándole órdenes a su perro.

—Claro que lo haré, pero primero... —levanta su dedo índice, se acerca a un jarrón que está cerca de la escalera y lo toma entre sus manos, acariciándolo con una mirada enfermiza—. Cobraré algunas cuentas.

—Ryan, deja eso porf...

Crack.

Lo estrella contra el piso y los retazos de vidrio se esparcen por el suelo. El ruido recorre la casa en un eco y yo cierro los ojos queriendo desaparecer. Esto podría costarme mi trabajo. ¡Ya he roto dos jarrones desde que llegué! Si seguimos así muy pronto no habrá dónde poner flores en esta miserable mansión.

No puedo correr el riesgo de perder mi trabajo, tengo que ir Louisville, tengo que hacerlo y no puedo permitir que alguien como Ryan se interponga en mi camino. Abro los ojos y tomo valor para enfrentarlo. Paso por encima de los pedazos de vidrio y me coloco frente a él quedando reducida al tamaño de una hormiga. Le doy un fuerte empujón causando que se tambalee débilmente.

—¡Vete de aquí! Podemos solucionar esto en otro lado, si eso es lo que quieres —en un patético intento de volver a empujarlo, tropiezo.

Ryan me alcanza entre sus musculosos brazos y me sostiene. Cuando estuve de pie, él toma mi delgado brazo y lo aprieta con una fuerza sobrenatural deteniendo la circulación de sangre por mis inexistentes bíceps. Me acerca a su cuerpo peligrosamente y me susurra muy cerca del rostro demostrando que él es el que tiene el control sobre la situación. Se humedece los labios.

—Fuiste toda una ilusa al creer que podías ir a mi casa y hacerme todas las asquerosidades que hiciste, Lennon. Todo en esta vida tiene un costo, y creo que tú debes pagar por lo que me has hecho —alza una de sus gruesas cejas.

—¿Y qué con lo que tú me hiciste a mí, baboso?! ¡Fuiste toda una nenita al no tener el valor de venir y cortarme en la cara! ¡O qué?! ¡Creíste que podrías terminarme por teléfono y dejarme plantada sin salir ileso?!

—Tuve mis razones —se excusa entre dientes.

Suelto una amarga carcajada y con mi brazo libre le doy un fuerte golpe en el pecho que ni siquiera parece percibir.

—¿Razones?! ¡Qué razones tendría alguien para hacer lo que tú me hiciste?! Eres un ton... ¡Qué rayos haces Dhamuel?! —grito sobresaltada al notar que él, en un ágil movimiento, me había alzado en el aire colocando mi abdomen sobre su hombro, cargándome como si fuera un saco de patatas.

Aprieta sus brazos sobre mis piernas impidiéndome patear contra su torso. Desde donde estoy tengo una espectacular vista a su trasero, lo cual no es nada cómodo. Doy fuertes puñetazos atinando a su espalda varias veces mientras pido auxilio.

—Nos vamos de aquí, Megan —dice mientras se da la vuelta hacia la salida brindándome ahora una vista del interior de la casa.

Observo mi difuminado reflejo sobre el piso de mármol. Admiro mi aterrorizado rostro y cómo mi dorado cabello cae hacia delante de mí, lo que crea una cortina sobre mi visión.

—¡Te juro, Dhamuel, que te vas a arrepentir de esto si no me sueltas en este momen...!

—¿Qué está sucediendo?! —un rayo de esperanza se apodera de mí al reconocer su voz.

Comienzo a gritar aún más fuerte que antes.

—¡CARTER! ¡Ayúdame!

Con un doloroso esfuerzo alzo mi vista para observar a Carter a través de la cortina de cabellos rubios. Está bajando las escaleras con rápidos saltos hasta llegar a nuestro nivel. Su rostro está desencajado en confusión.

—¿Meg?

—¡Sí! ¡Ayúdame! —el cuerpo de Ryan vuelve a girar por segunda vez ahora brindándome vista hacia la salida y con mi trasero apuntando hacia Carter.

Por suerte hoy me puse vaqueros y no un vestido veraniego corto como tenía pensado. Si no, esta situación se habría tornado un poco más

vergonzosa. Escucho la conversación a mis espaldas.

—Oh, hola Crane. Un gusto verte otra vez —saluda Ryan con su característico sarcasmo.

—Suéltala ya —pide Carter.

—Eso lo dudo, amigo.

—Si no lo haces, me veré obligado a hacer algo que no quieres que haga.

—¿Golpearme? —bufa—. Inténtalo —reta mi opresor con arrogancia.

—¿Podrías volverte un hombre de una vez por todas, Dhamuel?! —grito desde mi puesto.

—Deberías hacerle caso —me apoya Carter desde su lado.

—¡Ya cierren la boca am...! ¡AHG!

Aprovecho el momento en el que Ryan se distrae para aflojar una de mis piernas y con ella darle un merecido golpe en la entrepierna. Inmediatamente, él soltó un grave quejido acompañado de maldiciones. Se desploma en el piso de rodillas en un acto de dolor, lo que dejó mis pies al alcance del suelo. Cuando por fin recupero mi compostura y me coloco firme, le doy un golpe con los nudillos, lo que causa que mi mano arda. Pero para entonces Carter ya se estaba abalanzado sobre él con golpes. Él me aparta con una de sus manos y empieza a golpear a Ryan con agresividad, a lo cual yo no me opuse. Le pateo varias veces las costillas y le rompe el tabique.

Tuve que detener a Carter cuando la sangre había empezado a derramarse desde su nariz y otras partes. Tomo a Carter por su camiseta y lo atraigo hacia mí, rodeo su torso con mis brazos manteniéndolo lejos del adolorido cuerpo de Ryan. Siento su abdomen subir y bajar con fuertes agitaciones a causa del jadeo. Contando también que puedo sentir sus marcados abdominales bajos su camiseta, pero decido ignorarlos por mi bien.

—¿Qué haces? Suéltame —toma mis manos que se encuentran entrelazadas en su torso y la suelta de un fuerte jalón, quedando libre.

Se volvió a acercarse a Ryan pero esta vez no es con intenciones de pegarle, sino más bien con amenazas. Hizo que Ryan se arrodillara frente a él y luego lo tomó del cuello de su camiseta. Se inclina para quedar cara a cara con él y luego pronuncia las siguientes palabras:

—Ahora te recomiendo, querido amigo, que te vayas de mi casa y no vuelvas... si no quieres que te rompa todo lo que se llama estructura ósea —

entona cada sílaba sutilmente.

Ryan solo lo fulmina y sin previo aviso escupe sobre el rostro de Carter, quien tropieza hacia atrás mientras se limpia la cara y suelta un insulto.

Restriega las palmas de sus manos sobre su cutis. Ryan se coloca de pie y empieza a caminar hacia la salida tratando de ocultar los efectos de la paliza que le acaba de dar Carter. Cojea un poco y antes de salir se detiene.

—Escúchenme bien, voy a volver... y esta vez no estaré solo. No crean que se saldrán con... —es interrumpido antes de culminar, ya que para entonces Carter se ha tomado el trabajo de empujarlo fuera y cerrarle la puerta en la cara, fue un portazo que estremeció toda la mansión.

—Zoquete —susurra por lo bajo mientras caminaba de regreso a las escaleras para encerrarse nuevamente en su caverna llamada habitación.

Pero antes lo detuve.

—Carter —lo llamo.

—¿Qué? —responde secamente mientras se gira algo exhausto.

Vacilo.

—Yo... creo que... —exhalo— Gracias por defenderme, en serio, fue muy... generoso de tu parte.

¿Generoso? ¿En serio? ¿Quién rayos crees que es? ¿Obama?

Él se detiene a observarme durante unos instantes con una mirada en blanco, sin mostrar ninguna mínima expresión y por alguna razón siento que lo he arruinado. Me observa unos segundos más antes de soltar una profunda carcajada que me desconcierta por completo. Se apoya del barandal para sostenerse, ahogado por la risa. Luego me mira divertido y suelta pequeñas risotadas.

—¿Tú creíste que te defendí? —bufa—. Para nada. No te confundas, Lennon —volvió a reír.

—¿Qué? ¿Qué es tan gracioso?

—Mira, yo no te defendí. La verdad, me importa un comino lo que te suceda —se humedece los labios y alza débilmente una ceja—. Lo único que hice fue largar a un zopenco, que creyó que podía venir y hacer lo que quisiera en *mi* casa, en lo cual estaba muy equivocado. Realmente me hubiera gustado que te largaras con él, pero luego estaría en problemas legales si se trataba de un secuestro, luego me acusarían de cómplice y ya sabes —me

brinda una sonrisa hipócrita—. Solo dejémoslo claro... tú no me importas y yo te importo, pero finges que no lo haces —me toma de una mejilla y la estruja entre su dedo pulgar e índice como lo hacen las abuelas.

Luego suelta otra de sus risas y comienza a ascender.

—Bien. Espero que el resto de tu día se igual de agradable que tú, Carter — dije recurriendo a mi sarcasmo.

La verdad me siento totalmente humillada, ofendida, tonta y principalmente ilusa al creer que alguien como este tipo podría «defenderme».

Creo que con todo esto que ha sucedido, Carter Crane ha ascendido al puesto número uno en mi lista negra. Nadie nunca jamás ha podido hacerme sentir de esta manera en la que me estoy sintiendo en estos momentos. *¿Cómo alguien puede hacerte sentir atraída e irritada al mismo tiempo?* Porque lo cierto es que Carter se ve muy pero muy atractivo mientras sube las escaleras. He ignorado ese toque galán gracias al odio que le he mantenido, pero en estos momentos se está dando a florecer sin dejar aparte cuanto lo odiaba. La forma en la que su brillante cabello castaño se encuentra desordenado, aquella maña de lamerse los labios inconscientemente, su elegante perfil que muestra su mejor ángulo desde mi perspectiva.

De repente, todo en él se vuelve atrayente para mis ojos.

—Yo también te odio, Meg.

Y ¡bup! La burbuja en la que estoy explota.



#LecciónDelDía:

Si vas a hablar de alguien a sus espaldas,
asegúrate de que no te esté escuchando desde el balcón.

Palabras mortales

Capítulo 7

Hoy es una noche fría y, casualmente, yo traigo puesto un vestido holgado con estampado de flores que provoca que el aire se cuele dentro de la tela y ventile toda mi masa corporal. Opto por cerrar la ventana de la habitación de Marshall donde me encuentro. Todas las noches lo acompaño a la cama para asegurarme de que esté bien y de que se haya tomado sus pastillas.

Lo observo tragar el pequeño óvalo blanco que segundos atrás se encontraba en la palma de su mano y, a continuación, lo veo tomarse el vaso de agua de un solo trago. Siempre he creído que ese es una dote que solo los hombres tienen. El día que encuentra a una mujer que haga eso le diré que me adopte como su hija.

—¿Algo más, Marsh?

No recuerdo cuándo o por qué, pero en algún momento él me dio el permiso de llamarlo «Marsh» y no «señor Marshall».

—No, estoy bien. Gracias, Maggie —creo que ya me he acostumbrado al apodo.

Asiento y luego lo ayudo a cubrirse con el edredón hasta los hombros. En un momento él me toma desprevenida y sostiene mi mano, a la vez que me brinda su arrugada pero sincera sonrisa.

—En serio, gracias —vuelve a repetir.

—¿Por qué? —frunzo el entrecejo.

—Pues... por estar aquí siempre. Las otras cuidadoras eran unas holgazanas. Pero por lo menos tú me escuchas, aunque solo sea parte de tu trabajo y tal vez lo hagas por dinero.

No lo sé, pero me siento ofendida.

—Oh, no digas eso, Marsh. Eres una gran persona, la verdad, y te admiro mucho. Si estoy haciendo esto por dinero, es por cumplir un sueño.

Sinceramente, tus historias me parecen muy divertidas —me encojo de hombros—. Eres alguien grandiosamente grandioso —cito la primera frase que se me viene a la mente.

Marsh suelta una pequeña y gruesa risa haciendo que las arrugas de su frente y ojos se marquen, a la vez que sus hombros se sacuden. Siento su piel suave y elástica acariciar mi joven mano. Y me tomo un momento para admirar aquella escena. Definitivamente, cuando llegue a ser vieja quiero ser como este señor.

Me pregunto: ¿qué tantas historias pueden haber detrás de esas canas? ¿Qué tantas aventuras cuentan esas arrugas? ¿Qué tantas experiencias pueden contener estas personas adorables llamadas abuelos? Creo que la respuesta siempre será una incógnita.

—Buenas noches, Marsh —me despido y me suelto de su mano para acercarme al interruptor.

—Hasta mañana, Maggie —dice y se esconde debajo del edredón.

Apago la luz y salgo de su cuarto con una leve sonrisa. Si no fuera por Carter, este trabajo sería el mejor del mundo. Suspiro y comienzo mi recorrido hacia las escaleras para ascender a mi habitación.

Paso frente a la cocina, donde las luces están apagadas, al igual que en toda la casa, pero a medida que voy avanzando un ruido se vuelve cada vez más intenso.

A lo lejos en el pasillo veo una tenue luz proveniente del salón principal. Se puede ver reflejada en el piso de mármol y en las paredes claras de la casa. Cambia de tonalidad con cada sonido de... armas y carros. Primero violeta, luego azul, luego marrón, luego celeste y así prosigue. Me acerco con cautela y el repiqueteo de unos disparos se intensifica haciendo que mi corazón lata al ritmo de cada tiro. El arma se recarga y sigue con su masacre, el ruido es retumbante y por poco me siento en la misma guerra.

Me asomo cuidadosamente por el marco de la entrada desde donde puedo ver toda la escena.

Carter se encuentra tirado sobre el gran sofá del salón con un mando en sus manos. En la pantalla inmensa del televisor se refleja la escena del videojuego, donde el jugador principal —quien supongo que es Carter— se dedica a matar a otros con un arma de no sé qué tipo. Sí, lo sé, mi padre está

sirviendo la Fuerza Armada de los Estados Unidos y ni siquiera sé cómo se llama una inservible arma.

Me acerco sin hacer el más mínimo ruido y me coloco detrás del sillón justamente a las espaldas de Carter. Observo su cuerpo recostado sobre los cojines de manera ordinaria. El sofá está lleno de empaques de chucherías y latas de soda que ahora se encuentran vacías.

Por eso Lupe tiene tanto trabajo, concluyo.

Observo su partida en total silencio, veo cómo sus pulgares controlan el mando con total destreza como si fuera otra extremidad de su cuerpo. Se ve tan concentrado y su cabello está hecho un total revoltijo. Hasta el momento no ha notado mi presencia en el lugar. Por todos los cielos, ¿por qué jamás había notado lo sexy que es?

Esperen... *¿Qué rayos acabo de decir?* Me doy un zape mental.

Llega un momento en el que el personaje de Carter está apuntando a un objetivo en especial. Un soldado que parece ignorar que Carter estaba allí detrás de un muro, observándolo a menos de cinco metros mientras le apuntaba con un arma. Vacila varias veces, parece estar pensándolo mucho. Se está tomando su tiempo, está analizando la situación. Pero la verdad no hay mucho en qué pensar.

—¡¿Qué esperas?! —exclamo impaciente.

Carter salta fuera del sofá, sobresaltado. Lanza el mando al piso en un acto reflejo y pateo algunas latas de soda en el camino, tropezando algunas veces. Se voltea para mirarme con los ojos muy abiertos. Jamás lo había visto así de... asustado. Al caer el mando, hace que el personaje dispare, lo que claramente falló, y causa que el soldado se dé cuenta de la ubicación de Carter y corra a matarlo con un ágil tiro.

Las maldiciones nacen de la boca de Carter, como los versos salen de la boca del poeta. Lo miro sorprendida y asustada al mismo tiempo. No creí que alguien se pudiera tomar los videojuegos tan en serio. Pateo el mando furioso y luego me mira. Por poco y veo las llamas arder en sus pupilas como en las caricaturas. Creo que he desencadenado al dragón salvaje dentro de Carter, el cual está a punto de asesinarme.

Trago, opto por defenderme.

—Yo... lo siento —me disculpo.

Soy tan patética.

—¿Lo sientes?! ¿Qué se supone que tienes en la cabeza? Oh, disculpa, casi lo olvidaba. Es cierto que eres rubia —hace un mohín de lástima—. ¡Estaba a punto de matar a un mugroso soldado, pero viniste a arruinarlo todo! Era la jugada perfecta, pero la rubia teñida tenía que hacer su aparición. ¡¿Es que no puedes ir a fastidiar a alguien más?! ¡Eres una inútil oxigenada! ¡Consigue una vida, yo no sé! ¡Pero aleja tu estúpido cabello dorado de mí! ¿Quieres? ¡AGH!

Las lágrimas se acumulan en el borde de mi párpado inferior, atentando con desbordarse y dejarme romper en llanto, pero las retengo. No pienso darle el gusto de verme llorar. Un nudo se ha atorado en mi garganta y con cada insulto se cerraba aún más. Encima mi labio inferior tiembla sin poder controlarlo. Nadie jamás en mi vida me había hablado de esa manera. La verdad, se siente horrible que te describan de esa manera.

Se me escapa un sollozo enmudecido, una llaga se quema dentro de mí. Lo odio, odio a este torpe bastardo como a nadie. ¿Cómo se atreve a llamarme de esa manera? Sé que me ha ofendido de muchas formas, pero ninguna se podía comparar a esta vez. Me ha gritado como si fuera un animal sin sentimientos, incluso me sentí intimidada en un momento. Quizás no me vea como la chica dramática que llora por todo, pero como todas las chicas yo tengo sentimientos que pueden ser heridos con el mínimo toque. Odio estar llorando porque Carter Crane me haya herido. Porque en mi mente lo que acaba de decirme no me importa, pero siempre hay otra parte que se opone al razonamiento.

Al notar mis lágrimas, su rostro se suaviza con arrepentimiento. Sus cejas se relajan y sus labios se separan sorprendidos. Sus gestos muestran total culpabilidad y lo odio por eso. Se pasa una mano por el cabello con desesperación. Deja de estar en un estado furioso a pasar a un estado compasivo. Es parecido a cuando un líquido pasa a un estado gaseoso directamente. Pero no, yo no quiero su compasión. No quiero que él se sienta culpable por lo que ha dicho, no quiero nada de él.

—Megan yo...

—No, no lo digas —lo detengo con un hilo de voz.

No quiero que se disculpe.

Sin más espera me doy la vuelta para salir del salón. No quiero verlo.

Quiero que Carter Crane desaparezca de la faz de la Tierra y poder vivir en paz de una vez por todas. Nunca me imaginé que cuando se referían a la frase «Lucha por tu sueños» significaba esto. Porque si es así, entonces es una de las cosas más difíciles que hay. Si luchar por mis sueños significa ser humillada de esta manera, entonces luchar es un asco. Ir a Louisville saldría más costoso de lo que esperaba.

Intento avanzar y salir de allí, pero él se interpone entre yo y la salida obstruyendo mi paso. Lo miro fulminante a través de las lágrimas y pude ver su ceño fruncido con dolor. Trato de apartarlo, pero él me toma de los brazos, lo que causa que se me zafe un nervio. Me saco sus manos de encima y le doy un golpe en la mandíbula con mi puño cerrado, lo que creo que me dolió más a mí que a él. Me acaricio discretamente la mano para alivianar el dolor.

—No me vuelvas a tocar en tu asquerosa vida —lo amenazo.

Él se acaricia el mentón sorprendido, pero aun así no se aparta del camino.

—Meg, yo lo siento de verdad. No quise herirte, por favor solo...

—¡Cierra la boca! ¿Qué te hace creer que estoy herida? —exclamo ahora enojada—. ¿Puedes quitarte? Necesito irme.

—No hasta que me escuches —replica y entonces siento la sangre arder en mi rostro de la cólera. Lo empujo en un intento de apartarlo y desaparecer de su presencia.

—Eres un...

Antes de dejarme decir una sola palabra más, sin previo aviso me envuelve en un fuerte y persistente abrazo. Me inmoviliza colocando sus brazos sobre los míos y asegurando el agarre con sus manos que se encuentran en la parte baja de mi espalda. Coloca su barbilla en mi hombro, atrapando mi rostro en su clavícula donde puedo sentir su somnífera colonia. Estoy atrapada por sus fuertes pero no musculosos brazos que impiden moverme. Protesto, pero él no parecía tener intenciones de soltarme. Luego empieza a susurrar palabras en mi oído que me causaban odiosos cosquilleos que decido ignorar.

—Meg, tienes que perdonarme. Lo acepto, me pasé. Yo no quería decirlo...

—Pero lo dijiste —reprocho con dificultad desde donde me encuentro.

Mi rostro está contra su clavícula gracias a mi diminuta altura, comparada con la de él, lo cual impide mi vocalización al hablar. Prácticamente me he escuchado como cuando hablas con una almohada sobre los labios.

—Lo sé y te pido perdón por eso. Yo puedo ser el tarado más grande del mundo, pero...

—Sí, lo eres —intervengo para demostrar que estoy de acuerdo con su afirmación.

—¿Piensas dejar hablarme?

—No.

—De acuerdo, ¿dónde estaba?

—En que eres el tarado más grande del mundo.

—Cierto. Puede que yo sea el tarado más grande del mundo, pero jamás quise herirte. Sé que soy un imbécil, merezco que me odies y muchos más. Eres rubia y te odio, pero tampoco quise ser el cretino que fui. Solo perdóname, te lo suplico. La verdad, había esperado meses por conseguir una partida como esa y tú apareciste, lo arruinaste todo y perdí el control. Estoy arrepentido y necesito que me perdones, porque si no lo haces yo tampoco podré perdonarme a mí mismo por ser tan idiota. ¿Qué dices?

—No. Eres veneno para mi sangre y te odio —digo aún atrapada entre sus brazos.

—Ya lo sé. Pero solo acepta mis disculpas. Si no, me veré obligado a hacerte cosquillas.

—Lo haces y te patearé en donde no quieres que lo haga.

—De acuerdo, no lo haré. Pero discúlpame, ¿quieres?

—No, no quiero.

—¿Qué quieres que diga para que me perdones? Esas han sido las palabras más profundas que han salido de mi boca. Ni siquiera en mi graduación dije palabras como esas.

—Quiero que me sueltes y desaparezcas de mi vida.

—Sabes que no puedo hacer eso —se acurruca aún más en mi hombro, haciéndome sentir algo que realmente no puedo explicar en estos momentos.

Luego rompo en sollozos absurdos. Porque he caído en su sucio juego. Porque mi mente lo sigue odiando, pero mi corazón lo ha perdonado. Por ser tan crédula e ingenua. Porque sé que él me va a volver a herir. Humedezco su playera gris con mis mocos y sollozo sobre su pecho. Mi cuerpo se sacude con pequeños espasmos.

—¿Estás llorando? —no respondo—. Vamos, no llores —me da pequeños

golpecitos en la espalda intentando consolarme.

—¿Sabes cuánto te odio? —digo entre lágrimas. Por fin él me aparta de su cuerpo tomándome por los brazos y me obliga a mirarlo a los ojos. Aún puedo sentir el aroma exuberante de su colonia sobre mis fosas nasales.

—¿Mucho? —vacila—. De acuerdo, ódiame. Pero solo te pido que me perdones, ¿vale?

—Si lo hago, ¿me dejarás en paz? —cuestiono, aunque ya lo haya perdonado.

Él asiente.

—De acuerdo —cedo duramente.

Aparto mi vista de su encantadora mirada miel. A continuación, hay un muy pero muy incómodo silencio.

—¡Uish! —exclama para romper el hielo—. Creí que jamás lo lograría —me suelta y se acomoda el cabello hacia atrás en un intento fallido—. Vaya que te haces de rogar, Lennon. Te pasas.

¿Pero qué rayos le sucede?

Me limpio la humedad en mis mejillas con grandes manotazos y lo observo con resentimiento.

—¿Quieres jugar? —me invita y se vuelve a lanzar sobre el sofá, después de haber recogido el mando.

¿Cómo puede actuar tan normal después de lo que acaba de suceder?

—Yo creo que no —niego.

—Ven, vamos. Si quieres, solo observa —me hace un ademán para que me siente junto a él. Realmente no sé cómo, pero de un momento a otro me encuentro sentada en un extremo del cómodo sofá con Carter del otro lado, afortunadamente ambos separados por una gran distancia.



#LecciónDelDía:

Procura jamás meterte con un chico y sus videojuegos.

Un arma, un disparo

Capítulo 8

Observo cómo juega su partida mientras ambos guardamos silencio. Cruzo mis piernas y brazos, mis labios parecen estar sellados. Lo miro de reojo algunas veces para ver sus gestos al jugar y durante un momento parece haberse olvidado de mi presencia. Mis ojos se mantienen en la pantalla la mayor parte del tiempo, pero mi mente se encuentra en blanco preguntándose qué rayos hago aquí. Puedo sentir cómo él también me lanza miradas por el rabillo del ojo, pero de inmediato regresa la vista a la pantalla para seguir combatiendo. Nos mantuvimos así durante un largo rato hasta que aburro y decido irme.

Intento colocarme de pie, pero él, al ver mi acto, hace un ágil movimiento que me toma por sorpresa. Suelta una mano del mando y me toma por el brazo deteniéndome, mientras que con la otra mano sigue jugando con los ojos pegados al televisor.

—Espera —dice muy concentrado y con los ojos abiertos.

Gracias al impulso que hice al levantarme mi trasero cae de vuelta en el sofá y, al aterrizar, provoca que rebote sobre mi asiento. Carter está a punto de matar a su oponente y, cuando por fin lo logra con un solo botón que en el juego fue ejecutado por un fuerte disparo, entonces se corona victorioso en esta partida.

Satisfecho, suelta un suspiro y se sienta muy cerca de mí —cuando me refiero a cerca significa que nuestros hombros y rodillas han entrado en contacto—, se recuesta contra el respaldo del sofá, exhausto, y seguidamente lanza el mando al otro extremo donde hace segundos se encontraba sentado. De pronto su mirada se posa sobre mí, pero yo la evito a toda costa, miro mi regazo sin tener el valor de observarlo otra vez a esos ojos miel.

Esta vez deja salir el aire por la boca.

—Sigues enojada, ¿cierto? —cuestiona.

Levanto el rostro y entro en un trance durante unos segundos. La tenue luz del salón junto a las luces de la pantalla del televisor causan un efecto casi irreal sobre el atractivo rostro de Carter. Las sombras parecen haberse adueñado de cada rasgo de su piel, exhibiendo cada mínimo detalle que conforma su agraciado perfil de adonis.

Creo que debería dejar de referirme a Carter con adjetivos como encantador, guapo y atractivo, ya que se supone que lo odio, pero es inevitable.

—¿Cómo quieres que no lo esté? —demando tratando de no sonar demasiado seca, pero fallo.

—Dije que lo siento, ¿de acuerdo?

—Créeme, te escuché fuerte y claro.

—¿Entonces por qué sigues así?

Me muerdo el interior del labio, sintiéndome ahogada por la situación incómoda.

—Porque tengo miedo de que todo lo que dijiste sea lo que aparento ser... —empiezo a alterarme— Y si es así, no tengo idea de qué rayos hice para que me vean de esa manera. Yo no soy una rubia inútil, no quiero que las personas crean que...

—Meg, Meg, cálmate. Para que te quede claro, no me agradas. Que yo te odie, no significa que todo el mundo lo haga. Mira a mi abuelo, él cree que tú eres su ángel guardián. Ese viejo te adora.

Me encojo en mi asiento, ahora cohibida.

—Ese es el punto... Tú me odias y yo te odio, ¿cierto?

—Muy cierto —afirmo y sonrío ante lo absurdo que ha sonado eso.

—Entonces repite después de mí: no me importa...

—No me importa... —repito por alguna razón, lo miro con el ceño fruncido.

—Lo que la puñetera gente...

Lo observo durante un segundo en silencio, luego repito— Lo que la puñetera gente... —ya no estoy segura de lo que estoy haciendo.

—Diga de mí...

—Diga de mí...

—Además, Carter es muy guapo.

—Además, Carter es —me detengo al darme cuenta de lo que estaba a punto de decir—... un idiota —concluyo.

Él hace un puchero y seguidamente suelta una profunda carcajada a la que me uno. La tensión del momento desaloja mi cuerpo y ahora me encuentro disfrutando de lo placentero que es reírme de estupideces como las que acabo de decir. Hice varios intentos de sofocar mi risa, pero es inútil.

Me vuelvo hacia él y, sin previo aviso, nuestros rostros se acercan demasiado, sobrepasando los límites de espacio personal establecidos. Nuestras narices se rozan, la de él está fría. Sin consultar, ambos cerramos nuestros labios silenciando las risas. Un silencio forastero se instala en el salón, lo que nos permitió meditar sobre nuestro siguiente movimiento. Trago con dificultad al sentir su aliento mezclarse con el mío. Intento moverme, pero me he quedado de piedra.

Su mirada tóxica y azucarada me ha seducido sin consideración alguna. Me detuve a pensar cómo se verían mis ojos desde su perspectiva, tal vez de un tono verde cercano a la luz del semáforo y mis pupilas quizás estén débilmente dilatadas a causa de nuestra cercanía. No sé en qué momento, pero me doy cuenta de que estoy reteniendo todo el oxígeno restante en mis pulmones.

—¿Maggie? Me ha estado doliendo el trasero hace unas cuantas semanas, tal vez sea la vejez, pero no estoy seguro. Tal vez me puedas cantar esa canción... ¿Cómo dice?... Sana, sana, colita de rana, si no sana hoy, sanará mañana...

La voz de Marshall aparece en el salón sin previo aviso y, como es de esperarse, Carter y yo nos separamos como si fuéramos imanes repeliéndose a causa de su misma polaridad.

Miro hacia la entrada del salón donde se encuentra Marshall apoyado de su bastón y, por lo que puedo ver en su rostro, he de apostar a que nos vio en aquella incómoda escena. Marsh nos brinda una sonrisa pícaro y con sus cejas en alto como si nos estuviera insinuando algo. Al verlo no pude evitar sonrojarme de la vergüenza, aunque también reírme, ya que su expresión era muy graciosa.

Giro hacia Carter, quien admira el piso con un gesto avergonzado, a la vez que se rasca la nuca incómodo y, para mi sorpresa, también está levemente sonrojado. ¡Alguien que me pase una cámara, hay que captar esto!

—Ouh... ¿Interrumpo algo? —dice Marsh fingiendo no entender la situación. Siento el sarcasmo en su tono.

—No. Nada —Carter responde demasiado rápido, sobresaltado de tono.

—¿Seguro?

—Sí. Muy seguro, abuelo —ahora suena enojado. Se acomoda el cabello hacia atrás con una mano y hace que sus mechones vayan en una sola dirección— ¿Qué quieres? —entona con sequedad.

—Quería ver si Maggie no estaba ocupada. Se me antojó algo de leche y quería pedirle el favor de...

—¿Puedes dejar de llamarla Maggie? —suena indignado y hastiado de la situación.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —le reta su abuelo. Carter tensa la mandíbula ante el inesperado contraataque y se traga sus palabras, dándome una mirada amenazadora. Luego todo se vuelve confuso para mí.

¿Cuál es el problema de que me llame Maggie? ¿Por qué le molesta tanto? A veces creo que Carter tiene serios problemas de bipolaridad.

Sin darme cuenta, un silencio se hace presente y no tarda mucho cuando, poco después, se escuchó el sonido del llamador de ángeles —el timbre— recorrer la mansión, como sucede a menudo.

Carter se levanta del sofá sin vacilar.

—Yo voy —dice y hace su recorrido hacia la entrada principal de la casa.

Desde el sofá tengo vista directa hacia la entrada y el recibidor, así que puedo ver todo con claridad.

Él abre la puerta y, para mi asombro, veo entrar a una Piper un tanto... ¿Ebria? Sí, ebria. Puedo confirmarlo gracias a que trae una lata de cerveza en sus manos. Da un trago y luego se lanza a los brazos de Carter, rodeando su cuello y colocando la lata de cerveza en su nuca. Luego comenzaron a tragarse el uno al otro —obvio, a besos— y tengo que apartar mi mirada gracias a que la escena es un tanto desagradable. Por cierto, Marsh se encuentra también de espectador. La voz gangosa e indescifrable de Piper se comienza a oír en un eco por toda la casa.

—Amorcito... —dice empalagosamente y le acaricia el cabello a su novio —. Por aquí cerca hay una fiesta, ¿vienes? Va estar súper pro. ¡Hay que ir! ¿Sí? —alarga la «i» de manera odiosa en súplica. Desde afuera se escucha el

resonar de unas bocinas y el claxon de un auto, así que supongo que Piper ha de venir con compañía. Carter mira por encima del hombro de ella hacia donde proviene el ruido.

—No has llegado a la fiesta... ¿Y ya estás ebria? —reprocha él.

—¡Aish! ¿Vienes o no? —se queja.

No tengo idea de cómo puede soportarla. Carter vacila, se relame los labios, se acaricia el cabello, se mete una mano en el bolsillo de su *jean* negro y luego gira en nuestra dirección.

—Abue, iré a una fiesta. No me esperes —se dirige a Marsh, ignorándome, y agradezco que lo haga. Piper celebra y lo jala fuera de la casa. Él le rodea la cintura y ambos salen.

Ellos son el uno para el otro.

Aquella frase resuena en alguna parte de mi domo que se hace llamar cráneo y donde se supone que hay materia gris dentro. Ambos son idiotas, odiosos, insoportables, superficiales y, sobre todo, estúpidos. Todo congenia entre ellos, todo encaja a la perfección en esa relación.

Marsh se voltea hacia mí con los labios fruncidos y una mirada colmada de decepción.

—Ves lo que te digo. Esa chica no me agrada ni un tantito —fulmina a una imagen mental de Piper.

Oh Marsh, concuerdo contigo.

—Creo que iré por tu leche... —sugiero, cambiando de tema y él asiente.

Me levanto del sofá para ir a la cocina.

...CR...

La noche anterior me quedé dormida en el sofá sin más remedio. Le di su leche a Marsh y luego me lancé sobre el sofá nuevamente a ver una película que me llamó la atención, pero caí dormida por un lapso de tiempo.

Me muevo un poco incómoda en el sofá sin querer levantarme. Me cubro con la tela del vestido los muslos, que por mis movimientos bruscos durante la noche han quedado al descubierto. En la casa se siente un total silencio que, por alguna razón, me alarma.

Concluyo en que todos deben estar dormidos, pero luego escucho el estruendo de la puerta al ser abierta a la fuerza y supongo que es Carter, quien acaba de llegar después de una noche loca. Escucho voces y varios pasos entrar en la casa. Sin evitarlo, frunzo el ceño confundida. Obligo a mi cuerpo a levantarse y me restriego los ojos enojada.

Debe de ser muy temprano.

Camino con tropezones hasta el recibidor mientras miro hacia mi reflejo en el piso de mármol y veo que estoy toda hecha un desastre.

—¿Quién rayos eres tú?

Me paralizó al escuchar una voz desconocida para mí. Es gruesa, rústica y ronca, nada familiar a mi sentido auditivo. Alzo la vista y mi corazón se detiene por unos segundos al ver lo que dueño de la voz lleva en sus manos.

Un arma.

Pero no es de esas como las que salen en los videojuegos sangrientos de Carter, esta es real. Comienzo a perder el control de mis sentidos, me siento indefensa, vulnerable y expuesta, mis piernas flaquean durante un instante.

Un hombre —su físico no me hace recordar a alguien familiar—. Él me apunta con el arma. Se nota que son criminales gracias a las miradas oscuras y asesinas que traen debajo de sus maltratadas cejas. Van tatuados hasta el cuello y tenían semblante de gente ruda. A cada extremo de él se encontraban otros dos tipos con muy mala pinta.

Abro la boca en un intento de decir algo, pero, como suele pasarme a menudo, las palabras se estancan en mi tráquea y me impide emitir sonido alguno. Alzo mis manos en acto de rendición y allí noto que mis brazos están al borde de un colapso epiléptico. Parece que estaba haciendo ese ridículo paso llamado *Manos de jazz*, solo que esta vez tenía que agregar *Piernas de jazz* o quizás *Cuerpo de jazz*. De acuerdo, no. Pero la verdad estoy teniendo un terremoto personal. ¡No es normal que por las mañanas un hombre te venga a apuntar con una pistola!

—¿Quién eres?! —exige con voz militar y se acerca aún más con la pistola, retrocedo en un instinto.

—Soy... soy... Meg... Megan Lennon —digo débilmente.

—No me interesa tu nombre, ¿qué rayos haces aquí, niña?

—Yo trabajo aquí —trato de decir firmemente, pero fallo y mi voz se resquebraja—. ¡Por favor, no me hagan daño! —ruego patéticamente.

—¡No lo haremos si nos dices dónde está el imbécil de Crane! —el arma se sacude en su mano y veo cómo una vena en su frente se da a conocer.

—¿Carter? ¿Qué tiene él que ver aquí?

—¡Eso no te importa! ¡Ahora dime en dónde demonios está! —Mi corazón da un brinco al escucharlo vociferar esas ásperas palabras.

—De acuerdo, de acuerdo —digo nerviosa y luego caigo en cuenta de que no tengo la más mínima idea de en donde estaba metido Carter—. No lo sé —niego y espero a que me crean ya que es la verdad.

Veo como el rostro de mi atacante se torna colorado y apuesto a que le he colmado la paciencia. Él baja el arma y se acerca a mí, me toma por el cuello y yo tiemblo bajo su toque. Me coloca el arma en la frente y me siento morir —pero del terror que se ha apoderado de mí en estos segundos—. Quiero defenderme, pero lo veo imposible en estas circunstancias.

—Mira, niñita, si no quieres que te vuele los sesos, más te vale que me digas dónde está ese desgraciado —susurra sobre mi rostro.

Su mano está descargando una fuerza descomunal sobre mi garganta, lo que me impide el paso del aire. Trato de juntar todas mis fuerzas y el poco aire que me queda para responderle.

—Te juro... que no lo sé.

Siento cómo una presión nunca antes experimentada se apodera de mi rostro, me estoy quedando sin oxígeno y por poco puedo ver el tono morado de mi piel. Me está ahorcando. Un fuerte ardor seguido de una picazón es lo que puedo sentir en mi mejilla. Él me suelta dejando mi cuello libre y en lo único que puedo pensar en esos momentos es en tragarme el aire del mundo. Succiono todo el oxígeno posible con grandes bocanadas mientras toso con desenfreno.

Luego reacciono. Me había dado una cachetada. Ahora tengo un grave golpe en la mejilla y en el labio.

Miré la sangre escarlata y burbujeante sobre mi dedo índice, mi cuerpo se sacude con espasmos involuntarios que recorren mi cuerpo como corrientes eléctricas gracias al temor de lo que está sucediendo. Siento cómo una

hinchazón en mi pómulo empieza a florecer. Alzo mi vista hacia mi agresor, incrédula.

—¿Crees que soy imbécil?! ¿EH? —dice ya alterado— ¡Dímelo! ¡Dime dónde está!

—¡Yo no lo sé! ¡Él se fue anoche con su novia! ¡Iban a una fiesta no sé dónde! ¡No lo he vuelto a ver! ¡Te digo la verdad! ¡No me hagas daño! —sin darme cuenta, las lágrimas se han empezado a desbordar de mis ojos descendiendo por mi mejillas pálidas y amoratadas. Tal vez lloro de dolor por la herida, de miedo o de furia porque todo esto es culpa de Crane. Y si yo muero por su culpa, prometo venir como fantasma y atormentarlo el resto de su vida.

—¿Pero qué está suce...? —todos volteamos hacia la entrada para ver a Carter atravesar la puerta. Examina la escena y al verme palidece. Abre los ojos exaltado y luego fija la mirada sobre los tipos— ¡Gabe, eres un maldito infeliz! ¡Te dije que no lo hicieras! —ruge y luego se acerca a mi agresor, le da un empujón con ambas manos en pecho. El supuesto Gabe retrocede y le da un golpe en la mandíbula a Carter.

Son tres contra uno, así que ya deben imaginarse quién es el que está siendo apaleado. Mientras ellos se golpean con brutales y salvajes golpes, lo único que puedo hacer es escuchar parte de la discusión, perpleja.

—¡Te di tres meses, idiota! —habla Gabe.

—¡Me falta poco! ¡No tenías que hacer esto!

—¡Te lo advertí! ¡¿Crees que esto es un juego, niño?! ¡¿Eso es lo que crees?!

Un disparo y mi corazón se detiene. Cierro los ojos instintivamente. ¡Oh Dios! Por favor, no. Odio a Carter, eso es claro. Pero jamás me imaginé vivir esta situación con él. No quiero que le suceda algo. Por todos los cielos, esto está mal.

Vuelvo a abrir los ojos y todo ante mí se ve confuso y desenfocado. Los cuerpos se mueven ante mí borrosos y sin forma precisa. Todo se ve como en una imagen pintada con acuarelas. Veo mucha gente a mi alrededor, la mayoría con uniformes de policía y apuntando hacia todas partes con armas. Veo cómo se llevan a los tipos, incluyendo a Gabe. Veo cómo una de las indefinidas formas me toma del brazo y me lleva fuera de la casa. En mi

trayecto veo la figura inconfundible de Carter rendida en el suelo. Y luego dejo de ver.



#LecciónDelDía:

Asegúrate siempre de estar bien despierto
por las mañanas.

Doctores, policías y una celda

Capítulo 9

Abro los ojos de golpe desorientada y temerosa de lo que me depara la realidad. Apoyo las manos sobre los brazos de la silla donde me encuentro sentada. Me acomodo a la vez que intento enfocar todo a mi alrededor. Estoy en una oficina adornada por colores opacos como lo son el gris y el marrón. Todo se encuentra ordenado de una manera obsesiva y hay unos cuantos archivadores en la esquina. La silla en la que me ubico se encuentra frente a un escritorio, donde dos hombres me miran fijamente detrás de él.

Uno se encuentra de pie, totalmente vestido de blanco con un estetoscopio colgando de su cuello y sujetando un maletín en su mano. El otro está sentado en la silla de su escritorio con una taza de café y unas rosquillas, lleva un uniforme de policía, por lo que supuse que es uno y, por lo que veo, el que está vestido de blanco es un doctor.

Tomo una larga respiración por la boca, tomando aliento suficiente para lo que está por venir. Si estoy con un doctor y un policía, no creo que signifique nada bueno. Me preparo mentalmente y empiezo.

—¿Qué me sucedió? —creo que esa es la pregunta correcta para empezar.

Ambos se miran, luego el doctor asiente tomando la palabra.

—Hola, Megan —saluda con total tranquilidad—. Te llamas así, ¿cierto? —pregunta simpático, lo que hace que me agrade al instante.

Asiento.

—Sí.

—Verás. Tuviste un leve desmayo. Era muy temprano y no habías desayunado, por lo que pude ver, así que tu cuerpo se encontraba sin energía y débil. Además de aquella impresión que te llevaste al ver a esos hombres amenazándote, tu cuerpo no tuvo otra opción que reaccionar de esa manera. Pero ya estás mejor —me guiña un ojo y por alguna razón me recuerda a mi

padre—. Trata de comer algo y luego tómate estas pastillas —deja una tableta de óvalos blancos sobre el escritorio y estira su brazo acercándolo a mí— Te sentirás mejor —afirma.

—Oh, vaya —logro decir—. Gracias —respondo con gratitud hacia su simpatía.

—Es un placer —estrecha la mano con el policía y luego la mía. Pero qué hombre tan agradable—. Creo que mi trabajo llega hasta aquí. Debo irme, tengo otros pacientes en espera oficial.

—Claro, comprendo. Muchas gracias, Dr. Harris, un gusto verlo otra vez —se despide el policía con su voz rasposa.

—Igualmente. Ten un buen día, Megan —me da una sonrisa y sale de la oficina por la puerta de vidrio difuminado, dejándome a solas con el policía.

—Buen día, Srta. Lennon. Por lo que descifro en su expresión, usted debe estar preguntándose qué está haciendo en una comisaría y no en un hospital —habla el oficial interrumpiendo mis pensamientos.

—De hecho, no —hablo con una voz poco audible.

—Pues es mi deber informarle, si ese no es el caso.

—Por lo que entiendo... ¿No se supone que ustedes intervinieron cuando esos tipos estuvieron a punto de matarme? ¡Ustedes me salvaron!

—Eso es cierto y le aseguro que ellos estarán durante muchos años tras las rejas. Llevábamos meses buscándolos y casualmente nos los encontramos atendiendo este caso. ¡Qué irónico! —exclama y lo único que logra es confundirme más.

—Espere. ¿Qué caso? ¿Casualmente? ¿Acaso no fueron a salvarme? —indago sin comprender. Creo que la mayoría de veces en la que hablo en voz alta sueno como una total y completa perdedora.

—Permítame explicarle —dice.

Se levanta, camina hacia uno de los archivadores en la oficina, extrae un cartapacio crema, regresa a su silla, lo coloca sobre el escritorio y lo abre mientras pasea sus dedos entre los papeles.

—Usted y el joven Carter Crane han sido demandados por invasión de la propiedad privada, perturbación a la tranquilidad, agresión física y daños a la propiedad ajena. La demanda ha sido levantada por los miembros de la familia Dhamuel, quienes la acusan de haber invadido su privacidad junto a

su cómplice, el joven Carter. Ellos trajeron esto como prueba —extrae del cartapacio un papel adherible en muy mal estado. Parece haber sido roto en mil pedacitos y luego haberlo reconstruido con cinta adhesiva transparente para que pudiera leerse lo que decía.

«Si a Meg Lennon por teléfono cortas, con tus vellos ella te lo cobra».

No puede ser. Tuve que haberlo imaginado. ¡Soy un idiota! ¿Cómo puede ser tan estúpida? ¡Torpe! ¡Torpe con T mayúscula!

—Y esto.

Ahora muestra la carta que le escribí a Ryan diciéndole un montón de cursilerías y por un momento me sonrojé al pensar que el oficial tuvo que haber leído todas esas cosas —que obviamente son mentiras, pero son vergonzosas—. ¡Y también dejé mi nombre en ella!

Me doy zapes mentales por ser tan taruga.

—Fuimos a buscarlos, a ti y a ese chico, para traerlos recluidos, pero nos encontramos con aquella sorpresa que tanto agradecemos. Como dice el dicho, *Matamos dos pájaros de un tiro*. En fin... Por eso la hemos traído aquí. Está en serios problemas, Srta. Lennon.

¿Problemas? Siento mi piel palidecer otra vez y tomar una temperatura más baja de lo normal. No, no puede ser. ¡El inútil de Ryan se atrevió a demandarnos! ¡Y no solo a mí, sino también a Carter! Esperen... ¡Carter! ¡¿Dónde está Carter?! ¡Rayos, él no puede estar...! ¡Él no!

Mi labio inferior empieza a temblar, tengo miedo.

—¿¿Iré a prisión?! —pregunto alterada—. ¡Yo no puedo ir a prisión! ¡Me niego! ¡Soy una simple chica que quería venganza! ¡Yo no pedí esto!

—Lo más probable es que no, ya que para eso deberíamos llevarlos a una corte. En unos cuantos minutos recibiré información sobre las decisiones que se tomen con ustedes. Solo ten un poco de paciencia. Mientras tanto, necesito que me acompañes —cierra el cartapacio y pone todo nuevamente en su lugar, se levanta de su silla para devolverlo al archivador.

—¿Dónde? —cuestiono insegura de todo.

—Solo te pido que obedezcas. ¿Es mucho pedir? —objeta algo cansado.

Creo que ser policía no es trabajo fácil y trato de ponerme en sus zapatos. Si yo fuera un policía, lo último que quisiera hacer es tener una discusión con una inmadura rubia. Así que me coloco de pie y lo sigo.

...CR...

Me paralizó al ver lo que está frente a mí. ¡No, por favor, no! Me quedo estática sin querer dar un paso más. Quiero quedarme clavada al mosaico en donde me encuentro parada, me niego a moverme de aquí.

Frente a mí una gran reja se extiende. Sí, una reja, de barrotes gruesos de hierro brillantes y simples que parecen haber sido lustrados hace poco. Detrás de ella hay una pequeña celda, con asientos de cemento muy incómodos y duros. Sobre ellos veo a un chico sentado cabizbajo, muestra un aspecto maltratado y siento pena por él. Pero luego recuerdo que yo también estoy a punto de entrar allí así que evito más pensamientos y me concentro.

Giro hacia el oficial con una mirada suplicante. Yo soy una chica tranquila, ni siquiera en el instituto tuve problemas con el director. Nunca fui a detención, tampoco a la dirección, jamás llamaron a mi padre o a la tía Wendy porque me estuviera revolcando con un chico en el baño, yo no ocasiono problemas... yo los evito. Pero últimamente todo parece estar en mi contra.

—Por favor, oficial, yo no quiero entrar allí. ¡Se lo suplico! ¡No quiero ir a la cárcel! ¡Se lo pido, le prometo que no lo vuelvo a hacer! —sueno patética, lo sé. Pero debo intentar lo mínimo.

—Srta. Lennon, por favor, cálmese. Esta no es la cárcel. Y por el momento, tampoco pisará la cárcel, ya que primero hay que pasar por un protocolo, un juicio y ya usted sabe. Es solo una prisión temporal, ya que debemos tenerla retenida por ciertas razones jurídicas. Estará aquí durante un par de horas... o días, no lo sé. Pero debe mantenerse aquí mientras nosotros procedemos a hacer lo que debemos hacer. ¿Entiende? —me explica de una manera muy calmada, pero el cansancio se nota en su voz—. Así que ahora le pido que entre.

Él se acerca a la reja, introduce una llave en el candado, la hala hacia un lado dándome espacio suficiente para entrar y luego me mira a la espera de que obedezca. Frunzo el rostro sin querer obedecer a sus órdenes, pero sin poder detenerme mi cuerpo empieza a avanzar hacia dentro de la celda. Mi mente protesta, pero mi cuerpo obedece. Me detengo cuando ya me encuentro detrás de los barrotes, dentro de lo que para mí era una cárcel, pero según el

oficial era una «Prisión temporal» y no sé si con «temporal» se refiere a cadena perpetua o a qué rayos.

El oficial cierra la reja con un estrepitoso ruido oxidado que me arranca los tímpanos, cierra con llave el candado y luego se la coloca en el chicote del pantalón. Me siento sobre el frío cemento que puedo sentir bajo mis muslos gracias a mi corto —pero no tan corto— vestido. Me quedo mirando fijamente las llaves que se encuentran a un costado del oficial, que sin más desaparecen junto a él detrás de la puerta.

Entonces la idea de escaparme con las llaves fuera de esta «Prisión temporal» como en las películas de acción está descartada.

Recuesto mi espalda en la fría pared y me cruzo de brazos, a la vez que lloro internamente. Tengo miedo, jamás he tenido problemas legales. Yo no quiero estar aquí. Yo solo quería divertirme un rato y nada más. Mi mente empezó a analizar todas las consecuencias que tendré si por alguna razón voy prisión.

¡Louisville! ¡No! No puedo perder la oportunidad de ir a Louisville.

Luego está mi trabajo, mi padre, la tía Wendy, Marshall y Lupe, los perdería a todos. Además, ya casi soy mayor de edad y la ley tiene toda la autoridad de mandarme a prisión. Pensándolo bien, esas es una de las cosas que tengo que agregar a mi lista de «Por qué ser adulto apesta».

—Eso fue patético.

Escucho esa voz junto a mí y la reconozco de inmediato. ¡Por todos los cielos, gracias! Giro emocionada y allí lo veo. Sentado cabizbajo tal y como antes, solo que desde donde estoy ahora puedo admirar su inconfundible y elegante perfil en el cual hay trazadas algunas heridas gracias a los golpes. Su copete cae hacia abajo mostrando rendición, sus brazos se apoyan sobre su regazo y sus manos están entrelazadas entre sus rodillas en una posición frustrada. Mueve una pierna con nerviosismo mientras observa fijamente el piso, negándose a mirarme.

—Carter, ¡No lo creo! ¿Estás bien? Creí que ten habían —me detengo al darme cuenta de que él me está ignorando—... olvídale —me retracto.

—¿Qué? ¿Creíste que me habían matado? Eso es aún más patético, Meg.

Ruedo los ojos, creo que ya se me ha hecho costumbre desde que lo conozco. En definitiva, este es el Carter Crane de siempre, está algo herido,

hay algunas manchas de sangre sobre su playera, pero no estoy segura si es de él o ajena.

—Cierra la boca. ¿Me preocupas por ti y así me tratas?

—¿Y cómo debería tratarte, eh, Lennon? Dímelo —Carter me reta molesto.

Abandona su posición anterior para ahora adoptar una de enojo, pega su espalda a la pared al igual que yo y se cruza de brazos. Gira su cabeza hacia mí y me penetra con sus intimidantes ojos miel —que, si este no fuera el caso, se verían dulcemente empalagosos—, sus labios se sellan con dureza, su mandíbula se tensa y alza una de sus oscuras cejas en espera de una respuesta.

Me quedo en silencio hipnotizada por la descomunal y peligrosa belleza de este chico que en cierto modo me intimida pero me atrae de una manera irrazonable.

—¿Quieres que te traiga flores y rosas? ¿O que me arrodille y bese tus pies? ¡Dímelo, Lennon! Dime que esto no es tu culpa, porque a mí me parece que sí lo es. Me dijiste que no tendríamos problemas y ahora míranos. ¡Estamos en la cárcel, Megan! Nunca antes he venido a la cárcel por mis propios métodos y ahora resulta que estoy aquí porque decidí seguir los estúpidos pasos de una inútil rubia.

1) Flores y rosas son lo mismo, las rosas son un tipo de flor, 2) Carter también cree que estamos en la cárcel cuando en realidad es una «Prisión Temporal» y 3) estoy algo orgullosa de haber sido la primera en traer al problemático Carter Crane a la cárcel... corrección, «Prisión temporal».

Decido guardarme todas esas opiniones para mí misma, ya que si las digo en voz alta tal vez despierte al dragón dentro de él.

—Mira, primero que todo, tú fuiste el inepto que quiso venir. Te dije que no lo hicieras, ¡e incluso me sobornaste! No puedes quejarte. ¡Tú mismo te metiste en esto! A ver... ¿Qué fue lo que dijiste esa noche? ¡Oh, cierto! «Quiero observar cómo una destrozada chica cobra venganza de su exnovio y tal vez reírme un poco de su inminente fallo. Créelo, si voy, es solo por diversión» —lo imito con una voz más gruesa de lo normal mientras hago gestos masculinos y raros.

—¡Oh, vamos! Eso es ridículo. ¡Yo no hablo así! De acuerdo, sí dije eso. Pero si no se te hubiera ocurrido esa inútil idea, no estaríamos aquí.

—¡Deja de culparme! Si esa noche hubieras dejado de ser un completo cabeza hueca... —dejo la frase en el aire mientras pienso—... nada, olvídalo, eso es imposible.

—¿Me has dicho cabeza hueca?

—Sí, te lo he dicho. ¿Y? —lo reto y suspiro—. No puedo creer que estemos aquí por haber depilado a un tipo.

—Te recuerdo que ese tipo es tu exnovio al cual, aparte de depilar, también destruiste su colección otaku, lo rapaste y que encima le dejaste dos notitas con tu horrible nombre. Por cierto, ¡¿qué rayos tienes en la cabeza, imbécila?! Perdona, casi lo olvido, eres rubia —aprieta sus labios.

—¿Imbécila? ¡Esa palabra no existe! —intento ignorar su hiriente comentario sobre mi cabello. Ni siquiera recuerdo por qué estamos discutiendo.

—Oh, pues muchas gracias, creo que después de esa importante corrección mi vida no volverá a ser la misma. ¡Mi gramática mejorará y todo gracias a ti, imbécila! —suelta con sarcasmo y siento cómo mi pecho se hincha con irritación.

—¿Te he dicho cuán desagradable eres?

—Como si me importara lo que tú desistes.

—Es digas. Como si me importara lo que tú digas —corrijo y veo cómo las fosas nasales de Carter se inflan demostrando que le he colmado la paciencia.

—¡¿Y a quién le importa?! ¡A nadie le interesa la gramática!

—Pues a mí sí y a ti también debería importarte.

—¿Ahora quién eres? ¿Mi madre? ¿Obama? Deja de decir babosadas, oxi.

—¿Oxi?

—Sí, oxigenada.

Me muerdo la parte interior de mi mejilla conteniendo un par de insultos. Lo miro fulminante y decido cerrar la boca. Me levanto de mi asiento de cemento para ahora ubicarme nuevamente en él, solo que a diferencia de antes me siento a una distancia considerable de Carter, específicamente me siento en la esquina de la celda. Me acurruco allí con mi cuerpo, subo mis piernas y las cubro con lo que resta del vestido, luego las abrazo y me hago un ovillo. Recuesto la cabeza en la pared y cierro los ojos deseando teletransportarme hacia un paraíso fuera de esta celda. De acuerdo, no, soné

muy absurda. Pero realmente deseo salir de aquí. No me imagino qué será pasar años en un lugar como este. Sinceramente, yo no estoy hecha para ser un ave enjaulada.

—¿Te digo un chiste? —escucho la vibrante voz de Carter.

¡Ay no! ¡Por favor, no! ¡Alguien que lo calle!

Opto por quedarme en silencio.

—Está bien, no hables. Puedo hacerlo yo solito. Aunque es un chiste de toc toc, pero Carter puede —habla en tercera persona de manera ridícula.

Abro un ojo para echarle un vistazo y lo veo sentado en el piso de manera despreocupada como la mayoría del tiempo. Su espalda se recuesta en el sofá de cemento y sus largas piernas se estiran sobre el suelo. Él juega con el borde de su camiseta.

—¿Toc toc?

—¿Quién es? —imita una voz aguda y femenina la cual supongo que es la mía. Le sale muy mal y no puedo evitar que una sonrisa tonta se dibuje en mis labios.

—La teñi —ahora usa su voz.

—¿La teñi quién? —allí está de nuevo la patética voz.

—La teñida culpable que me metió en la cárcel por ser tonta e irritante.

Silencio.

¡Dios, pero qué chiste tan malo! La sonrisa se borra de mis labios. Hay un silencio incómodo. La tensión se siente en el aire. Nadie dice nada. Lo miro de reojo y veo que sonrío. Sabe que me ha molestado su tonto chiste que solo demuestra su inmadurez. Me quito una sandalia del pie sin que se dé cuenta, luego se la lanzo y afortunadamente atina a su cabeza.

—Rayos, pero qué... —susurra y se toca la cabeza en donde lo había golpeado—. ¡Auch!

Sonrío otra vez, pero ahora dejo salir una leve carcajada.

—Te pasas, Lennon —se queja y me mira resentido—. Estás loca.

—No seas nenita —me burlo de él.

Mientras él se acaricia la cabeza, por alguna razón las preguntas empiezan a formularse en mi cabeza. Mi rostro se vuelve serio y recuerdo la escena con aquel tipo y su amenazante arma que me apuntaba al rostro amenazando con

volarme los sesos. Ellos preguntaron por Carter. ¿Por qué? ¿Qué tenía él que ver con ellos? No puedo imaginarme a Carter relacionándose con malotes de ese nivel. Ellos tienen perfil de hombres rudos con una trayectoria cruel y despiadada. Carter es un chico citadino, casual, un muchacho más de entre el montón.

—Crane —le llamo con una voz cortante y seria—. ¿Quiénes eran esos tipos?



#LecciónDelDía:

Si despiertas en la oficina de un policía, corre.

Verdades y mentiras

Capítulo 10

—¿Quiénes? ¿Qué tipos? —trata de hacerse el despistado, pero su actuación sale barata, delatándolo. Por alguna razón me enfurezco al ver que él finge hacerse el torpe.

Oh, esperen. Él no necesita fingirlo.

—Déjame ver, hum... Eran unos tipos con cara de malotes, llegaron y me apuntaron con un arma, me hicieron esto —señalo la herida en mi labio inferior, ya no sangra, pero se mantiene abierta negándose a curar—. Casi pierdo la vida. ¿Y adivina de quién es toda la culpa? Creo que se llama... no lo sé, Peter Brain o algo parecido. ¿Acaso te suena? —Si él quiere jugar a hacerse el idiota, yo también lo haré.

Él coloca los ojos en blanco demostrando una vez más lo irritante que soy para él. Me fulmina y frunce los labios.

—Ellos son unos tipos que conozco, ¿vale?

—Esa información es muy útil, de hecho.

—¿Puedes dejar de ser sarcástica?

—¿Puedes responder a mis preguntas con algo de sentido?

—No.

—Entonces no.

Si me pagaran por discutir con este chico ya tendría una montaña de billetes del tamaño del Everest, y si eso sucede, entonces dejaré de trabajar para los Crane, lo que significa que estaré lejos de Carter y eso suena totalmente tentador. Pero lo cierto es que eso solo es una fantasía más dentro de mi muy chiflada mente.

—Además, ¿eso a ti qué te importa? —bufa.

Se levanta del suelo y camina hacia los barrotes de la reja. Rodea el luminoso metal con sus largos dedos y luego forcejea contra ellos en un

patético intento de salir de allí. Parece que a él también le ha empezado a incomodar estar dentro de este fúnebre lugar junto a su peor pesadilla —esa soy yo, obviamente— y en mi caso es lo mismo.

—¿Por qué me importa? —repito incrédula—. ¡Porque estuve a punto de morir por tu culpa! —exploto por a su indiferencia ante la situación. Me levanto del sofá de cemento y camino hacia él con pasos suaves, tratando de hacerlo entrar en razón. En el camino recojo mi sandalia y me la coloco nuevamente.

—Pff, no exageres, mujer —se da la vuelta fastidiado y se recuesta en la reja.

—Te exijo una explicación.

—Oblígame.

—Ellos preguntaron por ti —cruzo mis brazos sobre mis pechos.

—¿Y? —hace una de sus típicas muecas. Levanta sus cejas queriendo parecer despreocupado, pero luego se arrepiente y su rostro se torna levemente preocupado—. Espera... ¿Qué te dijeron?

—Nada novedoso. Pero por poco y me vuelan los sesos. Debes saber quiénes son ellos, Crane —insisto.

—Sí, lo sé.

—¡Entonces dímelo!

—¿Por qué debería? —Se está pasando de listo... o mejor dicho, de inepto.

—¡AGH! —me doy la vuelta hecha un lío. ¿Por qué es tan difícil mantener una conversación con él?

Le doy la espalda a Carter y me coloco de cuclillas en medio de la celda en un gesto de rendición. Un gran pinchazo, doloroso y brutal había atacado a mi sien. Estoy teniendo un ataque de migraña. Gritar tanto, enojarme y todas esas porquerías de emociones que he vivido esta mañana están desgastando mi cerebro. ¡Y todavía no he desayunado! No me sorprendería desmayarme una vez más aquí mismo en donde estoy. Apoyo una mano sobre el frío suelo y con la otra acaricio mi sien. El dolor es similar a un taladro perforando una pared, amenazaba con abrir un gran hueco en mi frente. Hace mucho tiempo que no tenía uno de estos ataques de migraña. Cuando era pequeña solía pasarme más seguido y eran tan fuertes que en ocasiones me dejaban inconsciente.

Gimo al ver que el dolor no cesa, sino todo lo contrario.

—Meg, ¿estás bien? —escucho su voz detrás de mí.

—¿Te parece que estoy bien? —hablo sin pensar a causa de la migraña. Escupo algunos insultos por lo bajo.

—No. Te ves muy mal —dice y si no tuviera esta bendita migraña me paraba y le daba un golpe—. ¿Quieres que llame al oficial?

—No... déjalo así. Ya estoy bien —miento y trato de ponerme de pie. Afortunadamente, el dolor ha empezado a cesar, pero aún se mantiene allí, haciéndose presente. Temo que en algún momento vuelva—. ¿Me dirás quiénes son? —ruego. Realmente quiero saberlo.

—Meg, yo no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

Él fija la mirada sobre el gris cemento del suelo sin querer mirarme al rostro. Vacila, se acaricia el cuello y luego acomoda su rebelde cabello castaño.

—Solo no puedes saberlo. Ya te lo dije, no insistas —levanta la mirada, la cual se profundiza aún más al encontrarse con la mía y por alguna equis razón pude reconocer el temor en su rostro.

—¿Qué rayos me estás ocultando?

Cuestiono mientras entrecierro mis ojos tratando de ver más allá de él, cosa que se me es imposible. Carter sabe realmente cómo ocultar algo.

Él se gira nuevamente, dándome la espalda con un gesto que quiere decir: «Esta conversación se ha acabado». Pero en él veo todo lo contrario. Él quiere contármelo. Él quiere dejarlo salir.

—Carter, no le diré a nadie. Lo prometo. Solo necesito que me digas quiénes...

—Son narcos. Narcotraficantes —escupe firmemente.

La tensión en mi cuerpo se vuelve aún más profunda. Me quedo enmudecida durante varios segundos sin saber qué decir. Estuve a punto de morir en manos de unos narcos. Mi padre de pequeña me había contado sobre el poco contacto que él había tenido con esa clase de personas. Según mi padre, ellos eran personas que quieren ganarse la vida fácilmente de forma ilegal, vendiendo drogas, que no harán nada más que echar a perder la vida de otro ser humano.

Carter está teniendo contacto con narcotraficantes.

—Entonces tú... —trago y dejo que el eco de la frase resuene en el aire.

—No, no soy narco —dice sin querer darse la vuelta. Su cabeza está gacha y supongo que su mirada está fuera de esta celda. Me relajo.

—Pero sí consumía —dice casi en un susurro, pero mi oído lo capta todo y no puedo hacer nada más que esconder la impresión detrás de un patético gesto de perplejidad. ¿Qué dijo? ¿En serio se droga? ¿Qué? ¿Carter Crane drogándose?

—Espera... ¿Qué? —digo incrédula.

—¿Eres sorda? No querrás que lo diga de nuevo —se cruza de brazos y veo cómo los músculos de su espalda se muestran a través de su camisa.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo haces? —trato de acercarme, pero no demasiado.

—Lo hacía —remarca duramente—. Ya no lo hago.

—¿Llegaste a ser adicto? ¿Cómo sabes que no tendrás una recaída? —siento pena y confusión. Siento como si no lo conociera. Aunque de hecho ni siquiera lo conozco, pero este no es el Carter Crane que estoy acostumbrada a ver. Este es un Carter un tanto... ¿vulnerable?

—Deja de hacer preguntas estúpidas. Lo dejé hace unos meses y no. No recaeré —se niega a mirarme y su voz se endurece.

Me coloco frente a él y observo cómo trata de evadir mi mirada penetrante. Se muerde el interior del labio vacilante. Sus ojos no muestran ninguna expresión. Carter sabe muy bien cómo esconder sus emociones. Quizás por dentro estaba llorando o golpeando objetos imaginarios, gruñendo o sollozando como un nene. La verdad es que jamás lo sabré.

—Me alegro de que lo hayas dejado —concluyo en un tono comprensivo, aunque no lo comprenda, ya que nunca he estado en una situación como esta.

Él me mira con el entrecejo fruncido, niega con la cabeza y tuerce los labios en un gesto de desagrado. Se aleja de mí nuevamente y vuelve al puesto de cemento ignorándome por completo. *¡Dios!, este chico sí que es difícil. ¿Cuánto le cuesta decir un «Gracias»?*

—Meg —me llama y yo lo miro—. Solo... no le digas a mi abuelo ni mucho menos a mis padres. ¿Quieres? —su rostro está endurecido, sus cejas

por poco y tocan sus párpados y sus labios se mueven con dificultad. Pero más allá de eso puedo ver una mirada suplicante.

—Por supuesto —uno mi dedo índice con el pulgar y los paso sobre mis labios como si cerrara un zíper imaginario sobre estos. Luego lanzo la llave imaginaria.

Y en alguna parte puedo ver la leve sonrisa de Carter. O tal vez fue mi imaginación. Ya no lo sé. Tanto encierro me está haciendo mal.

Los minutos pasan, al igual que las horas. Mi mente no deja de darle vuelta al asunto de Carter y las drogas. ¿Por qué razón lo haría? ¿Su vida es tan repugnante? Lo cierto es que Carter es un chico de misterios no tan misteriosos. Le encanta dejarte con esa intriga que te hacía carcomerte por dentro. Cierro los ojos y me dejo llevar por el silencio de la habitación. Durante unos segundos me siento sola, pero luego caí en cuenta de que Carter se encuentra aquí junto a mí, dentro de estas cuatro paredes. Regulo mi respiración y recuesto la cabeza en el cemento, impaciente. ¿Cuánto estaré aquí? Ambos somos mayores de edad, podemos ir a la cárcel. De solo pensar en eso todo mi cuerpo se tensa.

Estuve a punto de caer dentro de mis sueños cuando el estridente sonido de la puerta aparece. Me levanto algo aturdida y me estiro inconscientemente. Carter se encuentra aferrado de los barrotes de la celda mirando hacia el exterior. El oficial entra en la sala con aire desganado seguido de una mujer que conozco muy bien. Caderas anchas, cintura delineada, cejas gruesas y curvadas, cabello nuez y labios gruesos. Nada más y nada menos que la simpática y feliz Lupe. Solo que en estos momentos no se ve tan *simpática y feliz*, ya que justo ahora nos está lanzando una mirada fulminante como si estuviera estrujando nuestros pequeños cuerpos entre sus bronceados párpados, exprimiendo nuestras cabezas y haciendo volar nuestros sesos.

El oficial se acerca a la celda con las llaves y mi corazón da un salto de alegría. ¿Saldremos de esta caja de una vez por todas? Carter se aparta de los barrotes, observando al oficial expectante al igual que yo. Ambos observamos cómo este introduce la llave en el candado e inmediatamente cede, lo cual nos dejó en libertad. Hala la reja permitiéndonos salir. Me quedo quieta. ¿Realmente puedo salir? ¿Estoy libre?

El oficial hace un ademán hacia afuera, en señal de que salgamos.

Sonríó y paso por encima de Carter saliendo fuera de aquella prisión. Solo había pasado unas cuantas horas allí dentro y se sintió como medio siglo, sin exagerar. No me imagino qué será estar allí durante 20 años. Ahora que lo pienso, mejor no, no quisiera saber lo que se siente ni en un millón de años.

Corro hacia Lupe y la rodeo con mis brazos en un estrecho abrazo. Ella tarda en devolver el gesto pero al final lo hace con cariño y suavidad. Roza su mano contra mi espalda calmando mi emoción mientras yo suelto pequeños «Gracias» en su oído. ¡Dios!, jamás había estado tan feliz de salir de un lugar, ni siquiera salir del colegio se comparaba a esta felicidad.

—Han quedado en libertad. Se ha aplicado el proceso de fianza, la cual ya ha sido pagada por los señores Crane —explica el oficial detrás de nosotras y me obligó a separarme de Lupe. Carter abre los ojos más de lo normal.

—¿Mis padres saben de esto, Guadalupe? —dice alarmado.

—Claro, ¿qué pensabas? ¿Que irías a la cárcel y luego saldrías por arte de magia? Pues te equivocas, jovencito. Tus padres han tenido que pagar desde Ámsterdam y están muy enojados —le advierte Lupe con un tono nada agradable.

El oficial nos guía a la salida encabezando la fila, le sigue Lupe, quien suelta regaños injuriosos hacia ambos y luego la seguimos nosotros, quienes la escuchamos en total silencio.

—¡Esto es inaceptable! Salgo unos minutos con Marshall y Walter a refrescar un rato la mente y ustedes dos terminan en la cárcel. —Walter es el chofer de la Mansión Crane.

¡Que no es una cárcel, es una «Prisión temporal»!

—¿Cómo pepinos puede suceder eso? ¡Los jóvenes de ahora no saben nada más que buscar problemas y más problemas!

Lupe empieza a soltar palabras aleatorias en español que no logro comprender. Cuando Lupe usa el español frente a otras personas hay dos opciones: 1) o quiere decir algo sin que le entendamos o 2) está insultándonos gracias a su frustración.

En este caso sería la dos.

Cuando salimos del reclusorio, la camioneta elegante de Walter nos espera afuera estacionada. Se veía tan brillante como el charol, puedo ver mi reflejo distorsionado. Los tres subimos el transporte, que no pierde el tiempo y, sin

más espera, echa a andar. La camioneta tiene es típico estilo de una sala de estar. Carter y yo nos sentamos juntos y Lupe se ubica frente a nosotros, lo único que nos separa es una pequeña mesita. En la parte delantera va Walter manejando con Marshall de copiloto, quien no para de hablar con su prominente voz.

—A ver. Necesito explicaciones —ella se abrocha el cinturón y luego se cruza de brazos sin parar de fulminarnos—. ¿Cómo que fueron a depilar a un chico a su propia casa? ¡Y destrozaron propiedad ajena! ¿Por qué? —exclama exaltada. Ella es solo una mucama, pero parece estar a cargo de nosotros—. ¿Me pueden decir de quién fue esta maravillosa idea? —usa el sarcasmo.

Carraspeo incómoda. *Vamos, Meg, es hora de enfrentar tus consecuencias.*

—Pues realmente...

—Fue mía. Yo lo organicé todo —interrumpe Carter y yo me giro para observarlo sorprendida. ¿Se está echando la culpa? ¿Por qué?—. Ese cretino me —tartamudea producto de su mentira—... me debía una y pues quise vengarme. Arrastré a Meg en esto y la convencí de que fuera mi cómplice —explica y yo solo admiro cómo toma mi responsabilidad. Él baja la mirada a su regazo evitando cualquier contacto visual.

—Ya lo suponía —suelta Lupe como si fuera algo común. Ahora ella fija su mirada consumida en pena sobre mí—. Discúlpalo, Meg, él a veces suele hacer ese tipo de cosas. Esto no debió pasar en absoluto. Te ofrecemos una disculpa, ¿cierto, Carter?

—Sí, sí, lo siento. Bah —musita aún con su mirada perdida. En cambio, yo no puedo parar de observarlo confundida.

Sus disculpas solo me hacen sentir más culpable. ¡Yo tengo la culpa de todo y ahora Carter tiene problemas! ¡Yo no quiero que Carter tenga que cargar con mis problemas! ¡Él no! Cualquiera menos él. Ahora le debo una. Tengo que agradecerle en otro momento que no sea este, pero de solo imaginarme dándole *gracias* a él, se me hace patético.

Pasan unos quince minutos y aún no llegamos. Lupe lleva la mirada perdida por la ventana sin prestarnos atención. Parece estar sumida en sus pensamientos, así que aprovecho la oportunidad. Le doy un leve codazo a Carter.

—No debiste hacerlo —digo por lo bajo.

—Pues ya lo hice. ¿No dirás gracias? —ruedo los ojos.

—De acuerdo, gracias —suelto sin ánimos—. ¿Pero por qué? ¿Por qué echarte la culpa?

—No creí que valiera la pena que perdieras tu trabajo por solo querer vengarte de un patán como Ryan, que lo tenía bien merecido. Además, aunque no lo creas, me divertí un poco, solo un poco —aclara y luego retoma el asunto—. Pero eso ya no interesa. Además, Marshall se pondría muy triste si te vas —se encoge de hombros y aprieta los labios levemente.

—Pero ahora tendrás problemas —anuncio culpable.

—Nah, yo soy el chico de los problemas. Mi segundo nombre es Problema. Y creo que uno más no hará daño, ¿no crees? —me guiña un ojo divertido y entonces allí, en ese punto, es cuando las palabras realmente salen de mi corazón.

Tomo aire.

—Gracias, Carter.



#LecciónDelDía:

Si vas a la cárcel,
asegúrate de que no sea una prisión temporal.

La invitaré a salir

Capítulo 11

Tres días han pasado desde que Meg y yo estuvimos en la cárcel o, como ella me había explicado, «Una prisión temporal». Pero aún no acabo de comprender ese inútil análisis, como ella siempre suele hacer. Estar en esa «Prisión temporal» que para mí sigue siendo una cárcel ha sido una experiencia que no le deseo a nadie. Fui a la cárcel anteriormente, pero mediante los videojuegos. Y en la vida real es aún más putrefacto de como lo muestran en lo videojuegos. Si por culpa de Meg Lennon yo iba a la cárcel... no podría hacer nada, ya que estaba en la cárcel. Pero cuando saliera de allí me empeñaría a hacerle la vida de trocitos.

Sentado en el puf verde de mi amplia habitación, observo atentamente a la gran pantalla frente a mí sin perder de vista a mi oponente mientras combato en una lucha a muerte. Esquivo varios de sus golpes y le doy algunos de vuelta. Gano la primera batalla, pero aún no me siento satisfecho. Esto va a muerte.

La puerta de mi habitación se abre de golpe, pero lo ignoro aún concentrado en mi partida. ¡Vaya! Este tipo sí que quería acabar conmigo. Pero no, no voy a permitir eso. A Carter Crane nadie lo vence en un videojuego. ¡Nadie jamás puede vencerme...!

—¡Ya deja esas babosadas, Crane! —el mando sale volando de mis manos. Me lo ha arrebatado de la manera más indignante. He perdido el juego. Esto no se va a quedar así, claro que no.

Levanto el rostro y me encuentro con los oscuros ojos miel de mi fiel y mal parido amigo Shawn. El desgraciado se había atrevido a interrumpir mi partida cuando ya se lo había prohibido terminantemente de una manera amenazante.

Oh, esta sí que me las pagará.

Me levanto del puf lentamente, dramatizando un poco. Entrecierro mis ojos de forma fulminante y cuando llego a su altura, en ese momento en el que ambos estamos frente a frente, nariz con nariz, regulo mi respiración para pretender ser aún más intimidante. Pero Shawn no cede, por el contrario, me reta. Ambos nos miramos duramente por unos segundos. Luego lo empujo, provocándolo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no hagas eso? —suelto con una voz más gruesa de lo normal.

—¡Por Dios, Carter, eres un adicto!

¿Yo? ¿Adicto?

Esa fue la gota que derramó el vaso.

Lo embisto con mi hombro sacándole el aire y con mis brazos le rodeo el torso y lo obligo a retroceder. Su espalda se estrella contra la pared prontamente y entonces la lucha comienza. Él me da rodillazos en el estómago mientras yo ataco sus costillas. Cambiamos de posición. Ahora yo me encuentro frotando mis nudillos contra la coronilla de su cabeza y por el otro lado él da puñetazos en mi espalda.

—¡Basta, Carter! Tenemos que hablar. Esto es serio —se queja Shawn, sometido por mi fuerza.

Muy pocas veces Shawn usa la palabra «serio» y, cuando la usa, es que en realidad va en serio. Suelto su cabeza y me aparto de él, sonriente. Esta ha sido una de las tantas luchas simuladas que siempre solemos tener. Jamás nos hemos golpeado de verdad, es solo uno de nuestros juegos.

—A ver... ¿Qué sucede ahora? —me lanzo sobre el sofá gigante de mi habitación y veo cómo Shawn se acomoda en el puf verde. Esto tiene pinta de que va a ser otra de estas aburridas charlas con Shawn en la que hablamos sobre usar protección para no embarazar a nadie.

Shawn es ese tipo de chico que es estudioso, que no le gusta meterse en problemas, que obedece a sus padres, que va a una universidad cerca de su casa porque quiere cuidar de su pequeña hermana, que usa protección, aunque sinceramente no creo que Shawn haya tenido relaciones, él es demasiado puro aún.

De hecho, él y Meg eran muy parecidos.

En cambio, yo soy el inútil más grande, que le gustaba correr riesgos y que no le importa un comino los problemas. Que prefiere perder su tiempo en videojuegos en vez de ir a la universidad, porque tiene miedo de no ser tan listo como para ser admitido en una. Yo soy un tarado, que no tiene ni la más mínima idea de qué hacer con su vida.

—¿De qué se supone que tenemos que hablar? —tomo una pelota pequeña que está metida entre los espacios vacíos del sillón, es roja y más pequeña que mi puño. La usaba en ocasiones para distraerme o para apretarla con fuerza cuando estoy lleno de ira, pero la mayoría del tiempo no funciona y termino rompiendo cosas. Tomo la bola y comienzo a jugar con ella, la lanzo al aire y la dejo caer sobre mi palma repetidas veces mientras espero a que Shawn se digne a hablar.

—¿Cómo que fuiste a la cárcel? ¿Por qué no me avisaste? —reprocha—. Sé que eres un *badboy* y todo eso, pero jamás creí que llegaras a la cárcel, viejo —pongo los ojos en blanco.

—Mira, ya tuve una larga charla con mis padres por teléfono sobre este tema y, te lo aseguro, fue suficiente. No necesito que vengas a echármelo en cara ahora —me concentro en la bola y la lanzo aún más alto.

—De acuerdo, lo siento. Pero últimamente creo que te has olvidado de que tienes un mejor amigo. Ni siquiera me avisaste cuando Meg vino a vivir contigo y ahora vas a la cárcel y ni siquiera me lo cuentas —suena dolido. Como he dicho, Shawn es muy sentimental y de alguna manera logra hacerme sentir mal.

—Vale, lo siento, es solo que... tengo muchas cosas en la mente. Prometo no esconderte nada más —le doy una mirada de reojo y luego la devuelvo a la pelota—. ¿Eso es todo? —él se tensa.

—De hecho... hay algo más.

—¿Algo como qué? —él carraspea.

—Quiero hacerte una pregunta —se relame el labio nervioso y frota las manos sobre su regazo. Sin embargo, no me mira al rostro. Algo típico de Shawn cuando está cohibido o nervioso. Lo observo fijamente mientras analizo cada uno de sus movimientos.

—Deja los rodeos y habla, Lockwell —le pido. Me gusta que las personas sean directas conmigo. Shawn es mi amigo y no tiene por qué sentirse de esa

manera.

—Vale —inspira y su pecho se hincha—. Tú y ella, ya sabes... Meg. ¿Tienen algo? No lo sé. Como viven juntos puede ser que... tal vez ustedes, ya sabes. ¿Ella te gusta? —me da una mirada de soslayo, vacilante e inseguro. Sabe que no debió haber formulado esa última pregunta.

Detengo la pelota y la exprimo entre mi puño. Mi mandíbula se tensa y me dedico a mirarlo con cara de pocos amigos. ¿Qué clase de persona cree que soy? ¿Yo gustar de esa... rubia? ¡En sueños! Shawn se da cuenta de su equivocación y corrige al instante.

—No, no quise decir eso. Solo decía que si tú y ella... ¡Auch! ¡Carter! —se queja y cubre su cabeza con ambas manos inútilmente. Le he lanzado la pelota atinando a su rostro. Una marca roja le ha quedado en la mejilla.

—¡Claro que no me gusta! ¡¿Cómo se te ocurre?! Pasaste de Lockwell a Bobowell en quince segundos. ¿Eres tonto o qué? —me enojo con él. Nunca creí que cayera tan bajo—. ¿Qué clase de chico crees que soy? ¡Jamás! ¡Sabes muy bien que odio a las rubias! ¡Ellas son... despreciables! Y ni una es la excepción. ¡Ni una! —me levanto del sofá y empiezo a dar vueltas por la habitación—. No saldría con seres humanos tan... falsos, tan plásticos, tan... tan ¡rubias! ¡Sabes que hay cero rubias en mi lista de chicas, Shawn! ¡Ellas están prohi-bi-das! —remarco cada sílaba de la última frase.

—Lo sé, lo sé. Sé que las odias... pero creí que tal vez, ¡no lo sé! ¡Viven juntos! ¡¿Qué quieres que crea? —se defiende.

—¡No vivimos juntos! ¡Ella trabaja para mi abuelo! ¡Ella no es nada para mí! ¿Ahora qué sigue? ¿Lupe y yo somos amantes porque vivimos juntos?

Shawn rueda los ojos a la vez que niega con la cabeza.

—Está bien. Ya entendí. Meg no te gusta y nunca te gustará. ¿Es eso lo que quisiste decirme?

—Y espero que te quede claro. ¡No vuelvas a preguntar babosadas como esas! Además, tengo novia. ¿Qué te ocurre? —digo disgustado. No puedo creer que tengan ese concepto de mí.

—Vale, entonces si no te gusta... creo que no importa que la invite salir, ¿cierto? —se levanta del puf y empieza a caminar hacia la puerta.

Bufo.

—Pff, claro que no me importa si tú... ¿Qué? ¿Tú qué? ¡¿La invitarás a salir?! —abro los ojos y lo miro sorprendido. ¿La invitará a salir?—. ¿Qué? ¿Por qué? —sueno desconcertado.

—Ella me gusta mucho, Carter. No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto.

—¿Tienes fiebre? —me acerco, lo tomo de los hombros y lo hago girarse. Toco su frente con el lomo de mi mano midiendo su temperatura. Él la aparta de un manotazo.

—No. No tengo fiebre.

—Entonces estás ebrio —concluyo.

—¡NO! No tengo fiebre ni mucho menos estoy ebrio, Crane. ¿Por qué no puedes aceptar el simple hecho de que me gusta Meg? Ella es maravillosa.

—¡No, no lo es! ¡Ella es repugnante! —aprieto su hombro con mi mano—. Somos amigos hace mucho y te diré esto porque te aprecio. No la invites a salir.

—¿Y quién eres tú para prohibirlo?

—Soy tu amigo y no quiero que lo arruines en una relación. Quiero que estés seguro de cuál es la chica indicada para ti y dudo mucho de que Meg lo sea. Yo te quiero mucho, Shawn... y seguramente estoy sonando muy gay —tomo aliento—... pero lo cierto es que Meg no es para ti. Ninguna rubia es para ti. Cualquiera menos una rubia. Ellas son personas falsas... tan plásticas... tan irreales. No son buenas —dejo caer mi palma abierta sobre su pecho y con mi otra mano sostengo su hombro en un gesto de que hablo en serio.

—¿Cómo aseguras que Meg no es la excepción? —alza una de sus cejas marrones—. A veces creo que eres muy raro, Carter —me dice y aprieta los labios.

—Cierra la boca. Simplemente no la invites —pido con firmeza.

—¡Tengo que hacerlo! Ha llegado el momento, Carter. ¡Lo haré! —exclama excitado de emoción. Veo un brillo descomunal en sus ojos. Se ve más anonadado que nunca. ¡Dios, lo hemos perdido!

—¡Oh, no lo harás! ¡No lo permitiré! ¿Por qué ella, Shawn? —mi voz suena gangosa.

—Sabes muy bien que Meg me gusta desde la primaria. ¡Y no puedo perder esta oportunidad! ¡Ella es la chica de mi vida, Carter! Leí un estudio que dice que si te gusta una persona por más de cuatro meses... ¡Estás enamorado! ¡Dios, estoy enamorado de Megan! Ella me gusta desde hace años —vocifera entusiasmado.

Siento cómo mi rostro se desencaja en horror. ¿Qué rayos acababa de decir? ¿Enamorado de esa Barbie barata?

—¡Al pepino los estudios! ¡Amigo, despierta! —ahora lo tomo de ambos hombros y lo sacudo en un intento de que de reaccione— ¡Tú no estás enamorado! Ella te ha hechizado o algo. ¡Tú solo estás encaprichado con esa chica! —sueno alterado.

—¿Entonces qué piensas hacer para evitar que salga con ella? ¿Golpearme?

—Si es necesario, sí.

Shawn me mantiene la mirada. Me está fulminando. Lo miro de la misma manera y no sé cuándo, pero esto se había convertido en una guerra de miradas. Shawn alza la barbilla retándome. Yo inclino mi cabeza hacia la derecha haciendo que mi cuello traquee tres veces seguidas. Shawn hace que sus nudillos suenen. Yo alzo mis cejas y luego las frunzo.

Una sonrisa traviesa cruza por el rostro de Shawn, confundiéndome.

—Pues inténtalo— y con esas palabras sale corriendo fuera de mi habitación como si fuera un niño menor de cuatro años huyendo de un fuerte regaño de su madre.

Al principio no entiendo, pero luego opto por seguirlo y comienzo a correr en su dirección. Llego al balcón interno de la mansión desde donde veo a Shawn en la planta baja, a los pies de la escalera. Alza su vista y al verme no tarda en acelerar su paso y desaparecer. Bajo las escaleras de dos en dos con fuertes saltos y sigo el sonido de sus pasos por el suelo de mármol. Luego de correr un rato lo pierdo y me siento frustrado. ¿Cómo puedo perderme en mi propia casa? Eso es vergonzoso. Voy a la cocina y no hay nada, tampoco en el salón principal. Llego a la parte trasera de la mansión y me detengo frente a la puerta que lleva al jardín trasero. Escucho sus voces y no lo pienso dos veces antes de salir.

El día está reluciente y brillante. La radiación del sol contra el verdoso pasto hace que se vea deslumbrante e incandescente cegándome durante unos

segundos hasta que logro adaptarme. Parpadeo un par de veces antes de acostumbrarme y luego los veo.

Meg y Marshall están sentados en una de las mesas que hay esparcidas alrededor del jardín. Sobre la mesa hay un tablero de ajedrez con los peones, dama, caballos, el rey... lo que sea. Jamás en mi vida he jugado ajedrez. Ellos están muy concentrados. Mi abuelo se rasca la barbilla y Meg solo analiza el tablero tratando de descifrar cuál será su próxima jugada mientras frunce tiernamente los labios.

Oh Dios... ¿Qué acabo de decir?

Ahora que lo pienso... El ajedrez es para personas listas e inteligentes. Marsh era muy listo y astuto. ¿Pero Meg? Se me hace difícil verla como alguien inteligente. Ya que después de todo los rubios son cabezas huecas sin futuro. De hecho, yo soy un cabeza hueca sin futuro. Pero no soy rubio, así que aún tengo esperanzas.

Marsh mueve una de las piezas y una sonrisa se forma en su rostro. Meg queda perpleja.

—¡Jaque mate! —grita Marshall y empieza a moverse en la silla con los brazos arriba en un intento de hacer un baile de gloria.

Megan niega con la cabeza haciendo que su dorada y despreciable coleta de caballo se mueva al mismo ritmo. Deja caer sus hombros en un gesto de rendición, pero sonrío a la par de Marsh. Por dentro ella estaba feliz de que Marshall fuera feliz. Eso era muy... bueno para venir de una rubia.

Detrás de mí aparece el muy bien formado cuerpo de Shawn, quien no pierde el tiempo y corre hacia la mesa. Reacciono y lo sigo sin necesidad de correr. Me detengo a una distancia de tres metros detrás de Shawn, pero desde aquí puedo escuchar la conversación. Él se ha posicionado frente a Meg mientras le lanza una mirada de esas que siempre tienes cuando ves a la persona que más te gusta. Meg se ha cruzado de brazos limitándose a mirarlo expectante. Shawn comienza a hablar.

—Hola —dice nervioso— Yo... —se rasca la nuca buscando las palabras correctas— quiero preguntarte si no tienes nada que hacer el sábado en la tarde.

—Humm —ella se golpea el mentón con la punta de su dedo índice, meditándolo— No. No tengo nada que hacer. ¿A qué viene todo esto, Shawn?

—lo examina con esa mirada típica de ella. Inclina la cabeza hacia un lado y entrecierra sus ojos.

—Pues... yo... quería invitarte a salir.

—¿Una cita?

—Sí, eso. ¿Qué dices? ¿Te parece? —reconozco la esperanza y anhelo en su voz. Él quiere que diga que sí. Él está entusiasmado con esto.

—¿Por qué me invitas a salir? —ella lanza otra de sus preguntas capciosas. Bueno, no estoy seguro de si es capciosa. Ni siquiera sé qué significa capciosa.

—Bueno, eres... una chica muy linda y quisiera conocerte más —le da una sonrisa insegura.

Damas y caballeros, esta ha sido la magnífica demostración de Shawn Lockwell, mostrándole al mundo cómo ligar con una chica de la manera más patética que pueda existir. ¡Aplausos! ¡Aplausos!

Vaya que Shawn es todo un niño.

Me doy un fuerte golpe con la palma de mi mano en la frente haciendo sonar un leve *clap*. Estaba decepcionado. Soy el peor amigo del mundo al dejar que mi mejor amigo haga el ridículo frente a una chica.

Meg se inclina en la silla, lanzándome una mirada detrás del cuerpo de Shawn que se interpone entre nosotros. Su rostro aparece por el costado del torso de mi amigo. Ella me fulmina con sus ojos verdes que hoy hacen una perfecta combinación con el pasto. Levanto mi mano dejando mi dedo índice arriba, el cual muevo de lado a lado en un gesto de *No*. Acompaño aquel movimiento mientras niego con la cabeza con euforia indicando que lo rechace. Sin embargo, ella se limita a darme una sonrisa de oreja a oreja. Es una sonrisa traviesa. Una sonrisa malvada. Una sonrisa que dice «Traigo un plan».

Regresa su mirada a Shawn sin borrar aquella sonrisa. Él aún la mira sin despegar los ojos un instante. Luego ella habla.

—¿Por qué no? Será un placer salir contigo, Shawn —suelta con un entusiasmo hipócrita. Aunque no creo que Shawn lo haya notado—. Tú también te me haces un chico muy... lindo y simpático— se levanta de la silla y le acaricia el hombro.

Siento mi rostro arder en furia. Ella va a jugar con él. Justo como lo hacen todas las rubias. Va a hacer sufrir a Shawn y yo lo voy a permitir. Shawn es como mi hermano y si le hacen daño, se las verán conmigo. Esto... tengo que detenerlo. ¡Pero la expresión en el rostro de Shawn es de torpe enamorado! Llevaba una extensa sonrisa de tarado. Jamás lo he visto tan emocionado. Ni siquiera el día de nuestra graduación. Shawn está feliz, yo estaba airado, Marsh ni siquiera tiene idea de lo que está sucediendo y Meg se saldría con la suya si yo lo permitía.

—No puedo esperar a que sea sábado —la escucho exclamar y en un momento considero en golpearla. Pero luego recuerdo que soy hombre y ella mujer. Así que renuncio a la idea.

Pero de algo estoy seguro: no voy a permitir que Megan Lennon se burle de mi amigo.

Una discusión mojada

Capítulo 12

Carter no se ve muy feliz. Más bien se muestra indignado o enojado y eso me gusta. Después de charlar un rato con Shawn, me dijo que debía irse, ya que tenía llevar a su hermanita menor a una fiesta de cumpleaños. Eso me parece muy lindo de su parte. Muy pocos hermanos hacen esos por sus hermanas menores. Realmente me hubiera gustado tener un hermano y más si fuera tan agradable como Shawn.

Les diré la verdad sobre por qué acepté salir con él. Primero, ¡es un chico maravilloso! Shawn es todo lo que una chica desea: es guapo, simpático, con sentido del humor, agradable, caballeroso y, si me pongo a enumerar la lista de cualidades de Shawn Lockwell, jamás terminaré. Segundo, no puedo decirle que no a esa cara angelical. Tercero, Carter no está de acuerdo con que salgamos por alguna desconocida razón, así que qué mejor que hacer enfurecer a Carter.

Marshall ha regresado adentro de la mansión a tomar su siesta de mediodía. Así que de seguro en estos instantes debe estar por su quinto sueño. Tengo la hora libre, así que me he quedado en el patio trasero tomando aire fresco debajo de una muy veraniega sombrilla que se alzaba por encima de mi cabeza y cuyo pie está pegado al centro de la mesa. Lo bueno de San Diego es que aquí siempre es verano y en algunas ocasiones llueve, pero nunca nieva. Sin embargo, en algunos días el calor es terriblemente insoportable. Las noches sí son muy frías, pero después de un tiempo te acostumbras.

Me encuentro intercambiando mensajes con papá y Wendy. Los extraño mucho, así que opto por saludarlos a través de la muy útil herramienta que es la tecnología. Hablo por videollamada con Wendy, aunque viviéramos en la misma ciudad y nuestra localización no estuviera muy lejos, pero no podemos vernos a diario gracias a nuestros trabajos y etc. Con papá hablo por medio de mensaje de texto gracias a que en su trabajo no le permiten usar las

redes durante mucho tiempo y lo más útil que tiene a mano es su celular, aunque él tampoco era muy fanático de usar esos aparatos y para poder conectarnos es toda una odisea. Papá se encuentra en Washington tomando reforzamientos sobre armamento y todo eso que implica trabajar para la nación.

—¿Y cómo va todo? —pregunta Wendy mientras teclea sobre su laptop. Ella está en la oficina trabajando, pero le han dado el permiso para poder hablar.

—De maravilla —digo, aunque no me convengo del todo—. ¿Y tú?

—Igual. Sabes... he conocido a un chico.

Oh no. Tía Wendy cada vez que dice la expresión «He conocido a un chico» significa que le ha interesado un chico y que lo va a conseguir a toda costa. Ella es una mujer muy guapa y sin duda alguna toda una rompecorazones. Puede decirse que a Wendy le gusta jugar con los chicos. Y no sé cómo, pero nunca logra enamorarse de ninguno de ellos.

—Se llama Aaron y es muy atractivo —alarga la *u*, remarcando la oración.

Frunzo los labios— ¿Es otro de tus jueguitos? —la fulmino demostrando que no estoy de acuerdo con sus artimañas.

—Ehh —parece pensarlo—. Tal vez, no estoy segura —se encoge de hombros con indiferencia—. ¿Y tú Meg? ¿No has conocido a ningún chico? —dice con picardía causando que me sonroje. Por alguna razón ella ha dejado de verme y ahora se dedica a mirar hacia mis espaldas, pero no le tomo importancia.

—De hecho, el sábado tengo una cita con... —antes de que pueda terminar, un brazo largo y prominente pasa por encima de mi hombro, provocando que me sobresalte. Sus dedos se colocan sobre el borde de la pantalla del portátil y luego la cierra con un fuerte golpe. Doy un salto sobre la silla.

Me levanto de inmediato y doy media vuelta para encontrarme con mi peor enemigo. ¿Es que no puede ser más insoportable? ¿Por qué tiene que arruinar mi vida cada segundo de ella? ¿Por qué yo?

—¿Qué rayos te pasa? ¿Quién crees que eres? ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer con tu vida que andar molestando? ¡Eres un odioso antipático! —lo enfrento y lo aparto de un empujón.

—Mira, a mí me importa un pepino todo lo que me digas, ¿entiendes? —su indiferencia no me sorprende.

—¿Qué quieres? —digo exhausta. No quiero discutir con él. No otra vez.

—Quiero que me expliques por qué aceptaste salir con Shawn —usa un tono demandante.

Frunzo el ceño, pero luego le sonrío para provocarlo—. Ouh. Entonces es eso —alzo mis cejas con reconocimiento y me cruzo de brazos—. Después de todo, ¿por qué te importa?

—Me importa y mucho. Shawn es mi amigo y no pienso dejar que te burles de él —me amenaza y no hace nada más que ensanchar mi sonrisa.

—¿Qué?! ¿Burlarme? ¿Yo? —me toco el pecho para parecer indignada—. ¿De qué hablas?

—Sé que quieres jugar con él. Eso es lo que hacen todas las fastidiosas rubias. Y tú eres una de ellas —demanda con ira.

—Deja de señalarme de esa manera —me defiende—. Salgo con Shawn porque creo que es un chico grandioso y que realmente vale la pena. No como otros —lo miro fijamente mientras lanzo palabras, en busca de encontrar las indicadas para que toquen su punto débil y poder reventar su cajita de ira en la cual se encontraba su furia. Él suelta una profunda y amarga risa.

—Eres más falsa de lo que pensé, Megan —me fulmina con una sonrisa—. Te prohíbo que salgas con Shawn —dice de manera autoritaria y esta vez la que se ríe soy yo.

—¿Me lo prohíbes? ¿Tú? —vuelvo a reír—. ¿O si no qué? —lo reto. Rodeo la silla y me acerco a él de manera sigilosa.

—Haré que te arrepientas —concluye infalible. Niego con la cabeza mientras mantengo mi sonrisa sarcástica.

—Eres un asco. ¿Lo sabías?

—Eh —inclina su cabeza pensándolo—. ... Creo que me lo han dicho un par de veces. No estoy seguro —se encoge de hombros indiferente.

—¿Cuál es tu problema, eh? —exploto y lo empujo ya enojada. Odio su manera de actuar. Odio todo en él.

—¿Mi problema? Tú eres el asqueroso problema, Megan —me señala con sus gruesas y definidas cejas—. Crees que por ser rubia puedes tener a todos

los chicos a tus pies. Crees que puedes jugar con ellos. Y no voy a permitir que Shawn sea uno de ellos.

—¡Por Dios, Carter! ¿Qué clase de persona crees que soy?

—Eres rubia. Tú dímelo —alza una de sus cejas nuevamente en un gesto de desprecio.

—¡Ya deja tu estúpido trauma con las rubias, quieres! —vuelvo a empujarlo y él retrocede. Yo me acerco aún más—. Hagamos algo. Olvídate de que soy rubia por un instante —me tomo de la coleta y la sacudo mostrándole el cabello dorado—. Imagínate que soy castaña como Piper, o lo que sea.

—No te compares con Piper —se apresura a reprenderme. Sus ojos se entrecierran aún más y sus labios se sellan.

—De acuerdo, no lo haré. Cualquiera otra castaña. Solo olvídate de que soy rubia. Ahora imagínate que soy una castaña que quiere salir con Shawn. ¿Pensarías lo mismo de mí?

Él se queda en silencio sin mostrar expresión. No deja de fulminar. Lo está pensando. Sé muy bien que él no me odia. Solo odia que sea rubia. Ese es el problema. Mi tonalidad de cabello. Es algo absurdo y no acabo de comprenderlo.

—¿Y esto qué tiene que ver? —evade mi anterior pregunta.

—¡Responde! —grito acabada. Odio sus rodeos—. Solo... responde —digo ahora en un tono más tranquilo que el anterior.

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabes?

—¡No lo sé! —se une a mis gritos—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que si fueras castaña serías la chica perfecta para Shawn? ¿Que si fueras castaña me encantarías porque tengo un miserable trauma con las rubias y por eso las odio? —él suelta palabras sin sentido mientras alza los hombros.

—¡Sí! —vocifero—. ¡Solo quiero comprender por qué me odias, Carter! ¡¿Por qué nos odias?! Y creo que hablo en nombre de todas las rubias.

—No pienso decírtelo —hace una mueca con sus labios—. Es solo que... no las soporto. ¿Vale? Ni a ti, ni a ninguna.

—¡¿Por qué?! —le doy un fuerte golpe en el pecho con ambos puños. Estoy enojada, cansada, llena de ira y de todo. Lo sigo golpeando hasta que él me

toma de las muñecas con sus fuertes y delgados dedos, deteniéndome.

Él me hala, acercándose a su cuerpo y lo odio por eso. Me mira penetrante durante unos minutos. Sus ojos miel me examinan el rostro mientras yo le lanzo una mirada llena de odio y furor. Sus ojos se consumen de curiosidad, me mira como si estuviera evaluando algo extraño, algo desconocido. Como cuando un paleontólogo encuentra un nuevo fósil y lo examina para averiguar a qué dinosaurio perteneció hace milenios. Justamente de esa manera me mira Carter en este momento.

Todo a nuestro alrededor parece oscurecerse, lo que provoca que ambos levantemos la vista. Una gran nube se ha instalado sobre nuestras cabezas y oculta la claridad del sol. El cielo se torna de una tonalidad grisácea. A lo lejos el tronar de un rayo se escucha anunciando que la lluvia estaba pronta a venir. Vaya, qué clima tan bipolar... como Carter. Las gotas comienzan a descender, mientras nosotros las observamos en total silencio. Carter alza su cabeza y observa el cielo detenidamente, lo que me da una perfecta vista hacia su muy bien esculpido mentón. Me concentro en su manzana de Adán y en su largo cuello. Si Carter no fuera un total inepto, yo estaría muriendo por él.

Sigo observándolo con sumo cuidado hasta que él baja la mirada y la posa en mí, lo que causa que nuestras narices rocen durante un instante. Analizo su rostro por primera vez y puedo reconocer unas diminutas pecas en la zona de su nariz y pómulos. Dios... Carter tiene pecas, los chicos como Carter no suelen tener pecas. Bueno, aunque las chicas como yo no suelen resolver problemas matemáticos... pero ese es el punto.

Las gotas se vuelven más intensas y forman una cortina de agua sobre nosotros, estas azotan nuestras pieles y comienzan a empapar nuestras ropas. Veo cómo caen sobre el cabello castaño oscuro de Carter y luego descienden por su frente, recorriendo su elegante nariz hasta llegar a sus atrayentes y delicados labios. Nos mantenemos en silencio, observándonos como dos completos desconocidos lo harían. No ha soltado mis muñecas, sino todo lo contrario. Las sostiene con una fuerza insuperable, ejerce un control sobre ellas, pero no las lastima. Solo las mantiene seguras entre sus manos evitando mi agresión contra él.

No sé cómo, pero hemos terminado frente a la fuente del jardín. Un lindo delfín de cemento en la punta de la fuente escupe agua por su largo hocico

que luego desciende a la base de la fuente que es una gran piscina. Carter le da la espalda a la fuente y desde mi punto lo único que puedo ver es al pequeño delfín vomitar agua.

—No sé qué te hayan hecho las rubias para merecer tu odio —retomo el tema—, pero si por culpa de una de ellas tú... nos odias a todas, solo te digo que no todas somos iguales, Carter. Yo no soy...

—Megan —me detiene. Odio cuando dice mi nombre completo—, yo no odio a las rubias —mantiene su expresión neutra.

Se acerca a mi rostro, excediéndose. Se acerca tanto que puedo percibir el aroma de su aliento fresco. Él me miraba a los ojos como si estuviera leyendo todos mis pensamientos, como si supiera cuál es mi siguiente paso. Gotas de agua caen sobre sus párpados. Él saca su lengua y con ella humedece sus labios a la vez que saborea las gotas lluvia de manera seductora, aunque esa no haya sido la intención. Mi corazón se acelera y no puedo hacer nada más que quedarme a la expectativa. Sus labios quedan relucientes y brillosos, descontrolándome. *Inútiles hormonas. ¡Recuerden que lo odiamos!* Separa los labios, a una distancia determinada, veo sus dientes blancos asomarse debajo de sus carnosas fauces y luego las palabras tan típicamente hirientes de Carter salen.

—Yo las aborrezco con toda mi alma, Meg. Por ser tan falsas —sentencia y yo trago, indignada.

—Te vas a arrepentir de haber dicho eso —declaro, con una idea en la mente.

—¿En serio? ¿Cómo? —se mofa y sonrío.

En un fuerte jalón me suelto de su agarre, tomándolo desprevenido. Él se acerca a mí con intenciones de volver a aprisionarme, pero antes reúno todas mis fuerzas y avanzo hacia él con los brazos al frente. Lo empujo, pero él se tambalea sobre el borde de la fuente y, antes de caer, me toma de la muñeca con su largo brazo y me arrastra con él a la piscina de la fuente.

Siento mi ropa más húmeda y pesada de lo que ya está. Hemos caído de espalda, así que el agua helada tapa mis oídos, lo que deja mi rostro expuesto al aire. Abro los ojos y veo el oscuro cielo del cual descienden millones de gotas cada milisegundo. Respiro por la boca, agitada, y siento un bulto junto a mí. Escucho que dice algo, pero gracias al nivel de agua que llegaba hasta mis sienes su voz se escucha distorsionada. Para mi sorpresa, él y yo estamos

tomados de la mano. Nadie hizo ningún movimiento. Solo nos quedamos allí, mirando el cielo de manera inerte mientras las gotas se estrellan contra nuestras facciones. Después de unos segundos me siento sobre el cemento de la fuente, me suelto de su mano y me quedo en esa posición. Giro hacia Carter, quien sigue allí tirado, solo que esta vez me mira divertido. Yo hago una sonrisa fruncida y juego con el agua que cubre mis piernas en total silencio. Solo se escucha al delfín escupir agua junto al coro de las gotas que aterrizan.

—Te odio —le escucho decir de una manera dulce y pasiva. Eso es totalmente irónico. Lo miro con el ceño fruncido y él me sonríe de forma traviesa. Niego con la cabeza y ruedo los ojos. Suelta una risa y me lanza agua al rostro. Yo chapoteo para que las gotas lo empapen aún más, lo cual es imposible, ya que estamos totalmente empapados.

El cabello mojado de Carter se pegotea a su frente y su playera se adhiere a su torso, lo que muestra su muy bien marcado cuerpo. Mi cabello con el agua se oscurece un poco, pero se mantiene rubio sin importar las circunstancias. No sé cómo, pero ambos sonreímos de manera torpe y eso no me gusta en absoluto.

Lo admiro durante unos segundos, tomo fuerzas para levantarme y salir de la fuente. Mi cuerpo se siente más pesado de lo normal, lo que me dificulta mi trayecto hacia la mansión. Camino con zancadas, alejándome de él.

—¡Oye! ¿Adónde vas? —lo escucho decir y me detengo. Regreso mi mirada hacia él, quien ahora está recostado al borde de la fuente observándome de brazos cruzados a través de los irresistibles mechones castaños que obstruyen su vista. Él, en un ágil movimiento de mano, los acomoda hacia atrás, deja su frente despejada y así me mira con sus deslumbrantes ojos miel.

—Eres un inepto —escupo, frustrada.

Su sonrisa se ensancha —¿Qué? ¿Por qué? —algo parece divertirlo.

—¿Aún lo preguntas? Se supone que debo estar enojada contigo y me has hecho reír. Eres muy bipolar, ¿sabes? —le grito, ya que estamos a casi ocho metros de distancia. Él estrecha sus brazos aún más, veo su sonrisa ensancharse, lo que hace que mi ira aumente aún más.

—Por cierto, yo también te odio —le digo y me giro para seguir con mi camino hacia la mansión.

Cuando llego, me refugio bajo el techo y tomo el picaporte para entrar, pero antes me doy cuenta de algo: mi portátil y todas mis cosas se han quedado en la mesa de jardín, debajo de la sombrilla donde supongo que no se mojarán. Regresar por ellas implicaría pasar por enfrente de Carter caminado como un pingüino empapado o puedo esperar a que la lluvia cese y regresar por ellas más tarde. Lo pienso unos segundos y me voy por la segunda opción.

Entro en la mansión y el aire cálido me abraza de manera reconfortante. Sin embargo, siento cómo el agua de mi cuerpo se desliza hasta el fino piso de mármol, lo que crea un charquito a mi alrededor. Para mi suerte, Lupe está frente a mí con una cara de desagrado. Tiene sus manos en sus caderas, sus labios y ceño están fruncidos en un gesto de desaprobación. Abro la boca para hablar.

—Todo esto tiene una explicación —me apresuro a decir—. Yo estaba...

—Shhh —me interrumpe—. No digas nada, solo vete a cambiar. Yo limpiaré esto —me dice en un tono de disgusto.

Le agradezco por lo bajo y comienzo a caminar hacia la escaleras para ascender a mi habitación. De pronto, suelto un estruendoso estornudo que resuena por toda la casa. Un resfriado está pronto a venir y todo es culpa de Crane.



#LecciónDelDía:

Si vas a discutir con tu más odiado enemigo,
hazlo lejos de una fuente.

Estás ardiente

Capítulo 13

Hoy es viernes. Último día de la semana. Lo que significa que mañana Meg y Shawn tendrán su cita. Ya no puedo impedirla. Ambos están decididos a asistir a esta cita y yo no puedo hacer nada más que quedarme a la expectativa de si Meg será capaz a herir a Shawn. Algo se me tiene que ocurrir. Un plan... ¿Pero qué? ¡Agh, estoy en blanco!

Bajo las escaleras hacia la cocina. Estoy sediento, quiero agua o alguna bebida que calme la resequedad en mi garganta. Entro en la cocina y me detengo al verla de pie frente al refrigerador, sirviéndose un vaso de agua. Ella siente mi presencia y gira hacia mí, inmediatamente su expresión se oscurece. Se termina el vaso y lo deja sobre la isla de la cocina.

Con su presencia puedo percibir un aura débil. Su cabello estaba recogido en un chongo, sus ojos están irritados al igual que su nariz, sus mejillas están levemente ruborizadas sin intención de demostrar alguna expresión y debajo de sus aniquilantes ojos hay algunas ojeras que demuestran la falta de sueño. Lleva puesta una sudadera azul océano con las mangas recogida hasta los codos, acompañada de unos *jeans* y, para mi sorpresa, está descalza. Se ve algo mal.

Voy, tomo un vaso, me sirvo agua del grifo y me la tomo de un solo trago. Ella busca algo más en la nevera cuando escucho que se sacude los mocos y luego se los limpia con la manga de la sudadera.

—Tú... ¿Estás bien? —digo algo temeroso. Podía reaccionar de cualquier forma.

Ella se gira hacia mí con una mirada de *¿hablas en serio?* Hace un intento de fulminarme y luego niega con la cabeza.

—No, me siento como una gran caca. Pero al cabo, ¿a ti qué te importa? — se pone una mano en la cadera. No hace ninguna expresión, mantiene su rostro inerte.

—La verdad, no me importa. Solo pregunté por cortesía —*Carter, ¿por qué no puedes dejar de ser un tarugo de una vez por todas?*

—¿Tú? ¿Cortés? —suelta una risa—. Tiene que ser broma —pongo los ojos en blanco.

—¿Siempre piensas así de mí?

—Podría decirse que sí —se encoge de hombros.

—No te culpo —acepto. Soy un gran cretino.

Si existiera un Oscar a *La persona más insoportable de la Tierra...* se lo llevaría Meg. Yo me llevaría el del *Inepto mundial*.

Trato de salir de la cocina y paso junto a Meg, pero cuando lo hago, no puedo evitar impresionarme. Mi piel roza la suya. En otras circunstancias este habría sido un roce insignificante, pero cuando nuestros antebrazos chocan siento cómo sus vellos y su suave piel prácticamente hierven. Me giro y la miro a los ojos. Ella es unos centímetros más baja que yo, así que solo tengo que inclinar un poco mi mirada. Tomo su brazo entre mi mano sin ser tan rústico y por poco me quemo. Abro los ojos y la miro, tiene muy mal aspecto. Ella no está bien.

—Wouh, Meg. Estás... ardiendo —digo sin dejar de tocar su calurosa tez.

—Cállate. Si crees que con un cumplido vas a poder...

—¡No! —corrijo rápidamente, y sonrió por mis adentros—. No de esa forma. Estás ardiendo literalmente, Lennon. ¿Segura de que estás bien?

—Perfectamente. No necesito tu ayuda. Es solo un resfriado —noto su voz gangosa y rasposa. Ella se zafa de mi agarre con un jalón y me mira resentida. Ella me odia. Le toco la frente con el lomo de mi mano y casi pude escuchar el chasquido de mi piel al arder.

—Tienes fiebre —afirmo.

—¿Y a ti qué?

Aún enferma no deja de ser tan insoportable.

—¿Te quieres morir? —la fulmino. Jamás había sentido a una persona con esa temperatura.

—No me voy a morir, tarado. Ya quítate —me empuja y sale de la cocina con tropezones.

Me quedo un rato allí, buscando refrescos y chucherías. Moriré de diabetes. Coloco todo lo que puedo sobre la encimera y luego con mis largos brazos lo

tomo todo como si fuera una retroexcavadora y comienzo mi trayecto hacia mi habitación. Llego al recibidor y al pie de la escalera la veo allí tirada en el piso, apoyada en el primer escalón con una expresión de derrota. Su cara está escondida entre sus brazos, pero aún puedo ver lo sonrosada que está.

—¿Meg? —digo, pero ella no responde. Me acerco—. Meg, ¿estás bien? —la respuesta es un quejido y luego silencio. Le doy un leve empujón con el pie, ya que traigo las manos ocupadas—. Meg, levántate —pero ella no se mueve.

Suelto un grueso y largo suspiro. No puedo creer que vaya a hacer esto. Me inclino y dejo todas las porquerías que ingiero en el piso para desocupar mis brazos. La observo, está deshecha. No creo que pueda con su propio peso, ni siquiera llegó al primer escalón. Me coloco de cuclillas y la sacudo, entonces me doy cuenta de que está inconsciente, pero no del todo. Estaba en un lapso parecido al de un ebrio que ha bebido mucho y no puede mantener el equilibrio. Resoplo.

—No te pienso dejar aquí tirada, no soy tan inhumano para hacer eso —le digo, aunque no me escuche.

Con un brazo la tomo de la espalda y con el otro le sostengo las piernas, la acomodo de forma en que quede como una bebé arrullada en los brazos de su padre. *Ugh, Carter, ¿qué tipo de comparación es esa?* La apego a mi cuerpo y siento la sofocante calidez de su anatomía. Ella tiembla inconscientemente y suelta una protesta, pero luego se tranquiliza y se acomoda aún más.

Empiezo a ascender por los peldaños. Ella es pesada, pero no tanto. Tenía un peso normal, no es una hoja, ni un elefante, ella es... ella. Jamás la había sentido de esta manera, tan cerca de mi cuerpo y vulnerable al mismo tiempo. Es algo extraño e incómodo, aunque ella ni siquiera sepa lo que está sucediendo. Estoy seguro de que en su sano juicio jamás de las eternidades me dejaría cargarla de esta manera. Llego a la segunda planta y camino hacia su habitación. Por suerte está abierta, así que solo fue suficiente una leve patada para abrirla.

Camino dentro de la pieza. Aquí dentro huele tanto a ella. Es una mezcla de frutas del bosque con lavanda. Tengo que admitirlo, Meg huele muy bien. Me acerco a su cama y la recuesto sobre el colchón tratando de no ser tan rústico. Su piel sigue igual de ardiente que antes, pero ella tiembla y musita cosas incomprensibles. No tengo idea de qué hacer. ¿Dejarla aquí sufriendo con

esta fiebre infernal? Eso sería cruel. Bueno, yo soy cruel, así que no me sorprendería.

Justamente hoy tiene que ser el día libre de Lupe. Si ella estuviera, le pediría ayuda con esto y ella aplicaría una de sus recetas latinas curativas y ¡pum!, Meg seguiría siendo la imbécila que es. Pero no, solo estamos Marshall —que pues estaba viendo *Acumuladores* y ese programa es sagrado para él—, Meg, yo y los otros empleados, los cuales creen que soy un niño mimado y malcriado. La mayoría me odia.

Meg empieza a sudar, así que opto por quitarle la sudadera. Me acerco y comienzo a retirar la prenda de su cuerpo. Me quemo con cada toque. Le retiro el brazo derecho y luego el izquierdo completando mi objetivo. Veo que debajo de la sudadera llevaba una simple playera de tiras blanca, mostrando sus pálidos y contorneados hombros. Sobre su piel hay una delgada capa de sudor que brota de sus poros. Dejo la sudadera a un lado y me siento en el borde de la cama.

¿Ahora qué?

Piensa, piensa, piensa. Me rasco la cabeza frustrado. Esta tipa morirá calcinada si no hago algo. ¿Pero qué? Rayos, ni siquiera sirvo para esto.

—¿Carter? —escucho esa voz chillona que reconocería en cualquier parte. No, por favor no. Ella no. Ruego por lo bajo—. Cariño... ¿dónde estás? —se escucha muy cerca. Está en la segunda planta.

Me levanto de la cama alarmado y empiezo a dar vueltas. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hago? Ella entrará a aquí y no puedo permitir eso. Mejor salgo yo, corro menos riesgos. Miro a Meg y me muerdo una uña indeciso. Vale, no puedo dejar que me vea con ella. Eso sería caótico.

Salgo y cierro la puerta detrás de mí, ella gira y me observa con sus ojos cafés. Se acerca y me acaricia el pecho. Yo me recuesto en la puerta de la habitación levemente agitado.

—Hola, cielo —dice Piper.

—¿Qué tal? —sonrió nervioso, me tiembla la comisura de los labios.

—¿Qué hacías allá dentro? Esa no es tu habitación —entrecierra sus ojos. *Y aquí vamos con el interrogatorio.*

—Buscaba algo que se me perdió —digo con firmeza, carraspeo.

—¿Qué se te perdió? —coloca una mano en su cintura.

—Unos *jeans*, no sé dónde Lupe los dejó —me encojo de hombros. Por suerte Piper no sabe que esta es la habitación de Meg.

—¿Y dónde está la niñera? —dice con desprecio mientras recorre la zona con la mirada.

—Yo qué sé —bufo—. Como si estuviera pendiente de ella todo el día —ruedo los ojos. Puede decirse que soy muy buen mentiroso.

—De acuerdo —sonríe con cierto cinismo y pasa sus manos por mis hombros y las entrelaza en mi nuca—. Te quiero, Carter.

—Vale, vale. Yo también —trato de no sonar indiferente.

Luego ella comienza a besarme. Fue algo salvaje, pero a la vez seco y simple. Tardo un poco en devolverle el beso. La tomo de la cintura y la atraigo hacia mí por obligación. Me limito a seguir sus movimientos de labios. Los besos con Piper se habían vuelto algo predecibles y rutinarios para mí. Siempre es lo mismo. Así que se me es muy fácil seguirle el juego.

—Salgamos —propone cuando nos separamos.

Pienso en Meg al otro de la pared, ardiendo en fiebre. Si salgo con Piper ella empeorará. Pero si rechazo a Piper. ¿Qué excusa le daré? Lo pienso un momento hasta que me decido.

—Está bien, vamos —bajamos a la planta baja tomados de la mano. Ya en el porche se me ocurre una idea.

—Linda, voy a hacer una llamada. No tardo —ella asiente y yo saco mi teléfono del bolsillo.

Me alejo unos metros, lo suficiente para que ella no escuche. No voy a permitir que Meg se quede así. Tener fiebre es un asco. Meg corre riesgo en ese estado. Está muy mal, y aunque ni yo mismo me lo crea... me preocupa un tanto. En el teléfono marco el número del doctor de confianza de mi madre. Le explico la situación y le pido que la ayude. En unos minutos estará aquí. Y Meg estará bien.



#LecciónDelDía:

Si quieres que un chico como Carter
te lleve en sus brazos solo tírate al piso y hazte la muerta.

Espías

Capítulo 14

4:30 p.m.

Efectivamente, Meg se mejoró. Se tomó algunos medicamentos y quedó como nueva. Perfecta para su ridículo almuerzo con Shawn, que justamente están tomando en estos instantes. Según lo que me contó mi querido amigo, la llevaría a cenar a *The Rubicon Deli*, el restaurante favorito de Shawn de todos los tiempos. Para él, en Rubicon venden los mejores sándwiches del universo, así que no me sorprendió para nada cuando me lo dijo. Él está muy emocionado, quiere ver la reacción de Meg al probar un sándwich.

Yo estoy aquí, en casa. Aburrido. Puedo llamar a Piper, pero no creo poder soportar otra de sus odiosas charlas sobre aquella vez que fue a una fiesta y encontró a una chica con el mismo vestido que ella.

Mi única compañía son los videojuegos.

Gano la primera batalla y luego lanzo el mando al otro lado del sofá. Me cruzo de brazos y suelto un suspiro exasperado. De seguro ellos están divirtiéndose en Rubicon y atragantándose con sándwiches.

Veo mi celular sobre la mesa de centro, luego miro mis pies y regreso la vista al celular. Por poco y casi puedo ver cómo el bombillo se enciende sobre mi cabeza. *Carter, eres una mente maestra.* Tomo el celular y rápidamente marco el número de Colton, un viejo amigo de Crawford. Él, Shawn y yo éramos inseparables en el colegio. Colton se distanció, ya que se fue a estudiar a Suiza, pero escuché que está de vacaciones y ha regresado a San Diego, así que no dudo en llamarlo. Me llevo el aparato al oído y lo sostengo con fuerza.

—¿Hola? —escucho la profunda voz de mi amigo.

—Coltonto —digo. Así le apodamos todos.

—¿Cartera? —dice entusiasmado. Solo él usa ese absurdo apodo. Bufo mentalmente—. ¿Eres tú?

—Sí, mugroso. ¿Quién más? ¿Estás en San Diego?

—Yo... sí. ¿Por qué?

—Necesito que me ayudes.

—Depende —condiciona Colton. Él sabe que tengo una mente muy macabra.

—Shawn está teniendo una cita —Voy directo al grano y escucho cómo Colton ahoga un grito del otro lado de la línea. Shawn no tiene una cita desde el sexto grado.

—¿Con quién? —dice intrigado.

—Con la niña que le gustó siempre, Colton.

—¿Megan Lennon? Nooo —dice incrédulo.

—Sí. Ella misma.

—Ella sí que arde —exclama.

—Ya cierra la boca. El punto es que estoy seguro de que esa rubia solo se quiere aprovechar de él. Solo quiere jugar con Shawn para molestarme. Ella es odiosa y no es buena para Shawn. Así que espíremos en su cita. ¿De acuerdo? Esto lo hacemos por Shawn, no por ella.

—Suena divertido. Pero no entiendo... ¿Por qué querría ella molestarte?

—Te lo explicaré todo cuando vengas.

...CR...

Colton llega después de unos minutos. Su aspecto es algo cambiante. Trae una barba de cinco días sin afeitarse, su pelo está alto y sus músculos se le marcan a la camisa que trae. Colton se veía muy maduro y serio, pero por dentro es todo un niño igual que Shawn. De los tres yo soy el más ético. Shawn y Colton son los nerds que se preocupan por su futuro. Aunque no lo entiendo. Todos tenemos la misma edad de diecinueve, pero Colton se ve de veintiséis, Shawn de veintidós y yo pues un puberto de diecisiete. Es algo muy extraño. Definitivamente la pubertad tuvo más consideración con ellos.

En la mansión hay cuatro autos: el de mamá, el de papá, la camioneta de Walter y el Audi negro que es mío. No utilizaré el mío, ya que Meg lo conoce

y nos delatará. Así que opto por usar el auto de papá, que también es un Audi, solo que en tono azul opaco, a diferencia del mío, que es negro. Colton y yo nos subimos a la nave y comenzamos nuestro viaje hacia *The Rubicon Deli*. Durante el camino le cuento todo lo sucedido: sobre que Meg vive conmigo y cuida de mi abuelo, nuestras discusiones, lo odiosa que es, todo.

—Por Dios, me voy a Suiza y todo esto ocurre. Creo que debo quedarme aquí y ver todo este espectáculo. No, espera... Tengo que volver por Davina.

Davina es la novia de Colton en Suiza.

Llegamos al lugar. El restaurante está en la vía, por lo cual me estaciono algunos metros atrás. Colton y yo nos bajamos del auto y empezamos a acercarnos con pasos lentos. A lo lejos solo puedo divisar a unas cuantas parejas comiendo al aire libre a las afueras de Rubicon y al acercarme pude confirmar que una de ellas son Shawn y Meg. Caminamos del lado opuesto de la vía junto a un gran edificio con la cabeza gacha tratando de pasar por desapercibidos. Del otro lado de la carretera está Rubicon y por el rabillo del ojo puedo ver cómo Meg y Shawn se ríen. Colton y yo pasamos de largo y nos escondemos detrás de las paredes del edificio. Desde aquí tenemos una vista diagonal hacia ellos.

—¡Wouh, vaya que sí está preciosa! —comenta Colton mientras mira hacia la misma dirección que yo. Aparto mi mirada y lo miro con el ceño fruncido. Colton se encoge de hombros y yo le doy un buen merecido golpe—. Vale, vale. Ya cierro la boca —se acaricia el hombro.

Devuelvo la mirada hacia ellos. La vista no es muy buena, ya que solo podemos ver el rostro de Shawn gesticular completa felicidad. Meg nos da la espalda presumiéndonos su ridícula cabellera dorada que cae sobre sus omóplatos desnudos gracias al vestido gris sin mangas que lleva. Estuvimos allí durante cinco minutos hasta que por alguna razón me dio la curiosidad de mirar hacia el cielo. En lo alto del edificio veo el logo de la empresa que anunciaba «*Gathway Enterprise*» el nombre se me es familiar. Busco en mis archivos mentales que están casi vacíos y entonces lo encuentro. Los Gathway. Amigos de la familia, mi padre es uno de los más grandes accionistas de esta empresa, cómo olvidarlo.

Sonrío.

...CR...

—Qué buena vista desde aquí, Crane —me dice Colton asomado desde la ventana.

Logré entrar al lugar. Solo fue necesario hablar con la recepcionista para que llamara al señor Gathway y que me diera el permiso de entrar. Colton y yo subimos al tercer piso del edificio donde encontramos unas oficinas vacías, pero el lugar tiene ventanas de cristal que te permiten ver hacia la carretera. Y sí, exactamente fue como me lo imaginé. Tenemos vista directa hacia Rubicon. Desde aquí vemos a Meg y Shawn desde el mismo punto de vista. Nos tuvimos que esconder detrás de unas cortinas, ya que los vidrios no están ahumados y, si se les ocurre mirar hacia arriba, estaremos expuestos.

Estuvimos allí durante una hora y media. Colton y yo nos encontramos tirados en el alfombrado piso arropados por las cortinas. Ha sido como ver una telenovela coreana. Lo más que hicieron fue tomarse de las manos, hablarse cerca del rostro, reír y más reír sin dejar a un lado las largas sesiones de coqueteo. Ugh, en un momento estuve a punto de suicidarme. Demasiada dulzura para un día. Si sigo así, muy pronto seré diabético físico y sentimental.

Colton se ha dormido en el suelo y de la comisura de sus labios nace una cascada de saliva que es absorbida por la pobre alfombra. Lo sacudo y él se despierta sobresaltado. Se limpia la línea de saliva con el antebrazo y se restriega los ojos.

—¿Ya se acabó? —dice adormilado.

—Sí, se fueron por separado. Es algo extraño.

—¿Hace cuánto?

—No lo sé... ¿tres minutos? —me sacudo el cabello y me levanto del piso a la vez que lo hace Colton.

—Recuérdame nunca más acompañarte en una de tus ridículas misiones. Más entretenido es ver la saga entera de Crepúsculo por séptima vez con mi abuela —me dice mientras estamos en el ascensor camino hacia la planta baja.

Saludo a Sindy la recepcionista antes de salir. Cuando por fin estuve afuera casi me llevo el susto de mi vida. Alguien me toma del cuello de mi playera estrujándola entre el puño de su mano. Me hace girar hacia él pero

rápidamente me doy cuenta de que es ella. Me acerca a su cuerpo amenazante, pero como es más baja que yo se me hace algo divertido, aunque su fuerza me asusta un poco. No conocía esta parte de ella.

Ojos verdes, cabello amarillo. ¿Quién más podría ser? De hecho, podrían ser muchas, pero ustedes ya saben de quién estoy hablando. Se coloca de puntillas para poder alcanzar mi altura y, cuando lo hace, nuestros ojos quedan frente a frente. Su mirada llena de odio, rencor, un toque de furor y una mezcla entre *¿te mato o no te mato?*, me fulmina. Sin embargo, los míos se muestran algo intimidados y divertidos al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí, mugroso? —susurra muy cerca de mí. Nuestras narices se rozan y su respiración choca contra mis labios secos.

Estoy a punto de contraatacar cuando recuerdo que llevo a alguien conmigo. Me giro hacia Colton, quien nos observa con los ojos abiertos, muy parecidos a los de un chihuahua. Él se percata de nuestras miradas y comienza a hablar como tarado.

—Yo... yo... creo que debo irme —usa su pulgar para señalar sobre su hombro. Me mira—. No te preocupes... tomaré un taxi. Debo... llegar a casa. Adiós —y entonces comienza a correr lejos de nosotros.

Cobarde.

Devuelvo la mirada a Meg quien ha ignorado a Colton sin dejar de fulminarme.

—¡Explícate! —explota y yo doy un respingo.

—Vale, vale. Estaba aburrido y quise vigilar a Shawn. ¿De acuerdo? —le soy sincero y me encojo de hombros. Ella aprieta su puño aún más contra la tela de mi playera.

—¡No debiste hacerlo! ¡Esto era privado! ¡¿Imagínate si Shawn se entera de esto?! —ella me grita en la cara mientras yo trato de no demostrar que me intimida.

—¡No! No le digas, me dejaré de hablar —le suplico.

—¡Agh! —exclama frustrada. Me suelta y me da la espalda, me tambaleo un poco y entonces es allí cuando me tomo esos segundos para admirarla.

Lleva un vestido gris por encima de las rodillas, sus hombros pecosos están al desnudo y muestran su tersa piel. Un collar descende de su nuca hasta su cuello, lleva unos simples tacones negros y un monedero del mismo color en

su mano derecha. Su cabello rubio cae sobre su espalda expuesta, lo que pone al descubierto su pálida tez a través de los mechones. Se veía algo... linda. *¡Oh Dios, qué acabo de pensar!* Sacudo la cabeza apartando esas inútiles ideas.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunto.

Ella me echa una mirada por encima del hombro—. Vi el Audi azul. Conozco muy bien los autos de los Crane. Créeme, ya fui a la cochera. Además, tengo algo de memoria fotográfica y me sé las placas —su confesión me aterra un poco. *¿Memoria fotográfica? ¿Qué clase de rubia es esta?*

—Yo lo siento, de verdad. Solo quería asegurarme de que Shawn estaría bien —confieso honestamente, pero algo dentro de mí me dice que realmente no es eso.

—Carter —ella niega con la cabeza y ahora gira su cuerpo completamente hacia mí. Analizo su figura. Recorro sus piernas lisas y delgadas igual de pálidas que el resto de su cuerpo. Ascendo hacia su cintura y su torso, los cuales el vestido resalta de una manera espectacular. Subo un poco más y me quedo unos segundos en su busto. Sigo por su clavícula, hasta sus ojos verdes que me miran con incredulidad. *Tienes que parar de hacer eso, Carter.* Mentalmente me seco el sudor de la sien—. Yo jamás le haría daño a un chico como Shawn, tenlo por seguro. Él es demasiado bueno y no puedo... herirlo. Es una ley personal —pestañeo.

—¿Tú también tienes leyes personales? Creí que era el único —digo algo aturdido.

—Sí. Suelo hacerlas cuando estoy aburrida —puedo ver cómo se rasca la nuca incómoda, pero más allá de eso veo una sonrisa escaparse—. ¿Cuál es la primera en tu lista?

—Yo... eh... —fijo la mirada en el piso—... Cero rubias en mi lista de chicas —doy un puntapié al poste que se encuentra junto a mí.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Y la tuya? —me apresuro a decir.

—Pues, era nada de chicos en época escolar. Pero lo de Ryan y yo fue algo escondido. Solo nos veíamos los fines de semana, porque yo estaba ocupada con la escuela. Ni siquiera sé cómo duramos tanto. A veces las leyes

personales son muy difíciles de cumplir. Por eso ahora que ya me gradué y soy «libre» —hace comillas con sus dedos— me estoy dando una oportunidad con Shawn —culmina y veo cómo se muerde el labio inferior.

Jamás había visto ese gesto en ella.

A veces las leyes personales son muy difíciles de cumplir. ¿Qué trata de decir con eso?

Suspiro— Ven, vámonos. Pronto anochecerá y Lupe nos matará — comienzo a caminar hacia el auto por la acera. Escucho los tacones de Meg detrás de mí confirmando que me sigue.

...CR...

Llevo unos minutos en la carretera cuando mi celular comienza a sonar. Meg me mira y yo la miro un milisegundo para luego devolver la mirada a la vía.

—¿No piensas contestar? —dice ella junto a mí.

—No. Nunca contesto llamadas mientras conduzco —aunque es difícil de creer, soy responsable a la hora de conducir. No pienso perder la vida en un accidente automovilístico.

El celular suena. No una, ni dos, tampoco tres, sino cinco veces. Me obligo a orillarme para poder contestar. Estaciono el auto en el borde de la vía y aprieto el botón que activa la intermitente. Tomo el teléfono y cuando me fijé en la pantalla vi el nombre «PIPER» en grande con una foto de ella en un vestido amarillo debajo. Le doy una mirada de soslayo a Meg antes de contestar y luego me llevo el aparato al oído.

—¿Carter? —suena desesperada —¿¿Dónde estás?! —reprocha con su voz chillona—. Te he llamado cin...

—¿Qué sucede, Piper? —la interrumpo exasperado. Siento la mirada de Meg sobre mí. Ella escucha cada palabra que digo y me mira con atención.

—Necesito que vengas a recogerme.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde estás? —digo desconcertado.

—Hoy iba a tener un picnic con mi amiga Johanna. Ya sabes la...

—La que aborto al bebé —afirmo recordando la historia que me contó sobre su fiel amiga que abortó a escondidas de sus padres.

—Sí ella. Bueno, hoy quedamos de vernos en Carlsbad para comer. Yo llegué primero y esperé durante media hora hasta llamarla. Tuvimos una discusión por teléfono muy fea. Ahora me quedé varada en medio de Carlsbad y no tengo cómo regresar. ¿Puedes venir? Por favor —chilla.

Carlsbad es una de las playas más famosas en San Diego. La gente recurre mucho a ella para ver el atardecer, para hacer pícnicos, reencuentro de amigos y todas esas babosadas.

—¿Y quién te llevó? —busco excusas.

—Mi madre, pero ella ahora está ocupada en una reunión de sus bienes raíces —dice despreocupadamente. Este es el momento perfecto para que el padre de Piper apareciera y fuera recoger a su hija. La madre de Piper es madre soltera, ya que el padre desapareció... o las dejó.

Suelto un suspiro y llevo la mirada a Meg. Sus ojos verdes me examinan con confusión y curiosidad. Ahora la fijo en la carretera sin saber qué hacer. Nuevamente me encuentro en esta situación. Entre una odiosa rubia y mi castaña novia. ¿Qué hice para merecer esto? Me humedezco los labios y niego con la cabeza, sin poder creerlo.

—Está bien. Voy para allá. No te muevas —y antes de que conteste cierro el teléfono.

Voy a tener a dos chicas totalmente opuestas en mi auto. Eso no suena para nada bien.



#LecciónDelDía:

Si un amigo te invita a una misión
asegúrate de que será divertido.

Cuerpos en arena

Capítulo 15

Carter estaciona el auto frente a la playa. Durante todo el camino contuve las ganas de preguntarle, pero ahora estoy más desconcertada que nunca.

—¿Qué hacemos aquí? —suelto en reproche.

Carter se saca el cinturón y deja caer su espalda sobre el asiento. Me mira y veo algo de cansancio en sus ojos. De seguro este chico no duerme por pasársela jugando videojuegos. Se cruza de brazos y deja caer sus hombros.

—Piper se quedó plantada en la playa. Su amiga nunca llegó, así que me pidió el favor de que la viniera a recoger —traga con dificultad.

Analizo lo que acaba de decir. ¿Piper? Oh... no... ¡Esa chica me odia!

—Y se supone que yo debo tratarla bien y hacer que se enoje lo menos posible, ¿no? —concluyo al ver su mirada suplicante.

—Por favor —susurra y de pronto se yergue en el asiento. Se pasa una mano por el cabello y se estira la playera de forma ridícula. Él mira por encima de mi hombro, más allá de la ventana del auto. Y doy un veredicto acertado de quién es nuestro invitado.

—¿Qué hace ella aquí?! —escucho el chillido a mis espaldas y me obligo a girarme para encontrarme con el bronceado rostro de la novia de Carter. Lleva una canasta en la mano derecha y en la izquierda sostiene una manta de cocadas. Va en shorts y una blusa blanca.

Carter se tensa ante el inminente grito de su novia—. Ella... —cierra los ojos pensando en qué decir—... ella estaba en un evento y también la tuve que ir a recoger. Por favor, Piper, solo entra al auto —pide mientras se sostiene el tabique.

—¿Qué? —ella suelta una risa amarga—. ¿Piensas que voy a entrar a ese auto con esta... tipa? —me mira con desdén—. Antes muerta —afirma y por un momento la considero como alguien que carece de sentido común.

Creo que debería denunciar a estos dos castaños. Ellos me discriminan por ser rubia. ¿Acaso existe una ley que proteja a las rubias? Por qué si no, debería existir. Si se da el caso, tomaré cartas en el asunto.

—Piper, madura y entra al auto —le exige. Estira su largo brazo y le abre una de las puertas traseras para que entre, ya que yo ocupo la del copiloto. Ella bufó.

—¿Me dijiste inmadura? —sonríe a la vez que alza sus hombros con incredulidad—. Esto es inaceptable —me fulmina.

¿Quién lo diría, eh? Carter también se consiguió una novia bipolar.

—¿Piensas subir o no? —cuestiona con tono fatigado. Veo sus ojos consumirse en ira al igual que lo hace cada vez que discutimos.

—No —afirma con orgullo—. Quédate con tu auto y... tu maldita rubia. Tomaré un taxi —se da la vuelta y comienza a menear la poca cadera que tiene mientras se aleja enterrando sus pies en la arena.

—¿Y por qué no lo hiciste antes?! —le grita Carter—. ¿Me has hecho venir para tener una ridícula discusión contigo? Eso es patético, Charles. ¡Eres una amargada! ¿Ya te llegó la menopausia? Vamos, solo tienes diecinueve —se burla.

A lo lejos puedo ver cómo el delgado cuerpo de Piper se gira al escuchar las palabras de su amado novio. Su cabello revolotea con la brisa y se pega a su rostro haciéndola ver aún más patética. Veo su perfilado ceño fruncido con indignación.

—¡Púdrete, Crane! ¡Eres un imbécil! —lo señala con furor. Yo aprieto los labios con fuerza conteniendo una gran carcajada. Mis hombros se sacuden con espasmos gracias a la contención de risa. *Vamos, aguanta.* Pero lo cierto es que la escena es muy cómica.

—¡Créeme, eso ya lo sabía! —veo que Carter también se ríe.

—¡AGH! —la escucho rugir y luego veo cómo se aleja corriendo.

Soltamos risas durante un rato gracias al infantil comportamiento de la novia de Carter y la manera en la que él se burló de ella fue simplemente gloriosa. Dejamos de reír, pero no de sonreír. Carter se baja del auto y cierra la puerta. Se inclina hacia adelante, recuesta sus codos en el alféizar del auto metiendo su cabeza por la ventana y entrelaza sus manos. Desde allí me lanza una mirada persuasiva.

—¿Quieres dar una vuelta? —dice de pronto mientras hace un ademán hacia la playa.

Frunzo el ceño confundida— ¿Qué?

—¿Eres sorda o qué? —dice con sutileza, nótese el sarcasmo—. ¿Quieres caminar, no lo sé...? Despejarte un poco. Ambos hemos tenido un día del asco, ¿no crees?

—Eso es cierto... —afirmo.

—Vamos —alza las cejas mientras sonrío.

Hago una mueca de desagrado no muy convencida. Este tipo me está invitando a caminar por la playa. ¿Qué trae entre manos? Le echo una mirada cautelosa tratando de ver qué planea, pero lo único que capto son sus dulces ojos miel y su inminente y estúpida sonrisa.

—Vale —ruedo los ojos y me bajo del auto.

Prontamente siento cómo mi cuerpo se comienza a hundir. Bajo la mirada hasta mis pies y observo mis tacones enterrados en la desértica arena. Sin pensarlo dos veces me los saco y los lanzo dentro del auto de Carter que está estacionado al comienzo de la playa Carlsbad, en una zona llena de arena, pero no tanto como la misma playa en sí. Rodeo el auto para acercarme a Carter, quien instintivamente lleva su mirada a mis pies y luego me mira. Me encojo de hombros.

—Yo... creo que fue mejor dejarlos —me excuso y él asiente divertido. Se burla y le doy un empujón con el hombro.

—No digas nada —le amenazo.

—No he dicho nada —sonrío y por un momento siento un jalón en el estómago que rápidamente desaparece.

Caminamos en silencio por la playa durante unos minutos a una distancia considerable. Yo voy de brazos cruzados y él lleva las manos enterradas en los bolsillos de su *jean* con la mirada clavada en el suelo arenoso. La brisa de la playa es refrescante e incómodamente remueve mi cabello en todas las direcciones, así que me obligo a hacerme un chongo improvisado y desastroso. La arena debajo de mis pies se siente cálida y suave mientras se cuele entre mis dedos. Ya son alrededor de las seis de la tarde. El sol se esconde en el horizonte que desde aquí se muestra con una vista maravillosa mezclando colores en el lienzo transparente que es el cielo. Las olas del mar

danzan conjuntamente con el viento y crean su típico sonido relajante. Le echo un vistazo a Carter.

—Linda vista, ¿no? —me da una mirada que rápidamente es desviada hacia el horizonte. Él asiente—. Es... incómodo —suelto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es una vista... romántica. De hecho, muy romántica y tú y yo... ya sabes.

—Nos odiamos —completa—. Descuida, esto es nada. Solo es una caminata insignificante. Todo seguirá igual —deja caer los hombros—. Yo no soy de esos chicos «románticos» —saca una mano de uno de sus bolsillos y hace unas leves comillas—. De solo ver ese paisaje —con la misma mano señala hacia el horizonte— me dan ganas de vomitar. No soy muy fanático del amor.

Y por alguna razón su declaración no me sorprende.

—¿Qué dices? —digo incrédula—. ¿No te gusta el amor? —frunzo el ceño.

Él se detiene y yo también.

—¿Nos sentamos? —dice mientras se tira sobre la arena.

—Ya que.

Me siento junto a él. Cruzo mis piernas en una posición mariposa como suelen hacer los niños del jardín de infancia a la hora de escuchar a la maestra. Mis piernas y muslos se llenan de arena gracias al vestido gris. Carter estira sus largas piernas y entierra sus pies desnudos en la cálida arena. Se apoya sobre sus brazos mientras mira hacia el mar. Por el rabillo del ojo veo su elegante perfil examinar la escena frente a nosotros. Parece estar pensando en algo profundo.

Luego me doy cuenta de algo: esta es la primera vez que Carter y yo cruzamos palabras sin discutir. ¿Debería marcar este día en el calendario?

—Si no te gusta el amor. ¿Qué es lo que sientes por Piper? —retomo el tema y le lanzo una mirada examinante, esta vez sin tratar de disimular. Él niega con la cabeza y se encoge de hombros a la vez que suelta un suspiro.

—Yo... no lo sé —hace una mueca—. No la amo. De eso estoy seguro. Nunca he amado. Lo que siento por Piper es pura atracción. Es una chica muy guapa y extremadamente sexy —dice sin apartar la mirada de las olas. Yo solo continúo observándolo atenta—. Pero jamás me he enamorado y no pienso hacerlo. En fin, el amor no es lo mío.

—No te entiendo —digo en conclusión—. ¿Tienes novia y no la amas?

—Sí. Yo solo necesito a alguien para pasar el tiempo. Nada serio —rueda los ojos—. Si me llego a enamorar... esa es la persona con la que pienso pasar el resto de mi vida. Y estoy seguro que esa no es Piper.

¿Es posible que alguien pueda sonar romántico e imbécil al mismo tiempo? Pues justo así se acaba de escuchar él.

—Wouh... qué profundo —comento y él me mira excepcional—. ¿Entonces estás jugando con Piper?

—Yo... claro que no. Solo nos brindamos atracción mutua, eso es todo — recoge sus piernas trazando una línea del grueso de sus pies por la arena y luego las devuelve a su lugar anterior—. Pero dejemos de hablar de Piper. Mejor dime qué es lo que traes tú con Shawn —me observa detenidamente.

—¿Yo? Nada —me encojo algo ruborizada—. Shawn es un buen chico. Diría que demasiado bueno —acepto—. En algún momento me gustaría llegar a tener algo serio con él. No lo sé... ¿Una relación? Sí, sería algo lindo —admito.

—Shawn te ama, Meg —dice de pronto y mi corazón da un vuelco.

—¿Qué?

—Él está enamorado de ti desde hace años —explica—. Solo que jamás se atrevió a invitarte a salir hasta ahora que vio una oportunidad. Cree que porque trabajas para los padres de su mejor amigo, cambiarán las cosas. Shawn es algo tímido con respecto a las chicas.

No dejo de mirarlo mientras vocaliza cada palabra. ¿Habla en serio? ¿Yo era un tipo de «crush» para Shawn? Eso suena ridículo.

—¿Años? —digo confundida—. Pero si solo nos conocemos de hace unas cuantas semanas —recuerdo mientras trato de unir puntos. Carter suelta una risa.

—¡Por Dios, qué ingenua eres! Shawn te estuvo observando de lejos en Crawford todo este tiempo. ¡No paraba de hablar de ti! Solo que tú no lo notabas —dice en un tono levemente reprochador.

—Nunca lo pensé —digo turbada mientras me paso una mano por el rostro con impresión.

—Vale, no importa. Ahora están saliendo y lo importante es que él sea feliz —lo escucho decir de una manera muy dulce y de pronto comienzo a soltar

un risilla tonta que pronto se convierte en una carcajada.

Carter la observa desde su punto de vista. Ella comienza a reír. Es una risa que él jamás había escuchado. Viene de lo más profundo de su humor. Ella se está riendo con sinceridad y diversión. Como si algo que él hubiera dicho le hiciera gracia, pero él no lo entiende. Ella sigue riéndose y él solo se limita a sonreír sin comprender. Meg hace un intento de sofocar su risa, pero solo se intensifica. Para Carter aquella risa es simplemente grata y hermosa.

Un error

Capítulo 16

—¿¿Qué?! —explota él—. ¿Qué es tan gracioso? —desesperado y curioso por saber cuál es la causa de su risa.

—A veces —dice entre risas—... creo que tú y Shawn deberían ser pareja —ella continúa riéndose.

—¿Qué? ¿Por qué? —arguye sin entender.

—¡Lo sobreproteges, Carter! O sea, ¿qué onda con eso? Ningún amigo se preocupa tanto por el otro. Cuando te enteraste de que íbamos a salir casi me matas. Eso no es normal. ¿Seguro de que te gustan las mujeres? —dice en tono burlón haciendo que Carter entre en coraje.

¿Qué quiere decir ella? ¿Que soy homosexual? No tengo nada en contra de los homosexuales, pero... no soy uno.

—¡Claro que me gustan las mujeres! —ataca.

—A veces creo que estás celoso de mí porque amas a Shawn —dice en un tono juguetón y divertido. Carter se torna colorado gracias a la furia.

—¡Me gustan las mujeres, Megan! ¡Me gustan las mujeres! ¡Me gustan las bubis! —explota a gritos enojado. A nadie le gusta que duden de su sexualidad.

Es entonces allí cuando comienzo a morir de la risa, literalmente. No puedo, es demasiado. Si Carter hubiera gritado esto en el centro comercial hubiera sido algo épico. Pero no. Estamos totalmente solos sin nadie nos pudiera escuchar. Desearía haber tenido una grabadora y poder haber capturado esa frase al salir de su boca. Siento cómo unas lágrimas se derraman del raballo de mi ojo y me doy cuenta de que tengo que parar de reír aunque eso parezca imposible en estos momentos. Mi vientre ya no cede y los pómulos me arden. Jamás me había reído tanto.

Carter también se ríe, pero no tanto como yo. Al final, termino tirada en la arena llorando de dolor y dando quejidos. Cuando por fin logro calmarme me doy cuenta de que estoy recostada boca abajo con la cara enterrada entre los rasposos y diminutos granos arenosos. Me vuelvo a sentar en mi anterior posición y sacudo la arena de mis cejas y cabello. Lo miro y tengo que fruncir los labios para no tener que volver a reír. Levanto mi dedo índice y se lo clavo en el pecho de manera amenazante pero a la vez juguetona.

—Si vuelves a hacer que me ría de esa manera, te mataré —digo de manera seria, aunque por dentro estoy teniendo otro ataque de risa.

Él me da una sonrisa de oreja a oreja y por primera vez veo a un Carter risueño. Veo un brillo forastero en sus ojos. Un brillo que nunca antes había visto en sus opacos y dulces, pero a la vez determinantes y decididos, ojos miel. Él alza sus manos al aire en un ademán de rendición.

—Vale, no lo haré.

Luego hay un muy pero muy incómodo silencio. Mugrosos silencios incómodos.

—Creo que será mejor irnos —dice él mientras se levanta y se sacude la arena del *jean* con unos manotazos en la tela.

Me tomo unos segundos para mirar el cielo. Ha oscurecido por completo. El sol ha descendido y la luna ascendido sin yo darme cuenta. Deben de ser ya las siete de la noche. La luz de la luna ilumina el mar, que hacía el papel de espejo. El sonido de la serenidad permanece. De seguro Lupe pensará que terminamos otra vez en la cárcel. Carter me extiende una mano para ayudarme a levantarme y yo la acepto. Él tira de mí fuertemente, demasiado. Trato de impulsarme, pero lo único que logro es que ambos caigamos a la arena. Dios, me siento tan gorda.

Gracias a la gravedad y una de sus leyes que desconozco, ya que solía odiar la clase de ciencias, Carter y yo caemos de regreso a la arena. Mi espalda y cráneo se estrellan en el suelo y me dejan levemente aturdida. Carter cae sobre mí, pero él no deposita todo su peso contra mí. Siento nuestros cuerpos rozarse y todo se paraliza. Sacudo la cabeza en un intento de recomponerme. Enfoco mi vista y con lo primero que me encuentro es con las deslumbrantes lagunas azucaradas que son los ojos de este chico. Me quedo totalmente hipnotizada, sin embargo, estos se pasean de mis ojos hasta... mis labios.

Trago.

Noto que las manos de él se encuentran a mis costados para evitar que él me aplaste. Siento cómo la arena se remueve bajo nosotros. Jamás había estado tan cerca de él y jamás pensé en estarlo de esta manera. Nuestros cuerpos se encuentran tan cerca. Puedo sentir la calidez que emana del cuerpo de Carter. Pero lo peor de todo es la cercanía de nuestros rostros, el roce de nuestras narices, las caricias de su piel y los milímetros que me separan de sus labios.

Nunca antes había visto el rostro de Carter desde tan cerca. Desde aquí puedo ver la textura de su hermoso semblante. Cada línea que traza su rostro. El corte perfecto de su mandíbula y en especial las diminutas pecas en sus pómulos. Sus castañas cejas que enmarcan sus ojos. Desde aquí todo en Carter es atractivo y atrayente, tengo que admitirlo.

Inconsciente, me muerdo el labio inferior y veo cómo su sonrisa se ensancha descontrolándose. Si solo se acerca un milímetro más, perderé la cabeza. Todo en él me estaba volviendo paranoica. Sus músculos cerca de mi cuerpo, su abdomen pegado a mi vientre, su aroma, su respiración, la manera en la que estos momentos me está controlando. Todo en él posee un atractivo y es imposible negarlo.

Su sonrisa se borra de momento. Su rostro se vuelve serio y en lo único que se concentra es en mis labios. Él saca su lengua y con la punta humedece cada centímetro de los suyos. Tengo miedo, pero al mismo tiempo estoy disfrutándolo.

¿Qué rayos piensas hacer, Carter? Pregunto por mis adentros.

Para mi sorpresa él no demora en dar respuesta a esa pregunta.

Se acerca... no, se excede del límite de mi espacio personal —o del poco que me queda— para hacer algo que está prohibido.

Besarme.

Nuestros labios se unen explorándose el uno al otro y, sin pensarlo, cierro los ojos. Carter inclina la cabeza hacia un lado acomodándose, yo solo lo sigo. No pienso en nada más que en explorar los deliciosos labios de Crane. Son cálidos y sin sabor, son simples pero tentadores. Él comienza a moverlos y rápidamente le respondo al beso sin negarme. La comisura de sus labios es delicada y contorneada. Perfecta a la hora de besar.

Ahora nuestros cuerpos se encuentran pegados literalmente. Sus manos siguen apoyadas en la arena a los costados de mi cabeza, pero solo lo hace para él poder tener el control, ya que no necesita seguir separándonos. Siento cómo sus manos comienzan a examinarme. Acaricia mi muslo desnudo gracias al corto vestido y luego comienza a ascender por mis caderas hasta llegar a mi cintura. Él mete la mano por debajo de la arena para poder alcanzar mi espalda y atraerme más a él, lo cual es imposible. Por otro lado, yo tomo lugar en su abdomen plano y fornido. Asciendo por su cuello mientras tanteo, examinando cada zona. Acaricio sus hombros con la yema de mis dedos y luego me aferro a su espalda profundizando el beso. El beso pasa de ser algo nuevo a una zona ya examinada, lo cual nos permite proseguir.

Rodeo sus caderas con mis piernas, necesitando pegarme a su piel. Él masajea mi espalda con su mano mientras que con la otra se sostiene. Bajo mis manos a sus mejillas sosteniendo su rostro con ambas manos, con mis dedos pulgares acaricio el filo de su mandíbula. Nuestros labios se sellan el uno con el otro. De pronto él hace algo que me toma por sorpresa: da un leve mordisco a mi labio inferior para provocarme sin duda alguna.

Abro los ojos de golpe y todo el peso de la realidad cae sobre mí. Lo empujo hacia atrás rompiendo el beso y él cae sobre la arena. Me levanto como si fuera un ninja en defensa. Mi cuerpo está lleno de arena. Incluso mi cabello gracia a la revolcada que me he dado con... Carter.

No lo puedo creer. ¿Qué rayos acabo de hacer?

Veo cómo Carter mira a la nada con los ojos desorbitados. Mi rostro está desencajado en horror por lo que acaba de suceder. Me miro el cuerpo, los brazos, las piernas, todo y veo cómo me estoy carcomiendo en vergüenza y decepción por mí misma. Me siento una cualquiera. ¡Él tiene novia! ¡Y es mi mayor enemigo! ¿Por qué demonios lo besé de esa manera? Él se rasca la cabeza, parece no entender lo que acaba de suceder. Niego incrédula. Esto ha sobrepasado el límite. Ya no me reconozco. He perdido toda mi dignidad en ese acto. ¿Ahora qué se supone que haré? Siento unas inmensas ganas de llorar. Pero las lágrimas no salen. Luego me doy cuenta de que lo odio aún más. Lo odio por haberme besado. Lo odio porque el beso fue increíble. Lo odio por haberme dado el beso más sensual de mi vida entera. Me llevo

ambas manos a la cabeza y me sostengo el cabello mientras me trago mis dolorosas ganas de llorar.

—Megan —me llama con una voz más profunda de lo normal. Desvío la mirada hacia él y noto que sigue sin dignarse a mirarme—. Esto fue un error —anuncia de manera clara y decidida—. Un gran... gran error —remarca. Está hablando en monótono—. Ni una sola palabra de esto a nadie. Absolutamente nadie, Lennon.

Ahora fija sus ojos sobre mí y me recorre con su mirada fría y vacía, luego cierra los ojos en un gesto de decepción y niega con la cabeza, a la vez que frunce levemente los párpados y labios sin poder creerlo. Por primera vez después de ese beso, tomo el valor de separar los labios y abrir la boca. Las palabras comienzan a salir.

—Yo... te odio —bajo la mirada—. Y siempre será así. Siempre. Y tú siempre me odiarás. Así son las cosas para siempre —remarco cada «siempre»— No lo entiendo —sueno desconcertada—. Pero ten por seguro, Crane... que esto jamás —entono eso último—, jamás sucedió. Nunca —digo y veo cómo él asiente en afirmación.

—Jamás —contesta él igual de desorientado.

Pero lo cierto es que esto no es como el Internet. No podemos simplemente ir al historial y borrar una simple página web que abrimos por error. ¡NO! Esto fue real. Y sin duda alguna lo lamento.



#LecciónDelDía:

Si vas a recibir una mano
asegúrate de que no es la de tu mayor enemigo.

No me gusta Meg

Capítulo 17

Besé a una rubia. Y me gustó. ¿Qué rayos me está pasando? Miro el techo de mi habitación desesperado mientras busco respuestas. Yo las odio y besé una de ellas. ¿Pero por qué? Definitivamente Meg no me gusta. Pero el beso sí. Jamás había besado a una chica de esa manera, ni siquiera a Piper. No puedo entenderlo. Yo comencé el beso y no entiendo por qué. Solo sé que necesitaba hacerlo en ese instante. No pensé en nada más que atacar sus labios gruesos y rojizos. Pero ahora me arrepiento por ser tan inepto. Creo que esa es una debilidad que tenemos todos los chicos: no pensamos antes de actuar. Solo actuamos como tarados.

Recuerdo el sabor de sus labios frescos y me estremezco. Fue beso perfectamente sensual y provocativo. Fue uno de esos besos que te dan ganas de repetirlos y no parar. Meg me ha movido el piso dejándome la cabeza llena de incertidumbres. Meg sabe besar demasiado bien, pero ella está totalmente prohibida. Debo olvidarme de ese beso de una vez por todas. Eso no se volverá a repetir jamás.

Ya han pasado dos días desde aquel maravilloso y a la vez incómodo suceso. Yo no me he dignado a salir de mi habitación. No tengo el valor de mirar a Meg al rostro. Soy un cobarde, lo sé. Salí unas cuantas veces para buscar algo de comida y por suerte no nos encontramos. Así que tengo cuarenta y ocho horas de no verla.

Pero lo cierto es que no sé lo que ella piensa de esto. De seguro me odia más que nunca. Aunque ella tampoco negó el beso, lo que hizo que el momento se grabara aún más en mi memoria. No dejo de sentir sus manos recorrer mi abdomen y sus piernas alrededor de mis caderas. Se había sentido demasiado bien para ser verdad. Nunca me hubiera imaginado que Meg besara de esa manera. Ella tiene algo... esencial que ha hecho que Shawn y yo caigamos a sus pies. Pero ella no me tendrá tan fácilmente. Ha aplicado su

fastidioso encanto de rubia para atraerme y engatusarme de esa manera. Pero este ridículo juego lo ganaré yo, aunque por el momento estoy perdiendo.

Me revuelvo en la cama debajo del edredón y las mantas que me cubren. Son alrededor de las nueve de la mañana y me niego a levantarme. Siento mi cabello desordenado. Empiezo a rodar sobre mi cómoda y solitaria cama. Me hago un burrito entre las mantas quedando atrapado. Devuelvo la mirada al techo mientras doy vueltas al asunto.

¡Deja de pensar en el beso! ¿Estará ella pensando en esto ahora? Me siento un completo inútil por estar pensando en ella.

Eres un inepto, Carter, la puedo escuchar decir dentro de mi mente. Aparte de idiota me estoy volviendo loco... pero por volver a repetir un beso como ese.

¡Agh! Estoy perdido.

La puerta se abre con un golpe y yo me desenvuelvo del burrito rápidamente. Noto que estoy en bóxer, pero no le tomo importancia, ya que suelo estar así la mayor parte del tiempo. Levanto la mirada para ver entrar a Shawn con pasos rápidos. Se detiene en medio de mi habitación al verme y luego niega con la cabeza. Se va hasta mi guardarropa y toma un *jean* y una camiseta blanca para luego lanzarlas.

—Vístete —me ordena.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿A dónde vamos?

—A ningún lado, papanatas. Solo que no quiero verte desnudo —dice y frunzo el ceño al escuchar su insulto.

—¿Papanatas? Nadie usa esa palabra.

—Cierra la boca y vístete —dice malhumorado.

—No quiero —reprocho y dejo la ropa a un lado.

Él hace una mueca de fastidio resignado. Veo cómo se sienta al otro extremo de la cama y arquea el dorso dándome la espalda. Apoya sus manos a ambos lados de él y suelta un suspiro cansado.

—¿Qué sucede? —pregunto algo preocupado. Rodeo la cama para sentarme junto a él.

—Vi lo que hiciste el sábado.

Mi corazón se detiene, literalmente. Sostengo todo el aire que puedo en los pulmones mientras abro los ojos perplejos. ¿Nos vio? ¡No! No puede ser

cierto. Se suponía que estábamos solos...

—¿Qué... qué viste? —me atrevo a cuestionar temeroso de su respuesta. Shawn sonrío con dolor y me mira.

—Vi cómo nos espiaste en The Rubicon —tuerce los labios en una mueca de disgusto.

Dejo salir el aire que estuve conteniendo todo este tiempo. Uff, por lo menos no se ha enterado de lo del beso. Pero sigo preocupado. Me vio. ¿Cómo? De seguro la pesada de Meg se lo contó. Suavizo mi mirada mientras planeo mi excusa perfecta, pero antes él me interrumpe.—¡Sabía que te gustaba, Carter! —exclama en un tono... triunfal, victorioso, celebre, mientras cambia su humor en un nanosegundo confundíendome cada vez más. Creí que el bipolar era yo.

Se levanta del colchón y comienza a dar vueltas mientras se acaricia la barbilla, pensativo y sonriente mientras asiente como si estuviera hablando con él mismo. ¿Qué rayos dice? ¿Por qué estaba tan... feliz?

—¿Qué? —frunzo el rostro sin comprender. No me lo está reprochando ni nada por el estilo, lo está celebrando como si todo el tiempo él hubiera tenido la razón sobre algo que yo ciertamente desconozco, como la mayoría del tiempo. Shawn sonrío de oreja a oreja triunfante. Está perdiendo la cabeza.

—Sé que Meg te ha gustado todo este tiempo, amigo —me toma de los hombros y me sacude sin dejar de sonreír— y lo has confirmado simplemente espiándonos. Estabas celoso, eso lo explica todo —trata de hablar de manera teórica, pero en mi cabeza solo suena como un completo idiota.

—¿Qué dices? —arrugo los pómulos tratando de comprenderlo—. ¿Por qué sonrías como imbécil?

—Por qué estoy feliz por ti —me da un golpe juguetón en el hombro y yo abro los ojos de manera incrédula.

—Explícame que no te entiendo, Confusowell.

—Mira Juliad, desde aquel día en que me enteré de que Meg estaba viviendo contigo noté que ella te atraía. Lo niegas con groserías y palabras hirientes, pero te conozco y puedo ver en tus ojos que muy en el fondo —toca mi pecho, justo donde está mi corazón— crees que Meg es una chica maravillosa.

Lo miro horrorizado por lo que acaba de decir. ¿Qué clase de amigos me he conseguido?

—Ya deja de decir babosadas. Si fui a espiar fue por ti. Te estaba protegiendo, Shawn. No iba a permitir que una rubia te hiciera daño —aparto su mano de mi pecho y lo fulmino—. Ella no me gusta y eso es lo único que tienes que saber.

—Sí claro, niégalo todo lo que quieras. Excusas baratas —bufa—. Si no sintieras algo por ella, no lo habrías hecho. ¡Ella te gusta y mucho! Además, ahora que ya no siento nada por ella, tienes el camino libre para ti. Además, creo que ella también...

—¡Espera! ¡Detente! —digo alarmado—. Repite eso.

—¿Qué? ¿De que ella te gusta mucho y por eso nos fuiste a espiar?

—¡No! Eso no. Lo de que ya no te gusta.

—Eh... sí. Meg ya no me gusta. Bueno, no me gusta desde hace un buen par de años —mira al techo tratando de recordar, pero mientras tanto yo lo miro escéptico sin comprender lo que me trata de decir. Me levanto de la cama y me planto junto a él mientras lo pulverizo con la mirada.

—¿Cómo que no te gusta? —Shawn sonrío con sutileza.

—Meg no me gusta desde que nos graduamos, Crane. Todo esto de salir con ella y «fingir» —resalta con sus dedos la última palabra— que me gusta fue todo un plan para que te dieras cuenta de que, a ti, amigo —me clava el dedo índice en la frente— te gusta, Meg —dice astutamente, sin embargo, no dejo de aniquilarlo con la mirada, sintiendo unas ganas de borrarle esa sonrisa socarrona de su insoportable rostro a punta de golpes.

—¿No te gusta?

—¿Acaso no captas? ¡No me gusta! Es una chica preciosa, guapísima, de buen corazón y con un carácter maravilloso. ¡Pero por Dios, ya la superé! ¿Creíste que estaba enamorado de ella después de tanto tiempo? Eso es absurdo, Crane. No soy el niño que crees soy —se mofa.

—En parte te odio por hacerme esto y en parte me enorgulleces —digo sin saber lo que estoy sintiendo en estos instantes. Me rasco la frente confundido y luego sonrío—. ¿O sea que has jugado con el rubio corazoncito de Meg? Amigo, me complaces —le apoyo la mano en el hombro, pero él se aparta inmediatamente.

—No he jugado con nadie. Ella me atrae un poco, pero —hace una mueca indecisa—... ella es para ti. Creo que tú también le gustas un tanto —me hace un guiño pícaro y yo frunzo el ceño.

—Eres un cerdo, Shawn.

—No. Soy cupido, Carter —alza la barbilla y alardea como si eso fuera algo por lo cual alguien debería estar orgulloso.

—¿Cupido? —bufo—. ¿Entonces dónde está tu estúpido pañal?

Shawn pone cara de ofendido e indignado, a la vez que se toca el pecho en un ademán, resentido.

—Siempre arruinando momentos, Crane —niega con la cabeza—. El punto es que creo que tú y Meg son la pareja perfecta. Son el uno para el otro, Carter. Sé que tienes novia y todo ese rollo, pero ambos sabemos que no estás enamorado de Piper. ¡Eso ni siquiera es amor! Además, creo que ya llegó la hora de que... pues... ya sabes. Que tu corazoncito se derrita por alguien.

—Sabes que eso no es lo mío, Lockwell —me doy la vuelta dándole la espalda, desanimado.

—¡Oh, vamos! El amor es para todos. Solo que aún no lo has encontrado —repite detrás de mí—. O tal vez sí, solo que no quieres aceptarlo.

Me doy la vuelta y lo miro fulminante. No podía creer que mi amigo esté diciendo todas esas cosas sobre mí. ¿Yo? ¿Enamorado de esa...? ¡Nunca! Tal vez la haya besado, sí. Pero no lo hice por mi voluntad. ¿De acuerdo? Bueno, tal vez sí pero... ese no es el punto. ¡Meg no me gusta y ya!

—Shawn, amigo. Di todo lo que quieras. Esa rubia ni ninguna otra me gustará, nunca de las eternidades. ¿Captas? Nunca —resalto cada sílaba mientras lo miro al rostro seriamente.

—¿Estás seguro? —me da una mirada engreída e infalible.

—Más que nunca —reafirmo convencido de mi respuesta.

—Entonces no te importará que... —deja las palabras en el aire.

—¿Qué? —le insisto a que prosiga.

—Nada —dice precipitadamente mientras me da una sonrisa ingenua pero a la vez astuta. Es la típica sonrisa traviesa de Shawn Lockwell.

...CR...

Bajo las escaleras de la gran mansión sin preocuparme en ponerme ropa. Es mediodía y aún no me he molestado en bañarme y ni siquiera en vestirme. Solo bajé con unos bóxers y listo. Por cierto, hoy es un día caluroso, así que es mejor estar más ventilado que nunca.

Shawn se ha ido hace un par de horas y se supone que la casa estaba libre. Bueno, en parte, ya que Meg sigue por los alrededores, aunque dudo encontrarla. Voy a la cocina por algo de comer. Solo salgo de mi habitación para eso. Tal vez a eso venga el hecho de que me pueda perder en mi propia casa. De todos modos, me da igual.

Tomo un par de paquetes de Takis y una gaseosa del refrigerador. Apego las chucherías a mi pecho y siento el helado plástico contra mí. Las sostengo en un brazo mientras que con la otra cierro la puerta del refri. La casa se encuentra en un total silencio perturbador, pero decido ignorarlo. Salgo de la cocina cuando súbitamente escucho un ruido en el salón principal. No había sido tanto un ruido, sino una... leve risilla varonil. Entrecierro los ojos. Algo huele muy mal aquí... o quizás soy yo.

Camino con pasos lentos para no hacer ruido, aunque tampoco haré mucho, ya que voy descalzo. Cada vez que me acerco puedo escuchar ahora un ruido discreto y estridente. Es el rebotar de un resorte. Agudizo el oído al mismo tiempo que me acerco. ¿Qué rayos es eso? Me detengo bajo el umbral del salón. Me quedo estático, congelado. Mi rostro se neutraliza de una manera inexplicable como suelo hacer cada vez que no quiero mostrar lo que estoy sintiendo realmente. Desde aquí lo veo todo con claridad.

Puedo ver lo desgraciado que es mi «amigo» y lo descarada que es Meg. Porque sin duda alguna mis ojos no me pueden estar mintiendo, ellos son los únicos que jamás lo harían. Ambos están el sofá de *mi* casa, revolcándose. Él está encima de ella y ella lo rodea con sus brazos justamente como lo hizo conmigo hace dos días. Sus labios están unidos mientras se mueven conjuntamente y lo que me parece aún más gracioso es que aún llevan la ropa puesta. Es irónico, ya que yo estaba desnudo y ellos vestidos.

Parpadeo escéptico.

Las chucherías caen de mis brazos al piso, lo que provocó un estruendoso ruido en medio del silencio y causó que ambos se separaran. Meg lo aparta y Shawn se levanta con una leve sonrisa engreída.

Él sabe que he sido yo quien los ha interrumpido. Ella está sorprendida. Él estaba jugando con ella. Ella está jugando con ambos. Yo la odio a ella y estoy orgulloso de Shawn, aunque al mismo tiempo tenga unas inminentes ganas de golpearlo en el rostro y destrozarle todas las facciones por algún sentimiento cochambroso que se revuelve con ira en mi estómago. Creo que es indignación.

Meg palidece totalmente. Se ve asustada y sorprendida, ¿aunque, quién sabe? Cualquiera puede llevar un buen actor por dentro. ¡Mugrosas rubias! ¡Lo sabía! Meg es igual a todas ellas. Como siempre, ninguna es la excepción. Creen que pueden tener a todos en la palma de su mano y yo permití que me engatusara con su juego. Le di la oportunidad de que me agregara a la lista de los cientos de chicos que ha besado incluyendo a Ryan y ahora a mi buen amigo Shawn.

Meg posa sus ojos en mi cuerpo descubierto y lo examina detenidamente sin dejar de mirarnos con aquella expresión de perplejidad tan falsa. Luego empieza a cruzar su mirada de mí a él y de él a mí, aleatoriamente. Veo por un momento cómo sus ojos se cristalizan, pero ella no permite que las lágrimas salgan. Traga con dificultad. Yo me limito a observarlos con los ojos entrecerrados, mientras me muerdo el labio inferior conteniendo todas las malas palabras que estoy tentado a decir.

Shawn solo trata de esconder su sonrisa triunfal sabiendo que ha logrado provocarme. Sé que ese ha sido su objetivo desde el principio y lo ha conseguido. Tengo que apretar los puños con fuerza hasta que mis nudillos palidezcan para contener las ganas de desenfrenarme.

—¿Qué rayos está sucediendo? —la escucho decir por lo bajo, incrédula. Se aparta el despreciable cabello del rostro, como siempre suele hacerlo.

—No lo sé, dímelo tú —uso un tono pasivo, pero a la vez despectivo. Mi voz retumba entre las paredes del lugar provocando un leve eco atronador.

Ella niega con la cabeza, veo pena en su rostro y no estoy seguro si es fingida o sincera. Lo más probable es que sea lo primero. Veo cómo el color regresa a su piel, pero ahora ella se torna de un color sonrosado, lo que revela que está llena de vergüenza.

—Carter, yo... —dice en un hilo de voz.

—Cierra la boca. No necesito tus inútiles explicaciones —intento ser duro y me sale de maravilla, ya que ahora ella me lanza una mirada herida y

acabada.

—Carter, no tienes por qué hablarle así —dice Shawn en defensa de ella.

—Oh, créeme. No tienes idea de por qué estoy hablando así —le respondo a mi amigo sin apartar la mirada de ella, quien no deja de verse ofendida.

Shawn no tiene ni la más mínima idea de que ella y yo nos besamos. Si él lo hubiera sabido desde el comienzo las cosas hubieran sido diferentes. Me siento más que nada usado. Sin embargo, ella es la que ha dado origen a toda esta porquería de los besos. Ha permitido que la besara y había permitido incluso que mi mejor amigo también lo hiciera. ¿Cómo se supone que debería llamarla?

—¿Acaso esto también fue un error? —digo en tono de mofa cruel. Ella aparta la mirada de mí sin dignarse a responderme—. Eso creí —concluyo al ver que no piensa protestar—. Siempre supe que eras como todas, Megan. Una cualquiera —entono con dureza y de pronto veo unas diminutas gotas cristalizadas derramarse de aquellos faros verdes que son sus ojos. Ella está llorando, tal vez con sinceridad, tal vez con hipocresía. Lo cierto es que eso no me importa en estos momentos.

—Puedo ser cualquier cosa menos eso —dice entrecortadamente sosteniendo parte del aire en sus pulmones.

—Entonces qué tal... ¿un animal canino de sexo femenino? —digo despectivamente conteniendo una carcajada—. Pero no cualquier tipo, de las peores.

—Carter, detente —me pide Shawn mientras rodea a Meg con sus brazos.

Sonrío inerte.

—Descuiden, ya me iba. Pueden seguir con sus... asuntos —digo con indiferencia mientras me doy la vuelta para regresar a mi habitación.

De ahora en adelante, no seré parte del detestable entretenimiento de Meg Lennon.



#LecciónDelDía:

Asegúrate de que tus amigos/as nunca tengan un plan para ligarte con tu enemigo/a súper guapo/a.

Eminem y una tregua

Capítulo 18

Aquella noche Carter y Shawn hablaron por teléfono sobre lo sucedido. Shawn se estaba carcomiendo en el remordimiento por lo que hizo, así que tuvo que llamar a Carter en medio de la noche para pedirle disculpas.

—Carter, yo... —hace una pausa para tragar—... yo fui el que la besé. Ella no hizo nada más que seguirme el beso. Lo hice solo para que te dieras cuenta de que te gustaba. Porque estaba seguro de que te ibas a poner celoso y me ibas a golpear como jamás en tu vida. Pero resultó ser todo lo contrario y realmente no te entiendo. Yo no quiero que tengamos una discusión por esto. Jamás nos hemos peleado por una chica y esta no será la primera vez. Me alejaré de Meg por un rato. Yo lo siento en serio... —Shawn habla muy rápido por el auricular hasta quedarse sin aire.

Del otro lado de la línea Carter lo escucha en total silencio sin saber qué decirle. Ambos han besado a Meg primero y ella les había seguido el beso a ambos.

—Yo no estoy enojado contigo, Lockwell. Solo que no debiste hacerlo. Este es un asunto entre Meg y yo y no te debiste haber metido. Seguiremos siendo amigos, solo que la próxima vez que pienses besar a una de las cuidadoras de mi abuelo, avísame —bromea y a Shawn se le dibuja una sonrisa en el rostro al darse cuenta de que no ha perdido a su mejor amigo.

—Gracias, viejo. No sé qué haría sin ti —dice aliviado.

—Ya cállate, me harás llorar —Carter finge un sollozo.

Siguen hablando durante unos minutos hasta que tuvieron que despedirse e ir a dormir.

Pero del otro lado de la mansión Crane se encuentra Meg, escondida debajo de sus sábanas con la cabeza hecha un lío. Sin duda alguna, ella se ha vuelto una sucia y no deja de recordárselo a sí misma.

Empiezo a dar vueltas sobre mi cama incómoda. Me cubro y me descubro con el edredón sin saber qué hacer con mi vida. Llego a un punto en el que lanzo las mantas fuera de la cama y quedo descubierta mientras admiro el blanco cielorraso de esta mansión. Una brisa fresca y forastera acaricia mi piel y hace que se me pongan los pelos de punta. Suelto un profundo suspiro exasperado.

Resumamos esto.

Yo, Megan Lennon, he besado a dos chicos en menos de una semana. Eso debería ser un récord dentro de los récords que tengo en mi vida entera, que no son muchos. Ambos son amigos y son totalmente diferentes. Yo no comencé ninguno de aquellos besos, solo como mujer que soy —y también la «adulta» con hormonas de adolescentes que soy— les seguí los besos a dos chicos totalmente irresistibles.

Sucia. La palabra no deja de rondar en mi mente.

No quise besar a ninguno de los dos, lo juro. Ahora veamos la diferencia entre estos dos besos accidentales. El beso con Shawn fue algo repentino. Él me invitó a ver una serie en salón principal, ya que supuestamente Carter le había dado permiso. Nos sentamos y luego él empezó a coquetearme. Traté de ignorarlo, pero de pronto escuchó un ruido en la cocina y se abalanzó sobre mí a besarme.

Sin embargo, con Carter el beso fue un poco más sincero, demostró que ambos nos estábamos besando porque habíamos perdido la cabeza en ese momento; sin embargo, Shawn me besó en contra de mi voluntad. Si pudiera, borraría estos dos chicos de mi vida totalmente. Pero el vago recuerdo de Louisville regresa a mí cada vez que siento la necesidad de abandonar todo esto. El sueño de poder estudiar estaba siendo distorsionado por estos dos chicos que tal vez se estén divirtiendo conmigo. Tal vez me vean como su punto de atracción, su pasatiempo.

Pero, por otro lado, me siento totalmente culpable por haberle hecho algo así a Carter. Besarme con él y dos días después besarme con su mejor amigo ha sido algo inhumanamente propio de mí. Aunque nuestro beso haya sido un «error», no debí haberme besado con Shawn, ya que eso me ha dejado como una cualquiera frente a Carter. ¡Y no lo soy! Ciertamente la opinión de Carter me importa un comino, pero no quiero que nadie en la faz de la tierra crea eso sobre mí. Yo no soy nada de eso. ¡No soy la rubia que Carter cree que soy!

Jamás había cruzado por mi mente meterme entre la amistad de estos dos chicos ni muchos menos de esta manera. Por más que no quisiera, le debía unas disculpas a Carter... aunque él se haya comportado como el cretino que siempre es. Pero de algún modo lo entiendo: si yo hubiera estado en su lugar, me sentiría aún peor. ¡Además, quiero cambiar su punto de vista!

Quiero que se dé cuenta de que todas las rubias no somos iguales, pero al parecer este plan ha tomado otras riendas hacia lo opuesto. Antes no me interesaba su opinión, pero ya estoy harta de oírlo alardear sobre su odio a las rubias. Se ha salido de control dejándome como la chica más surripanta del mundo y odio esa sensación de culpabilidad y enojo al mismo tiempo. No sé exactamente si estoy confundida, enojada, culpable o denigrada. Pero lo cierto es que para dar inicio a esta tregua, yo tendré que dar el primer paso.

Y lo haré justamente mañana.

...CR...

Son alrededor de las diez de la mañana. Me encuentro en la habitación de Marshall ayudándolo a buscar sus pastillas para la presión arterial. Finalmente las encuentro debajo de la alfombra. Estaban muy bien camufladas, ya que es una tableta y no hacen contraste contra la alfombra. Dejo la tableta sobre la arrugada mano de Marsh y luego le brindo el vaso de agua que se encuentra sobre su mueble.

Él sonrío en agradecimiento.

—Gracias, Maggie —dice y luego se lleva un óvalo blanco a la boca para luego empezar a beber el agua.

Veo su rugosa garganta moverse con cada trago. Su mano tiembla un poco al sostener el vaso. Lo observo en silencio mientras sigue bebiendo, pero rápidamente aquel silencio es reemplazado por el sonido retumbante de un rap sobre nosotros. Las paredes retumban con cada *beat* gracia al volumen de aquellas monstruosas bocinas que reproducen aquel sonido. Por inercia miro hacia el techo y apuesto mil dólares a que sé quién es el causante de todo esto. Marsh se sobresalta y deja caer el vaso a sus pies. Yo niego con la cabeza suavemente sin poder creerlo. ¿Es que no puede dejarnos vivir en paz por un solo día? Por suerte, el vaso no se rompe y ya está casi vacío, así que solo fue necesario recogerlo.

—¡Bendito niño petardo! —exclama Marsh con enojo sobre la estruendosa música. No entiendo aquella última palabra, pero prefiero no preguntar.

—Descuida, Marsh, yo... arreglare esto —digo y antes de que responda salgo de su habitación para enfrentar al chico de mis pesadillas.

Creo que esta es la oportunidad perfecta para darle sus tontas disculpas, pero al mismo tiempo hacer que calle aquel ruido...

No...

¿No? ¡Sí!

¡Rayos, esa canción que suena! ¡Es perfectamente la clase de bulla que las personas quieren escuchar y que jamás pare! ¡Es rap del bueno! ¡Del rapero que ha roto récords como una ardilla rompiendo nueces!

Lose yourself de *Eminem*. No puedo evitar que mi corazón se acelere al escucharla. ¡Amo esa canción tanto como amo las matemáticas! Doy un leve brinco, pero luego caigo en cuenta de algo: Carter es el que escucha esa canción, y si la está escuchando, debe gustarle. ¿Pero por qué *Eminem*? ¡*Eminem* es mío! ¡Todo! ¡Su música, sus historias, sus letras, su pasión! ¡Absolutamente todo! Lo siento, sí soy muy *fangirl* en estos momentos, pero no puedo evitarlo.

Camino hacia el recibidor rapeando la letra de la canción por lo bajo. Subo las escaleras y asciendo hasta su habitación. ¿Qué se supone que voy a decirle? ¿Que le baje a *Eminem*? No, jamás. Pero lo cierto es que el volumen estaba demasiado alto. Literalmente puedo sentir el piso vibrar debajo de mis pies. Me detengo frente a su puerta y luego recuerdo aquel día en que abrí aquella puerta por primera vez. No puede volver a pasar lo mismo... ¿O sí?

Tal vez Carter esté desnudo detrás de la madera mientras rapea todas las líricas de *Eminem*. *Iugh*. Sacudo la cabeza obligándome a eliminar aquella perturbadora imagen mental. Veo cómo la puerta vibra levemente gracias al retumbante volumen mientras que la increíble voz de *Slim Shady* se apodera de la mansión. Pienso en tocar la puerta, pero luego me doy cuenta de que es una idea absurda, ya que apenas y puedo escuchar mis pensamientos. Me arriesgo y abro la puerta preparándome mentalmente.

La abro solo unos centímetros y asomo un ojo para ver dentro de la habitación. La imagen es algo patética desde donde estoy. Carter, que por suerte trae ropa puesta, se encuentra saltando sobre su cama descalzo

mientras rapea cada línea de la canción. Cierra los ojos con fuerza y grita con furor e ira cada palabra que al parecer se sabe de pies a cabeza. Rebota sobre el gran colchón y hace ademanes con las manos parecidos a los que hacen los raperos como Eminem al cantar. Suelto una sonrisa absurda al verlo. Canta cada parte de la canción con la pasión y el frenesí necesarios. Por un momento considero que Eminem haya podido reencarnar en mi mayor enemigo. Pero aquello no tiene lógica.

Me tomo la libertad de entrar en la habitación tratando de no llamar su atención, solo quiero verlo un poco más de cerca y él no parecía notar mi presencia. Mis tímpanos amenazan con explotar, pero ignoro aquel punzante dolor en mis oídos y me concentro en la escena. Su cabello se remueve cada vez que asiente al ritmo del rap. Luego niega con furor, a la vez que el rapero canta el coro. Quiero reírme, pero me contengo. Se ve muy gracioso y me pregunto qué tal canta Carter. El volumen de Eminem no me deja escuchar su voz corear la lírica. Pongo mis manos en la cintura y lo observo atentamente. Frunce el ceño y baila. Jamás creí ver a un Carter Crane en estas circunstancias. Me obligo a fruncir los labios para no dejar salir una carcajada. Esto es demasiado.

En un momento Carter tropieza con las sábanas y abre los ojos asustado, pero se sobresalta aún más al verme y cae sobre la cama. Sus ojos me miran aterrorizados mientras él retrocede, incrédulo. Su rostro se desencaja en horror. Rápidamente su mirada cambia de sorprendida a fulminante. Pero no es la típica mirada fulminante, no. Carter me estaba asesinando literalmente con la mirada. Se muestra ofendido, pero al mismo tiempo me estaba cortando en pedacitos con sus pestañas. *¡Dios Santo! ¿Qué he hecho? De seguro he firmado mi sentencia de muerte al entrar sin permiso.* Mi corazón comienza a palpitar con temor.

Carter se baja de la cama con un fuerte salto, pero no viene hacia mí, sino que se dirige hacia el gigantesco equipo de bocinas que se encuentra en una esquina de su habitación. Se acerca y le baja el volumen a Eminem, dejando un silencio perturbador e incómodo. Se gira y me lanza una mirada peor. Él está más que enojado, está enfurecido e irritado. Por unos segundos vi algo de cinismo en su mirada. Comienzo a temblar.

—¿Qué pepinos haces aquí, Lennon?! —se detiene a un metro de mí resguardando la distancia entre nosotros. Desde allí puedo sentir cómo mi

cuerpo se consume en su odio.

—Yo... —¿*Qué se supone que voy a decir?*— yo... —*¡Rayos, rayos, rayos!*

—¿Tú qué? —dice de manera grosera.

—Yo no sabía que te gusta Eminem —digo lo primero que me viene a la cabeza; sin embargo, al momento en que lo analizo, me abofeteo mentalmente.

—¡Eso no fue lo que te pregunté! —impone con sus voz autoritaria sin dejar de fruncir el rostro.

—A Marsh le molesta un tanto el ruido. ¿Le podrías bajar un poco? Solo un poco.

—No —replica con sequedad.

—¿Te gusta Eminem? —ignoro su forma de comportarse y cambio el tema radicalmente. No soy tan tonta como para no darme cuenta de que lo que quiere es provocarme y hacerme enojar, pero no le daré ese gusto tan fácil.

—¿Eso qué te importa? —dice tosco.

—Mucho, ya que soy una gran... pero gran fanática de Slim Shady —le digo mientras me toco el pecho en un ademán de sinceridad. Su rostro se suaviza, pero no del todo. Levanta una ceja mostrando algo de sorpresa, a la vez que me lanza una mirada evaluativa, hace una mueca y rueda los ojos.

—Sí, claro —dice con altanería—. ¿A ti? ¿Gustarte Eminem? Muy buena broma, Meg. A las chicas como tú les gusta todo ese rollo *hipster* y música romántica —bufa—. No Eminem.

¿Qué? ¿Acaso también tiene algo contra los *hipsters* y la música romántica? ¿Cuál es su problema? Me gustan todos los géneros y, en resumen, creo que soy un poquito de todo. Pero el que sí me saca de mis casillas es el rap, es como poesía en una canción. Son historias relatadas en menos de 6 minutos con ritmos increíbles, llenos de pasión, ira, enojo, amor, confusión y todo. Creo que el rap o el hip hop o lo que sea te deja expresarte con todos tus sentimientos. ¿Y quién mejor que Eminem para hacerte mezclar todas aquellas emociones? Eminem tiene la cantidad de ira perfecta a la hora cantar, te hace sentir que te comprende.

—¿Por qué no? ¿Cuál es el problema con que me guste Eminem? —lo miro resentida.

—Pues todo... esto —enmarca mi figura con sus manos abarcando todo mi cuerpo—. Simplemente tú no pareces ser una chica a quien le guste la calidad de música que tiene Eminem.

—Pues te equivocas. Sí lo soy —contradigo sus suposiciones. Carter ahora alza ambas cejas sorprendido por mi firme respuesta. —Amo las líricas coléricas de Eminem. Él hace que expulse toda aquella rabia de mi mente a través de una canción, me anima a lograr lo que quiero. Eminem es increíble —digo, ya que las palabras no me alcanzan para expresar lo que hace el rap sobre mí. Aquel es uno de mis pequeños secretos. Después de todo, Meg Lennon llevaba a una minirrapera interna.

—Eso es cierto —acepta, a la vez que asiente y juega con sus dedos—. Además, ¿quién es capaz de decir cien palabras en menos de quince segundos?! —exclama excitado.

Yo asiento con euforia, concordando con él.

—¡RAP GOD! —Gritamos al unísono con ímpetu.

Suelto una risa nerviosa y él sonríe al darse cuenta de que conozco a Eminem tanto como él. Me tomo la libertad de entrar aún más en su habitación para examinarla en busca de algo. Miro alrededor hasta que lo veo.

Su teléfono. Está recostado sobre el borde de las ahora silenciadas bocinas tamaño humano. Me acerco y lo tomo. Por suerte está desbloqueado, lo que me simplifica el trabajo. Entro en su reproductor de música, pero antes él me arrebató fuertemente el aparato de mis manos. Cuando levanto la cabeza y lo miro él aprieta el teléfono contra su pecho en un acto protector.

—¿Qué haces?!

—Realmente la pregunta sería: ¿*Qué hacías?*, ya que ya no lo estoy haciendo porque me lo arrebataste, lo cual es tiempo pretérito —corrijo y el arruga su nariz confuso.

—Ya deja tus estupideces de gramática y responde.

—Quería ver tu *playlist* a ver qué tal —admito.

—¿Mi *playlist*? ¿Para qué o qué?

—Quiero ver que tan *Stan* eres —abro mis manos dejando mi palma abierta frente a él, pidiéndole su teléfono.

—¿Stan? ¿Como la canción?

—Sí, según Google, así se llaman los fans de Eminem.

—Google es ridículo.

—Google es vida, tonto —digo y aprovecho su distracción para quitarle el celular de las manos. Esta vez no protesta y me deja usarlo.

Entro a su reproductor y noto en verdad que la mayoría de las canciones son de Eminem. Una que otra de Lil Wayne, Jay-Z o de Coldplay. Por lo que puedo ver, no tiene gustos musicales tan malos. Sigo bajando por su reproductor hasta que una canción muy buena de Marshall me llama la atención. Sí, irónicamente, el verdadero nombre de Eminem es Marshall. Tapeo sobre la canción *Not Afraid* y dejo que corra.

Me lanzo sobre uno de los tantos pufs que hay en la habitación sin dejar de examinar las canciones. Carter se sienta sobre la cama y mira el suelo dejándose llevar por la canción. Es interesante ver cuáles son los gustos musicales de Carter Crane. Dicen que la música que escuchas describe mucho de ti. Las líricas comienzan a volar en el ambiente. El volumen ha bajado, pero dentro de esta habitación se siente más fuerte que nunca. Muevo el pie al ritmo del rap, mientras que Carter tamborilea con sus dedos sobre sus piernas. Esta es una de mis preferidas y sin duda me la sé de memoria. Llega el momento del coro. A pesar de la resonante voz de Shady, puedo escuchar cómo mi voz junto a la de Carter se unen al rapero.

I'm not afraid to take a stand

Everybody come take my hand

We'll walk this road together, through the storm

Whatever weather, cold or warm

Just let you know that, you're not alone

Holla if you feel that you've been down the same road.

Al escucharlo cantar sonrío. No canta del todo mal, pero tampoco tiene la voz más angelical. Su voz al cantar es rasposa, pero tersa y firme, lo poco que pude escucharlo me di cuenta de que su voz acariciaba cada palabra de la canción como si él mismo la hubiera escrito. Se ve relajado y confiado por alguna razón. Se deja llevar a la perfección por el sentimiento de la letra.

—Eh... Carter —digo para llamar su atención. Sus labios se detienen y luego se cierran paralizando la letra. Él gira hacia mí y me observa tranquilo. Realmente se veía muy relajado. Me lanza una mirada expectante—. Yo... —

me acaricio un hombro vacilante—. Quiero pedirte perdón por... ya sabes... lo de ayer. Fue una falta de respeto hacia ti, ya que es tu casa y él es tu mejor amigo y yo realmente no quise... —Su rostro se torna serio y oscuro.

—Shh, no hables —me interrumpe—. Ya Shawn me lo contó todo —dice y por un segundo siento cómo aquella presión en mi pecho se libera y mis músculos se relajan—. Creo que yo también te debo unas disculpas por llamarte de esa manera. No supe qué pensar en ese momento. Primero yo y después él. Sé que se supone que lo que pasó fue un error y acordamos que jamás sucedió pero... después de todo no fue tu culpa.

Se relame los labios al mismo tiempo que se encoje de hombros.

—Entonces... ¿Qué tal una tregua? —propongo esperanzada.

Él acaricia con una mano su cabello mientras lo piensa. Canta algunas líneas más de la canción y hace una mueca no muy convencida, pero al final de todo acepta o algo así.

—Tregua temporal. No prometo nada —condiciona y yo asiento.

Me levanto del puf y camino en su dirección para sentarme junto a él en la cama. Le extiendo mi mano y él la estrecha convencido, consolidando este supuesto acuerdo. Le doy una pequeña sonrisa y él me la devuelve con mucho esfuerzo. Si Carter se comportara como el chico que estoy viendo en estos momentos, sin duda tendría un espacio reservado en mi corazón. Bajo la mirada hacia sus húmedos labios, pero rápidamente sacudo la cabeza obligándome a despertar de aquella fantasía. Levanto los brazos en el aire mientras me dejo caer sobre la cómoda cama de Carter. Mi espalda se estrella contra el suave edredón. Miro el techo de su habitación limpio y sin mancha. Cierro los ojos y me dejo llevar por la canción. Siento su mirada sobre mí, pero segundos después percibo cómo su peso cae a mi costado, en la cama. Siento su calidez en mi hombro y el roce de nuestros brazos. En parte, esto se siente muy bien.

La canción cambia y ahora empieza a sonar *R.I.P 2 to my Youth* de *The Neighborhood*. Y el resto de la tarde fue así. Ambos sumisos de la música.



#LecciónDelDía:

Jamás juzgues gustos musicales por la apariencia.

¿Qué rayos está sucediendo?

Capítulo 19

Hoy es un sábado normal. Me toca día libre, así que decidí ir a visitar a mi tía Wendy y pasar toda la tarde con ella. Almorzamos juntas, fuimos de compras y ella no paró de hablar sobre el tal Aaron.

Ya son alrededor de las nueve de la noche. Tomo un taxi hacia la mansión Crane y el trayecto no demora más de veinte minutos. El taxi se detiene frente al porche de la gran casa. Pago y le doy propina para luego bajar con todas las bolsas de los almacenes que visité. Cuando pongo un pie fuera del auto puedo sentir la noche helada y friolenta, pero sobre todo eso también puedo escuchar un atronador bullicio.

Salgo y escucho cómo el taxi se aleja a mis espaldas. Observo la gigante residencia frente a mí. La arquitectura se ve hermosa durante la noche, pero no me preocupa la arquitectura, sino las luces que provienen de ella. Sí, por todas las ventanas habidas y por haber se pueden ver luces centellantes girar dentro de ella. Sin mencionar la electrónica ensordecedora que se puede escuchar por toda la manzana.

Dios, que no sea lo que estoy pensando.

Camino con pasos lentos y asciendo hasta el porche, el cual tiembla bajo mis pies. Dentro de la mansión puedo escuchar, aparte de la atronadora música, la algarabía de muchas personas —una multitud—, demasiadas como para entenderlas a todas. Me acerco a las puertas estilo francesas y toco las maniguetas de lujo. Estas vibran bajo mi toque y esta vibración contagia a parte de mi brazo. Dejo las bolsas en el suelo.

Abro la puerta e inmediatamente siento cómo golpea a alguien, no, a varios. Una chica se estrella contra mi cuerpo, sonrío y sigue de largo. Abro los ojos sorprendida al darle una mirada completa al recibidor y al resto de la mansión.

¡Gente por todos lados! ¡¿Qué esto?!

Las luces están apagadas y en su lugar unas luces fosforescentes y de todos los colores giran y alumbran hacia todos lados. Tienen el aspecto de rayos láser. La mansión Crane ha tomado el aspecto del Night Club de mis pesadillas.

Toda la casa da vueltas con aquellas luces que en parte me ciegan, dejándome un poco aturdida. Un mar de chicos sudorosos y alborotados se encuentra frente mí. Algunos me miran, pero rápidamente desvían la mirada hacia otro grupo de chicas más... expuestas. El olor que abundaba es algo parecido a humedad, sudor, alcohol y más sudor. Trato de avanzar, pero cada vez que lo intento o un chico cae encima de mí o alguien se interpone en mi camino.

¿Dónde está Lupe cuando la necesito? Ciertamente, esta es justamente la semana de vacaciones de Guadalupe, quien es la que pone el orden en casa. Se va un par de días y organizan la fiesta más grande de California. ¿Y quién más podría ser el autor de este desastre?

¡Marshall! ¿Dónde está Marshall? Pamplinas, ¿un anciano en medio de esta juventud? ¡Esa es su perdición! ¡Pobre abuelo! De seguro estará atormentado con toda música. Tengo que encontrarlo.

Me abro paso entre las personas, con lo cual creo mi propio camino hacia la habitación de Marshall en la planta baja. Frente a la puerta de su habitación veo una pareja recostada a la costosa madera besuqueándose. Hago una mueca de asco sin que ellos lo noten, se están tragando literalmente. Carraspeo en un intento de llamar su atención; sin embargo, no se despegan. Suspiro.

—¡Oigan! ¡Ustedes! —me veo obligada a gritar. Ellos se separan aturridos y me miran. Él lleva los ojos inyectados en sangre y ella tiene los labios hinchados—. Váyanse a hacer sus porquerías a otro lado. ¡Fuera! ¡Shu, shu! —los ahuyento—. ¡Lárguense! —parecen entender el mensaje, ya que empiezan a caminar lejos de mí.

Tomo la perilla y entro en la habitación para encontrarme con un somnoliento Marshall. No parece estar perturbado por la música ni nada por el estilo, sino todo lo contrario. Se encuentra en paz e incluso lo puedo escuchar roncar. Sonrío. Un problema menos. Marsh estaba bien y si él estaba bien, mi trabajo está bien.

—Mu... música del demonio —lo escucho decir en medio de sus sueños y contengo una sonrisa. Sí, Marshall está en lo correcto. Por qué esto acá afuera se siente como el mismo infierno. Me despido por lo bajo y salgo de su habitación para enfrentarme a la horrible realidad de la noche. Resoplo. Creo que debería seguir el ejemplo de Marshall e irme a dormir, pero dudo en conciliar el sueño con esta música.

Ahora solo queda encontrar a Carter, golpearlo, decirle cuánto lo odio, pedirle explicaciones, golpearlo aún más y decirle que largue a toda esta gente. En caso de que se niegue, lo volveré a golpear hasta dejarlo aturdido y entonces tendré que tomarme el trabajo de hacer que todas estas personas emigren fuera de este lugar. La escalera en el recibidor está llena de gente. Se ve casi imposible ascender por allí, pero hay algunos que dicen que nada es imposible.

Finalmente logro atravesar aquella escalera viviente con un par de dificultades. En el camino perdí un zapato, así que tuve que quitarme el otro y seguir descalza. Cuando llego al otro piso mis pies aterrizan en algo húmedo y mojado. Bajo la mirada y veo mis lívidos pies sobre un charco de líquido transparente. Puede ser agua, cerveza, saliva u la orina de alguien muy bien hidratado.

—Ugh —me quejo por lo bajo mientras sacudo mis pies en un intento de secarme, pero eso fue inútil. Para mi mala suerte, hoy llevo un vestido negro ajustado al cuerpo, por encima de las rodillas, sin mangas y con un cuello de tortuga muy elegante. Me lo puse, ya que Wendy quería que fuéramos a cenar a un restaurante refinado. Es sencillo, solamente negro, pero el hecho de que se adhiera a mi piel es incómodo y aún más en medio de este sauna viviente en el que se había convertido la mansión Crane.

El balcón externo de la mansión está lleno de gente pululante que no dejan de hablar, bailar, saltar y de hacer todas esas monadas. No hay Carter a la vista y no me sorprende. Empiezo a andar por los pasillos que llevan a las habitaciones. Vaya que es grande este lugar. A medida que voy avanzando la cantidad de personas va disminuyendo. Durante todo ese trayecto conozco habitaciones nuevas e incluso me doy cuenta de que hay una biblioteca, un gimnasio personal, una sala de juegos —de mesa y de *gameplay*—, una piscina, un minibar, sala de relajación y cuatro baños. ¡¿Dónde he vivido todo este tiempo?!

Salgo de aquella maraña de paredes y regreso al balcón interno de la mansión desde donde observo toda la algarabía que hay en la planta baja. Para mi sorpresa, noto que hay un DJ que está dirigiendo la fiesta en una parte recibidor. Ha puesto *Poison* de *Martin Garrix*. La música resuena por todos lados con sus ritmos metálicos y electrónicos. La gente salta con euforia y desde aquí puedo verlos a todos amontonados, sudorosos —casi mojados—, asintiendo al ritmo de la canción. La casa vibra y por poco siento que realmente estoy viviendo en la casa de plástico de una muñeca Barbie.

Me aparto del balcón interno y me recuesto en una de las tantas paredes. Deslizo mi espalda hasta que quedo sentada sobre el frío mármol reluciente. En medio de la oscuridad alocada veo mi absurdo reflejo y noto que estoy hecha un desastre: mi cabello es un caos total, el pequeño flequillo rubio se pega a mi frente y los demás cabellos simplemente pertenecen al clan de «mechones rebeldes».

Cierro los ojos y trato de silenciar la estruendosa música en mi mente. Siento cómo un ataque de migraña está por venir, pero decido pensar en algo mejor que en eso. Inhalo y exhalo buscando paz en medio de este pandemonio. Debería irme... ¿Pero si le sucede algo a Marsh? Soy responsable de él.

¡¿Dónde rayos están los demás empleados?! De seguro deben de estar igual de intimidados que yo. Abro los ojos y en aquel mismo instante veo pasar frente a mí unas piernas. Largas, altas, delgadas, cubiertas por un *jean* y firmes. Jamás me había puesto a ver sus piernas, pero ahora que lo veo son muy atractivas al igual que él.

Me coloco de pie, recomponiéndome. Él no parece notar mi presencia y sigue de largo. Cuando reacciono él ya se encuentra a nueve metros y descendiendo por la mitad de la escalera. Trato de seguirlo, pero cuando lo intento él se cuela entre el mar de personas danzantes. Lo perdí. ¿Pero cómo? Por mi bien decido no entrar en aquella infinidad de personas y me quedo en la escalera en medio unos cuantos, ya que casi toda la fiesta se encuentra bailando al ritmo de Garrix. Me doy la vuelta y cuando lo hago tropiezo con alguien. Me sostengo del barandal para no caer sobre él; sin embargo, él me sostiene inconscientemente.

Lo miro y sonrío.

—¡Jesse!

—¡Megan!

Nos rodeamos en un fuerte y apretujado abrazo. Él me alza en el aire y yo río alegre de volverlo a ver.

¿Quién es Jesse?

Simple. Jesse era uno de los chicos más temidos en todo Crawford. Tiene el cuerpo lleno de tatuajes y lleva un piercing en la nariz y en labio inferior. Su pelo es negro azabache y, sin duda, Jesse tiene un perfil atractivo y peligroso. Es un tipo de *badboy* muy diferente al de Carter. Jesse es... temible, Carter es un tarado. Sus ojos son oscuros como la penumbra de la noche y sin duda inspiran temor. Siempre lleva un chaleco negro de cuero y siempre viste con tonos oscuros. Pero Jesse escondía algo detrás de aquella máscara de chico malo y que no todos conocen. Jesse es un chico extremadamente inteligente. Ama las matemáticas al igual que yo y, además, es un chico sensible y cariñoso. Tiene varias hermanas y las ama a cada una de ellas.

¿Cómo sé todo esto?

Pues Jesse y yo nunca salimos, pero si llegamos a mantener una muy linda amistad. Nos veíamos de vez en cuando después de clase y otras veces él venía a estudiar a mi casa. Wendy una vez me dijo que era un chico muy guapo —no lo dijo en ese término, pero no pienso repetir la palabra que usó— y que debería salir con él. Pero Jesse y yo mantuvimos una perfecta amistad y no pensaba arruinarla con una relación. No voy a negar que en un momento sintiera cierta atracción hacia él, pero traté de valorarlo aún más y me di cuenta de que Jesse era una pieza de oro.

Todo sucedió en medio de un examen de matemáticas. Por alguna razón se me había pasado estudiar y repasar sobre el tema que estábamos dando. Por suerte, Jesse estaba en esa clase conmigo y, al verme en apuros, esperó a que la profesora se diera vuelta y me arrancó el examen del pupitre, haciendo un intercambio de exámenes. Al ver lo que hacía empecé a musitarle cosas horrendas. Estaba enojada, ya que nunca me había copiado en una prueba y sobre todo que el chico malo las estuviera haciendo por mí. Pero, para mi sorpresa, Jesse llenó el examen en menos de cincuenta segundos y me lo devolvió con todas las respuestas correctas. Me giré para verlo sorprendida y él me guiñó un ojo con modestia.

—Luego me das las gracias, linda —recuerdo haberlo escuchado farfullar en medio del silencio.

¡Y lo mejor de todo es que obtuve un +A!

Jesse y yo éramos el vivo ejemplo de que no todos somos iguales.

No todos los chicos malos buscan problemas.

No todas las rubias son tontas o unas cualquiera.

—¿Megan Lennon? ¿Eres tú? —dice y me besa la frente—. ¿Qué haces en una fiesta? — exclama fascinado.

—Eh... larga historia, Jesse.

—Vamos, soy todo oídos —me anima a que le cuente. Suspiro.

—Trabajo aquí —digo con indiferencia.

—¿Qué? —dice desconcertado—. ¿Trabajas para los Crane? —hace una mueca y veo cómo sus orificios nasales se hinchan intentando contener una sonrisa. Asiento disgustada.

—Sí, ya sabes. Empleo de verano —con mi mano señalo todo, abarcando la casa.

Jesse comienza a reírse fuerte, demasiado fuerte. Es aquella risa tan típica de él que, por más que me resista siempre termina contagiándomela. Tengo que darle un golpe en el pecho para que se detenga e incluso en medio de las atenuadas luces puedo notar lo rojo que está de tanto reírse.

—¿O sea que trabajas para el odioso de Carter Crane?

—Algo así. Cuido de su abuelo.

—¿Qué? —comienza a reírse nuevamente. Aún más fuerte que antes. Se apoya de la baranda y se ríe hacia la multitud que, obviamente, lo ignora. Trata de sofocar su risa con fuertes inhalaciones y luego apoya una mano en mi hombro—. Tu vida me da mucha tristeza, Meg.

—Créeme, a mí también —conuerdo.

—¿Y cuánto te pagan?

—Seiscientos dólares al mes —Jesse comienza a toser gracias al asombro. Se toma del pecho y me lanza una mirada de ojos abiertos.

—¿Crees que haya un empleo para mí? Puedo ser lo que sea: cocinero, mucamo, botones... ¡Puedo pasear al perro, si quieren! —dice en broma y yo sonrío.

—Cuánto te he extrañado, Jesse —voy y le doy otro abrazo. Él me rodea con sus brazos cálidos y fuertes.

—Yo también.

—¿Y tú qué haces aquí?

—La nenita esa... Piper Charles. Me invitó. Según lo que me dijo, esto sería como un reencuentro veraniego de Crawford y, al parecer, también invitó a los graduados —repone.

—¿Piper organizó esto?

—Al parecer —se encoge de hombros.

—¿Has visto a Carter por casualidad? —Jesse niega con la cabeza.

—¿Tú y Carter tienen algo? —me cuestiona Jesse y yo lo miro horrorizada.

—¡No! Ni se te ocurra. No vuelvas a preguntar eso.

—Oí que tiene un trauma o algo parecido con las rubias —dice mientras despeina mi cabello aún más.

—Sí, un insoportable trauma. ¿Te digo algo? Nos odiamos a muerte. Por cierto, ¿Tienes algún sábado libre? ¿Me ayudarías a colgarlo de una soga antes de que deje crías?

Jesse se acaricia la barbilla, la cual tiene algunos rastros de vello facial y que hace que se vea seductivamente cautivador.

—¿Te parece el otro sábado?

—Perfecto.

Jesse y yo nos sentamos en los escalones ahora vacíos de la mansión y hablamos durante un rato. La verdad, un largo, largo rato. Él me comenta sobre su linda novia Sam y sobre su vida. Jesse quiere estudiar Artes y yo, sin embargo, nunca lo he mencionado, pero quiero estudiar Informática. Siempre me han llamado la atención los aparatos tecnológicos y me gustaría aprender más de ellos. Steve Jobs y Bill Gates son mi inspiración en esto. ¡Sin duda, genios de la informática!

—¡Hey! —lo escucho llamarme. Cierro los ojos tratando de desaparecer.

Ahora no.

—¡Sí, tú, la rubia! —vocifera a mis espaldas desde la segunda planta. ¿Cómo rayos ha llegado allí?



#LecciónDelDía:

Procura no dejar a un anciano en medio de una fiesta juvenil, a menos de que sea Marshall Crane.

A cargo de un ebrio

Capítulo 20

Jesse y yo nos colocamos de pie para darnos la vuelta y ver a un perturbador Carter Crane frente a nosotros. Lleva una playera blanca y los *jeans* que he visto anteriormente. En un pie llevaba una zapatilla y en el otro no. Su playera está mojada y al acercarme unos metros más puedo percibir cómo el olor a alcohol brota de él.

Su cabello está hecho un nido de aves y realmente se ve muy mal, ya que lleva los ojos y la nariz irritada como si hubiera llorado, por realmente es el simple hecho de que estaba más que ebrio. Carter se tambalea en ambas piernas mientras sostiene un vaso rojo, el cual puedo deducir su contenido.

—¿Ese es Carter? —me susurra Jesse al oído algo asombrado.

—¡Sí, soy yo! —ruge el chico, lo que causa que nos sobresaltemos. Luego se ríe y en aquel momento es cuando comienzo a tener algo de miedo. Mueve los brazos de manera rara, como si fueran de goma, y al moverlos se vean flácidos y sin vida derramando la cerveza del vaso. Me acerco a él algo preocupada. En serio, su estado me alarma mucho. Ni siquiera parpadea lo suficiente y, cuando lo hace, dura milenios.

—¿Carter? ¿Cuánto tomaste?

—Ehh... no lo sé —se encoge de hombros exageradamente— ¿Dos, tres, cuatro botellas? —trata de contar con los dedos inútilmente, ya que cuando dice *cuatro* levanta *seis* dedos en el aire. ¿Quién rayos le dio un diploma a este torpe retrasado?

Abro la palma de mi mano y me doy un golpe en la frente. Me giro para pedir ayuda de Jesse, pero cuando lo veo noto que está hablando por teléfono. Regreso la mirada a Carter, quien está sonriendo como el iluso más grande del Sistema Solar.

—¿Quieres? —me ofrece de su vaso. Yo lo tomo y miro su contenido, pero luego lo lanzo por el balcón hacia la multitud. Pobre al que le caiga— ¡Oye!

—se apoya del barandal y mira hacia el vacío en busca de su vaso. Tengo que sostenerlo de la playera para que no pierda el equilibrio y se vaya contra el suelo. Aunque ahora que lo pienso... sería muy divertido dejarlo caer y ver cómo se rompe un par de dientes.

Carter deja de buscar y ahora comienza a tararear una canción mientras mira a la nada. Sacude su cabeza levemente mientras finge escuchar una música totalmente diferente a la que hay en el ambiente. Jesse me toma de un hombro y me da la vuelta para mirarme al rostro.

—Me tengo que ir. Sam tiene una urgencia —anuncia y yo asiento en comprensión—¿Estarás bien? —vuelvo a asentir, mintiendo. No tengo idea de cómo sobreviviré a esto— Vale. Fue genial verte de nuevo, Meg. Me saludas a Wendy. ¿Te veo pronto, OK?

—Sí —digo desanimada. No quiero que se vaya.

Él me da un abrazo y yo me aferro a su nuevo chaleco de cuero. Huele demasiado bien, realmente lo extrañé. Jesse deposita un suave beso sobre mi mejilla con sus delicados y finos labios para luego irse. Ahora tendré que enfrentarme a Carter... sola.

—¿Es tu nuevo novio? —Carter mira a Jesse por encima de mi hombro.

—No, no lo es. ¿Por qué?

Niega con la cabeza rápidamente. Tomo aire preparándome para lo que está por venir.

—A ver, Crane: en un rango del uno al diez, ¿cuán ebrio estás? —pido que me dé una estadística para saber a qué me estoy enfrentando. Él levanta ambos puños cerrados en el aire.

—Cero. No estoy ebrio —repone con orgullo.

—Aparte de borracho eres mentiroso —afirmo.

—Que no estoy borracho.

—¿Seguro?

—Afirmativo —hace una pose militar que le sale ridícula.

—Entonces, si no estás ebrio, podrás ponerte en una pierna y mantener el equilibrio, ¿no? —lo reto. Mi padre me enseñó que esta es la técnica más efectiva para reconocer si una persona está ebria de verdad.

Él bufaba confiado— Pues obvio.

Carter comienza a balancearse. Levanta un pie del suelo lentamente y lo

hace subir. Estira sus brazos a sus costados como si fuera una avioneta y luego comienza a bailar como las muñequitas hawaianas. No dura ni tres segundos cuando de pronto aterriza en el piso y suelta un quejido. Intento de disimular una sonrisa. Me acerco a su anatomía inmóvil y le lanzo una mirada socarrona. Él gira sobre su cuerpo y mira el techo estupefacto. Suelta un jadeo y posa sus ojos muy abiertos sobre mí.

—Rayos... estoy ebrio —admite escéptico.

Me cruzo de brazos y dejo caer mi peso sobre una pierna— Vale, levántate ya.

Él abre aún más sus ojos— Oh, oh —dice pasmado.

—¿Qué?

—No me puedo levantar —usa una voz grave. Parece hablar en serio.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Megan. Ayúdame —chilla alarmado— ¡Ya sé lo que sienten las tortugas cuando las voltean sobre su caparazón! ¡Es horrible! ¡Ayúdame, Lennon! —Carter comienza a colapsar en el suelo como si fuera un pez fuera del agua. Mueve su cuerpo hacia todos lados con sus manos pegadas a sus costados. Me toca ponerme de cuclillas y abofetearlo para que se quede quieto. Él me lanza una mirada algo perpleja, pero luego sonrío con lujuria. Alguien debería prohibirle las bebidas alcohólicas a este chico. Lo ponen aún más raro de lo que es.

Arrastro a Carter por el piso de mármol hasta llegar a una pared, donde lo obligo a recostarse. ¡Vaya que es pesado! Él apoya su espalda contra el sólido muro y toma una respiración profunda. Me siento junto a él para recuperar el aliento con grandes bocanadas de aire. Por poco y pierdo un pulmón. Él comienza a tararear nuevamente. Cierra los ojos y se mete en el ritmo. Es un ritmo conocido y por encima de la música electrónica la puedo reconocer.

—*Ooh, well well, doo doo doo, doo doo, ooh, well well, doo doo doo, doo doo* —canturrea Carter mientras mueve su cabeza de lado a lado como si fuera una balada. Frunzo el ceño mientras trato de reconocer la canción. Es un ritmo muy familiar, pero no logro encontrar el nombre. Carter continúa tarareando mientras lo observo fijamente tratando de buscar el título de aquella canción en medio de mis archivos mentales.

—¿Qué cantas? —le pregunto al darme cuenta de que no la adivinaré.

—¿Él era tu padre, no? —dice gangoso sin dejar de tararear.

—¿De qué hablas?

—El que canta esa canción... ¿Era tu padre, cierto?

—¿Quién? —digo confusa.

—El de... el de los cuatro esos. ¿Cómo eran? ¡Los Beatles, sí! ¡Tu papá! — abre los ojos como si lo hubiera adivinado, pero luego los vuelve a cerrar y sigue cantando— Sí, Los Beatles... —asiente con el semblante. *¿Se habrá metido droga?*

—¿Cómo era su nombre? —se rasca la cabeza y mira el techo en busca de la respuesta. Sin embargo, comienza a cantar la letra de la canción.

«Woman I can hardly express

My mixed emotions at my thoughtlessness

After all, I'm forever in your debt

And woman I will try to express

My inner feelings and thankfulness

For showing me the meaning of succeeeeeeeess».

Carter grita al final del estribillo muy feo como un animal en plena agonía. Aprieta sus párpados inspirado por la canción.

Woman, ese es el nombre de la canción. Un clásico de la música.

—¿*Woman*, de John Lennon? ¿Cierto?

—¡Sí! —grita emocionado mientras alza sus manos en el aire como si fuera en una montaña rusa—. ¡Tu padre! Eres la hija de John Lennon, ¿cierto?! ¡Sí lo eres! ¡Oigan todos, la cuidadora de mi abuelo es la hija de John Lennon! ¡No lo creo! —vocifera con gritos, pero rápidamente le cubro la boca con mis manos. La gente a nuestro alrededor nos mira raro, pero solo los ignoro.

—No soy la hija de John Lennon, tonto —mascullo enojada.

—Entonces es tu abuelo —repone con obviedad.

—¡Qué! No soy nada de John Lennon —digo frustrada.

Mi peor pesadilla estaba conformada por tres palabras.

Carter Crane ebrio.

Él hace un puchero y solloza falsamente— Eres una farsa, Megan —se cruza de brazos y de pronto vuelve sonreír— ¿Pero sabes qué? Tú puedes ser

mi Yoko Ono y yo tu John Lennon. ¿Qué tal? —suelto una sonrisa al escucharlo decir eso último.

—¿Estás intentando coquetear? —digo con picardía mientras alzo mis dos cejas.

—Cierto. ¿Estoy coqueteando? Ugh, eso es asqueroso —pone cara de repugnancia. *¿Qué clase de alcohol le han dado?* Carter sigue cantando *Woman* por encima de la música electrónica. Yo lo acompaño en su canto, ya que me sé parte de la letra, pero él no parece percatarse.

De pronto la música se detiene y nosotros también. La casa queda en total silencio. Aquella paz es perturbadora, pero rápidamente es reemplazada por el chillido de un micrófono. La multitud has sido silenciada. Estoy segura de que si un alfiler cayera al piso se escucharía.

Carter y yo escuchamos en silencio cómo una persona se apodera del micrófono en el piso de abajo, pero gracias al magnífico y gigante equipo de sonido el ruido se puede escuchar hasta en el último rincón de este enorme lugar. Una chica carraspea y con su escandalosa voz habla apoderándose de la calma.

—¿Uno, dos, tres? Probando, probando ¿me escuchan? —dice y nadie responde— OK. De acuerdo, parece que todos escuchan. Para dar inicio a esta gran *Ultra Mega Party de Verano* haremos una fácil dinámica que sé que a muchos les gustará —chilla emocionada.

No sé quién es la chica, ya que no la puedo ver desde donde estoy. La mayoría de las personas en la segunda planta se han amontonado alrededor de la baranda del balcón interno desde donde supongo que se puede ver a la escandalosa chica aullar.

—Vale, ¿están listos? —puedo escuchar un leve murmullo de parte de la muchedumbre—. La dinámica es esta: tomen a la persona que está a su lado... ¡y bésenla! —grita y puedo escuchar cómo el público explota en una fuerte ovación de excitación—. Sí, sí, sí. ¡No importa quién sea! Si es tu abuela, o tu perro o una silla, ¡pero todos besen algo! ¡No se queden sin besar a nadie! ¡A darle duro! —grita la muchacha.

La música vuelve a explotar por todo el lugar. Solo que esta vez, todo se están besando. Sí. Es como un apocalipsis de besos. Todos a mi alrededor se comen. Era asqueroso, ya que la mayoría de las personas están borrachas. Los

vellos se me ponen de punta al ver aquella escalofriante escena. Jamás había visto a tanta gente besándose al mismo tiempo. ¡Ni siquiera en Año Nuevo!

Siento cómo un brazo pasa alrededor de mi hombro y me pongo a la defensiva. Carter me ha rodeado con sus flacos, pero fuertes brazos. Sonríe de una manera arrogante un tanto espeluznante.

—¿Qué rayos hac...? —pero antes de que termine él uno nuestros labios en un húmedo beso.

Rápidamente el sabor a licor se apodera de mi sentido del gusto. Él mueve sus labios contra los míos, sin embargo, yo no le respondo al repugnante beso. Él presiona mi cuerpo contra el suyo para evitar mi escape, pero con las pocas fuerzas que tengo trato de apartarme de él. Su fuerza era tan descomunal que ni siquiera pude moverme. Posa una mano por mi cintura y comienza a dar leves masajes en esa zona. Las hormonas empiezan a despabilarse por todo mi cuerpo, lo que hace que todos mis nervios sensitivos se activen al sentir su suave toque. Incluso borracho me hacía sentir esas inútiles cosas por todo el cuerpo. El beso es un tanto amargo gracias al sabor de la cerveza. Las grietas de sus labios están reseca y deshidratadas, pero él rápidamente las humedece con el borde de su lengua y prosigue. Yo no bebo, pero mágicamente el alcohol ha tomado un sabor dulce y candente al probarlo desde sus labios. *Santa caca, esto no debería estar sucediendo otra vez. ¡No, no, no!*

Doy un fuerte empujón con mis brazos sobre su pecho y nuestros labios se separan. Yo, sin pensarlo, le doy una cachetada compacta y su cabeza se inclina hacia el lado opuesto del golpe. Mi mano comienza a arder con una leve picazón. Ahogo un grito al darme cuenta de lo fuerte que le he pegado. En su mejilla veo una gran marca roja indicando que mi mano ha estado allí. Por poco y puedo ver mis huellas dactilares en su piel.

—Lo siento —digo mientras examino el golpe—. Yo no quise...

—Siempre he creído que besas de maravilla, Megan —comenta radiante, mientras parpadea lentamente. *¿Acaso no se ha dado cuenta de que por cacito y lo dejo sin dientes?*

Esperen... ¿QUÉ?

—¿Qué? —digo horrorizada. Pero por otro lado siento cómo mis mejillas comienzan a arder con furor. Estoy segura de que si ponen dos huevos crudos sobre estas fácilmente se cocinarían.

—¿Qué de qué? —dice indiferente—. Oh rayos —veo cómo sus mejillas se inflan con náuseas y cómo se sostiene del estómago. Carter se levanta del piso y corre hacia la baranda del balcón interno. Se apoya sobre el caro hierro y comienza a vomitar con fuertes arcadas hacia el gentío. En medio de la música se puede escuchar el grito agudo y penetrante de una chica. Fue uno de esos gritos típicos que hacen las chicas en las películas de terror.

—¡Me ha vomitado! ¡Ayudaaa! —las personas siguen bailando sin importarle la pobre chica.

Yo me tomo unos segundos para reírme de Carter y de aquella graciosa escena. Mientras me río una idea magnífica viene a mi cabeza para ponerle fin a este alboroto. Corro hacia mi habitación y tomo mi teléfono. Le marco a Shawn.

Rápidamente él contesta con voz adormilada.

—Rayos, Meg, ¿qué sucede? —suena turbado.

—¿Estás en la fiesta en casa de Carter?

—No... ¿Por qué la pregunta?

—Perfecto. Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor?

—¿Sabes dónde está la caja de distribución eléctrica de la Mansión Crane?

—¿Caja de distribución eléctrica? ¿Qué rayos planeas?

—¡¿Sabes dónde está?! —lo presiono.

—¡Sí! ¡Sí sé dónde está! —grita del otro lado de la línea.

...CR...

La música suena, la gente baila, Carter está tirado en el piso mientras se sostiene el abdomen y yo doy vueltas junto a él esperando a la señal de Shawn. Miro el reloj y ruego para que el tiempo corra rápidamente. Durante toda la noche no me he cruzado con la odiosa novia de Carter y espero no hacerlo.

De pronto las luces se apagan. Todo queda en silencio, pero seguidamente se escucha el abucheo de la fiesta. Aprovecho ese momento de oscuridad —ya que nadie me ve— para hacer mi papel de dueña de la mansión.

—¡Ya lárguense todos! ¡La fiesta se acabó! ¡Fuera, mocosos! ¡Y no vuelvan!

La casa se comienza a vaciar y por fin puedo dar un profundo respiro después de esta larga noche. Siento cómo Carter desde el piso rodea mi pierna desnuda con su sudorosa mano.

—Creo... creo que me quedé ciego Megan —dice con un hilo de voz—. Tengo miedo. ¡No puedo ver nada! ¡Ayúdame! —chilla fuera de control.

—¡Cállate, Carter! No estás ciego, inepto. La luz se ha ido —digo exasperada por su comportamiento infantil.

Escucho cómo suspira aliviado— Ya me había asustado.

En medio de la negrura de la casa veo cómo la pantalla de mi celular se ilumina con el nombre *Shawn* en grande. Sin dudarlo, contesto.

—Listo —lo escucho decir satisfecho.

—Te debo una —agradezco.

—Noup, no me debes nada. Te lo estoy recompensando por aquel beso.

—Ya olvídale. Gracias, Shawn.

—Un placer servirle —usa un acento británico barato—. ¿Te veo pronto?

—Vale, hasta luego.

Cierro la llamada y sonrío complacida. Por fin ha terminado esta noche de locos.

Uso la poca luz de mi celular para iluminar a Carter, pero cuando me fijo bien noto que él se ha dormido a mis pies. Se ha hecho un ovillo mientras abraza sus piernas como un nené. *¿Ahora qué?*

Tengo dos opciones: 1) arrástralo hasta su habitación, lo que sería un trabajo pesado, o 2) dejarlo dormir en aquel piso frío, mojado y lleno de licor.

Tengo muchas razones para dejarlo allí tirado. Primero, por dejar que su novia organizara todo esto. Segundo, por embriagarse. Tercero, por casi destruir la mansión. Cuarto, por besarme y quinto por ser el tarado más grande de la historia. Creo que la última razón es la más contundente.

—Dulces sueños, Carter.



#LecciónDelDía:

Asegúrate de nunca aceptar ser la Yoko Ono de un borracho.

Confusiones incómodas

Capítulo 21

Hoy es un día muy particular. Cuando me refiero a «particular» quiero decir «especial». ¿Y por qué hoy es especial? Pues es simplemente el hecho de que voy a volver ver a mi padre después de dos largos y duros años sin él. Sí, ayer mi padre —Warren Lennon— viajó desde Washington hasta San Diego para venir a visitarme. Debido a su trabajo no tiene las facilidades de viajar, ya que a cada momento lo están necesitando. Por lo que me contó le han dado tres días libres, los cuales usará para estar conmigo y con Wendy.

Papá llegó en la mañana de hoy a San Diego. Por la tarde tendremos una cena familiar. Él, Wendy y yo. Lo cierto es que estoy algo nerviosa. No sé qué ponerme ni tampoco he practicado lo que le diré al verlo después de tanto tiempo. Mis piernas no han dejado de temblar desde que desperté esta mañana y me di cuenta de que hoy vería a mi padre.

Obviamente, le he pedido permiso a la señora Elizabeth para esto, ya que hoy no me toca día libre, pero es la única oportunidad que tendré de ver a mi padre antes de que regrese a su desgastador trabajo. La señora Elizabeth fácilmente aceptó en darme el día libre y sobre todo eso fue muy amable y cordial. Tengo una duda existencial: ¿cómo una bestia salvaje, grotesca y grosera como Carter Crane pudo salir de un terrón de azúcar como lo es la señora Elizabeth?

...CR...

La mañana pasó volando y ha llegado el momento. Me he puesto un simple *jean*, una playera celeste que tiene estampada la cara del *Monstruo Come Galletas* en ella. Recuerdo que a papá le encantaba verme con ella. Me queda un tanto ajustada, no mucho, ya que la tengo desde los catorce años, pero a esa edad me quedaba como pijama. Tomo una sudadera azul para el frío, mi

celular, algo de dinero y salgo de mi habitación. Hago mi recorrido hasta el recibidor mientras tarareo una canción cualquiera. Bajo las escaleras de dos en dos y llego a la planta baja donde me detengo de golpe al darme cuenta de algo.

¡No tengo un auto!

Bueno, tomar un taxi será algo difícil. Miro mi reloj de mano que marca las 7:15 p.m. Habíamos quedado de vernos a las 7:30. ¡Llegaré tarde si tomo un taxi!, y una de las cosas que más odia papá en mí es la impuntualidad. Papá es un hombre cariñoso, pero debido a su trabajo cuenta con un carácter un tanto militar y estricto. No lo culpo por eso y lo amo a su manera, pero en ocasiones era un tanto agotador. Esta noche tiene que ser perfecta y no puedo permitir que mi irresponsabilidad lo arruine. Necesito un plan y rápido.

—¿Vas a salir?

Carter aparece en la entrada del salón principal. Su cuerpo descansa debajo del umbral mientras su hombro se recuesta de manera sencilla al marco de la puerta. Hoy Carter se ve radiante. Está limpio y trae una actitud fresca y relajada. Se ve tranquilo y para nada estresado. Es como si le hubieran dado un tranquilizante para su idiotez. No habla de manera grosera, sino todo lo contrario.

Ya habían pasado un par de noches desde aquella alocada fiesta. A la mañana siguiente Lupe regresó y pues hizo que Carter limpiara todo y absolutamente todo. Fue algo placentero verlo sufrir mientras limpiaba cada esquina de este castillo. Lo observé de lejos mientras limpiaba. Era divertido ver cómo sudaba y se esforzaba por que todo quedara limpio. Hasta que al final terminó sacándose la camisa y entonces tuve que apartarme, ya que era incómodo espiarlo de aquella manera.

Él no ha comentado nada sobre lo sucedido aquella noche y doy por hecho de que se le ha olvidado todo. No ha mencionado lo del beso y no pensaba recordárselo. Es mejor que no se entere de que me ha vuelto a besar ni de que se había comportado como un niño de nueve años. Por otro lado, hemos cruzado pocas palabras desde la fiesta. Se supone que estamos en una *tregua temporal* que hasta el momento va a la perfección. No hemos discutido ni nada por el estilo y se siente grato no tener que luchar con este chico todos los días.

—Sí, voy a salir —utilizo un tono indiferente. Pero luego me doy cuenta de algo.

Siento cómo el bombillo se enciende sobre mi cabeza.

Me acerco a él con pasos lentos y sigilosos mientras me froto los brazos, vacilante. Él me mira toda la distancia con aquella mirada dura y seria típica de él. Me detengo a unos centímetros y alzo un poco la cabeza para poder mirarlo fijamente.

—¿Te puedo pedir un favor? —alza una de sus cejas y cruza los brazos sobre su pecho haciendo que sus músculos se den a conocer. Se relame los labios y los deja entreabiertos para poder hablar.

—¿Qué tipo de favor? —dice recio.

—Necesito que me lleves a un lugar.

—¿Qué lugar?

—A mi casa. Bueno... a casa de mi tía —repongo.

—¿Para qué o qué? —suspiro internamente. *¿Realmente necesito darle este tipo de explicaciones?*

—Veré a mi padre después de un largo tiempo y no quiero llegar tarde. Por favor, solo esta vez. ¿Sí? —le ruego. Carter estrecha aún más sus brazos mientras me mira desconfiado. Me examina con su penetrante mirada durante unos segundos y luego pone los ojos en blanco mientras frunce los labios.

—Vale. Pero solo esta vez. No creas que seré tu chofer —me mira resentido, pero puedo ver que está bromeado duramente.

Le doy mi más sincera sonrisa— Gracias.

Ya en el auto, el trayecto es silencioso y algo incómodo. No sé cómo comportarme con Carter de manera «amable» o algo así. Lo único que no quiero es provocar una discusión y hacer que su ira caiga sobre mí, así que prefiero no abrir la boca hasta que él lo haga y, como si hubiera leído mi mente, rápidamente rompe el silencio.

—Y... ¿Hace cuánto que no ves a tu padre? —la manera en la que formula esa pregunta es extraña. Es como si la hubiera lanzado con total confianza. Como si no nos odiáramos. Como si fuera natural que él me preguntara por mi familia.

—Dos años, creo —trato de sonar desinteresada, aunque fuera todo lo contrario, y me estuviera muriendo de ganas de hablar con alguien.

—¿Dos años? Wow... eso es mucho tiempo —afirma sin apartar la mirada de la carretera iluminada en medio de la noche.

—Sí... —el silencio que queda es algo inquietante—. ¿Puedo poner música? —pregunto de manera cortés mientras extiendo mi brazo hacia el tablero de mando donde se encuentra la radio y el reproductor de música.

Carter toma mi mano con la suya y la aparta de su destino de manera brusca. Inconscientemente me estremezco bajo el toque de su piel sobre la mía, pero aparto ese pensamiento de inmediato.

—Claro que no. ¿Quién te crees? —usa un tono tosco y soez que me ofende.

Siento cómo mi rostro cambia totalmente. Siento algo de vergüenza y pena al mismo tiempo. Es cierto... ¿Quién rayos me creo para poner música en el auto de Carter Crane valorado en más de \$78.000 dólares americanos? ¡Si acaso en mi vida entera me han regalado unos \$20 dólares! Carter aparta la mirada de la carretera y me mira serio y decidido durante un par de segundos. Rápidamente cambia toda esa faceta y la reemplaza por un sensual y atractivo guiño. Me da una sonrisa sencilla y simpática mientras su pómulo sube y su párpado desciende en un hermoso parpadeo coqueto. Todo esto pasa en menos de dos segundos, pero dentro de mi cabeza se reproduce pausadamente.

Por alguna razón esto causa que le sonrío de vuelta y me sonroje sin yo poder controlarlo. *¿Qué? ¿Qué rayos está sucediendo? ¡No, Meg! ¡NO!* Trato de disimular aquella estúpida sonrisa con una mueca, pero fallo.

—Es broma. Pon lo que quieras —se encoge de hombros sonriente y devuelve la mirada a la vía. Para llegar a casa tuve que darle unas cuantas indicaciones a Carter. Él se pierde en un momento, pero rápidamente logramos regresar al camino correcto y llegar a mi destino.

Casa de los Lennon, mi casa. Sonríó al ver la pequeña vivienda frente a mí. Es una casa de dos pisos, de un tamaño considerable, sencilla y sobre todo humilde. *Hogar, dulce hogar.*

Bajo del auto y le agradezco a Carter por haberme traído. El frío de la noche me abraza de manera reconfortante. Estoy a unos pocos metros de papá. Mis manos sudan frío y mis piernas no han de tiritar durante todo el camino sin dejar atrás aquel punzante dolor que se ha instalado en mi estómago recordando lo nerviosa que estoy.

Doy un respingo al escuchar el estruendo de una puerta cerrarse detrás de mí. Me giro y observo cómo Carter sale del auto. Él le da la vuelta al transporte y se detiene en la parte delantera del coche. Me da una mirada de soslayo y luego regresa a su objetivo. Coloca sus dedos sobre el borde del capó y lo alza como si fuera una hoja de papel. Se seca las manos en los *jeans* al mismo tiempo que le da una mirada al cofre del móvil examinándolo con cuidado.

—¿Qué haces? ¿Está todo bien? —siento cómo mi voz se quiebra levemente con nerviosismo.

—Sí, todo bien. Solo... quería ver si el carburador funciona adecuadamente. Ya me voy, anda —hace un ademán con su cabeza hacia la casa mientras sonrío—. Te están esperando —gesticula agradablemente. *¿Qué rayos le hicieron a Carter Crane?*

Yo asiento, tranquila.

—Vale, gracias.

Le doy la espalda y comienzo a caminar por el pasillo con pasos sumamente lentos hacia el porche de mi antiguo hogar. Recuerdo pasar por este mismo lugar hace unos cuantos meses, solo que con una mochila en hombros y muchos libros en los brazos. Pasé de estudiante a cuidadora de ancianos, pero pronto seré una universitaria más. Subo los escalones del pórtico y siento cómo mi corazón bombea cada vez más fuerte.

Como si hubieran sentido mi presencia, la puerta se abre prontamente y se revela el pasivo rostro de mi tía Wendy. Ella me brinda su más grande sonrisa y me abraza fuertemente. Yo la rodeo con mis brazos, cierro los ojos y acomodo mi barbilla sobre su cómodo hombro mientras absorbo el dulce olor de su perfume. Nos mantenemos así durante unos segundos hasta que lo escucho. Su voz profunda y tersa cerca de mí.

—¿Megan? —abro los ojos de golpe y lo veo.

—Papá —mi voz se quiebra débilmente gracias a la emoción.

Suelto a Wendy y corro hacia él, quien se encuentra debajo del umbral con su porte firme y militar tan típico de él. Estampo mi cuerpo contra su pecho y me aferro a su simple camiseta gris. Él me sostiene y me alza en el aire fácilmente mientras lo escucho reír. Dejo escapar unas cuantas lágrimas de emoción, pero las limpio rápidamente con su camiseta. No puedo creer que

esté aquí de nuevo. No me di cuenta de cuánto lo había extrañado y al mismo tiempo necesitado. Ahora que me encuentro entre sus fornidos y cálidos brazos, reflexiono sobre algo. No quiero ser adulta. Quiero volver a ser aquella niña pequeña que no tenía que preocuparse por la vida, que no tenía que pagar una universidad, que no tenía que preocuparse por su futuro, que no tenía que crecer. Odio crecer. Odio tener que madurar.

Papá comienza a besar mi cuello y luego todo mi rostro. Deja mi peso sobre el suelo y me toma de las mejillas mientras besa mi frente, la punta de mi nariz, mis párpados y mi barbilla. Yo simplemente sonrío en un intento de no dejar escapar más lágrimas. Ya estoy muy grande como para llorar.

Él me suelta y entonces abro los ojos para verlo fijamente al rostro. Se veía igual que siempre. Papá tiene unos ojos azules radiantes, el vello facial se ha apoderado de su rostro, lo que le da un aspecto rudo. Su cabello estaba recortado en un tono bajo a lo militar. Cualquiera que lo viera pensaría que es un hombre estricto, pero por dentro papá destila miel.

—Yo... te extrañé mucho —digo sin fuerzas. Todo el aire se me ha ido con aquel sofocante abrazo.

—Meg, linda, yo también —me acaricia el cabello y me sostiene de la barbilla suavemente con sus rústicos dedos—. Dios santo... cuánto tiempo. Estás hermosa, cariño. Eres... —veo cómo traga con dificultad— eres tan parecida a Jane —usa un tono serio y suspira.

Jane en mi cabeza es el sinónimo de mamá. Es aquel nombre que papá repetía a cada momento cuando yo era pequeña indicándome que ese nombre era el que me había dado la vida.

—Tengo tanto que contarte. No sabes todo lo que ha sucedido. El día de mi graduación fue... wouh. No sabes cuánto te extrañé —sacudo la cabeza al mismo tiempo que hago ademanes con las manos mientras dejo escapar las palabras de mi boca sin antes analizarlas.

Papá no estuvo el día de mi graduación y eso me dolió como tienen idea. Solo estuvo Wendy, pero Wendy no fue partícipe de mi fecundación. Wendy es como mi madre, pero ella no me había dado la vida. Papá asiente mientras me escucha y sonrío, pero veo que su mirada está más allá de todo esto. Papá mira por encima de mi cabeza hacia la acera donde...

—¿Quién es él? —pregunta.

—¿Quién? —me doy la vuelta para seguir su mirada.

¡Carter! ¿Aún sigue aquí? ¿Por qué? Con tanta emoción no me percaté de que Carter aún no se había marchado. ¡Qué vergüenza! ¿Vio todo esto? Rayos, no. Carter no parecía haber notado la vergonzosa escena que acababa de suceder, ya que al parecer estaba concentrado arreglando el carburador de su auto. Toma el borde de su camisa y la alza para limpiarse el sudor de la frente; puedo ver su plano abdomen durante unos milisegundos. *Vamos, hormonas, contrólense.* Él alza su cabeza y nos echa un vistazo al sentir nuestras miradas sobre él. Nos observa unos segundos aturdido y luego sonrío nervioso mientras agita su mano en un saludo amistoso hacia nosotros.

—¿Megan? —me llama.

—¿Ajá?

—¡¿Por qué no me lo dijiste?! —lo escucho exclamar emocionado mientras me toma de los hombros y me vuelve a estrechar. Yo arrugo el rostro confundida.

—¿Decirte qué?

—Oh, vamos, ya no tienes por qué esconderlo —me da su más amplia sonrisa, una sonrisa sincera y verdadera. Nunca lo había visto sonreír así—. Mi pequeña tiene un novio —suelta empalagosamente.

¡¿Su pequeña qué...?! ¡¿Novio?! ¡Ay no! ¡NO! ¡Esto no está bien! ¿Qué está sucediendo?

—Papá... yo no... —intento hablar, pero él se adelanta.

—¡Oye tú, muchacho! ¡Ven acá! —le grita a Carter mientras que con su mano le indica que se acerque.

Abro los ojos de manera alarmada, nerviosa y avergonzada. *Esto no está sucediendo, esto no está sucediendo.* Carter nos mira con el ceño fruncido durante unos segundos sin entender. Echa un vistazo por encima de su hombro y al ver que no hay nadie regresa la mirada hacia nosotros algo desconcertado mientras se toca el pecho con el dedo índice.

—¿Yo? —dice muy bajo como para ser escuchado a esta distancia, pero se pueden leer sus labios.

—¡Sí, tú, ven hijo! —le alienta a que venga.

¿Hijo?

—Papá, él no es...

—Shh, tranquila, cariño. No tienes por qué estar nerviosa —me acaricia el hombro intentando calmarme en cierto modo.

Carter nos examina durante unos segundos más con el ceño fruncido sin entender muy bien, pero poco tiempo después se encoge de hombros y asiente. Cierra el capó del auto con un leve golpe y se limpia las manos en la playera al mismo tiempo que se acerca casi corriendo hasta el porche. Salta los escalones y se detiene justo en frente de papá. Ambos son casi del mismo porte, solo que Carter se ve como un muchacho puberto, flacucho e inmaduro al lado de mi padre.

Me siento un gnomo junto a ellos.

Carter me mira discretamente lanzándome una mirada de *¿qué es lo que está sucediendo?* Yo trato de responderle con leves e insonoros movimientos de labios, pero papá comienza a hablar.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —deja caer su mano sobre el hombro de Carter, quien se estremece bajo el toque. Veo cómo papá estruja el hombro entre sus dedos.

—¿Yo? —Carter comienza a perder el color algo conmocionado. Se encuentra desorientado y miedoso. Sonríe internamente, Carter le tiene miedo a mi padre—. Soy Carter.

—Carter... —papá repite el nombre mientras asiente animado—. ¿Y cuánto tiempo llevas saliendo con mi hija, Carter? —remarca el nombre.

Me siento palidecer. Me llevo una mano a la boca y comienzo a morder mi uña del dedo índice. No puedo creer que me encuentre en esta humillante y a la vez vergonzosa situación. Quiero que me trague la tierra o que un agujero negro me succione. Se me cae la cara de la vergüenza. Papá sonríe infalible, se ve radiante y más que feliz. Parece estar más alegre por el hecho de que mi supuesto «novio» esté aquí y sé exactamente la causa de aquella felicidad.

Papá, no es esa típica clase de padre sobreprotector como todos los padres. No, papá es un tanto diferente en ese sentido. Warren siempre ha querido desesperadamente que su querida hija tenga un novio. Papá está algo frustrado con eso de tener una descendencia. Incluso cuando estaba comenzando la preparatoria me incitaba a tener un novio. Pero realmente nadie en Crawford me llamaba la atención y lo único que quería era graduarme. Así que jamás le he dado ese placer a mi padre de verme con un chico. Bueno, Ryan fue algo aparte, teníamos una relación un tanto extraña,

éramos prácticamente una pareja de desconocidos. Papá jamás se enteró de que salimos. Solo Wendy, pero la hice jurar de que no le diría a papá, ya que no quería crear ciertas ilusiones.

Despierto de aquel asustadizo trance y observo el rostro de Carter desencajado en horror y confusión. Sus fosas nasales se hinchan, su ceño se frunce, su mandíbula se tensa y sus pómulos se arrugan. Esa es la descripción gráfica de la perplejidad que se muestra en el rostro de Carter.

—¿Salir? —usa un tono caótico y cuestionable.

Papá me da una mirada y yo me encojo de hombros. *No seré yo quien le quite esa ilusión, así que dejaré que Carter lo haga.* Regreso la mirada hacia el idiota que me ha hecho la vida imposible, pero él me está mirando en busca de respuestas. Ahora me lanza una mirada de *¿de qué rayos está hablando?* Yo niego suavemente con la cabeza tratando de no hacerme notar.

—Sí, salir —confirma mi padre—. Tú y mi hija están saliendo, ¿no? —cuestiona nuevamente tratando de asegurarse de que lo que dice es verdad.

¿Carter y yo saliendo? Esa era la patraña más grande que he escuchado. ¿Cómo puede creer que yo salga con alguien como... él? No tanto por el físico, ya que sin duda alguna Carter es un chico apolíneo y sobre todo atractivo. Pero detrás de ese disfraz es un asco de ser humano, cosa que durante esta noche ha dado a cuestionar gracias a su raro y amable comportamiento.

Luego de aquello hay un silencio. Solo se escucha el ruido del aire danzar con las hojas de los pocos árboles que hay alrededor y a lo lejos el leve sonido de un grillo. Carter pasea su mirada entre mi padre y yo tratando de descifrar lo que está sucediendo. Su rostro se suaviza con algo de entendimiento. Mientras tanto yo sigo con mi suave movimiento de cabeza indicándole que la respuesta es *NO*, pero él no parece entender el mensaje, o tal vez sí, ya que ahora sonríe de manera malévola y divertida mientras asiente. Alza sus cejas y sus pómulos dándole espacio a esa sonrisa de labios cerrados un tanto... traviesa y perversa.

—Sí, claro que estamos saliendo. Su hija es una chica maravillosa, señor Lennon —suelta repentinamente. ¿Qué?



#LecciónDelDía:

A veces es mejor simplemente tomar el taxi.

¡Quiero matar a Carter!

Capítulo 22

Siento cómo mi corazón cae en mi estómago y mis piernas comienzan a temblar. Mis ojos se abren más de lo normal y mis párpados se adhieren a mis cejas. El dolor en mi estómago se intensifica. Mis mejillas se tornan frías, mis labios se separan y dejan salir un leve jadeo despavorido.

¿Qué? No, no, no.... esperen... ¡¿Qué?! ¡¿Qué rayos acaba de decir?! No, esto tiene que ser una broma. Carter no puedo haberlo dicho. Está bromeando, ¿no?

—Llevamos unos meses juntos, ¿no, preciosa? —Carter se acerca a mí con aquella sonrisa pícara y me rodea con su largo brazo. Yo intento alejarlo, pero al ver el resplandeciente rostro de mi padre y su extensa sonrisa todo aquel plan de negar la farsa que Carter ha montado se derrumba. *¿Y qué rayos fue eso de «preciosa»?*

No puedo hacerle esto a mi padre. Él está feliz por alguna estúpida razón sin sentido dentro de mi cabeza, pero dichosa para él. Así que cedo y permito que Carter rodee mi cintura. Juro que cuando todo esto termine lo estrangularé de una manera inhumanamente posible y venderé sus tripas a una carnicería.

—Sí... —asiento sin poder creérmelo. Intento cambiar mi cara de disgusto, pero termino haciendo una mueca rara.

—Pues qué bueno que te hayas animado a presentarme a tu novio, cariño. Estoy muy emocionado —dice papá mientras me besa la frente y luego va y estrecha la mano de Carter—. Soy Warren.

—Mucho gusto —Carter le da una sonrisa sencilla.

—Creo que ya es hora de ir a cenar, ¿no? —interrumpe Wendy en medio de este caos mientras hace un ademán, señalando hacia el interior de casa. Mi estómago comienza a revolverse con náuseas.

...CR...

Los cuatro nos encontrábamos sentados en el comedor en el cual yo he comido desde que tengo uso de razón. Es muy incómodo que Carter esté aquí a mi lado comiendo augustamente con mi familia. Es como si él hubiera cruzado un portal hasta otra dimensión. Mi dimensión.

Papá y Wendy comen de un costado de la mesa, mientras que en el otro estamos Carter y yo. Todo está en silencio y, sin duda, es uno de los silencios incómodos más mortales y perturbadores que he experimentado en mi vida entera. En la habitación solo se puede escuchar el tintinear de los cubiertos contra los platos y el movimiento de las mandíbulas al masticar.

—Y... ¿cómo se conocieron? —suelta mi padre con su estruendosa voz tomándome por sorpresa. Papá mastica un pedazo de pollo mientras nos mira fijamente.

Levanto el rostro del plato y observo a Carter, quien me mira alarmado. Yo trato de no fulminarlo y disimular las ganas de golpearlo que tengo. Bajo la mirada y sigo comiendo.

—Bueno... ella y yo... ¡En el boliche! —anuncia repentinamente. Trato de crear una imagen mental dentro de mi cabeza. Dibujo a Carter frente a mí e ideo las mil maneras en las que puedo matarlo.

—¿El boliche? —papá suelta extrañado—. Meg odia el boliche, ¿no es así, cariño? —levanto el rostro y veo cómo ambos me miran fijamente.

—Eh... sí. Pero... ese día Jade... ya sabes —me encojo de hombros nerviosa. Mi voz tiembla un poquito, pero trato de que pase por desapercibida— me invitó al boliche. Yo... estaba aburrida y acepté —asiento inconsciente—. Carter trabajaba allí, ¿no es así? —coloco un codo sobre la mesa y dejo caer mi sien sobre mi puño dejando descansar mi cabeza sobre la extremidad. Le doy una sonrisa totalmente fingida mientras observo cómo se las arregla para seguir esta estúpida mentira.

—¿Trabajas en el boliche? —suelta mi padre de manera despectiva con un toque de incredulidad.

—Trabajaba —aclara—. Ya no.

—¿Y ahora en qué se supone que trabajas, Carter? —abre los ojos aún más y tensa la mandíbula. Lo ha tomado por sorpresa.

—Yo... estoy estudiando para ser contador —la seguridad que utiliza me deja perpleja.

Papá abre los ojos deleitado —¿Contador? ¡Vaya, eso sí que es prometedor! —suelta encantado—. Te deben gustar mucho los números, ¿no?

Carter asiente.

—Sí... los adoro —suelta con un entusiasmo fingido.

—Te me haces conocido, Carter —interrumpe Wendy en medio de la conversación—. ¿Acaso no eres el chico de aquella vez que Meg y yo estábamos...?

—¡Sí, sí es él, tía! —me apresuro a interrumpir. No quiero que toque aquel tema que me recuerda a la pasada discusión bajo la lluvia que solamente me da ganas de estrangularlo aún más.

—Pues eso es maravilloso. Se ven muy lindos juntos, ¿no, Warren? —sonríe de la forma más tierna posible y mis náuseas aumentan.

—Sin duda, Wendy —papá me da una sonrisa de aprobación.

Les devuelvo la sonrisa de una manera algo simulada y repugnante. No puedo creer lo que acabo de escuchar. ¿Lindos? ¡Ugh! ¡No! Sin duda alguna debí haber tomado un taxi. Carter asiente feliz y veo cómo toma mi mano sobre la mesa e intenta entrelazarla con la suya. En un instinto pretendo retirar la mano, pero luego recuerdo toda aquella farsa y la impecable sonrisa de papá, así que permito que la tome. Entrelazo mis dedos con los suyos, su mano es cálida, tersa, fuerte y sobre todo mucho más grande que la mía. Sin embargo, mi mano está sudada, fría y temblorosa. Tomo su mano fuertemente y comienzo a oprimirla con una fuerza irreconocible. Estoy descargando todas esas ganas que tengo de matarlo sobre su mano. E incluso me tomo el trabajo de enterrar mis uñas sobre el lomo de su extremidad. Por el rabillo del ojo veo cómo Carter hace un leve gesto de dolor que trata de disimular con una sonrisa. Después de unos segundos de seguir torturándolo, Carter aprieta mi mano levemente y la inmoviliza, lo que pone fin a esta guerra de manos. No puedo moverla, está inerte.

—¿Qué me dices de tu familia, Carter? ¿Tienes hermanos? —Mi padre sigue con aquel incómodo interrogatorio.

—No, no tengo, señor, y mis padres están en viaje de negocios —Carter habla de una manera formal lo que se me hace muy gracioso y ridículo. ¡Ha

dicho la verdad por primera vez en la noche!

—Y... ¿Qué intenciones tienes con mi hija, Carter? —*Dios, alguien que lo detenga.* Instintivamente me llevo una mano a la cara tratando de esconder el rubor que se ha instalado en mis mejillas. Ya podía escuchar a Carter decir: «Quiero hacerle la vida un infierno, quiero que se pinte el cabello de colores, porque no soporto el rubio y, si es posible, que se quede calva».

—¿Yo? —dice y toma un poco de la sopa que ha servido Wendy. Devuelve la mirada hacia nosotros que esperamos su respuesta, expectantes. Sobre todo, yo—. Pues las mejores, señor Lennon —bufa con una supuesta obviedad mientras mira al techo fingiendo estar desprevenido. *Sí, claro, cómo no.*

—Pues eso espero —asiente papá alegre.

Seguimos comiendo en total silencio después de aquel típico e incómodo interrogatorio, hasta que repentinamente Wendy se levanta de la mesa.

—Vuelvo en seguida —dice y sale del comedor.

Cuando vuelve, lo primero que llama mi atención son aquellos libros algo viejos y polvorientos que trae Wendy entre sus brazos. Se acerca y los deja caer sobre la mesa, lo que ocasiona un pequeño nubarrón de polvo. Son unos 3 libros que me parecen algo familiares; sin embargo, no logro reconocer su contenido.

—¿Te gustaría ver fotos de Megan pequeña, Carter? ¡Era una muñequita! —comenta Wendy con dulzura.

—Eh... claro, sería un placer —Él acepta de manera educada y divertida.

No, no, no puede ser. ¡Mis álbumes de fotos! ¡Debí haberlos quemado!

—¿Qué?! ¡No! ¡Claro que no! —exclamo en un grito y me levanto con un golpe de la mesa, alarmada. Mi voz resuena en medio de la calma y todos me miran asustados y perplejos. *Oh no.* No podía permitir que Carter vea esas fotos. Son demasiado íntimas.

—¿Te sientes bien, bebé? —Lo escucho mientras finge estar confundido, pero obviamente puedo ver su cara de diversión. Él lo está disfrutando. Veo cómo sus labios tiemblan intentando esconder su estúpida sonrisa. Esperen... ¡¿Bebé?! Les suplico que me metan un tiro ya, por favor.

—Yo... —trago con dificultad—. No, no me siento muy bien. Creo que... la comida me cayó mal. Iré al baño —digo mientras me acaricio el estómago y

finjo una sonrisa.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar con pasos lentos hacia el baño de mi antigua casa. En el camino me detengo frente a una mesa en medio del pasillo. Sobre esta hay un lapicero, tomo un rotulador y sigo con mi recorrido. Cuando llego, abro la puerta y tanteo la fría pared en medio de la oscuridad en busca de un interruptor. Cuando lo encuentro, lo acciono haciendo que toda la habitación se ilumine. Con un rápido vistazo examino las cuatro paredes y noto que Wendy ha hecho algunas remodelaciones. Cierro la puerta detrás de mí y me siento sobre la suave y cómoda alfombra del baño. Suelto un profundo suspiro tratando de liberar toda la presión y el estrés que se han cargado sobre mí después de aquella estúpida escenita que ha montado Carter. Veo cómo mis manos tiemblan gracias a la ira que hay dentro de mí. Extiendo mi brazo y tomo el rollo de papel higiénico que hay sobre el inodoro. Remuevo la tapa del rotulador con mis dientes y comienzo.

Los números empiezan a trazarse sobre el delgado papel sin yo darme cuenta. Oprimo la punta del rotulador contra el rollo haciendo que la tinta se traspase a la siguiente hoja, pero no me importa. Sigo escribiendo sin detenerme. Realizo algunas ecuaciones de segundo grado y ahora me dedico a incrementar mi desarrollo del sistema de ecuaciones lineales con dos incógnitas. Lo que más extraño de la escuela era esto, las matemáticas. Luego de aquello comienzo a hacer planas de «Quiero Matar a Carter» en mayúsculas. Posteriormente comienzo a hacer planos geométricos, sobre cómo sería la futura muerte de Carter Crane. ¿Quién diría que el papel higiénico podría ser tan divertido? Además de que se le puede dar otras utilidades, no solo es para limpiarte el trasero.

Noto que llevo mucho tiempo encerrada aquí. Veo la hora en mi reloj de mano que marca las 9:45 p.m. Me levanto y arrojo el ahora artístico rollo a la basura. Me sacudo la parte trasera de mi *jean* y tomo un profundo respiro preparándome para lo que hay allá afuera.

Me planto frente ellos en el comedor. Los tres se encuentran de un costado de la mesa viendo las fotos, cada uno de ellos tiene un foto-álbum en la mano el cual examinan con total curiosidad. Todos sonríen y comentan sobre las fotos de manera entusiasmada.

Carraspeo, llamando la atención. Ellos levantan sus cabezas algo asombrados, sobre todo Carter, quien al verme, una larga y extensa sonrisa

burlona se instala en su estúpido y atractivo rostro. Veo que con una mano sostiene el foto-álbum mientras que en la otra sujeta su teléfono. Mantengo mi rostro inerte tratando de esconder las ganas de destrozarle ese perfecto semblante.

—Creo que es hora de irnos... Carter —digo en monótono—. No me siento bien —finjo una mueca de dolor. Carter le echa una mirada a mi padre y a Wendy, pero luego la regresa a mí y asiente sin apartar la sonrisa.

—De acuerdo, amor —dice, cierra el álbum, y se levanta de la mesa. ¡Alguien que lo detenga con esos estúpidos apodos cariñosos! ¡Ugh! Quiero vomitar.

Carter y yo nos despedimos de papá y Wendy. Veo cómo mi padre le susurra algo en el oído a Carter y él asiente con una sonrisa, luego se estrechan las manos y se despiden. Salimos de la casa. Carter rodea mis hombros con su brazo y yo le sostengo la espalda en una posición comprometedoramente. Bajamos el porche en aquella misma postura y a diez metros de la casa, cerca del auto de Carter, me separo de él con un fuerte empujón que lo lanza a unos tres metros de mí. Lo fulmino a más no poder, pero él no quita aquella sonrisa arrogante que solo me da más ganas de destriparlo entre mis propias manos.

—Si preguntas, no me arrepiento de nada —se adelanta a decir, infalible.

Antes de que se dé cuenta me encuentro demasiado cerca de él. Lo tomo del cuello de su playera con ambas manos y estrujo la suave tela entre mis puños. Me coloco de puntitas para alcanzar su altura y así poder mirarlo directamente a esos estúpidos y llamativos ojos miel. Nuestras narices se rozan, pero aquella sonrisa no se borra.

—Pues haré que te arrepientas —digo en un susurro amenazante. Carter pone los ojos en blanco.

—¡Huy, mira cómo tiemblo! —tambalea su cuerpo a propósito aparentando estar asustado. Yo aprieto aún más mis puños para que se quede quieto.

—Cierra la boca ...

No sé cómo, pero de pronto había perdido control de mi ser. Las matemáticas no habían servido de nada. Comienzo a golpearlo desenfrenadamente. Con mis puños agredo su abdomen y todo su cuerpo. Con mi pie pateo la parte anterior de su pierna y escucho que el suelta un

quejido por lo bajo. Le piso el pie y sigo lanzando puñetazos a su torso, hasta que él se fastidia y me toma de las muñecas salvajemente deteniendo mi agresión contra él. Me inmoviliza con mis brazos y me acerca a él de manera peligrosa y amenazante.

—¡Eres un patán! —suelto enojada.

—No tienes por qué decirme cosas que ya sé, Megan —dice agobiado.

—Te odio.

—Eh... eso también lo sé. ¿Me dices algo que no sepa ya? —parece estar divirtiéndose.

—¡Te mataré! —rujo mientras lucho por zafarme de su agarre y seguir golpeándolo hasta que no despierte más nunca. Él suelta una risa vanidosa y segura.

—Sí, sí, lo que digas. ¿Podrías quedarte quieta? —me lanza una mirada despectiva.

Por el rabillo del ojo puedo ver cómo la puerta de la casa se abre y una figura aparece debajo del umbral. Ninguno de los dos nos giramos a ver, sin embargo, el rostro de Carter se torna espantado.

—Te besaré —dice y antes de que siquiera lo piense une mis labios con los suyos.

Ninguno de los dos se mueve, él ni se inmuta en mover sus labios ni mucho menos yo. Solo nos mantuvimos así durante unos segundos, con los labios sellados. No era un beso, ya que no nos estamos moviendo, solo mantenemos nuestros labios unidos fingiendo un beso. Nos separamos cuando escuchamos un fuerte carraspeo desde la entrada de la casa. Carter se aleja y me deja libre. Gira hacia la persona que está en el porche y finge una sonrisa nerviosa mientras se rasca la nuca.

¡Deténganme, que lo mato!

—Ouh... siento interrumpirlos —escucho cómo la voz de Wendy se acerca hacia nosotros. La miro y ella me da una sonrisa sencilla—. Se te queda esto, linda —se aproxima y deja mi sudadera azul sobre mis brazos. Seguidamente me toma de las mejillas y me besa la frente con sus cálidos labios—. Que tengan buenas noches, chicos —sin más que decir, se da la vuelta y regresa a la casa con total tranquilidad y armonía.

Cuando ella desaparece detrás de la puerta de madera, inmediatamente cambio mi gesto armonioso por uno de total odio el cual aludo al estúpido de Carter Crane. Cuando nota que estoy tratando de degollarlo mentalmente me atribuye una mirada antipática. Alza una ceja y se encoge de hombros.

—Si te preguntas por qué te besé... lo hice por tu bien —se excusa mientras le da la vuelta al auto, ubicándose al costado del piloto.

—¿Mi bien?! —digo mientras dejo salir un bufido seguido de una carcajada.

—Sí, tu bien. ¡Si no te hubiera besado, tu tía se hubiera dado cuenta de que estábamos discutiendo! ¡Y eso no es lo que se supone que debemos aparentar! ¡Deberías agradecerme! —de un fuerte jalón abre la puerta del auto.

—¿Agradecerte?! ¡Debería matarte! —replico desde el otro lado del auto.

—¿Puedes cerrar la boca y subirte al auto, niñata? —suelta de pronto dejándome aturdida.

—¿Perdón? —digo ofendida.

—¿Qué si te puedes subir al auto... cariño? —al decir esa última palabra utiliza un tono de abuela llena de dulzura. Sarcasmo puro.

—Púdrete —subo al auto antes de que él lo haga y cierro la puerta con un fuerte estruendo, lo que causa que el coche vibre.

—Más cuidado —dice cuando ya está a mi lado, en el puesto de conductor.

El camino de regreso fue obviamente incómodo. Yo me encuentro sentada en mi lugar de brazos cruzados mientras frunzo el ceño, para demostrar que estoy enojada. Miro por la ventana y veo pasar un montón de automóviles, cuyos pasajeros tal vez tengan una mejor vida que yo y no tengan ningún vínculo con un idiota llamado Carter Crane. Suspiro exhausta.

—¿Me puedes explicar por qué rayos le dijiste a mi padre que salimos?

Giro hacia él para ver su reacción. Las comisuras de sus labios se elevan en una presuntuosa sonrisa engreída. Sus labios tiemblan durante unos segundos tratando de esconder esa ridícula sonrisa, pero falla y termina soltando una risa.

—Solo quería divertirme un rato, ya sabes —se encoge de hombros mientras tensa sus brazos contra el volante—. Aparte de hacerte la vida un

poquito más difícil de lo que ya es. Lo sé, lo sé, de nada —finge una cara adorable mientras usa su tono sarcástico.

—Oh, ¡pues gracias! —lanzo mis brazos al aire siguiéndole su jueguito «sarcástico»—. ¿Y qué rayos es eso de ser contador? ¿El boliche? ¿En serio?

—Fue lo único que se me ocurrió en ese momento —se justifica—. Aunque eso de ser contador es como un sueño frustrado —admite.

—¿En serio?

—¡No! ¡Claro que no, imbécila! ¿Números? ¡Ugh! Qué asco —realmente no sé si sentirme ofendida por aquel hiriente comentario. Pongo los ojos en blanco.

—Bobo —suelto por lo bajo.

—¿Qué?

—Nada... solo te advierto que la próxima vez que me vuelvas a besar te cortaré las pelotas —estrecho aún más mis brazos sobre mi busto.

—Oh, vamos, admítelo. Sé que te encanta —dice con modestia y orgullo.

—Ugh. Eres desagradable —aparto mi mirada de él y la devuelvo hacia aquel mundo fuera de la ventana.

—Sabes... eras una niña preciosa de pequeña, Meg. Incluso creo que no eras tan rubia a esa edad. ¿Qué rayos te pasó?

—Pues... Tal vez conocí a un tarado llamado Carter Crane que me ha... ¿cómo decirlo?... destruido la vida.

—Eso no tiene sentido.

—Nada de esto tiene sentido, Crane.

Carter abre la boca para decir cualquier otra estupidez, pero antes su teléfono comienza a sonar en medio del silencio. Inmediatamente un ambiente de tensión se instala en el aire. Él comienza a dar manotazos en medio de ambos asientos en busca de su celular, finalmente lo encuentra sobre el portavasos. Él orilla el auto y activa la intermitente para luego contestar. Se lleva el aparato al oído y veo cómo su mano se tensa sobre este.

—¿Hola? —su voz cambia radicalmente a un tono serio. Mientras tanto yo me detengo a observarlo detenidamente a su semblante taciturno. Los siguientes segundos transcurren en total silencio, solo se puede escuchar el leve murmullo de la persona que está hablando del otro lado de la línea.

—¿Qué? Tiene que ser una broma —el rostro de Carter se desencaja en

horror. Noto cómo todo en su faceta se agrava, su piel palidece y sus labios se tornan resecaos gracias a la impresión—. No puede ser —se cubre la boca con la otra mano gracias al asombro.

La curiosidad ha empezado a revolotear dentro de mí. Carter mantiene el celular adherido a su oído durante unos segundos más, pero luego lo deja caer débilmente de su mano. El aparato se estrella contra el asiento y rebota al suelo del automóvil. La línea se mantiene abierta y aún se puede escuchar el sisear de la otra persona. Carter mira hacia el frente estupefacto, su mirada está llena de temor e incertidumbre. No aparta los ojos de la carretera, su expresión demuestra pánico y pavor. Se lleva una mano a la cabeza, pero aquella mano tiembla de una manera irreal.

—¿Carter? ¿Qué rayos sucede? —tomo el valor de preguntarle. Solo de verlo, su angustia se me ha contagiado.

—Piper —musita por lo bajo, determinante.

—¿Piper?

—Sí, Piper. Sufrió un accidente, Meg.

Trago. Por más que la odiara, aquella noticia me ha dejado algo desconcertada.

—Dios santo... ¿Está bien?

—No lo sé. Supongo que no —Carter no despega la mirada del parabrisas.

—¿Cómo que supones?

—Su madre usó la frase «Estado crítico». ¿Qué debo suponer?

Por lo que me dice la poca experiencia que tengo, no debe ser nada bueno.



#LecciónDelDía:

Si vas a fingir ser novia de tu enemigo, procura siempre planear una historia falsa dentro de tu cabeza.

¡Estate siempre preparada!

Los Charles

Capítulo 23

Lo de Piper realmente me tomó por sorpresa. Ella es mi novia. Una novia algo extraña, ya que no la amo como debería. En ocasiones también es una chica odiosa, pero al final de todo es mi novia y me preocupaba lo que le suceda. No tenemos la relación más perfecta del mundo, pero Piper ha estado conmigo en muchos momentos críticos y, aunque suene estúpido y patético, estoy asustado. Me pone mal lo que su madre me ha dicho por teléfono. Piper ha sufrido un accidente automovilístico hace unas cuantas horas. Al parecer, venían de una fiesta, aparte de que obviamente venía conduciendo, también venía borracha y con un teléfono en mano que ha dado como resultado este trágico suceso.

Me encuentro en la sala de espera del hospital *Sharp Memorial*, en el séptimo piso. Meg se encuentra junto a mí en total silencio mientras mira al piso fijamente. Ha estado así durante casi una hora, de vez en cuando levanta el rostro cuando se da cuenta de que la estoy observando por el rabillo del ojo, anonado por su inusual rostro. Tengo que admitir que el rostro de Meg posee un encanto divinamente extraño.

Ya empecé a hablar ridicleces.

Este es uno de los hospitales de mayor rango en toda California y el mejor en todo San Diego. Podría decirse que la madre de Piper es una mujer adinerada, no tanto como mis padres, pero tiene sus fondos. Si yo sufriera un accidente, creo que mis padres me sacarían del país y me mandarían al mejor hospital de toda Rusia, sin exagerar. No digo que eso me guste, en ocasiones es molesto.

Lo único que se puede escuchar en el lugar son los leves sollozos de la señora Hellen Charles. En la sala solo se encuentran unas cuantas personas, la mayoría familiares de Piper —obviamente de la rama materna, ya que Piper carece de padre—, sus abuelos y tíos han viajado desde Los Ángeles para

estar aquí con ella. Me parece impresionante la unión que comparten entre ellos y en parte la envidia. Incluso envidia a la pequeña familia de Meg. Aquella cena me dejó algo celoso de la calidez que hay en el hogar de los Lennon. El trato que se demuestran entre ellos es fascinante. Desearía tener una familia así.

Amo a mis padres, claro. Pero ellos nunca han estado y en parte es como si estuvieran muertos. Marsh y yo no tenemos una relación nieto-abuelo de ensueños. Ni siquiera nos hablamos y creo que soy la mayor vergüenza para él. Mi madre se odia con sus hermanos y mi padre es hijo único. Así que tampoco tengo tíos ni primos con quienes mantener una relación de parentesco. El único abuelo que me queda es Marsh y es algo decepcionante en ocasiones.

Juego con mis dedos y muevo inquietamente mi pierna mientras las peores ideas cruzan por mi cabeza. Siento cómo ella deja caer su suave mano sobre mi hombro, en un gesto de apoyo. Giro con suavidad mi cabeza para mirarla a aquellos multifacéticos ojos verdes que intentan darme ánimos. Ella traza una leve sonrisa en su rostro que logra aliviar el peso de la situación.

—Ella va a estar bien —su tersa voz resuena en medio de mi cráneo y por un momento siento que gracias a esa simple afirmación Piper realmente va a estar bien.

—¿Ya no estás enojada? —digo algo culpable de haberle arruinado la noche y que ahora ella me trate de esta manera.

—Te odio, Carter. Eso está más que claro. Pero... —deja la frase en el aire durante unos segundos— sé que Piper te importa y pues odio verte nervioso, ya que también me pones nerviosa a mí. ¿Podrías dejar la pierna quieta?... Además, no soy tan insensible como tú —su comentario causa que las líneas de mis labios se estiren débiles.

—¿Debería sentirme ofendido?

—Tómalo como quieras —se encoge de hombros.

Los minutos transcurren y mis nervios aumentan cada vez más. Meg acaricia mi espalda con leves toques y masajes en un intento de calmarme, pero después de unos minutos me he hecho inmune a ellos. Comienzo a morder el borde de mis uñas impaciente. *¿Qué clase de tortura es esta?*

Un hombre con una larga bata se aproxima a la sala de espera con un tablón entre sus manos. Lleva una reluciente placa plateada en el lado izquierdo de su pecho, pero a esta distancia no logro divisar las letras que están grabadas en esta.

—¿Familiares de la Srta. Piper Christine Charles? —anuncia el que supongo que es el doctor que está atendiendo a mi novia.

En un instinto me levanto y empiezo a caminar hacia él, pero me detengo de golpe al ver cómo la familia de Piper se amontona alrededor del médico. Son tantos que ni siquiera me dejan escuchar lo que está diciendo. Decido quedarme apartado a la espera de que el doctor termine de hablar. Cuando veo que las personas se empiezan a alejar del doctor, intento seguirlo, pero él se pierde detrás de una de las tantas puertas en el pasillo por donde hace horas se han llevado a Piper. Me acerco a uno de los familiares, creo que es un primo o algo parecido.

—¿Qué dijo? —me cruzo de brazos y le doy una mirada de soslayo.

—Piper está bien. Tiene heridas graves, pero se recuperará. Dice que se despertó hace un par de minutos y esta preguntado por un tal... ¿Girben? ¿Girbian? No lo sé, es un nombre extraño —se encoge de hombros. ¿*Girben*? ¿*Quién rayos es ese*?

Vale, no importa. Lo importante aquí es que Piper está bien y podrá recuperarse. Siento cómo mis músculos comienzan a relajarse. Aquella presión en mi pecho se aminora y siento cómo un fresco alivio recorre mi cuerpo.

—¿Puedo verla? —le pregunto.

—Sí, eso creo. Pero primero ya sabes... familia —dice algo apenado.

—Claro, lo entiendo. Esperaré. Gracias, amigo —digo realmente agradecido y le estrecho la mano para luego regresar a mi puesto en la sala, junto a Meg. Apenas mi trasero toca el asiento, ella comienza a lanzar preguntas.

—¿Piper está bien? ¿Cómo se encuentra? ¿Qué te dijo?

Poso mi mirada sobre ella y la observo durante unos segundos. Su rostro mostraba incertidumbre y algo de preocupación. No sé si está actuando o algo parecido, pero sin duda me encanta verla con esa expresión.

—Sí, está bien —me inclino en mi asiento, algo indiferente. Ahora lo único que quiero es ver a Piper y salir de aquí de una vez por todas con destino a mi cama. Sí, quiero dormir, ya es pasada la medianoche, por lo cual el cansancio ha empezado a afectarme.

...CR...

—Hola —mi voz emerge de manera tímida y retraída dentro de la habitación blanca y deprimente.

Después de varios minutos allá afuera, me dejaron entrar. Meg insistió en quedarse afuera esperándome y apoyé su decisión. Creo que si Piper la ve entrar aquí junto a mí, le daría un infarto y entonces allí sí se nos va. Le echo un largo vistazo a la habitación, pero poso mi mirada sobre la cama donde se encuentra recostada Piper. Me acerco con pasos lentos y con las manos enterradas dentro de mis bolsillos algo... ¿temeroso? Sí, creo que esa es la palabra. Jamás me imaginé ver a Piper en este estado.

Me acerco y me siento sobre un taburete que se encuentra justamente al lado de la camilla de Piper. Tomo un profundo respiro, a la vez que sostengo su débil mano fría entre las mías brindándole mi calor. Esta tiene varios rasguños y golpes que la dejan ver algo frágil. Observo su anatomía como por primera vez. De su torso hacia abajo su cuerpo está cubierto por una manta espléndidamente blanca. Sus brazos quedan excluidos de esta mostrándome cada detalle de los golpes que ha recibido. Se ve demacrada y triste. De verla una mordaz punzada atraviesa mi estómago. Su piel está llena de moretones y golpes. En su brazo izquierdo hay una grave cortada que abarca su extremidad desde el codo hasta su muñeca, pero la herida está cubierta por un par de gasas. Los golpes ascienden hasta llegar a su rostro. Su pómulo derecho se encuentra hinchado, lo que hace que su ojo se retraiga. Su frente muestra rastros de rasguños y el puente de su nariz se ha roto, pero sobre esta y sus labios hay una mascarilla de oxígeno que la ayuda a respirar. Sin embargo, lo que más me llama mi atención son sus dolientes y cristalizados ojos cafés que me dan una mirada chocante. Ella se aparta la mascarilla del rostro y la deja a un lado.

—Viniste —dice con su voz seca y tosca—. Creí que no vendrías —admite y su voz se rompe. La siento decaer—. ¿Por qué demoraste?

—Tu familia es primero —me excuso. Ella suelta un leve jadeo cansado y trata de disimular un gesto de dolor.

—Te necesito, Carter —dice con un hilo de voz y aprieta aún más mi mano. Un escalofrío recorre mi espina dorsal al escucharla decir eso.

Sin embargo, no tengo palabras para responderle. ¿Qué debería decirle exactamente? «¿Yo también?» No, eso sería mentirle. Así que creo que la mejor opción es quedarme callado. Después de unos segundos en silencio, ella vuelve a hablar.

—¿Por qué no dices nada? —usa un tono desconcertante.

—Yo... no sé qué decir.

—Carter, sabes que en estos últimos días me he dado cuenta de que ya no eres el mismo de antes. Ya ni siquiera nos vemos. Antes salíamos más seguido, eras más... tú. Pero ya no sé qué te sucede. Desde que llegó esa rubia...

—Yo no he cambiado, Piper —afirmo con mi voz gruesa y determinante—. Sigo siendo el mismo Carter de siempre, el Carter que siempre seré. No he cambiado y nada lo hará. Mucho menos una rubia insignificante. ¿Entiendes? —aclaro algo enfadado. Ella me da una mirada resentida.

—Vale, no te enojas.

—No estoy enojado.

—Entonces ven y dame un abrazo —Piper se sienta sobre la cama con algunas dificultades. Me da una mirada suplicante y con su labio inferior partido hace un puchero, pero luego suelta un leve quejido.

—Piper, yo no creo que deba...

—Ves. ¡Ya ni siquiera quieres abrazarme!

—No es que no quiera, sino que...

—Ya no eres el mismo conmigo —comienza a sollozar de manera irritante. Incluso enferma no dejaba de ser tan... Piper. Suelto un profundo suspiro y me obligo a colocarme de pie para luego inclinarme sobre ella y rodearla con mis brazos no muy a gusto—. Estuve a punto de morir y ni siquiera te importa que esté viva —dice entre leves sollozos fingidos.

—Claro que me importa —acaricio su espalda en un intento de calmarla.

Siento cómo ella empieza con sus manos a dar leves caricias en mi abdomen. Comienza a ascender poco a poco hasta rodear mi cuello y

entrelazar sus manos en mi nuca. Me obliga a mirarla a aquel rostro algo destruido y por unos segundos siento nauseas al verla. Ella hace una mueca de sufrimiento, pero luego la esconde detrás de una dolorida sonrisa. Se acerca a mi rostro, recuesta su frente en la mía y mientras mira mis labios de manera codiciante. Siento su leve aliento a licor, lo que alimenta cada vez más mis ganas de vomitar. Ella roza con sus labios los míos y en aquel momento me separo de ella de manera brusca con un empujón.

Sacudo mi cuerpo con un leve escalofrío y trato de disimularlo moviéndome el cabello con la mano. Vuelvo a enterrar mis manos en mis bolsillos, desconcertado. Observo el brillante mosaico sin tener el valor de mirarla al rostro.

¿Qué sucede, Carter? ¿Por qué no puedes besar a tu novia? Hace unas horas estabas besando a la chica que más odias.

¡No la estaba besando! ¡Solo fingía!

¡Sí claro! En serio te ha cambiado esa rubia.

¡Agh! ¡Nadie me ha cambiado y menos ella! ¡OK?

Bien, bien. Como digas. A nadie engañas. Ni siquiera a ti mismo.

Dios, me he vuelto loco. ¿Estoy hablando conmigo mismo? ¡Rayos! Esto no está bien.

—Yo... debo irme —hablo tan bajo que ni siquiera yo me pude escuchar correctamente.

—Sí, vete —repite ella mientras se cruza de brazos y mira fuera de la ventana apartando su mirada de mí en un gesto de inconformidad.

—Vendré a visitarte... pronto.

Ella no responde y sigue mirando a través de la ventana con su rostro dolido. Asiento, aunque ella no me esté viendo y me doy la vuelta para salir de aquellas cuatro paredes algo depresivas. Comienzo a caminar por los pasillos igual de blancos que aquella habitación con la cabeza gacha y algo pensativo. Cuando llego noto que la sala de espera está vacía a excepción de una somnolienta rubia. Ella se encuentra acostada sobre las sillas abarcando con el largo de su cuerpo 4 asientos. Sus ojos están cerrados y su rostro pasivo demuestra que está durmiendo con comodidad, aunque parezca imposible. Parte de su cabello rubio cae sobre su rostro y con sus brazos se aferra a su sudadera azul cubriéndose del frío.

Me acerco con pasos lentos a ella mientras ideo una manera de despertarla sin ser tan... yo. Cuando estoy frente a su cuerpo me coloco de cuclillas sobre mis piernas para dejar mi rostro al nivel del de suyo. Con un leve toque aparto el cabello dorado de su cara y lo acomodo detrás de su oreja para liberar su cutis de hebras amarillentas. Suspiro algo cansado y saco mi celular de uno de mis bolsillos.

5% de batería. Genial.

Busco a *La Rubia Odiosa* entre mis contactos. Conseguí su número gracias a Shawn. Tenía planeado hacerle una llamada de broma uno de estos días que estuviera aburrido y los videojuegos no fueran el santo remedio. La llamaría y me divertiría un rato, pero con todo esto que ha sucedido no he tenido tiempo ni de pensar.

Marco su número y me llevo el aparato al oído. En el primer tono el sonido del celular de Meg comienza a sonar en medio del silencio de la sala. La recepcionista nos echa una mirada despectiva por encima de su computador, luego musita algo inentendible y vuelve a lo suyo.

Vértigo

Capítulo 24

Al escuchar el *ringtone*, los ojos de Meg se abren de golpe. Al verme frente a ella da un brinco y se sienta sobre la silla en un solo movimiento, sobresaltada. Me mira durante unos milisegundos con el ceño fruncido para demostrar lo desorientada que está. Luego de examinarme con una rápida mirada, se lleva la mano al bolsillo trasero y extrae su celular, el cual suena impaciente. Mira la pantalla durante unos segundos y veo cómo se profundiza aún más su gesto.

—¿Hola? —dice con la mirada puesta en el techo.

—Hora de despertar, Rapunzel. Hay que irnos.

Sus ojos verdes se posan sobre mí, sus párpados se entrecierran sobre estos lanzándome una mirada fulminante, pero que para mí es graciosa. Sonrío al verla enojada. Creo que uno de mis pasatiempos preferidos es hacer enojar a Meg. Nací para esto. Lo llevo en la sangre.

—Eres un pesado, Crane. Además, ¿esa no se supone que es la Bella Durmiente? —dice con su voz seca y somnolienta sin apartar el teléfono de su oreja. Escucho su voz por el auricular y también en vivo.

—Puede ser, ambas son rubias, pero tú no eres «bella», así que mejor quedémonos con Rapunzel —respondo por el teléfono.

—Esto es ridículo —la escucho musitar por lo bajo y veo cómo me cierra la llamada. El pitido suena en mi celular, lo que me indica que nuestra conversación ha terminado. Ambos guardamos los teléfonos de vuelta en nuestros bolsillos—. ¿No podías despertarme y ya? —reprocha de mal humor.

—¿Cómo? ¿Con un beso? No eres Aurora, Meg.

—No hables babosadas —noto cómo ella pone los ojos en blanco mientras se acomoda la sudadera y se coloca de pie junto a mí. Me lanza una de esas

miradas indiferentes para luego comenzar a caminar. Yo la sigo entre los pasillos.

Al llegar al elevador de este gran edificio Meg se acomoda en una de las esquinas y se acurruca allí. Yo, por otro lado, me recuesto en la esquina opuesta suponiendo que ella necesita su espacio. Apoyo mi cabeza contra el metal y contemplo las deslumbrantes luces en el techo del ascensor. Por el rabillo del ojo veo cómo ella hace lo mismo, solo que cierra los ojos y suelta un vago suspiro cansado.

Bajo la mirada para observar la hora en mi teléfono, que marca las 1:26 de la madrugada. Luego de eso la pantalla se torna oscura, lo que anuncia que el aparato ha muerto. ¡Dios, es demasiado tarde! Si Lupe se entera de que llegamos a esta hora nos matará. No literalmente. Aunque no creo que pueda haber peor regaño que aquella vez que fuimos a la «prisión temporal». Usó su español, así que estaba más que enojada. De seguro esta nos la perdonará.

De pronto todo a nuestro alrededor se vuelve confuso... o mejor dicho, oscuro. Sí, oscuro, las luces se han ido, dejándonos a la intemperie. El elevador comienza a estremecerse débilmente. En un intento de mantenerme en pie coloco ambas manos sobre el metal de la cabina y me aferro a ella. El cubículo comienza a sacudirse y siento mi corazón palpitar cada vez más fuerte. Junto a mí siento cómo manotean contra el metal. No sé si está tanteando o está dándole fuertes golpes a la pared, pero se muestran muy alarmadas. El elevador continúa estremeciéndose durante unos minutos más. ¿Qué está sucediendo?

Trato de regular mi respiración y no entrar en pánico. Mantengo la calma y respiro profundamente hasta que el temblor se detiene. Un silencio escalofriante recorre el edificio entero o tal vez solo sea dentro del elevador. No estoy seguro. La penumbra es inquietante y sobre todo profunda. Siento cómo el pavor recorre mi cuerpo entero haciéndome estremecer. A donde sea que mire todo es oscuridad terrorífica.

Pero aquello no es lo peor. Súbitamente, debajo de mis pies, siento el espacio de la nada. La cabina comienza a caer. Nada nos sostiene. Apego mi cuerpo aún más a la esquina en la que me encuentro, tratando de protegerme de manera inútil. Estoy asustado. Un sonido chirriante y metálico comienza a crujir a los costados del ascensor. Es como si el metal de la cabina rozara el ducto por el cual descendemos, lo que crea aquel insoportable sonido. Junto a

mí escucho a Meg ahogar un grito, pero seguidamente empieza a jadear de una manera preocupante. Es un sentimiento espantoso y sobre todo angustiante. Es aquel mismo sentimiento que experimentas cuando estás en lo más alto de una montaña rusa, en la cima, y luego te caes en picada por los carriles. Aquel sentimiento de que el corazón se te va a salir del pecho y de que tu estómago asciende por tu garganta. Es ese sentimiento de que vas a morir, pero te sientes seguro, porque un inútil cinturón resguarda tu vida. Necesito urgentemente uno de esos en estos instantes.

Creo que aquel sentimiento tiene nombre: *vértigo*. Pero es una clase de vértigo que no deseo que nadie experimente jamás. Para mi sorpresa siento cómo la cabina detiene su caída. Al hacerlo, el elevador se sacude aún más fuerte que antes, lo que causa que caiga al frío piso del cubículo y me golpee la cabeza contra suelo. Fue como si un cable se tensara por encima de nosotros. Un jalón que detuvo nuestro descenso hacia la perdición. Un dolor punzante se instala en mi sien y comienza a pinchar allí con insistencia. Pierdo el conocimiento durante unos segundos, pero rápidamente lo recupero y me siento en medio de la oscuridad. Con mis manos palpo todo a mi alrededor, hasta que encuentro una de las paredes, apoyo mi espalda sobre esta y respiro hondo. Aquella sensación de que colgamos de una cuerda se mantiene. Es como si flotáramos en un espacio predeterminado. Cuando siento que ya nada más puede suceder, escucho su sollozo.

—¿Meg? —digo asustado y escucho cómo mi voz tiembla al salir—. ¿Meg, dónde estás? ¿Estás bien? —suelto temeroso. Me había olvidado de que ella también estaba aquí. Al no obtener respuesta, comienzo a preocuparme aún más—. Meg, responde —suplico y del otro lado del elevador escucho un suave quejido que me coloca los pelos de punta.

Sin antes pensarlo, comienzo a arrastrarme por el piso metálico de la cabina con el propósito de llegar a ella. Sigo el sonido de sus sollozos mientras gateo. A medida que me acerco escucho el ruido de su respiración agitada. Llego al otro lado del elevador, donde me encuentro con una pared igual de sólida que la anterior, pero con la diferencia de que los sollozos se encuentran aún más cerca de mí. A mi costado siento que emana calidez de un cuerpo y, para confirmarlo, estiro mis brazos y acaricio su fría y sudorosa piel que, bajo mi toque, se estremece de una manera inexplicable.

—¿Qué sucede, Meg? —me acerco aún más ella.

—Yo... yo... —musita—. ¡Esto es horrible! ¡Moriremos encerrados aquí! —grita alterada—. ¡Ayudaaa! —vocifera desgarradoramente, lo que causa que se sobresalte de una manera poco común. El eco de su voz resuena por el ducto del elevador. Comienza a darle golpes a la pared, desenfrenada—. ¡Sáquenme de aquí! ¡Se lo suplico! ¡Ayuda! —no para de gritar y durante unos segundos considero que la persona que está junto a mí no es Meg. Jamás la había visto tan... fuera de control.

—Tranquilízate, de seguro alguien vendrá a sacarnos pronto, Lennon.

Silencio.

—¿Que me tranquilice? ¡Esto es horrible! ¡Ayudaaa!

—¿Puedes dejar de gritar? Necesitamos llamar a alguien. Mi teléfono está muerto. ¿Tienes el tuyo? —trato de usar la voz más pasiva que tengo. Si entro en pánico al igual que ella, estaremos perdidos. Tengo que mantener la calma.

—¿Mi teléfono? Claro —escucho en medio de la oscuridad cómo ella busca desesperada.

Después de unos segundos lo veo. Un rayo de luz, leve, opaco, pero es luz. Proviene del celular de Megan. La claridad se refleja en el rostro de ella y por primera vez me sorprende de verla al rostro. Su cara está bañada en su sudor, creo que es mejor decir una mezcla entre lágrimas y sudor. De cada poro una gota emana, es asqueroso y al mismo tiempo espeluznante. Los mechones de cabello se pegotean a sus mejillas y su piel pálida demuestra lo asustada que está.

Ella sostiene el teléfono entre sus manos temblorosas mientras tipea sobre la pantalla. Después de unos segundos noto cómo ella rompe en llanto nuevamente. Sus hombros se sacuden con espasmos y más gotas comienzan a caer de sus ojos.

—¿Qué pasa?

—No hay señal... ¡No hay señal! —vuelve a golpear la pared.

—Vaya... eso no suena bien.

—¡AGH!

Veo cómo ella lanza nuestra única fuente de luz hacia el otro lado del elevador, este se estrella contra el muro de metal y deja de, por así decir, «darnos luz». Escucho cómo cae al piso destrozado. La oscuridad vuelve a

apoderarse de todo. ¡Esta chica está mal! ¡Acaba de destruir su celular porque no hay una bendita señal! ¡Alguien que me devuelva a Meg Lennon!

—Carter... —sentencia de una manera dramática. Su respiración se vuelve más agitada que antes. Inspira de manera forzosa y frustrada.

—¿Qué?

—Me falta... el... aire. No puedo... respirar —dice entrecortadamente—. Me estoy ahogando —tose. Me llevo una mano a la frente sin saber qué hacer. ¿Estaba hablando en serio? ¡Claro que está hablando en serio! ¿Qué hago? ¡¿Qué hago?! ¡Piensa, Carter!

—A ver, ven acá.

Me acerco lo más que puedo a su cuerpo y la rodeo con cuidado con mis brazos en un acto protector. Paso una de mis extremidades superiores por su hombro y acaricio su brazo en un intento de tranquilizarla. Cuando lo hago siento cómo su camisa está empapada en sudor, pero no le tomo importancia. Su cuerpo se sacude con contracciones leves mientras ella intenta respirar. ¿Acaso es claustrofóbica? No lo sé, pero estoy seguro de que esto no le sucede a cualquiera. Ella ha llegado a un nivel de pánico incomparable. Al sentirla tan cerca de mi cuerpo noto que ella se ha colocado en una posición fetal. Abraza sus piernas mientras se sacude rítmicamente de adelante hacia atrás, pero se detiene al sentirme. Busco sus manos y las encuentro sobre sus rodillas. Las tomo entre las mías, están sudorosas y frías al igual que el resto de su cuerpo. Ella cede y se aferra a ellas, clava sus uñas sobre el lomo de mi mano.

—Vale, ahora escúchame bien, Meg. Tranquilízate, todo va a estar bien. No moriremos o por lo menos no permitiré que eso suceda. Pronto vendrán a sacarnos de aquí y estaremos fuera. Cierra los ojos y respira profundo —obedece—. Yo estoy aquí y nada va a suceder. Los bomberos ya deben venir en camino, solo resiste un poco. ¿Puedes? Sé que eres una chica valiente y saldremos de esta. Nada va a pasar. Inhala, exhala...

Siento cómo ella respira al mismo tiempo que se lo indico. Poco a poco su cuerpo se va relajando, sus músculos se aflojan y su respiración logra regularse. La presión de sus uñas contra mis manos se debilita y ahora simplemente las aprieta asegurándose de que no la suelte.

—¿Mejor? —le pregunto y percibo cómo ella asiente ligeramente.

Deja caer su cabeza sobre mi pecho mientras se acurruca allí como un polluelo. Yo permito que lo haga por alguna extraña razón. Lo único que no quiero en este momento es separarme de ella. La atraigo aún más a mí y apoyo mi mentón sobre la coronilla de su cabeza. Noto que su cabello está húmedo, pero no la culpo. Ella respira sobre mi pecho de manera normal y agradezco por ello. Creo que no sería capaz de soportar a la Meg «paranoica» ni un segundo más. Acaricio su mojado cabello con mis manos mientras siseo suavemente en su oído para que se tranquilice. Después de un rato doy por hecho de que Meg se ha dormido, de vez en cuando se estremece sin razón y lo único que hago es apegarla más a mí.

Una picazón se instala en mi estómago. No estoy seguro de si es hambre, angustia, miedo u otro sentimiento extraño. Lo único que quiero es salir de aquí y estar a salvo. Quién sabe si esa sogá de la cual pendemos se rompe y la profecía de Meg se hace realidad.

Deja de pensar tonterías, Carter. Escucho la voz de la Meg lógica y razonable dentro de mi mente y aparto todos aquellos pensamientos para concentrarme en la calidez del cuerpo que descansa sobre mí. Los minutos pasan, al igual que las horas. He dormido en pequeños lapsos de tiempo. Pero al parecer Meg no tiene intenciones de despertar y por unos segundos deseo ser ella y dormir de la manera tan pacífica en que lo hace. Ya deben ser alrededor de las tres de la mañana calculando. Estoy cansado, desesperado, asustado y sobre todo ansioso de salir de aquí.

Ayuda.

Aquellas eran las tres únicas sílabas que repetía en mi mente una y otra vez, pero que tengo temor de dejar salir de mi boca por no querer despertar a Meg.

Meg.

No quiero pensar en ella ni en la situación en la que nos encontramos. Jamás me hubiera imaginado estar en una escena como esta con... ella. Pero dicen que las cosas suceden por una razón. Pero no estoy seguro de cuál «razón» es esa. Suspiro. El tiempo sigue transcurriendo y la idea de que ella y yo vamos a morir encerrados aquí se profundiza cada vez más en mi mente.

Pero luego sucede. Un rayo de luz atraviesa la cabina. No estoy seguro de si es real o estoy delirando. Pero más que nada una semilla de esperanza se instala en mi alma. Giro la cabeza y veo que las puertas del elevador se han abierto y que de allí proviene la luz. Por la entrada aparece la figura

distorsionada de un hombre algo fornido y que lleva un pesado uniforme. Mis ojos no logran enfocarlo bien gracias al cansancio y la fatiga que hay dentro de mi cuerpo. Pero su figura haciendo contraste contra la deslumbrante luz es inconfundible.

—¿Están bien, chicos? —escucho su voz gruesa y rasposa que hace eco dentro de la cabina. Asiento sin fuerzas.

—Eso creo —mi voz sale débil.

—De acuerdo, los sacaremos de aquí. ¿Listos?

Creo que el alivio que se alojó dentro de mí jamás seré capaz de expresarlo.

—Sí, eso creo.



#LecciónDelDía:

Si eres atlético y de buen físico, toma las escaleras
y no seas un vago como la mayoría de nosotros.
A menos que en otro caso te quieras quedar encerrado
en un ascensor con un chico como Carter.

Una familia de latinos

Capítulo 25

Vale, seré breve.

Lo que sucedió aquella noche en el ascensor fue algo... extraño. Empezando por decir que no recuerdo casi nada de lo sucedido y cuando me refiero a «casi nada» quiero decir «nada».

Lo único que recuerdo es haber despertado en la sala de un hospital algo sudada y cansada. También recuerdo algunos lapsos de momentos, por ejemplo, uno en el que me encontraba gritando y pegándole a una pared. Eran pequeños flashes que llegaban a mi memoria, pero nada más. Cuando desperté, lo primero que vi fue a un doctor que se encontraba frente a mí. Y, para mi sorpresa, Carter estaba detrás de él con el rostro algo angustiado y fatigado. El médico me dijo, después de habernos quedados encerrados en el ascensor, que sufrí una clase de colapso breve. Según él, en aquel momento entré en un estado de pánico inexplicable, lo que causó que mi cuerpo tuviera una reacción nerviosa frente a la situación y se negaba a aceptarla, o por lo menos eso fue lo único que logré entenderle entre tantos términos sofisticados. Estaba demasiado cansada como para escuchar a aquel señor.

Por otro lado, cuando Carter y yo decidimos preguntar cuál había sido la causa de aquel horrible accidente en el elevador, uno de los bomberos que nos rescató nos explicó que fue una de las pocas consecuencias de un leve sismo. El bombero nos comentó que en aquel instante en el que Carter y yo estábamos en el elevador, California estaba sufriendo un sismo que trajo unas cuantas repercusiones. En California es típico que se den esta clase de fenómenos, no tan frecuentes, pero suceden. Solo que Carter y yo estábamos en el lugar equivocado y en el momento equivocado o en el lugar correcto y en el momento correcto.

Nunca había sufrido esta clase de ataques misteriosos que me dejaban con un leve grado de amnesia. Recuerdo haber entrado en el ascensor y que de

pronto las luces se apagaron. Desde allí no recuerdo más nada hasta haber despertado en el hospital. Es raro, pero mejor creamos la versión lógica del doctor. Aquella noche Lupe por poco y nos mata. Tuvimos que explicarle todo lo sucedido, al principio nos etiquetó como mentirosos, pero luego de unos minutos ella comprendió y creo que también ayudó el hecho de que nos viéramos totalmente asquerosos, sudorosos y creo que algo apestosos.

Ya han pasado un par de días desde aquel acontecimiento horrible y extraño. Nuestras vidas no han cambiado como sucedería en una película de Hollywood. Yo sigo atendiendo a Marshall como se supone que debo hacer y Carter sigue con su adicción a los videojuegos, como es de esperarse. En estos momentos me encuentro en el salón principal con Marshall. No, no estamos viendo *Acumuladores*. Marsh me tiene harta con ese programa, así que le propuse que viéramos uno que a mí me gustara. Él me cedió el control remoto de mala gana y yo comencé a bajar a través de los canales hasta llegar a FOX, donde estaban pasando *Scream Queens*. No era mi serie favorita, aunque considero que la trama es muy buena y pues de vez en cuando la veo. Nos quedamos en silencio concentrados en el episodio, o por lo menos yo. No parpadeo ni un segundo tratando de memorizar las actitudes de cada Chanel, hasta que Marsh irrumpe en mis pensamientos.

—¿Qué rayos es eso de Capa Capa Tauro? —suelta, por alguna razón ofendido mientras entrecierra los ojos y observa a las mujeres en la pantalla. Suspiro y ruedo los ojos.

—Es Kappa Kappa Tau, Marsh —corrijo y él me mira como si le hubiera hablado en otro idioma.

—Deja de hablar babosadas y pon acumuladores —reniega él enojado mientras se estira en su asiento tratando de arrebatarme el control remoto. Estoy por contraatacar a su insulto cuando de pronto escucho el llamado de Lupe.

—¡Meg! ¡Carter! ¡Vengan! —grita con su muy marcado acento latino. Solo se le notaba aquel simpático acento cuando había estado hablando en español.

Le lanzo el control remoto a Marsh, el cual cae sobre su regazo. Él me da una mirada ganadora al mismo tiempo que me muestra su lengua en un gesto de burla. Yo lo fulmino para luego empezar a caminar lejos, tratando de seguir la voz de Lupe la que parece haber provenido del recibidor. Cuando llego compruebo que mi teoría es cierta. Ella se encuentra a los pies de las

escaleras en el recibidor. Se ve algo agitada y nerviosa. Lleva su típico uniforme de mucama, solo que este está un poco más sucio que otras veces.

Me acerco y al mismo tiempo que lo hago escucho unos pies correr en el segunda planta provocando que alce mi mirada. Carter se asoma desde el balcón interno de la mansión, se apoya contra la baranda y nos muestra su inútil rostro.

—¿Qué sucede? —dice desubicado y confuso.

—¿Puedes bajar? —le pide Lupe.

—¿Estamos en problemas? ¡¿Qué rayos hiciste, Meg?! —no pierde ni un segundo para empezar a culparme.

—¿Yo? De seguro fuiste tú, inepto —digo en mi defensa.

—Ya, ya. No discutan chicos, no están en problemas. Carter, hazme un favor y baja —dice Lupe mientras suelta un fuerte suspiro cansado.

—Voy —él baja los peldaños de dos en dos hasta llegar a nuestro nivel y plantarse frente a nosotras. Se cruza de brazos y se recuesta en la baranda de la escalera— ¿Qué sucede?

Lupe se acomoda su uniforme y se endereza en una posición formal, pero que al mismo tiempo demuestra lo estresada y nerviosa que está.

—Bien, chicos, quiero que me escuchen —noto como toma aire—. Mi hermana vendrá con su familia desde Cartagena, Colombia. Ella quiere mudarse acá a San Diego, pero aún no encuentra una casa económica en donde vivir. Por lo tanto, le he pedido ayuda a tus padres, Carter. Ellos me han dado el permiso de alojar a mi hermana y a su familia aquí durante un tiempo hasta que encuentren una casa propia. No estarán más de una semana. Son personas... muy buenas, se los aseguro. Llegarán en un par de horas, el vuelo ya aterrizó, así que deben venir en camino. Es solo para informarles eso. ¿Está bien?

—De seguro, por mí no hay problema —me encojo de hombros sonriente. Tengo curiosidad por conocer a la familia de Lupe.

—¡Bah!... ya que. Después de que no sean más rubios insoportables y que no se metan en mi vida, todo está más que perfecto para mí —Carter recorre con su mirada juiciosa todo mi cuerpo de arriba abajo, provocándome.

—¡¿Qué insinúas?! —me giro hacia él, fulminante.

—Nada, solo digo que no soportaría ver más gente como tú.

—¿Más gente como yo? —bufo.

—Sí, más gente como tú. Eres insoportable, ¿sabías?

—Huy, mira quién lo dice. ¿Alguna vez intentaste comer maquillaje?

—¿Maquillaje? No, qué asco.

—Pues deberías intentar, a ver si así puedes ser alguien más lindo por dentro. Aunque lo veo muy difícil, pero dicen que nada es imposible, ¿no?

—Tú eres imposible, Megan.

—¡Ya basta! ¡Cierren la boca ambos! —explota Lupe haciéndonos sobresaltar—. No quiero que discutan frente a mi familia, ¿entienden? Si no, creerán que son un par de... cínicos.

—Ella es la cínica —dice e instintivamente le doy un fuerte golpe en el hombro— ¡Auch! Vaya que eres salvaje.

—¿Disculpa? Después de todo yo no soy la que parezco descendiente de Tarzán.

—¿Estás insinuando que soy familia de Tarzán?

—Tú lo has dicho.

Lupe suelta un fuerte resoplido, lo que causa que sus labios vuelen en direcciones opuestas, parecido a un caballo.

—Ustedes dos... son un caso perdido —dice y se da la vuelta ignorándonos.

...CR...

Después de unos minutos de espera, el timbre angelical recorre la casa anunciando la llegada de los García Rodríguez. Inmediatamente escucho cómo Lupe corre al recibidor. Yo me levanto del sofá y apago el televisor. Regresé para terminar de ver el capítulo de *Scream Queens*, ya que Marshall se quedó dormido por arte de magia y tenía el televisor disponible.

Comienzo a caminar de vuelta al recibidor. Lupe nos ha pedido que le diéramos la bienvenida a su familia conjuntamente con ella y no pudimos negarnos. Bueno, Carter se negó, pero al final tiene que hacerlo. Cuando llego, noto que Lupe se ha cambiado de ropa haciéndose ver más limpia y radiante. Carter se encuentra apoyado sobre la baranda de la escalera, como siempre, cruza las piernas al mismo tiempo que teclea sobre su celular. Por alguna razón yo perdí el mío, no lo encuentro por ningún lado y ya lo doy por

extraviado. Tendré que comprar uno pronto para poder hablar con papá y Wendy.

Me coloco junto a él y me cruzo de brazos mientras observo cómo Lupe abre la puerta a sus invitados. Le doy un codazo para que deje el aparato a un lado. Eso es de mala educación. Él me da una mirada de soslayo y, sin importarle, sigue tecleando sobre el celular. Ruedo los ojos cuando me veo obligada a usar la fuerza, me giro y con un rápido movimiento coordinado le quito el teléfono de las manos. Él alza su vista hacia mí y me mira enfurecido.

—¡Dame eso acá!

Da un paso hacia adelante, pero yo impido que se aproxime extendiendo mi brazo y colocando mi mano sobre su abdomen, evitando que se acerque a mí. Observo la pantalla del celular y veo los gráficos de un famoso y adictivo juego.

—¿Es en serio? ¿Clash of Clans?

—Soy adicto, ¿OK? —admite mientras aparta mi brazo y se acerca a mí con intenciones de quitarme el celular— ¡Rayos! ¡Dámelo, Meg! ¡La tropa de los Valkies Valkyrie me está atacando, debo conseguir más Gemmie Gems y luego ir al Clan Castle! ¡No puedes hacerme esto! —grita frustrado.

Él rodea mi cuerpo intentando arrebatarme el aparato, extiende sus brazos y da manotazos en el aire, pero yo soy más ágil, así que estiro la extremidad donde sostengo el celular y lo esquivo. Creo que básicamente hemos empezado una miniguerra en medio del recibidor. En un intento de alejarlo le pisoteo el pie, pero rápidamente él ataca y me hala un mechón de cabello, lo que hace que mi cráneo arda.

—¡Eres un friki! —le muerdo el brazo y él se queja.

—¡Auch! ¿Puedes controlarte?

—Suéltame —protesto mientras forcejeo contra su fuerza que cada vez se vuelve más potente, lo que me deja sin aire en los pulmones.

—¡Lo haré cuando me des mi teléfono!

Estoy por atacar una vez más de manera verbal, pero antes un fuerte y estruendoso carraspeo se hace notar en medio del recibidor. Al escucharlo Carter y yo nos detenemos para girar nuestras cabezas hacia la numerosa familia que se encuentra frente a nosotros. En medio de ellos se encuentra

Lupe fulminándonos con su oscura mirada, al mismo tiempo que cruza los brazos sobre su busto. Carter y yo nos separamos, yo le devuelvo el celular y él suelta mi cabello. Poso la mirada sobre el piso de mármol, apenada. Debería agregar este momento a la lista de *momentos incómodos* que he vivido a lo largo de mi vida.

Yergo mi espalda para recuperar la compostura, me acomodo la camiseta que llevo puesta y coloco los mechones rebeldes que se han desparramado por todo mi rostro después de aquella pelea detrás de mi oreja. Carter se arregla el cabello, se sacude los *jeans* y guarda el celular en su bolsillo trasero. Parecemos dos niños pequeños siendo reprendidos por su maestra en el jardín de niños. Esto es vergonzoso.

—Chicos —dice con una voz pacífica y tersa, lo cual no me esperaba—, quiero presentarles a mi hermana y a su familia —habla de manera tranquila. Parece estar ignorando nuestra anterior escena.

—Ella es Martina, mi hermana —se acerca a una mujer guapa, era muy parecida a Lupe y por un momento consideré que fueran gemelas, pero luego noto algunas diferencias—. Él es Andrés, su esposo, y estos son mis sobrinos —señala a un grupo de niños frente a nosotros.

Por suerte ninguno de ellos es rubio y agradezco por eso. No puedo permitir que Carter dejara salir su monstruo con alguna de estas criaturas. Con su dedo índice señala a cada uno mientras los presenta.

—Él es Tony, tiene dos años; Gina tiene nueve años, Sandra tiene trece y Roger tiene quince. Martina y Andrés no hablan inglés, pero los niños sí.

—¿No hablan inglés? —dice Carter fascinado.

—No. Así que si quieren decirle algo a Martina o a Andrés pueden decírselo a uno de los niños para que se lo traduzca.

De pronto Lupe comienza a hablar en español dirigiéndose a sus familiares —*Familia, ellos son Carter y Meg. Él es el hijo de los dueños de la casa y ella es la cuidadora del anciano, trabaja para los Crane.*

Nos señala con su dedo índice y la familia asiente con la cabeza. Quedo encantada al escuchar la fluidez y la voz de Lupe al hablar en español. No entiendo ni una pizca de lo que está diciendo, pero es fascinante. Desearía poder hablar de esa manera. Platican en otro dialecto totalmente diferente al nuestro, se escuchaba tranquilo y firme y sobre todo me encanta cuando

pronunciaban la *r*. Le doy una mirada a Carter a ver si entiende algo de lo que dicen, pero rápidamente se encoge de hombros. *¡Ja!, sí, claro, Carter sabe hablar español, qué gracioso.* Más bien parece estar perturbado al escucharlos hablar. Mientras tanto yo me tomo unos segundos para examinarlos individualmente.

Andrés llevaba un bigote muy gracioso y es alto. Más que Martina y Lupe. Tony es un niño muy simpático, tiene unos ojos muy risueños y unas mejillas encantadoras. Gina tiene los ojos profundamente oscuros e inspiran temor, pero su amplia y reluciente sonrisa demuestra lo contrario. Es la réplica femenina de Tony. Sandra trae el cabello hasta los hombros y lo más espectacular de todo es el embrollo de rizos color azabache que trae sobre su cabeza. Cuánto desearía tener unos rizos así. Además, aquel lunar en su mejilla le daba un toque muy lindo. Por último, Roger es un chico muy encantador. Tiene un perfil de ganador y unos pequeños hoyuelos muy inquietos, y cuando digo «inquietos» me refiero a que con cualquier movimiento que haga con la mandíbula estos no pierden oportunidad para hacerse notar. Me pregunto cómo serán cuando sonría. Pero finalmente algo que comparten todos es que tienen una tonalidad de piel bronceada. Los envidio. Me veía totalmente paliducha junto ellos. San Diego tiene playas, debería ir a broncearme un día. Después de un rato Lupe los lleva a sus habitaciones y hace que se acomoden.

...CR...

Ya los García llevaban tres días aquí. Martina y Andrés de vez en cuando tienen discusiones fuertes en español. Se gritan cosas en un tono muy alto y repelente. Podrías escucharlos por toda la casa y agradecí no entenderles. No quiero saber ni las barbaridades que se deben estar diciendo.

Los niños se comportan de maravilla con sus padres y de vez en cuando los he cachado observándonos. Sí, hablo en plural. A Carter también lo acosan. Es extraño y divertido al mismo tiempo, ya que me siento espiada. Pero jamás hemos cruzado palabras, aunque ellos hablen inglés. Creo que están cohibidos o asustados por alguna razón.

Pero lo más gracioso que me he visto durante estos días fue a Carter tratando de hablar español con el señor Andrés. Estaban en la cocina y Carter

estaba diciendo incoherencias sobre la comida o algo así.

—*Esto... ser... refresco. ¿Verdad?* —dijo de la manera más tonta posible mientras sostenía una bebida entre sus manos.

—*Sí, niño. Sí es una bendito refresco.*

—*¿Qué? Por favor, no hablar... rápido.*

—*Pendejo* —dijo el señor Andrés mientras esquivaba a Carter y salía de la cocina algo frustrado. No entendí nada de lo que decía, pero era gracioso ver sus gestos de fastidio ante el inminente intento de Carter al hablar español.

Hace unos cuantos minutos Lupe, Martina y Andrés salieron. Lupe me explicó que les iba a dar un recorrido corto por San Diego y que pronto regresarían. También nos pidió el favor a mí y a Carter de que cuidáramos a los niños. Carter protestó al principio, pero después no le quedó otra opción que aceptar. Yo acepté con gusto, si podía cuidar a un abuelo... ¿Qué tan difícil podría ser cuidar a cuatro niños?

Además, esta sería una buena oportunidad para socializar con ellos. Estoy emocionada por conocerlos. Me encuentro sentada en el salón principal junto a Carter. Los niños están frente a nosotros. Son niños, esto debe ser fácil.

Niños irresponsables

Capítulo 26

—Vale. Sus padres han salido durante un rato, mientras tanto él y yo estaremos a cargo —señalo a Carter, quien está concentrado en su celular ignorando la realidad—. Si quieren, podemos conocernos. ¿No creen?

—¡Sí! ¡Nivel diez! —exclama el tonto a mi lado mientras lanza sus brazos al aire en un ademán de victoria.

—¿A qué juegas? —le pregunta Roger.

—Clash of Clans —contesta de manera robótica sin prestar atención.

—¡Eso es genial! —dice emocionado. Se levanta del sofá y camina hacia nuestra dirección. Antes de que me dé cuenta se encuentra sentado entre nosotros dos con la mirada clavada en el celular. Se ve anonadado. Vale, Roger se queda con Carter.

—*¡Quiero hacer pis!* —grita Tony en español.

—¿Qué dijo? —cuestiono asustada.

—Dice que quiere orinar —traduce Sandra de manera indiferente—. Tony aún no sabe hablar inglés.

—¿Por qué?

—¿Por qué solo tiene dos años? —su tono está lleno de sarcasmo.

—Ah... OK. ¿Alguien más quiere ir al baño?

—Yo tengo nueve, sé ir al baño sola —presume Gina con simpatía e inocencia. Noto que ella lleva una mochila rosa sobre los hombros. Siempre andaba con esa mochila encima. Me pregunto qué tendría dentro.

—Vaya... felicidades. ¿Quieres acompañarme a llevar a tu hermano al baño, Gina?

—De seguro.

—¿Sandra? —le propongo esta vez a ella.

—Suena muy tentadora tu propuesta, rubia. Pero... prefiero quedarme aquí

—me da una sonrisa llena de ironía. Esta chica parece ser un tanto agresiva. No es muy amigable que digamos.

—De acuerdo. Vamos, niños —digo mientras tomo a Gina y a Tony de sus pequeñas manos.

Los llevo a uno de los baños que están en la planta baja. Fue algo vergonzoso ya que jamás había llevado a un niño pequeño al baño; fue sencillo, pero incómodo. Cuando Tony terminó de hacer sus necesidades soltó un leve «Ahhh» que me hizo reír. Gina entró con nosotros al baño, está a mis espaldas observando. Sus ojos demuestran que es una niña curiosa.

—*Qué casa más bacana, ¿no Tony? Huy, y este baño es el triple del nuestro* —escucho su lindo acento que me toma por sorpresa.

—*Sí, ta' bonita* —le responde el niño en español.

—¿De qué hablan? —pregunto curiosa mientras le subo los pantalones a Tony después de haberlo limpiado.

—Que la casa está muy linda, es bastante grande —suena sincera y le creo. Cuando hablan en español en ocasiones tengo esa sensación que comentan algo malo sobre mí, pero estos dos niños parecen estar diciendo la verdad.

Después de que Gina también fuera al baño los llevé a mi habitación a jugar. En el camino también me encontré a Sandra y la invité a pasar. Hizo un par de muecas desagradables, pero finalmente aceptó. Cuando llegamos los hice pasar con total cordialidad.

—Acomódense donde quieran —escucho cómo Sandra ahoga un grito a mi lado.

—¡Oh por Dios! ¡¿Esa es una *Notebook*?! — dice mientras se abalanza al pequeño escritorio donde tengo mi laptop personal.

—Sí, eso creo —digo algo extrañada al ver su emoción.

Veo cómo ella corre hacia el portátil, toma una silla y se sienta frente a ella. La acaricia unos segundos con una expresión de *No puedo creerlo*. Tiene esa expresión que suelen tener los mafiosos en las películas a la hora de encontrar un preciado maletín que contiene millones de dólares dentro de él. De esa manera Sandra mira mi laptop.

—¿Puedo usarla? —gira para mirarme con una mirada suplicante.

—Por supuesto —digo y me siento en el sofá a observarla. La escucho suspirar.

—Siempre he deseado tener una de estas. Pero mi mamá no me deja porque dice que es una gran distracción y esas babosadas —rueda los ojos en un gesto de fastidio. Luego, sin más espera, la abre y sus dedos comienzan a volar por el teclado creando aquel suave repiqueteo mientras navega.

Cuando giro veo que los niños se han acomodado. Tony está sobre mi cama, no sé cómo, pero ha conseguido lápiz y papel. Son los materiales que uso a la hora de desahogarme con las matemáticas. Tengo una decena de ellos. Él dibuja muy enfocado, haciendo una tierna mueca. Presiona el borde de su lengua entre sus pequeños labios húmedos en una expresión concentrada mientras traza garabatos sobre el papel. De pronto deja salir unas rápidas palabras en español.

—¿Qué dice?

—Dice que si tienes lápices de colores —traduce Gina.

—Lo siento, no tengo.

Ella le traduce y el niño hace un leve puchero, pero continúa dibujando.

Gina se acomoda sobre un puf e inesperadamente se saca la mochila rosa de la espalda. Para mi sorpresa, ella comienza a extraer cubos de rubik y rompecabezas clásicos de la maleta. Frunzo el ceño sin entender. Al final tiene como resultado más de once cubos de rubik de todas las formas habidas y por haber, y cuatro cajas de rompecabezas sobre paisajes y países.

—¿Que haces? —le pregunto.

—Juego —se encoge de hombros mientras toma un cubo y comienza a armarlo.

—Gina es una niña rara —comienza a hablar su hermana sin apartar la mirada de la laptop ni mucho menos dejar de teclear—. Es la más inteligente de su colegio y le encantan las cosas educativas y constructivas. Su lema es: «Ampliar mi coeficiente intelectual es lo más importante» —la imita con una voz chillona—. Le gusta aprender y todo en rollo. Ouh, por cierto, además de hablar inglés, sabe francés y coreano —me sorprendo al escuchar su declaración.

—Cállate, Sandra —se queja Gina, mientras examina su cubo—. Mira, yo solo creo que la sociedad actual está muy desinteresada en lo que es el conocimiento. No saben la capacidad y el poder que tienen sus mentes, son

ignorantes ante ello y yo no pienso desaprovechar esa oportunidad —se defiende de una manera muy... sabia.

Jamás había conocido a una niña de nueve años que pensara de esta manera. Yo a esa edad solo pensaba en *cupcakes* y en el chico de la televisión que me gustaba. Creo que deberíamos llenar este planeta con muchos niños como Gina a ver si esta humanidad puede llegar a ser algo mejor.

—¿Puedo hacerte una pregunta, rubia? —dice Sandra girándose sobre la silla para mirarme.

—Me llamo Meg.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Meg?

—Vale.

—Tú y ese chico... ya sabes... ¿Carlos?

—¿Carter?

—¡Carter! ¡Sí! ¿Ustedes son novios?

—¿Novios? —bufo. ¡¿Por qué todo el mundo cree eso?!—. Claro que no, pff. ¿Qué te hace pensar eso?

—Hacen linda pareja —admite Gina. Me río nerviosa.

—No digas tonterías —ruedo los ojos y vuelvo a bufar—. ¿Por qué la pregunta, Sandra?

—No lo sé. Tenía curiosidad y ustedes... bah, olvídale.

—¡No, dime! —le ruego.

—Bueno, ustedes parecían novios —hace una mueca tímida—, y pues él... es un chico muy lindo —sus mejillas se tornan coloradas a la vez que se acomoda uno de sus rizos detrás de la oreja.

Mi sonrisa se borra transformándose en una mueca alarmada. ¿Qué dijo? ¡Ay no! ¡Ay no! ¿A Sandra le gusta Carter? ¡Esto está mal! ¡Pobre niña! ¡No! ¡No sabe el monstruo que es ese tipo! ¡Debo hacer algo! ¿Pero qué?

—¿Estás bien, rub... Meg? —dice Sandra examinando mi rostro con preocupación—. Estás pálida.

—Estoy bien. ¿Acaso dijiste que Carter es... lindo?

OK, Carter es más que lindo. Es imposible negarlo. Es atractivo y seductor, tiene aquellos ojos miel, su suave cabello castaño, sus pecas, su mirada, su sonrisa... ¡Alto allí, Meg! ¡Basta!

—Sí, es muy guapo —asiente animada.

—¿Y te gusta?

Ella asiente.

—Vale, entiendo, pero Carter... —busco las palabras indicadas para contarle el tipo de persona que es él, pero al ver aquel brillo en sus ojos y su amplia sonrisa decidí que no podía arruinarle aquella ilusión.

—¿Carter qué?

—¿No es muy grande para ti? —cuestiono.

—Tengo trece, ya estoy grande —presume.

—Lo sé, pero él tiene diecinueve.

—¿Y?

—¿Exactamente qué es lo que quieres? —rasco mi nuca estresada.

—No lo sé —dice mientras se enrolla un rizo en el dedo índice—. Puedes contarme sobre algo que le guste —se encoge de hombros—. Algo que le atraiga —dice de manera pícara.

Y de pronto allí estaba. ¡La idea perfecta! *Santa caca, Megan, eres una genio. ¿Cómo no se te ocurrió antes?*

Una sonrisa malévola y perversa se traza en mis labios. Me acomodo sobre el sofá, yergo mi espalda y cruzo mis piernas haciéndome notar interesante mientras me doy leve golpecitos con el dedo índice en la barbilla fingiendo estar pensando. Ella me mira emocionada a la expectativa de lo que voy a decir.

—Sabes... Carter tiene familia mexicana —digo en un tono cautivador y enigmático. Aquello era una gran mentira. Carter y apenas podía decir un frase en español correctamente—. Y pues le encanta el picante. O sea, todo lo que come es picante. Le encanta que su boca arda. Come desde chile habanero hasta chiltepín. ¡Lo adora! —y vendo aquella historia de Carter de la manera más convincente.

—¿Tiene familia latina? Este es mi chico... —suspira anonadada.

—De seguro, Sandra, lo único que tienes que hacer es prepararle su plato favorito y caerá a tus pies.

—¿Cuál es?

—Es totalmente sencillo. Solo tienes que prepararle un sándwich y echarle mucho picante. ¡Mucho! Tu tía tiene un poco de salsa de habanero en la cocina. Ese es su favorito sin duda. ¡Baña el sándwich en picante!

—De acuerdo, bañar el sándwich en picante —dice mientras se levanta de la silla y comienza a caminar hacia la salida—. ¿Algo más?

—Sí, cuando se lo des háblale en español. Le encanta.

—Vale, muchas gracias, Meg —ella sale de mi habitación con una gran sonrisa.

Me divertiría un poco con Carter sin tener que mover un solo dedo. Esto tiene que ser bueno.

...CR...

Ya todos están en posiciones. Sandra ha preparado el sándwich en un par de minutos y ahora se encontraba camino al salón principal donde están Carter y Roger jugando en la consola. Por suerte y obra del destino Roger se ha ido al baño y dejó solo a Carter. ¡Todo es perfecto!

Mientras tanto yo observo agazapada desde el umbral del salón. La única forma de que me notaran es que se den la vuelta, lo que no es muy probable en estos momentos. Sandra se sienta repentinamente junto a él en el sofá.

—*Hola, Carter* —utiliza su acento. Él le da una mirada de soslayo y sigue jugando.

—*Eh... ¿Hola?* —dice indiferente, pero suena absurdamente tonto.

—*Qué lindo hablas el español* —no le entiendo, pero ella sonrío de manera coqueta—. Te preparé esto —le dice ahora en inglés mientras le ofrece el sándwich en un plato.

Carter pausa el juego y la examina durante unos segundos. Noto cómo las mejillas de Sandra comienzan a ruborizarse con cada parpadeo que él da sobre ella. Carter le sonrío y toma el plato algo asombrado. Mira el sándwich y luego la mira a ella.

—Gracias —vuelve a examinar el sándwich algo malicioso, pero finalmente se encoge de hombros y se lo lleva a la boca. Creo que llevo una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. No puedo parar de sonrío.

Mastica con cuidado y concentración. Yo solo miro a la expectativa, pero antes de que siquiera pueda procesarlo Carter comienza a dar quejidos por todo el salón y yo exploto en una leve carcajada. Achurra su rostro de la manera más graciosa posible. Sus pómulos se retraen, sus ojos se agrandan como dos uvas, su nariz se frunce y obviamente su lengua sale. Se levanta del sofá tirando el mando junto a los restos de sándwich que ha escupido en el suelo. Da saltitos inquietos mientras mira hacia todos lados. Jadea como un perro sediento y yo comienzo a ahogarme de tanto reír. Sin remedio comienza a dar manotazos sobre su lengua en un intento de arrancársela.

—¿Qué sucede? —le pregunta Sandra alarmada.

—¡Pica! ¡Picaaa! —grita desesperado mientras patea todo a su paso. Una imagen mental de la caricatura de *Pikachu* viene a mi mente y comienzo a morir literalmente de la risa. No sé cuándo, pero de pronto me encuentro en el piso. Carter se rasca la lengua mientras enloquece.

—¡Aduda! ¡Adúdame! —pide ayuda, pero suena absurdo—. ¡AGH! ¡Duede! ¡Mi dengua! —se queja a gritos mientras se abre camino hacia la cocina.

Lo veo pasar frente a mí, pero para mi suerte no me nota gracias al apuro que lleva. Me levanto y lo sigo. Cuando llego observo cómo él se pega al grifo del lavaplatos para tomar agua como animal. Sin embargo, sigue lloriqueando por el ardor. Aparte de tonto, tiene que ser ignorante.

—Creo que te ayudaría más la leche, Crane —digo mientras me recuesto en la isla de la cocina con mi extensa y amplia sonrisa. Me he compadecido de su dolor, así que de decido compartir la receta —que ya medio mundo sabe— para aliviar el picante.

Él se gira y me mira unos segundos con los ojos llorosos y llenos de furia. Luego corre hacia el refrigerador y toma un galón de leche. Sin pensarlo dos veces se lo lleva a los labios y comienza a beber de manera salvaje. Incluso la leche empieza a derramarse por su barbilla hasta empapar parte de su camiseta. Lo miro algo divertida por su desesperación. Ha sido una de las mejores reacciones al picante que he visto. Cuando por fin decide separarse del galón al cual creí que estaría unido toda su vida, veo que se ha tomado más de la mitad ¡Y de un solo trago! *Wouh*. Jadea mientras se limpia la mandíbula con el antebrazo de forma rústica. El borde de sus ojos se ha irritado y sus ojos están cristalizados en furia y odio. Me dirige su mirada

oscura y temible, cualquiera que lo viera correría por su vida, pero por alguna razón yo no puedo evitar sonreír.

—¡Tú! Has sido tú, ¿verdad?! —tira el resto de la leche al piso y se acerca a mí.

—¿De qué hablas? —finjo no entender.

—¡Oh, tú sabes muy bien de qué hablo, Lennon!

Estoy por darle una ingeniosa respuesta cuando de pronto escuchamos un grito en el recibidor que me pone los pelos de punta. Carter y yo corremos para encontrarnos con Sandra y Roger mirando hacia la segunda planta con una expresión de espanto. Sigo sus miradas y me siento palidecer.

Tony pende de la baranda metálica de la segunda planta. Sus dos cortas y pequeñas manos se aferran al metal carísimo del balcón interno. Si se suelta... si tan solo se suelta... no quiero pensar qué sucedería si resbalaba desde casi cinco metros de altura. Mis manos comienzan a sudar frío, estoy paralizada. De tan solo verlo me ataca el vértigo. Mi corazón quiere salirse del pecho. Debo ir a salva...

Para nuestra sorpresa, Gina aparece en la segunda planta y toma a su hermano con total tranquilidad. Lo carga en sus brazos mientras desciende las escaleras y le dice cosas en español. Creo que está regañándolo. Ella habla de forma madura y responsable. Cuando llega a nuestro nivel nos abarca a todos con su mirada y luego niega con su cabeza en desaprobación y decepción. Deja a su pequeño hermano en el suelo.

—¿Por qué tengo yo que siempre ser la responsable? —dice la niña de nueve años más madura que he conocido—. Deberían sentir vergüenza —nos mira a Carter y a mí. Me obligo a bajar la cabeza llena de pena. No puedo creer que Gina nos esté dando una lección de tanta magnitud. Por poco y se muere Tony.

La puerta principal se abre y Lupe entra seguida por Andrés y Martina. *Vaya, qué recorrido tan rápido.*

—¿Cómo estuvo su día, chicos? ¿Todo bien? —nos pregunta Lupe mientras cierra la puerta. Los seis nos damos una mirada cómplice y alarmada tratando de acordar cuál sería nuestra respuesta unánime.

—Sí —decimos al unísono.

—Todo está más que bien. ¿No, Carter? —bufo simulando que nada ha sucedido. Él me fulmina, demostrándome su odio.

—Sí, todo está bien —noto el sarcasmo en su voz. De pronto siento cómo se acerca por detrás de mí y me toma de la cintura acercándose a él. Su respiración choca en mi nuca y su barbilla se acomoda sobre mi hombro—, por el momento. Habrá venganza muy pronto, Lennon —susurra de manera peligrosa y amenazante, lo que causa que me estremezca.

Todo esto indicaba que la *Tregua temporal* finaliza, lo que da inicio a una nueva guerra que esta vez yo he declarado. *Muy inteligente, Meg, muy inteligente.*



#LecciónDelDía:

Si eres americano y vas a cuidar niños latinos...

¡Número uno: aprende español!

¡Número dos: jamás los dejes solos!

¡Y número tres: jamás mientas sobre que tu peor enemigo es mexicano si no quieres declararle la Tercer Guerra Mundial!

Bigote

Capítulo 27

Creo que estoy acostada en mi cama sin saber si estoy despierta o soñando. Creo que son ambas cosas, ya que ante mí está el hermoso rostro de Steven R. McQueen, mi amor platónico más grande de todos los tiempos desde que lo vi en aquella espeluznante película: *Piranha 3D*. Su figura se empieza a desvanecer frente a mí como humo que lleva el viento y aquella espléndida alucinación es reemplazada por una extraña sensación en mi bozo. Es húmedo y tiene un olor a químico muy fuerte que causa que sacuda mi nariz y frunza el ceño.

Abro los ojos de golpe y suelto un grito al ver la figura de Carter frente a mí. Él se encuentra sentado sobre el borde de mi cama en... casi nada de ropa como es de costumbre. Al ver que he despertado su rostro se alarma y en un ágil movimiento esconde lo que lleva en la mano detrás de su espalda.

—Pero qué rayos...

—Ups —se levanta y comienza a correr hacia la salida como cobarde, pero antes yo no pierdo la oportunidad de lanzarle un par de almohadas. Él cierra la puerta con un fuerte estruendo y la última almohada se estrella contra esta.

Dejo salir un leve bramido de exasperación. ¿Qué rayos hacía Carter Crane a estas horas de la mañana en mi habitación? ¿Y si él...? Me toco todo el cuerpo y comprobando que traigo ropa. Uff, por lo menos nada de eso sucedió. Ya no confío en mi mente desde que olvidé lo del ascensor. Si olvidaba eso... podía olvidar cualquier cosa. Pero no creo que *eso* haya pasado. Ni voluntariamente, ni en contra. Uno nunca sabe.

Me llevo las manos al rostro y siento algo seco y ardiente sobre mi bozo y también en parte mi barbilla. Sin pensarlo salgo de mi cama y corro hasta el baño. Cuando lo hago y me veo en el espejo, mi rostro se desencaja en horror al verme.

—No puede ser... no puede ser... ¡AGH! ¡Eres un inepto fetiche de pacotilla, Carter Crane! —grito frustrada, aunque sé que él no me puede escuchar.

Alrededor de mi bozo y mandíbula, el infeliz más grande que he conocido ha dibujado un inútil bigote con marcador permanente, lo que me hizo ver ridículamente graciosa. Tengo que admitirlo... Buena broma, Carter. Es un clásico, pero siempre funciona. De tan solo verme quiero reírme, pero no puedo. Intento quitármelo con agua y jabón, pero es inútil, así que finalmente tuve que usar alcohol etílico para removerlo. Mientras lo hago no dejo de repetir la palabra *Púdrete* como si cada vez que la dijera estuviera dándole un golpetazo a Crane por hacerme esto. Me ducho y me pongo ropa. Los García Rodríguez se han ido ya hace un par de días después de haber encontrado una casa económica en donde vivir. Miro la hora en mi laptop, ya que aún sigo sin celular y marcaba las 11:02 a.m. Pero por alguna razón mis ojos se desvían hasta la fecha de hoy y ahogo un grito al verla.

17 de julio.

No puede ser. Hoy es mi cumpleaños. ¡Y lo he olvidado! Me doy un fuerte golpe en la frente con la palma de mi mano. Creo que la amnesia está empeorando. O tal vez sea el hecho de que tengo una malísima memoria a la hora de recordar fechas... *Pero vamos, Meg. ¡¿Cómo rayos olvidas tu cumpleaños?! Recuerdo semanas atrás estar planeando con Wendy lo que haríamos para mi cumpleaños, quedamos de vernos al mediodía para ir toda la tarde de compras. Cabe resaltar que Wendy es adicta a las compras y me ha transmitido parte de su adicción. Comienzo a arreglarme con apuro. Tengo menos de una hora para encontrarme con Wendy y ella es otra fanática de la puntualidad. Tomo un par de *jeans*, una playera y botas bajas. No soy muy ingeniosa a la hora de vestirme, lo sé. Básicamente eso es lo que siempre me pongo. Recojo mi cabello en una coleta desordenada y me lavo el rostro una vez más. Tomo dinero y me lo llevo a uno de los bolsillos. Abro la puerta y salgo más rápido de lo que espero, prácticamente estoy corriendo y esto causa que me tropiece un par de veces, pero rápidamente me recompongo. En el camino me estrello con un voluptuoso cuerpo. Me tomo unos segundos para mirar arriba y ver que es Lupe. Ella me toma de los hombros deteniéndome.*

—¿A dónde vas con tanto apuro, linda? —reclama.

—Voy a salir —respondo inquieta.

—Eso ya lo sabía. ¿Qué te sucede? —me examina de pies a cabeza con una mirada analítica.

Me doy cuenta de que me estoy moviendo de un lado a otro involuntariamente. Es como si mi cuerpo no se pudiera quedar quieto. Trato de calmarme, pero es en vano, sigo moviéndome como si me estuviera haciendo pis.

—Hoy es mi cumpleaños —expulso aquellas palabras sin antes pensarlo. Parecen haber estado aguardando en el borde de mi lengua a cualquier oportunidad que tuvieran para salir y hacer saber a cualquiera que hoy es mi cumpleaños.

Por suerte es Lupe.

Su rostro se ilumina con una sonrisa y antes de que me dé cuenta me encuentro entre sus cálidos brazos. Ella me aprieta con afecto y me sacude de un lado a otro haciendo que se me revuelva el estómago vacío. ¡Rayos, no he desayunado! Ella me da sus felicitaciones en el oído mientras me desea lo mejor. Cuando nos separamos ella me mira unos segundos más y deja de sonreír. Su expresión cambia totalmente a una de lástima y decepción. Parece que un recuerdo muy triste ha venido a su mente, reflejándose en su rostro. Suspira profundamente haciéndose notar.

—¿Qué sucede? —pregunto confundida por su repentino cambió de gestos. Ella me acaricia el hombro con lástima y me mira a los ojos.

—Qué pequeño es el mundo, Megan.

—¿Por qué dices eso?

—Hoy también es el cumpleaños de Carter —anuncia y siento cómo algo... un sentimiento nunca antes experimentado empieza a revolverse en mi estómago vacío.

Fue como si una bomba de emociones explotara dentro de mí. No sé si estar confundida, sorprendida, asustada, desorientada o tal vez emocionada. Quizás son todas al mismo tiempo. No puede ser que mi mayor enemigo y yo cumplamos el mismo día. No tiene sentido. ¿Acaso el destino se está burlando de mí en mi propia cara? ¡Esto tiene que ser una cruel broma!

Una imagen mental se crea en mi cabeza. Es justamente la escena que está sucediendo, estoy frente a Lupe con el rostro pasmado en sorpresa solo que a

diferencia de la realidad empiezo a gritar un fuerte «Nooo» mientras colapso en el suelo y lloro de manera dramática. Esto es una desgracia.

—Espera... ¿qué? —digo con incredulidad reaccionando de aquel trance irreal.

—Hoy Carter cumple años —resalta cada sílaba asegurándose de que haya escuchado bien.

—Dime que es una broma —le suplico.

—No, no lo es.

Tomo un profundo respiro tratando de tranquilizarme. ¿Cómo es que nunca antes me enteré de que Carter y yo cumplimos el mismo día? *¿En qué mundo vives, Lennon! Vale, tranquilízate. No es el fin del mundo, inhala... exhala... ¿Es en serio?* Esto parece ser una de esas escenas sacadas de libros. ¡Es irónico! Pero no hay por qué hacer un alboroto. OK, nacimos el mismo día... no, esperen... él es dos años mayor que yo. Yo cumplo dieciocho y él... ¿veinte? Sí, wouh, está viejo. Bueno, no tanto, al fin y al cabo, cuando yo estaba naciendo él estaba cumpliendo dos años. *Qué interesante.* ¿Quién lo diría, eh? La vida está llena de...

La voz de Lupe irrumpe en medio de mis pensamientos.

—¿Meg? ¿Qué te sucede? —me mira con el ceño fruncido mientras examina mi rostro.

—¿Qué sucede de qué? —digo desconcertada. Tengo que sacudir mi cabeza para deshacerme de los pensamientos anteriores y enfocarme en la situación.

—Estás haciendo gestos muy raros, como si estuvieras hablando con alguien más... ¿Estás segura de que te sientes bien? ¿No quieres desayunar? —rayos, Lupe se va a dar cuenta de que hablo conmigo misma y me tachará de loca. Pero vamos... ¿Quién no habla consigo mismo?

—No, estoy bien —aseguro—. Y entonces... ¿Carter cumple hoy?

—¿Cuántas veces tendré que repetirlo? —se coloca las manos en las caderas, como es tan típico de ella.

—Vale... ¿Y cómo lo celebra? —no lo sé, pero de pronto me da curiosidad de saber cómo Carter Crane celebra su cumpleaños.

De seguro hará una mega fiesta, como es típico de los ricachones, recibirá un montón de regalos de parte de sus familiares y se embriagará hasta más no

poder para finalmente terminar teniendo el mejor cumpleaños de la historia. Sí, de seguro así son los cumpleaños de los Crane. El rostro de Lupe se oscurece con tristeza. Ella me toma del brazo alejándome de los pasillos que conducen hacia las habitaciones y me lleva hasta el balcón interno. Estando allí mira hacia todos lados asegurándose de que no haya nadie y luego comienza a hablar muy bajo.

—Carter no celebra su cumpleaños —frunzo el ceño sin entender. ¿Habla en serio?

—¿Por qué? —cuestiono perpleja. Ella carraspea y empieza a susurrar por lo bajo como si esto fuera algún tipo de delito o pecado—. De hecho, Carter jamás ha celebrado un cumpleaños. Ni siquiera de pequeño le gustaba celebrarlo. Todo esto viene a que jamás ha pasado un cumpleaños con sus padres. Siempre para estas épocas tienen que salir de viaje y no pueden estar con Carter para su cumpleaños. Él lo odia.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso? —pregunto al ver la confianza con la que habla.

—Conozco muy bien a Carter. Lo he visto crecer. De pequeño siempre lloraba y exigía que sus padres estuvieran con él. Entre todo el personal de la mansión intentábamos hacerle una fiesta, pero siempre terminaba siendo un desastre. A medida que fue creciendo él dejó de hacer rabietas y lloriqueos y empezó a odiar su cumpleaños. Creo que cuando cumplió once fue que nos dijo que odiaba su cumpleaños. Nos cerró la puerta en la cara de la manera más grosera posible. A los dieciséis se volvió insoportable y creo que ya sabes el resto de la historia —habla rápido, pero le entiendo claramente.

Su comentario me deja algo asombrada. Ya tengo otra razón más para agregar a mis archivadores mentales, a la preciada carpeta llamada «¿Por qué Carter es un gruñón?». Al parecer, Carter jamás ha tenido un cumpleaños ideal.

En resumen, yo tampoco los había tenido. Mi madre está muerta y papá trabaja, pero hacía todo su esfuerzo para estar conmigo. De pequeña tuve la oportunidad de celebrar muchos cumpleaños con papá, Wendy y mis familiares paternos tanto maternos. Mis abuelos están muertos, pero tengo a mis queridos tíos y primos. No eran los cumpleaños más perfectos, pero eran buenos y estaba agradecida por eso.

—Vaya... no me lo esperaba —miro el suelo mientras dejo que mi cerebro procese todo aquello—. Creo que ya debo irme —anuncio algo afligida y me despido de Lupe.

Me parece triste aquella historia. Bajo los escalones con pasos lentos y pesados. De un momento a otro me siento fatigada y sin ganas de nada. El apetito se me había cerrado. Llego a la planta baja y me acerco a la salida. Camino aún más lento que antes, coloco una mano sobre el picaporte y me detengo. Suspiro profundamente, incrédula.

Una sonrisa burlona se forma en mis labios mientras niego con la cabeza sin poder admitirlo. Me río de mí misma. Mi mente me gritaba: «¡No, no lo hagas!», pero mi corazón sensible me decía todo lo contrario. *No puedo creer que vaya a hacer esto*. Suelto el picaporte y me giro hacia la casa a la vez que llamo a Lupe.

—¿Qué sucede? —ella se asoma desde el balcón y me mira.

—¿Me prestas tu teléfono? Necesito llamar a mi tía.

—Claro, ¿Para qué?

—Para avisarle que no podré celebrar con ella —admito y siento una punzada de nerviosismo en el estómago al oírme pronunciar esas palabras.

—¿Alguna razón en especial? —ella alza sus cejas con petulancia y carisma. Lleno mis pulmones con aire tomando las fuerzas para decirlo.

—Sí —me coloco una mano en la cintura y dejo mi peso sobre una sola pierna—. Tengo la misión de hacer que un tonto tenga un feliz cumpleaños —ruedo los ojos sin poder soportarme a mí misma. Ya ni siquiera me reconozco.

...CR...

Irrumpo en su habitación abriendo la puerta de golpe y entro. He decidido correr el riesgo de verlo una vez más sin ropa, ya que no es nada sorprendente, pero sigue siendo incómodo. Sin embargo, me llevo la gran sorpresa de verlo vestido. *Jeans*, playera, zapatos. Los mismo de siempre, pero no sé cómo se las arregla para verse tan inhumanamente atractivo cada día de su mugrosa vida. Creo que ese es una dote que te dan al nacer y Carter ha sido bendecido con él.

El panorama que tengo al entrar no es el mejor. Carter se encuentra tirado en el suelo, a pesar de tener sofás y pufs dentro de su habitación, jugando en su celular a lo que supongo que es Clash of Clans. Su pieza está aún más sucia que antes. Jamás la había visto tan cochina y asquerosa. Hay paquetes de chucherías y latas de soda por todos lados, ropa sucia en el suelo y sobre los aparatos electrónicos. En el camino no me sorprende al encontrarme varios calzones tirados en el piso. Esto parece ser una porqueriza y me pregunto cómo es que logra sobrevivir en este ambiente.

—Hey, torpe —digo mientras me acerco.



#LecciónDelDía:

Si Carter Crane te ha declarado venganza...
siempre asegúrate de ponerle llave a la puerta
de tu habitación y cerrar las ventanas antes de que intente
ponerte bigote con marcador permanente.

Misión: feliz cumpleaños

Capítulo 28

Él me mira por el rabillo del ojo y su rostro se vuelve aterrorizado. Tira el celular hacia el otro lado de la habitación y se hace un ovillo tomándome desprevenida. Esconde su cabeza entre sus piernas mientras las abraza tratando de esconderse. Escucho cómo suelta un chillido.

—Si vienes a matarme, hazlo rápido —suelta y por suerte logro escucharlo. Sonríe.

—No vengo a matarte —declaro en son de paz. *Pero ahora que lo pienso... no... no puedo matarlo en su cumpleaños.* Él alza su cabeza y me examina confundido.

—¿Ah no? —su tono es gracioso—. Entonces, ¿a qué viniste? —se levanta del suelo y se sacude la ropa.

Prontamente mis ojos se desvían a su cabello enmarañado y desordenado, pero al mismo tiempo lacio y casual. De vez en cuando me dan unas inmensas ganas de entrometer mis manos en su cabello y acariciar cada hebra castaña... *¿En qué rayos estás pensando, Meg?*

—Yo... —me torno nerviosa—. No sabía que hoy era tu cumpleaños —digo mientras me acaricio un brazo, vacilante.

Al decir eso noto cómo su rostro se oscurece de una manera inexplicable. Su mandíbula se tensa, sus pupilas se dilatan y su iris miel se oscurece. Por poco puedo ver un destello de ira en su mirada. Él recupera su compostura y observo cómo empuña sus manos haciendo palidecer sus nudillos. Cualquiera que lo viera pensaría que está a punto de desenfrenarse como cínico. Pero a través de él yo puedo ver una chispa de temor y miedo.

—¿Cómo te enteraste? ¿Quién rayos te lo dijo? —su voz sale firme y atronadora, pero al mismo tiempo puedo sentir un leve temblor en ella.

—Marshall —miento. No puedo perjudicar el trabajo de Lupe y sé que Carter no es capaz de hacerle daño a su abuelo.

—¿Y qué más te dijo? —entona enojado.

—Solo eso —me encojo de hombros.

Él musita algo por lo bajo que yo no alcanzo a escuchar.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres? ¿Decirme «feliz cumpleaños»? Babosadas —me da la espalda y comienza a caminar lejos de mí.

Pero como si no fuera poco me interpongo en su camino para impedir que avance. Saco mi tarjeta de identificación personal del bolsillo trasero de mi *jean*, pasé a buscarla a mi habitación para dar una prueba contundente y se la coloco frente a sus ojos. Él frunce el ceño y comienza a leerla. De pronto noto cómo la expresión sorpresiva que estaba esperando explota en su rostro. Me arrebató la tarjeta de las manos y la vuelve a releer con un gesto de incredulidad. Me mira y luego a la tarjeta sin poder creérselo. Repite aquella acción un par de veces más.

—¿17 de julio? Hoy también es tu... cumpleaños —anuncia y no sé por qué no me sorprende—. Wouh —se acerca y me devuelve la tarjeta—, esto es raro —expresa de una manera confusa.

—Sí, lo sé —doy un puntapié.

—Entonces... —titubea incómodo.

—Quieres... no lo sé... ¿Celebrar? —propongo. Él pone cara de disgusto.

—¿Celebrar? No, gracias. Mejor me quedo en casa —dice mientras se lanza sobre un puf.

—Vamos, no seas aguafiestas. ¡Hay que celebrar! —lo animo.

—Dije que no.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta.

—¿Y por qué no te gusta?

—Por qué... ¿Y eso a ti qué te importa?

—Cierto, no me importa. Pero vamos, estoy aburrida. Es nuestro cumpleaños.

—¿Y? No pienso celebrarlo contigo —me lanza una mirada llena de desdén y me esfuerzo por no sentirme ofendida.

—Pues no te queda otra opción.

—¿Puedes salir de mi habitación? —él rueda los ojos fastidiado y toma el mando de la consola para así empezar a jugar. Pero antes de que se dé cuenta me acerco y se lo quito en un ágil movimiento.

—¡No! ¡Ya basta de videojuegos! ¡Tienes que salir de aquí, por la santa caca! —digo frustrada de verlo siempre en lo mismo.

Él se levanta del puf a la defensiva y me da aquella mirada aniquiladora que me dice que debería regresarle el mando. Pero no, no lo hago porque debo cumplir esta tonta misión de darle un feliz cumpleaños a Carter. Y no lo haré dentro de estas cuatro putrefactas paredes.

—Dame eso, Megan —se acerca con intenciones de quitármelo, pero yo corro y me lanzo sobre su cama para alejarme de él—. Bájate de allí —me ordena, pero obviamente no lo voy a obedecer.

—Lo haré cuando aceptes salir.

—¿Quieres salir conmigo? ¿Me estás invitando a una cita? —dice con picardía—. Sé que te gusto Meg, pero...

—¡No! ¡Guácala! ¡No me gustas! Solo quiero que celebres como se debe.

—Pues yo no quiero celebrar. ¡Ya dámelo! —ruge fastidiado.

—No, no lo haré —digo mientras salto sobre el cómodo colchón.

—Vale, tú lo pediste. No quiero hacer esto, pero tendrá que ser por las malas.

Él intenta subirse a la cama, pero rápidamente entro en pánico. Si dejo que suba estaré acorralada. Tomo una almohada y se la lanzo con todas mis fuerzas. Esta se estrella contra su sien.

—¡Auch! —se queja. Aprovecho aquel momento de distracción para bajar y correr al otro lado de la habitación. Él me mira con odio y no puedo evitar sonreír.

—¿No te rendirás?

—Nunca —admito. Escucho cómo él suelta un largo y profundo suspiro agobiado. Me mira una vez más antes de decirlo.

—Vale, de acuerdo. ¡Celebremos! ¡Woho! —dice en un tono irónico—. ¿A dónde quieres ir?

—Dímelo tú.

—Es tu cumpleaños, elige.

—El tuyo también.

—¿Piedra, papel o tijera?

—Vale.

Yo saco tijera y él papel.

—¡Sí! ¿A dónde quieres ir, Carter? —hace un gesto de desánimo.

—A ver... —se acaricia la barbilla con sus dedos mientras piensa de manera cómica. De pronto su rostro se ilumina con una sonrisa—. ¡Ya sé! —chasquea los dedos y por poco puedo ver cómo el bombillo se enciende sobre su cabeza—. Te llevaré al mejor lugar de San Diego, Megan. ¿Estás lista?

Él comienza a dar vueltas por su habitación rebuscando, hasta que al parecer encuentra las llaves de su auto.

—Yo siempre estoy lista.

—Perfecto.

...CR...

Carter se estaciona frente a un local algo común, tiene el aspecto de ser otro local en medio de San Diego. El letrero en lo alto del establecimiento tenía la forma de un sello de postal con forma circular que por dentro enuncia «*Coin-Op*» y en pequeño unas letras que no alcanzo a ver. Jamás he estado aquí.

—¿Qué es esto? —pregunto muerta por la curiosidad.

—Ya lo verás —debo resaltar el hecho de que Carter no ha dejado de sonreír ni un segundo desde que salimos de la mansión.

Salgo del auto y sigo a Carter quien comienza a caminar hacia la entrada del local como un insecto siendo atraído por la luz ultravioleta. Al entrar, me deslumbro con la primera perspectiva que obtienen mis ojos. Es un lugar increíble y grandioso. Jamás había estado en un sitio así. *Muy buena jugada, Carter*. Una sala de maquinitas Arcade. Sí, aquellas maquinitas de videojuegos antiguos —casi reliquias— que estaban antes del *Ps4*, *X-box* y todo eso. ¡Es estupendo! No tenía ni idea de que aún existieran salas de juegos así. Lo escucho inspirar fuertemente junto a mí.

—Bienvenida a mi mundo, Lennon —hace tronar sus dedos con sutileza.

—Vaya, este lugar es...

—Mágico —completa con obviedad—, lo sé —me guiña un ojo, risueño.

Me tomo unos segundos para observar el resto del lugar. Una gran isla es el centro de la sala de juegos y a sus costados hay unos taburetes. El local no está ni tan lleno ni tan vacío. Es una clientela regular. Hay dos secciones de la sala ocupadas por aquellas asombrosas maquinitas. Del otro lado también hay una refresquería. El ambiente es cálido y armonioso. Las personas hablan, ríen y otros jugaban sin parar. Voy a resaltar que el lugar está lleno de adultos frikis y unos cuantos niños con sus padres. Cuando busco a Carter con la mirada él está pegado a una maquinita. Me acerco con pasos lentos y me acomodo detrás de él. Los observo jugar hasta que pierde.

—Vale, te reto Carter Crane.

—¿A qué me retas? —dice girándose sobre sus talones con una sonrisa cargada en arrogancia y quedando a poco centímetros de mí. Eran unos centímetros considerables que me dan algo de espacio personal.

—Ronda de videojuegos. Seis videojuegos, tres y tres. Si quedamos empate vamos a la séptima ronda. El que pierda, le compra un regalo al otro.

—¿Trajiste dinero?

—Seguro. ¿Por qué?

—Espero que me compres un buen regalo, linda —alardea mientras pone una mano en mi cabeza y me sacude el pelo.

Carter y yo comenzamos a jugar. Como soy chica él me dejó elegir primero, así que me fui por un clásico. *Donkey Kong*. Por suerte gané, ya que soy toda una experta con los barriles. De pequeña mi padre me llevaba algunas veces a jugar con maquinitas, no soy una experta como Carter en *Battlefield*, pero lo clásico es lo mío.

—No creí que fueras tan buena —alza sus cejas sorprendido.

—Nunca subestimes a una rubia, torpe.

—¿No crees que es muy temprano para cantar victoria?

—¿Sabes?... siempre he querido un bolso Gucci.

Carter rueda los ojos y camina hacia otra maquinita. Esta vez él elige *Street Fighter*. Los personajes tienen perfil de rudos. Este juego se jugaba en Versus. Al final Carter termina ganando, así que volvemos al empate.

Próximamente elijo *Tetris* y Carter gana, odio aquellos tontos bloques que no saben dónde meterse. Carter elige el gran clásico de *Super Mario Bros*, en

el que terminé ganando. No podía fallarle a mi italiano favorito. Luego me fui por el *Q*bert* y esta vez gané. Esta ronda que viene es una de las decisivas. Si gano, Carter tendrá que comprarme un lindo regalo, pero si pierdo, entraremos al desempate. Así que Carter elige *Space Invaders* y para mi mala suerte él gana. Estamos en empate, nuevamente.

Hago tronar mi cuello algo estresada mientras Carter estira el torso y los brazos, sonriente. Finalmente llegamos a una conclusión sobre el último videojuego que dará final a esta guerra. Es el clásico más clásico de todos los clásicos: *Pac-Man*.

Nos colocamos frente a la maquinita. Este también se puede jugar en versus. Es lo básico. Comer los *pac-dots* y huir de los fantasmas. Solo que, a diferencia de la versión solitaria, si me como un *Pac-dot* más grande podré tener la oportunidad de comerme al Pacman de Carter. Son cinco rondas. La primera la gana Carter y la segunda también. Yo gano las dos siguientes y finalmente... ¡También gano la última coronándome como victoriosa!

Carter se colocó ambas manos sobre el rostro en señal de vergüenza mientras yo grito y hago un escándalo por todo el local. Salto alrededor de él mientras hago mi baile de victoria.

—Oh sí, ajá. Oh sí, ajá —canto mientras bailo de la manera más vergonzosa posible—. ¿Quién ganó? ¡Dilo! ¿Quién es la mejor? —exijo burlona.

Carter se pasa una mano por el cabello, frustrado. Reconozco su gesto de incredulidad y decepción que solo alimenta mi ego victorioso. ¡Le he ganado!

—Esto es imposible —suelta por lo bajo y comienza caminar lejos. Yo lo observo sonriente, pero luego me doy cuenta de que va en dirección a la salida del local.

—¡Oye! ¡Espera! ¡¿A dónde vas?! —le grito.

—¡Lejos de aquí!

—Pero mi... —sin pensarlo corro detrás de él y me lanzo sobre su espalda. Enrollo mis piernas en sus caderas, aprieto su cuello con mi brazo sosteniéndome y con mi otra mano lo jalo del cabello. Él tropieza, pero se mantiene firme.

—¡¿Qué haces?!

—Quiero mi regalo, tonto.

—¡Eres una tramposa! ¡No te daré nada!

—¿Tramposa? ¡Tú eres un mal perdedor!

—¡No soy un perdedor!

—¡Quiero mi regalo!

—¡Bájate, Meg! ¡Eres peor que un parásito intestinal! —se sacude de lado a lado, pero yo me aferro a él como una sanguijuela.

Él comienza a avanzar hasta salir del local conmigo sobre su espalda. Ya he empezado a ponerme cómoda acá arriba y gracias a que es alto tengo una muy buena vista desde aquí. Si así se sentía ser la cría de un koala, entonces ser un koala sería muy divertido. Al salir llamamos la atención de unas cuantas personas pero luego nos ignoran y siguen de largo.

—¿Qué quieres? Pide lo que sea.

Yo sonrío una vez más victoriosa y me bajo de su espalda aterrizando en el suelo. Me acomodo mi playera y alzo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Quiero que me des tu opinión sincera sobre cómo las pasaste hoy — Carter me mira confundido, alza sus cejas extrañado a la vez que me observa de arriba abajo.

—¿Sincera?

—Sincera. La purita verdad, Crane — noto cómo él se muerde el labio inferior, vacilante. Evita mi mirada durante unos segundos mientras mira al suelo y piensa. Finalmente suspira.

—Es el mejor cumpleaños que he tenido en años —admite. Su voz sale limpia, clara y segura. Por supuesto, no puedo evitar que una sonrisa atravesase mi rostro. Es una sonrisa amplia e indiscutible—. Gracias, Meg —él también sonrío de manera tímida.

—Fue un gusto. Ahora, dame un billete de veinte —dejo la palma de mi mano abierta frente a él.

—¿Qué?

—¡Gané! ¿Lo recuerdas? Quiero que mi regalo sea un billete de veinte. Necesito ahorrar para un nuevo teléfono —digo con obviedad.

—Un nuevo teléfono... —repite pensativo—. ¿Qué tal si te regalo uno?

—¿Qué? ¿Un teléfono? Vamos, no podría aceptarlo —bufo incrédula.

—Tú me has regalado un cumpleaños increíble. Déjame regalarte un teléfono. Es lo mínimo —usa un tono suplicante.

—Pero yo no... —él hace un puchero acompañado de carita de perrito mientras solloza falsamente. *Dios Santo, por poco y me derrite el alma*—. De acuerdo —resoplo.

—Vale, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que sea el primero en tener tu número.

Ante aquella petición me sonrojo sin poder controlarlo.

—¿Estás intentando coquetear, Crane?

—¿Y qué si lo hago? —da un paso acercándose y cortando mi respiración.

—Le diré a Piper.

—Ella está en el hospital, no puede hacer nada —me guiña un ojo coqueto y siento mis mejillas arder. *Tonta, tonta, tonta*. Me toma por sorpresa y acomoda un mechón de cabello detrás de mi oreja. Las yemas de sus dedos rozan mis mejillas mandando pequeños cortocircuitos por todo mi cuerpo. Retrocedo un paso, maliciosa.

—Eres un tarado —me doy la vuelta para ir al auto por dos razones.

1) Para que no note lo sonrojada que estoy y 2) para no caer bajos sus atractivos encantos y cometer otra locura.

—Vamos por mi teléfono —me subo al automóvil.

—¿Tendré tu número?

—Sí, lo que sea.

Por lo menos cumplí la tonta misión.



#LecciónDelDía:

Ser un koala es muy divertido y más si Carter Crane es «tu mamá koala».

Palomas

Capítulo 29

Por alguna extraña razón, hoy Marshall está de muy buen humor. Marshall siempre suele estar de buen humor, pero hoy sus ojos destellan felicidad. Me ha pedido que lo lleve a dar una vuelta por el parque porque, según él, ya está harto de esta casa y quiere tomar algo de aire libre. Así que me toca complacerlo y llevarlo a la plaza. Pero, para nuestra mala suerte, Walter el chofer se ha ido de vacaciones. Así que lo única opción que queda es... Carter.

Abro la puerta de su habitación y me recuesto en el marco.

—¿Me haces un favor? —le pido indiferente.

—¿Qué quieres? —suelta fastidiado.

—Necesito que me lleves a mí y a tu abuelo a la plaza.

—¿A qué?

—Marshall quiere salir y Walter no está.

—Y ahora yo tengo que ser el chofer —rueda los ojos.

—Vamos, es tu abuelo —lo animo—. Así pasas algo de tiempo con él.

—De acuerdo —toma las llaves y sale de la habitación. Su expresión es de total agobio y aburrimiento con algo de renegación, pero después de hacer a Marshall feliz, me importaba un comino cómo se sienta Carter.

...CR...

Marshall no es de esos viejos que tienen que andar en silla de ruedas. Él es un anciano saludable y fuerte. Solo que, como es típico de los humanos, nuestro cuerpo se deteriora a medida que vamos adquiriendo años de edad, por lo cual Marshall tiene que usar un bastón cuando sale de casa.

Hemos llegado al parque hace unos cuantos minutos. En el camino tuvimos que detenernos a comprar una bolsa de arroz porque el abuelo nos lo exigió. Así que le pregunté a Marshall por qué rayos quiere venir al parque con una bolsa de arroz y me contestó lo siguiente:

—Quiero saber qué se siente ser como esos ancianos de las películas. ¿Los has visto, no? Viven como si no supieran que pronto van a morir y encima... ¡alimentan palomas! —dice como si aquello fuera un delito inconcebible—. ¿Quién rayos alimenta palomas, Maggie? ¿Por qué les gusta tanto? ¡Yo también quiero alimentar palomas a ver qué tan placentero es! —suena ofendido, pero todo este tiempo que he pasado con él, me he dado cuenta de que es una persona que se ofende por cualquier cosa y más si se trata de su vejez.

Así que aquí estamos, en medio del parque observando a Marshall alimentar palomas. Él decidió ubicarse en una banca algo deteriorada que está cerca de las aves, así que Carter y yo lo ayudamos a llegar hasta allí. Cuando ya estuvo ubicado nos ordenó que nos alejáramos de él. Que fuéramos a dar una vuelta por allí hasta que se aburriera. Así que le hicimos caso, nos ubicamos en otra banca igual de deteriorada solo que a unos veinte metros de la suya. Creo que a esta distancia no puede distinguirnos, ya que los ancianos —por lo menos en su mayoría— no suelen tener una vista muy buena.

Todas las palomas de la plaza se han arremolinado alrededor de Marshall, quien toma puñados de arroz y se los lanzaba de una manera un tanto salvaje mientras grita cosas cómo:

—¡Vengan, mugrosos animales voladores! ¡Les tengo arroz, pájaros inmundos! —y luego se empieza a reír o a cantar una tonta canción sobre pájaros. Creo que está improvisando, realmente. Sonríe sin poder evitarlo. Marshall es un señor muy pero muy cómico. Escucho el profundo y exasperado suspiro de Carter junto a mí. Él está cruzado de brazos mientras sonrío de lado y mira a Marsh fijamente.

—Gracias por cuidar de mi abuelo, Meg —dice a la vez que conduce su mirada hasta mí.

—Oh, vamos —bufo—. No hay de qué. Marshall es un señor increíble —hablo con la voz cargada en sinceridad.

Luego de aquello, ninguno dijo más nada. La serenidad reina en estos instantes, siempre me han encantado los ambientes al aire libre como este. A

lo lejos se escucha el gorjeo de las palomas y a Marshall gritándoles atrocidades. Las palmeras alrededor danzan de un lado al otro al son del viento veraniego de San Diego. Un par de *skaters* pasan frente a nosotros con sus patinetas mientras ríen y hacen bromas. Un niño llora al otro lado del parque por alguna razón que obviamente desconozco. La brisa mueve mi cabello incómodamente, así que me hago una coleta improvisada mientras suspiro.

—A veces creo que debería volverme responsable... —escucho a Carter admitir junto a mí y por poco me ahogo en mi propia saliva. *¿He escuchado lo que acabo de escuchar?*—. Así podría hacerme cargo de mi abuelo... Pero si eso sucede, te quitaría el trabajo —bromea—. Así que mejor sigo siendo el vago que soy —se encoge de hombros.

En parte aquella afirmación es cierta. Si Carter se vuelve un hombre derecho, firme, responsable y maduro podría hacerse cargo de su abuelo, lo que significa que Marshall ya no me necesitaría, lo que significa que ya no tendría trabajo, lo que significa que adiós dinero y por supuesto adiós Louisville. Así que debo rogar que Carter siga siendo el chico inmaduro y antisocial que es, por más insoportable y fastidioso que sea.

—Seguro —asiento después de aquella rápida reflexión.

—Sabes... creo que te vi un par de veces cuando estábamos en Crawford — comenta después de un corto silencio. No sé por qué ha traído ese tema a colación, pero solo dejé que hablara—. Nunca creí que terminarías siendo la cuidadora de mi abuelo.

«La cuidadora de mi abuelo»

Eso es lo que soy para Carter, la simple cuidadora de su abuelo que sobre todo es rubia y según él, tonta. Bien, eso está bien. No es como si quisiera ser su amiga o algo por el estilo, sino qué... realmente no sé en qué estoy pensando. Le sonrío nerviosa.

—Yo tampoco creí terminar trabajando para tu familia —acepto.

—Si al principio de todo esto te hubieran dicho que yo soy nieto de Marshall... ¿Hubieras aceptado trabajar para mi familia? —me mira curioso por saber la respuesta. Noto que él sigue un ritmo cualquiera con su pie derecho, el cual choca continuas veces contra el pavimento.

—Ni de broma hubiera aceptado —le aseguro y él sonríe consciente de que aquella iba a ser mi respuesta.

—Cuéntame sobre tu vida antes de todo esto —me sorprendo al escucharlo.

—¿Qué quieres decir con «todo esto»?

—Ya sabes, antes de este verano, de trabajar con Marshall y obvio... antes de conocerme a mí —parpadea rápidamente de manera presumida. Él se acerca aún más y me mira curioso. Frunzo el ceño al ver el interés que está mostrando por mi pasado. Le doy una mirada maliciosa e insegura. *¿Qué rayos lo ha picado?*

—Aburrida. No era nada interesante —le aseguro y ruedo los ojos.

—¿Y ahora sí lo es? —su sonrisa confiada se agranda.

—No... bueno... no quise decir que... —*rayos, soy una ilusa*—. Cállate —finalizo enojada por casi haberme hecho admitirlo.

Tengo que aceptarlo, mi vida es mucho más interesante y divertida desde que había conocido a los Crane. Por alguna razón aquel viejo loco y poco cuerdo se ha convertido en una de las influencias más grandes de mi vida. Y Carter, con su inútil odio a las rubias, su obsesión por los videojuegos y con su inepta, insoportable y pesada forma de comportarse ha hecho que mi vida —por más absurdo que suene— sea un poco más interesante. ¡Pero obvio que no se lo diría jamás! ¡Eso aumentaría su tonto ego!

—Oh, vamos, tu vida no podría ser tan aburrida —bufa.

—Vaya que lo era —contradigo.

—¿Nunca fuiste a fiestas?

—Nunca.

—¿Tuviste amigas?

—Solo una y, por cierto, estaba enamorada de ti —comento. Si aún mantuviera contacto con Jade, de seguro me aniquilaría.

—Pff... ¿Quién no lo estaría? —dice con obviedad y no pude evitar poner los ojos en blanco— ¿Cuántos novios tuviste?

—Solo dos... Ryan y ni siquiera me acuerdo del otro.

—¿Fuiste al baile de graduación con tu chico ideal?

—¡Claro que no! ¡Eso solo pasa en las películas!

—¿Jamás te escapaste de tu casa a medianoche para ir a una fiesta con una fraternidad universitaria con un nombre muy raro como «Los Lobos Aulladores», quienes terminaron poniendo droga en tu bebida y al día siguiente te levantaste en medio de tu habitación sin nada de ropa? —frunzo el entrecejo confundida, pero luego le doy una sonrisa falsa.

—Eh...¡Sí! ¡Claro que sí! —suelto con sarcasmo, pero al parecer él no lo detecta. Carter cobra un aspecto radiante.

—¿En serio? ¡Creí que era el único! Los Lobos Aulladores están fuera de...

—¡¿Qué demonios?! A nadie le sucede eso. Solo bromeaba.

—Oh... —se rasca la nuca incómodo.

—Mi vida no es tan divertida y alocada como la tuya —le informo.

—Mi vida no es divertida y alocada. Mi vida es un asco —suelta, a la vez que hace un gesto de desagrado.

—Oh vamos. ¡Tienes todo el dinero que alguien puede desear! ¡Tienes una novia! ¡Un abuelo! ¡Un fantástico amigo! ¡Ni siquiera te obligan a ir a la Universidad! Cualquiera desearía tener tu vida... o por lo menos yo. No tengo dinero, ni novio, ni abuelos, ni siquiera tengo amigos.

—Vale, mi vida puede sonar de lo más genial, pero te aseguro que no lo es. Me la paso encerrado en mi habitación porque soy muy vago para salir de ella, y cuando voy a fiestas es solo cuando Piper me invita o algo por el estilo —hace raros ademanes con las manos—. Pero el punto es que no desearía que nadie estuviera en mi lugar. Tú por lo menos tienes a tus padres —me mira resentido y de pronto puedo ver cómo un extraño brillo se refleja en sus ojos.

—Solo tengo a mi padre —confieso y él frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre está muerta —uso mi usual tono.

Cuando hablo de mi madre no suelo hacer gestos ridículos de tristeza, mi voz no se quiebra ni mucho menos me pongo a llorar como la chica más dramática del mundo. Para mí, aquel tema es lo más común. No es algo delicado que me rompa el corazón, ya que después de muchos años me he acostumbrado a aquel vacío que se hace llamar madre. Jamás la conocí, por lo tanto, jamás tuve de su cariño. No voy a negar que en algún momento de mi vida deseara tener una madre, pero por otro lado tuve a Wendy, que ha

sido mi madre tanto como mi amiga. Carter me mira con los ojos abiertos sorprendido y algo desconcertado.

—Vaya... yo lo...

—Por favor, no digas que lo sientes —digo fastidiada—. Yo no lo siento ni tú tampoco deberías sentirlo. ¿Por qué? Por qué así es la vida —no pude evitar sentirme enojada.

Odio a las personas hipócritas que dicen aquella monótona frase como si en realidad les importara y no me interesa si la derivan: «Lo siento», «Lo siento mucho», «Vaya, lo siento», «Yo lo siento», «Mi más sentido pésame». ¡Es lo mismo! Yo jamás lo he «sentido» por la muerte de mi madre. Murió en mi nacimiento. En parte yo la maté. ¡Sí! ¡Meg Lennon resultó ser una asesina! Mi padre siempre me repite que no había sido mi culpa, pero jamás me ha convencido de ello. Me cruzo de brazos mientras respiro profundamente. Puedo sentir cómo el aire que sale de mis fosas nasales expulsaba calor. Es muy raro, ya que en vez de ponerme triste, emana ira y discordia.

—Disculpa... a veces suelo... —trato de disculparme con él.

—No, no, comprendo. No debe ser fácil —de pronto la situación se ha tornado algo incómoda e incluso insoportable.

—Tú no lo comprendes —digo exhausta.

—Claro que sí. Sé que sonará tonto y enfermizo, pero a veces siento como si ellos estuvieran muertos. En realidad solo los veo un par de meses antes de que se vayan nuevamente de viaje. Jamás he tenido una conversación con ellos. Nunca he podido contarles mis preocupaciones o mis metas. Ellos solo son una figura mental sobre lo que es ser padres. Se han perdido los momentos más importantes de mi vida por trabajo —se relame los labios, a la vez que niega con la cabeza.

No me había dado cuenta de hasta qué punto habíamos llegado. Ambos nos hemos estado abriendo el uno al otro, expresando nuestros sentimientos y todo ese rollo. No sé cuándo decidí contarle a Carter sobre la muerte de mi madre, pero ya lo hice. Él me habla de una manera tan abierta y emotiva que puedo sentir el dolor y la necesidad que expresa al hablar de sus padres. Es extraño hablar con él de esta manera.

Escuchamos el quejido —o mejor dicho, la injuria— de Marshall. Giro mi cabeza alarmada para ver cómo una paloma se encuentra encima del viejo

picoteando su cabeza, que al parecer tiene granos de arroz. Él trata de ahuyentarla, pero el ave insiste en picotear el cráneo del pobre anciano. Antes de que me dé cuenta, Carter corre hacia a su abuelo, quien grita palabrotas e insultos hacia la pobre avecilla hambrienta y se la quita para luego dejarla libre. Me acerco a ellos corriendo y me detengo frente a mi custodiado, quien se limpia los granos de arroz de la cabeza y ropa. Me mira irritado a través de sus empañadas gafas.

—Ese animal tiene complejo de cuervo —señala a una paloma cercana que picotea los restos de arroz en el suelo—. ¡Fuera de aquí, bestia despiadada! ¡SHU! —hace movimientos groseros con sus manos espantando al pájaro, el cual extiende sus alas y alza vuelo muy lejos de nosotros—. Odio a las aves —finaliza Marsh con rostro airado.

—¿Por qué rayos tenías arroz en la cabeza, Marshall? —cuestiono sin entender.

—Larga historia. Ahora sáquenme de aquí, mocosos. Me quiero ir a casa, tengo una cita con mi cómodo sofá —se levanta de la banca con ayuda del bastón mientras comienza a caminar, o mejor dicho, a arrastrar los pies por el pavimento. Carter y yo nos damos una mirada chistosa mientras observamos al viejo avanzar como tortuga sin nuestra ayuda—. Ándenle, ¿qué esperan? —se da la vuelta y nos mira reprochador. Suelto una pequeña risa y me acerco a él para tomarlo del brazo y ayudarlo a llegar al auto. Carter nos sigue.

...CR...

Son alrededor de las ocho de la noche. Yo navego en la web en mi ordenador. Investigo más a fondo sobre University of Louisville y todo lo que está relacionado con estepreciado lugar. Llevo puesto un simple pijama. Pantalón de lana largo a cuadros y una blusa de tiras ajustada al torso. La noche es fría, así que me levanto y voy por mi sudadera azul. Me la pongo en un rápido movimiento de brazos cuando escucho que la puerta de mi habitación se abre de golpe.

Termino de acomodarla bruscamente, lo que causó que la capucha se acomode sobre mi cabeza cubriendo parte de mi cabello. Cuando tengo la vista libre noto que Carter está adherido literalmente a la puerta de mi

habitación como una lagartija. Respira agitado mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué rayos haces aquí? —cuestiono enojada. No es de mi gusto que Carter entre en medio de la noche a mi habitación sin razón alguna.

—Shhh —se pone el dedo índice sobre los labios indicándome que haga silencio.

—¿Qué sucede? —le susurro esta vez.

—Piper —musita en un movimiento de labios y no puedo evitar dejar salir una pequeña risa. ¡Ja! ¿Por qué narices se estaría escondiendo Carter Crane de su adorable novia? ¡Nótese el sarcasmo!



#LecciónDelDía:

Alimentar palomas es un acto muy peligroso.

Montaña de cálculos

Capítulo 30

—Deja de reírte —exige enojado.

—¿Por qué? —trato de esconder mi sonrisa.

—Por qué si no descubrirá que estamos juntos en una habitación a solas y no querrás ver a Piper enojada —me advierte. Me muerdo el interior de mi mejilla y me cruzo de brazos.

—¿Por qué te escondes de ella? Es tu novia, ¿no?

—Sí, sí lo es. No tienes por qué recordármelo —resopla furioso.

—¿Entonces qué sucede?

—Te lo explicaré luego —le pone llave a la puerta y se aleja de ella con total sigilo.

—¡No! ¡Me explicarás ya! ¿Quién te crees? ¡No puedes irrumpir en mi espacio personal sin ninguna expli...! —Carter me mira alarmado al ver que estoy gritando, así que no duda en correr hacia mí y poner sus manos sobre mis labios reprimiendo el sonido que sale de mi boca.

—¡Cállate! ¡Auch! —se queja al notar que le he mordido el dedo gordo.

—Explícate —escupo.

—Vale —se sienta sobre el borde de mi cama y comienza a susurrar— A Piper le han dado de alta antes de lo que esperaba y pues... nunca la fui a visitar. ¡Me va a matar, Meg! —suelta desesperado—. Necesito que me ayudes —junta sus manos por debajo de su barbilla en un ademán de súplica. Frunzo los labios a la vez que coloco mis manos en mi cadera.

—Eres un tonto. ¡Es tu novia! ¿Por qué jamás la visitaste?

—Lo sé, lo sé. Es solo que tenía... pereza. ¡Soy un vago! ¿De acuerdo? —se pasa una mano por el cabello frustrado—. El punto es que ahora ella está aquí y muy enojada. Le he dicho a Lupe que le diga que no estoy, pero ella está

fuera de control y ahora me está buscando por toda la mansión. He tenido suerte salir de mi habitación —suspira agotado.

—Hay un millón de habitaciones en esta casa. ¿Por qué en la mía?

—Por qué sé que eres un ser vivo con sentimientos y no me entregarás a mi furiosa novia porque sé que muy en el fondo me quieres —hace un puchero fingido. Suelto una carcajada.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La forma en la que me miras, la sonrisa que te acabo de sacar, la manera en la que siempre buscas una excusa para estar conmigo y...

—Ya cállate. Alucinas —pongo los ojos en blanco—. Sal de mi habitación —señalo la puerta con mi dedo índice, fastidiada. El rostro de Carter se torna desesperado. Me mira con ojos suplicantes y no sé cómo, pero de pronto se encuentra tirado en el piso abrazando mis piernas como un nene.

—No, por favor, no. No me puedes hacer esto —lloriquea—. Ayúdame, Meg.

—¿Qué rayos te pasa? Suéltame —me sacudo de lado a lado como una palmera intentando zafar mis piernas de su agarre.

—Por favor, por favor, por favor —repito una y otra vez en súplica.

—¿Tengo otra opción?

—No.

—Eres insoportable.

—¿Me ayudarás? —expulso el aire de mis pulmones fuertemente creando un sonido, que muestra mi desacuerdo.

—Vale —acepto.

—Bien. Gracias —me suelta y se levanta recuperando la compostura a la vez que se sacude las prendas.

Después de que unos pocos segundos transcurrieron ambos empezamos a escuchar el chillido —o mejor dicho, el aullido— de Piper, el cual recorre toda la mansión a través del eco. Esta tipa está fuera de control. ¿Quién rayos se cree? Puedo escuchar cómo ella va golpeando de puerta en puerta mientras vocifera salvajemente el nombre de su novio. Noto cómo el rostro de Carter se ha desfigurado al escuchar el rugido de su amada novia y me río a mis adentros.

Sus gritos se acercan cada vez más y a medida que lo hace su voz cobra un

tono grotesco y caníbal que me coloca los pelos de punta. Luego de un par de minutos nos hemos dado cuenta de que Piper en estos instantes se encuentra golpeando a la puerta de mi habitación. Desde el interior podemos ver cómo el pomo de la puerta gira brutalmente hacia todos lados en un intento de abrirse, pero el seguro nos protege aquí dentro. Piper no se detiene y azota la puerta aún más fuerte que antes. ¿Dónde rayos está Lupe que no puede detener a esta maniática? Ciertamente, Lupe es solo la ama de llaves, no es un guardaespaldas. Ahora que lo pienso... ¿Por qué los Crane no tienen un guardaespaldas? Les vendría muy bien uno con la cínica novia que tiene Carter. Aunque no vendría nada mal que por pura casualidad ese guardaespaldas sea un hombre muy apuesto y atractivo. Así tendría con qué entretenerme... *¡Concéntrate, Meg!*

—¡CARTER! —ruge, lo que causa que me estremezca sin razón. No quisiera estar en el lugar de Carter—. **¡SÉ QUE ESTÁS ALLÍ!**

Aquel bramido prominente trasladó mi mente hasta un cuento de hadas en la época medieval. Piper es el dragón furioso que escupe fuego por las fosas nasales y custodia a la pobre damisela «no tan en peligro» que en este caso sería Carter y pues al final de todo... me toca ser el príncipe —obviamente apuesto— que tiene que salvarlo. Sacudo la cabeza para alejar aquella extraña escena de mi mente y poder concentrarme en la situación.

—¿Qué hacemos? —me pregunta desesperado.

—Yo hablaré con ella, tú... escóndete —susurro cautelosa.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Que tal el armario?

—Vamos, no seas tan obvio.

Carter comienza a dar vueltas sobre su propio eje examinando toda la habitación hasta que finalmente se decide. Se lanza al suelo y comienza a gatear por la alfombra hasta meterse debajo de mi cama. Observo cómo su cuerpo desaparece por completo debajo del mueble y el edredón. Doy un vistazo más a mi habitación examinado que nada se ve sospechoso y cuando compruebo que todo está en orden, camino hacia la puerta y la abro de un jalón.

Lo primero que veo es el rostro paliducho de Piper. Sus labios carecen de color alguno, están resecos y agrietados. En su rostro y en algunas partes expuestas de su cuerpo puedo ver rastros de los golpes del accidente que tuvo. Llevo mi mirada hasta sus ojos y noto que estos están cristalizados en furia. Estoy segura de que si viviéramos dentro de un cuento de hadas la lágrimas de Piper serían el veneno que usó la Bruja Malvada para bañar la manzana y luego matar a Blancanieves. *Creo que he visto mucho Disney últimamente.* Al verme su rostro se congela, veo cómo su garganta sube y baja al tragar.

—¿Tú? —usa su tono ofensivo que solo me da ganas de tirarme al suelo y morir de la risa.

—¿Yo? —me burlo con sarcasmo.

—¿Dónde está Carter? —rueda los ojos.

—¿Por qué debería saberlo?

—Porque vives con él —se cruza de brazos y deja caer su peso sobre una pierna en una posición reprochadora.

—No es mi problema que tú no sepas controlar a tu novio.

—Sé que está allá dentro —da una mirada por encima de mi hombro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No soy tan tonta como tú, mugrosa rubia.

Creo que eso último hace que una chispa de furia descomunal explote dentro de mí sin anticiparme. Si no fuera porque Carter está escondido acá dentro, la golpearía en aquel demacrado rostro hasta tener su cráneo entre mis manos. Tengo que apretar mis puños para no darle un fuerte golpe en la mandíbula.

—Quítate, tengo que entrar —ella da un paso hacia adelante, pero soy más ágil y coloco mi cuerpo entero en la entrada. Pego mis manos sobre el marco de la puerta y hago lo mismo con mis pies, solo que desde el suelo, quedando en una posición parecida a la de una estrella de mar adherida al vidrio de una pecera.

—Buen intento —le doy mi más amplia sonrisa.

Pero por alguna razón ella también me sonrío y antes de que me dé cuenta estoy tirada en el piso de mi habitación. ¡La muy alimaña me ha empujado al suelo! ¡Oh, esta sí que me las pagarás, Charles! Desde el piso observo cómo

ella entra en mi habitación con su exagerado movimiento de cadera y camina hacia el armario. Ella lo abre de golpe para encontrar mi ropa y el vacío de Carter. Me levanto rápidamente y recupero la compostura. Camino hacia ella, quien observa el resto de mi habitación en busca de Carter. Cuando estoy lo suficientemente cerca, la tomo de un mechón de cabello castaño y la jalo fuera de mi habitación. Ella pone resistencia y comienza a lanzar golpes hacia todos lados indefensa. Pero de alguna manera he reunido todas mis fuerzas para arrastrarla. Ella me lanza insultos y palabrotas en chillidos que podrían destruir el tímpano de cualquiera, pero yo solo me dedico a jalar aún más fuerte de su mata de cabello.

—¡Auch! ¡Ayayay! ¡Suéltame, desgraciada! ¡Eres una...! —pero ya es muy tarde. Logro sacarla a rastras y no puedo negarlo... lo había disfrutado. Le cierro la puerta en la cara con todas mis fuerzas y le vuelvo a colocar seguro para que no entre.

Ella es el triple de insoportable que Carter.

Piper grita alrededor de tres minutos fuera de mi habitación. Escupe barbaridades y entre ellas incluye a Carter. Azota la puerta, la cual se sacude bajo su toque, pero dudo mucho de que esta mujerzuela pueda derrumbarla. Me siento en el piso de mi habitación sobre la alfombra a escucharla, ya que no me queda otra opción. Abrazo mis piernas y coloco mi mentón sobre mis rodillas mientras tarareo una canción cualquiera tratando de ignorar los chillidos de Piper. Escucho un último estruendo en la puerta y luego cómo sus pasos se van alejando poco a poco. Transcurren unos segundos de silencio hasta que Carter asoma su cabeza por debajo del borde del edredón que está sobre el suelo. Su cabello está desordenado y puedo ver cómo su piel ha empezado a transpirar. Debe hacer calor allá abajo.

—¿Se fue? —susurra. Me encojo de hombros sin ánimos.

—Supongo.

—¿Qué fue todo eso? —deja caer su barbilla sobre la alfombra.

—Digamos que le di su merecido. Tu novia es una cínica, maniática, demente, desequilibrada, chiflada, lunática, esquizofrénica... —enumero con los dedos cada adjetivo mientras niego con la cabeza sin creerme la escena que he vivido con esa loca.

—Lo sé, lo sé, ya no sé qué hacer con ella —suspira exasperado.

—Enciérrala en un manicomio —Él me da una mirada de aborrecimiento —. Bien, solo decía. Nunca es malo dar ideas —me cruzo de brazos.

—Te debo una. Gracias, Meg —se sacude el cabello.

—No hay de qué —trato de sonar indiferente—. Solo mantén a esa tipeja lejos de mí antes de que le saque los ojos —le advierto con humor y él sonrío de lado.

—Eh, ¿Meg? —me llama y frunzo el ceño al escuchar su tono vacilante.

—¿Qué sucede?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro —No sé, pero por alguna razón me pongo nerviosa. Mis manos comienzan a sudar sin yo entender por qué.

—¿Qué rayos es todo esto? —dice sin apartar la mirada de mis ojos. Él saca su cuerpo de por debajo de mi cama y con él arrastra un montón de hojas con trazos muy familiares para mí... ¡Números! ¡Ay, no puede ser! ¡Ay, no puede ser! ¡Mis cálculos! ¡Esto está mal, esto está muy mal!

Ni siquiera me acordaba de esos papeles. Me levanto del piso de un salto. Abro mis ojos desorbitados mientras observo cómo Carter saca todas las hojas rellenas de números y forma una montaña de bolas de papel en medio de mi habitación.

—¡Para! ¡Detente! —le grito al ver que él sigue sacando cada vez más. Carter da un respingón y me mira desconcertado.

—Meg... estás pálida. ¿Qué te sucede?

Realmente no entiendo qué me sucede. No estoy segura de por qué me he puesto tan paranoica al ver que Carter ha descubierto todos mis cálculos. En parte me asusta, pero no entiendo por qué. Él no debería estar aquí, él no debería tocar esos papeles. Porque esos papeles contienen mi única fuente de control. Ahora Carter los ha descubierto y creerá que estoy más loca que su novia. Observo aquella montaña de papel de cincuenta centímetros de altura y puedo confirmar que estoy algo enferma. Son solo un montón de números...

—Yo, sí... bueno no —balbuceo como tarada. Mis piernas comienzan a perder el equilibrio y sin poder controlarlo caigo de rodillas al piso. Pongo ambas manos sobre mi regazo y observo detenidamente la montaña de cálculos. Carter me examina curioso y confuso. Sus ojos miel recorren mi cuerpo entero si entender la causa de mi estado. Cruza aleatoriamente su

mirada entre yo y la montaña con el ceño fruncido. Luego extiende su mano y toma una bola de papel y la abre. Sus gestos de confusión se profundizan.

—Pero qué... ¿Por qué rayos no entiendo nada? —suspiro resignada. Ya lo ha descubierto y ya no hay marcha atrás.

—Tal vez porque eres un cabeza de chorlito.

—Qué gracioso, Meg —dice con ironía—. ¿Qué es todo esto?

—¿Estás seguro de que fuiste a la escuela? —Carter me fulmina.

—Sé que son matemáticas, pero... ¿Por qué hay tantas? Esto parece el estudio de Pitágoras —suelta esa página y toma otra.

Nunca me había dado cuenta de cuán adicta soy a las matemáticas hasta hoy que puedo ver esta gran montaña. Me recuesto sobre la alfombra de mi habitación a un costado de mi montaña de papel y observo el techo de mi habitación. Por algo mi cuerpo se siente exhausto y acabado. Cierro mis ojos y dejo mis manos sobre mi vientre mientras trato de regular mi respiración.

—Yo... controlo mi ira con las matemáticas. Siempre lo he hecho. Solo desarrollo un montón de problemas cuando estoy enojada —confieso.

—Eso es muy raro y aún más si eres... —deja la frase en el aire.

—¿Rubia? —digo en monótono y suelto un bufido—. Que sea rubia no significa que no pueda ser inteligente.

—Eso veo —dice casi en un susurro y no puedo evitar sonreír—. ¿Qué significa esto de... plano *Cartersiano*? —abro los ojos de golpe y me siento en un movimiento para verlo. Él tiene entre sus manos un papel algo familiar. ¡Ay, no! ¡Qué vergüenza!

—Suelta eso —uso un tono amenazante y él sonríe.

—¿Por qué?

—Solo hazlo. Dámelo —camino de rodillas y me acerco a él. Estiro mi brazo para alcanzarlo, pero él lo esquiva y se interpone entre el papel y yo. Tiro manotazos al aire con el propósito de quitarle la vergonzosa hoja, pero Carter me aparta con su mano y empieza a leer en voz alta.

—Ubicar en el plano cartesiano las coordenadas 14,5,6,5. Respuesta: no se es posible, ya que el plano cartesiano tiene dos dimensiones, pero se puede realizar la ubicación de los puntos 14,5 y 6,5, que en representación a lo que estoy sintiendo ahora daría como resultado un tonto ¡Plano CARTERsiano! Inservible y odioso como el tarado de Crane —finaliza con una carcajada.

Carter se lanza sobre la montaña de papel haciendo que estos se desparramen por todos lados. El suelo queda casi cubierto por estas páginas. Él no para de reír y yo caigo junto a él para quitarle la hoja que cuando llega a mi poder termina en trocitos. No sé por qué lo he hecho si ya lo había leído, pero creo que debo asegurarme de que nadie más vea esa absurda página.

—Deja de reírte —le doy un codazo que él ignora. Carter comienza a toser fuertemente, ahogándose en su risa.

—Eso... es... muy patético, Megan —finaliza y escucho cómo intenta cesar su jolgorio.

—Cierra la boca —ruedo los ojos y me concentro en el techo de la habitación nuevamente.

—Entonces... ¿Piensas en mí cuando haces matemáticas? —usa su tono arrogante y presuntuoso.

—Estaba enojada contigo —me justifico—. No pensaba en ti.

—Si estabas enojada conmigo estabas pensando en mí. Vamos, Meg, sé que te gusta.

—Ugh. Eres desagradable —me alejo un poco de él.

—Lo sé, eso dicen todas. Pero en el fondo sé que me desean.

—¿Todas? —demando.

—Ves, estás celosa. No tienes por qué negarlo, sé que soy irresistible... ¡Ay! —se queja al sentir cómo clavo mi puño en su abdomen—. Ya me callo.

—Más te vale.

Creo que los silencios incómodos siempre tomarán parte en una conversación. No importa si es una entrevista de trabajo, un *casting* para una película o que estés tirado en el piso de tu habitación observando el techo junto a tu mayor enemigo rodeados de páginas llenas de cálculos... Aunque, ahora que lo pienso, esta es una de las escenas más perturbadoras que alguna vez me haya imaginado. Los silencios incómodos siempre harán su entrada para hacerse notar y decir «¡Hey, aquí estoy, soy un silencio incómodo y me instalaré en tu conversación sin tu permiso!».

—¿Por qué sigues con Piper? —inquiero curiosa. No entiendo cómo puede seguir con una chica así.

—Porque tengo miedo.

—¿Le tienes miedo a tu novia?

—No ese tipo de miedo. Me refiero a que... estoy acostumbrado a ella. Si la dejas, sería como decir adiós a una parte de mi vida.

—Dijiste que no la amas.

—Y no lo hago. Pero hay cosas que no amas pero te acostumbras a ellas. Por ejemplo, no amábamos la escuela, de hecho la odiábamos, pero una vez que nos acostumbramos a ella, se volvió una rutina.

—Sí, pero todos alguna vez salimos de la escuela y pasamos a la universidad. ¿No crees que tú deberías hacer lo mismo con Piper?

—¿A qué te refieres?

—Estás estancado en tu escuela y deberías ir en busca de una universidad.

—¿Estás hablando metafóricamente o en el plano real?

—En ambos.

—Lo sé, no puedo pasar el resto de mi vida junto a ella, pero solo necesito un poco más de tiempo —suspira—. En fin, ¿qué pasó contigo y Shawn? —vaya, no me había acordado de ese chico con todo este lío.

—No lo sé, no hemos hablado desde hace mucho. Creo que después de todo cumpliste tu misión de separarnos.

—Creo que fue más la misión de Shawn que la mía —frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

—Babosadas. Olvídalo.

Después de unos segundos Carter se levanta del suelo y desde mi perspectiva parece tener el tamaño de un edificio. Vaya que es alto. Camina hacia la salida y abre la puerta.

—Ten buenas noches, Meg —dice antes de salir.

—Buenas noches, Cartersiano —es la primera vez que lo digo en voz alta y sin duda suena ridículo. Carter suelta una risa y sale, cerrando la puerta tras de él. Me levanto del suelo y me sacudo el pijama, pero repentinamente la puerta se vuelve a abrir y Carter asoma la cabeza por la ranura que se ha abierto.

—Por cierto, te odio —me mira y guiña un ojo con su empalagosa mirada. Sin poder controlarlo las comisuras de mis labios se elevan a tal punto que están a pocos centímetros de clavarse en mis mejillas, obviamente a lo que me refiero es que estoy sonriendo como tarada.

—Yo también.



#LecciónDelDía:

Si eres un cínico que desahoga sus problemas
con las matemáticas... por lo menos busca un buen lugar
en donde esconder tus cálculos. ;)

Una carta

Capítulo 31

Cuando tenemos la garganta seca, lo único que queremos es tomar un refrescante vaso de agua fría. Así que reúno todas mis fuerzas para levantarme de la cama e ir por agua a la cocina. Miro la hora en mi teléfono, que marca las 2:43 de la madrugada. Camino en medio de la oscuridad de mi habitación hasta llegar a la puerta, la cual abro automáticamente. El resto de la mansión se encuentra igual de oscura que mi habitación. Así que me las arreglo para caminar con el poco reflejo que hay de una luz proveniente de la planta baja. Llego a las escaleras, las cuales están más iluminadas que los pasillos, y comienzo mi descenso. Siento el frío mármol bajo mis pies y me doy cuenta de que estoy descalza.

Cuando estoy a mitad de los peldaños, escucho un golpe limpio seguido de un grueso quejido. Me congelo en el escalón y agudizo aún más mi oído para ver si escucho otro sonido parecido. Pero lo único que mi sentido auditivo capta son unos susurrantes quejidos desde la planta baja. Me tomo unos segundo para analizar la crepitante situación antes de empezar a bajar los escalones de dos en dos. Los quejidos cesan a medida que me acerco a ellos. ¿Qué está sucediendo? Sigo caminando en medio de la oscuridad de la casa entre los pasillos de la planta baja. Los quejidos pasan a ser leves jadeos que parecen provenir de... ¡Oh Dios! Trago. La habitación de Marshall.

Mis manos comienzan a temblar inconscientemente junto al resto de mi cuerpo. Puedo sentir la tensión en la atmósfera y la pesadez en el aire. Respirar se me dificulta por alguna razón y mi pulso se acelera. Comienzo a transpirar. Esto me da muy mala espina. La oscuridad parece haberse profundizado en esta parte de la casa tomando un ambiente tétrico. No puedo ver nada más que el reflejo de la luz resplandeciendo sobre el lustrado picaporte de la puerta. Me acerco con cautela y lo tomo, entonces me doy cuenta de que mi mano está al borde de un colapso epiléptico. Trago con

dificultad una vez más antes de abrir la puerta y encontrar el peor panorama que quizás haya visto en mi vida. Los jadeos se intensifican cuando abro la puerta, pero no puedo ver nada gracias a la oscuridad.

—¿Marsh? —mi voz se quiebra.

No obtengo respuesta. Con mi mano tanteo frenéticamente la fría pared hasta encontrar el interruptor el cual enciendo enseguida. Como es propio de ella, la luz recorre cada rincón de la habitación dejando todo a la disposición de mis ojos, pero lo único que observo es el inerte cuerpo de Marshall que yace sobre la alfombra de la habitación. Ahogo un grito al verlo y me llevo una mano a la boca. ¿Qué rayos ha pasado? No, no, no ¡NO!

Corro y me arrodillo junto a él con los ojos desorbitados. Mi labio inferior comienza a temblar y mis ojos se cristalizan acumulando un par de lágrimas en el borde de mi párpado inferior. Toco su cuerpo con mis manos trémulas, pero Marsh no reacciona. Lo primero que hago es medir su pulso... ¡Pero jamás en mi vida había medido el pulso de alguien y menos en esta situación! Él parece estar respirando con dificultad, ya que cada vez que inhala y exhala suelta uno de sus jadeos. Empiezo a perder el control sobre mí misma y las lágrimas no pierden la oportunidad para aparecer.

—¡Marsh! ¡Reacciona! —sacudo su cuerpo agitadamente, pero él solo sigue respirando.

—Mag... Maggie —musita débilmente y siento un alivio recorrer mi cuerpo.

—¡Oh Dios! ¡Estás bien! —expreso al escucharlo hablar.

Él abre los ojos, solo unos milímetros antes de volver a cerrarlos. Sus labios arrugados y reseco se sellan y me da una sonrisa de aquellas que te dicen «todo estará bien». No sé cómo es posible que me hable sin siquiera abrir la boca. En aquel instante reacciono y me doy cuenta de que esto es urgente. ¡Debemos llevarlo al hospital!

—¡LUPE! ¡CARTER! ¡AYUDA! —grito desgarradoramente asegurándome de que cada persona en la mansión me escuche y venga a ayudarme, mas lo único que recibo es la respuesta del silencio perturbador que hay afuera de esta habitación.

Marshall mueve su mano temblorosa desde el piso hasta mi regazo y parece que ese movimiento le ha consumido gran parte de su energía, ya que vuelve

a jadear. Observo su extremidad sobre mi pijama, tomo su arrugada y fría mano entre las mías y la cubro brindándole calor.

—Vas a estar bien, Marsh —le digo en un hilo de voz—. ¡CARTER! ¡GUADALUPE! —vuelvo a gritar gracias a la desesperación que se instala en mí.

—Shhh... —sisea Marsh—. La... la carta —su voz se ha convertido casi en un inaudible susurro.

—¿Qué? ¿Qué carta? —cuestiono desorientada.

—En el mueble... búscala —me indica y seguidamente suelta otro quejido.

Asiento y me levanto de su lado para ir en busca de la supuesta carta. Me obligo a limpiarme las lágrimas que se han acumulado nuevamente y que están prontas a venir. Camino con pasos débiles hasta el mueble trastabillando un par de veces. Busco en su guardarropas y en algunas gavetas hasta que la encuentro sobre la mesita de noche de Marsh, junto a su cama. Es una página blanca, doblada en cuatro y simple como cualquier otra. Tiene encriptada una caligrafía clara y segura. Esta cita en la parte delantera: «Para Maggie».

Me acerco y tomo el papel entre mis temblorosos dedos. Releo cinco veces más el título antes de darme la vuelta y regresar junto a Marsh. Me arrodillo justamente como antes sin apartar la mirada del papel. ¿Por qué Marsh escribiría una carta para mí?

—¿Es esta? —le pregunto y espero su respuesta, la cual no llega.

Corro de vuelta a su costado y me vuelvo a arrodillar. No hace ningún movimiento, no asiente, no sonrío, no hace gestos, no me habla, no responde, no... respira. El común movimiento que debe hacer su abdomen de subir y bajar como cualquier persona que respira no está. Su pecho se mantiene inerte y por una vez deseo que este suba.

—¿Marsh? —suelto la carta y vuelvo a tomar sus manos que están aún más pálidas y frías que antes—. Vamos, ya tengo la carta. ¿Ahora qué? —le hablo con la voz quebrantada en mil trocitos. Esto no está sucediendo, esto no está sucediendo. Él no puede... ¡Claro que puede! ¡Es el inútil ciclo de la vida! —Marshall, no —digo entre sollozos. Las gotas caen por mis mejillas humedeciendo gran parte de mi rostro. Estas resbalan por el borde de mi barbilla hasta caer sobre mi inútil pijama—. No, por favor no.—gimoteo sin

fuerzas, mis hombros se sacuden con espasmos cada vez que mi pecho se retrae gracias a los sollozos—. Marshall —repito su nombre una y otra vez en un intento de que reaccione, abra sus arrugados ojos grises y me diga «Estoy bien, Maggie» como suele hacer todas la noches antes de dormir.

Pero ya no puedo seguir negándolo. El momento ha llegado. La vida ha abandonado el cuerpo de Marshall. En un segundo está y al otro no.

¿Pero por qué? ¿Por qué ha muerto sin avisarnos? Hace unas cuantas horas estaba alimentando palomas y ahora ya no está. ¿Es tan fácil deshacernos de la vida? ¿Simplemente decide abandonar nuestros cuerpos y darle paso a la muerte? Sé que Marshall era un anciano y tenía que llegarle este momento, pero nunca creí estar preparada para esto. Lo sé, él no es mi abuelo, ni siquiera tenemos la misma sangre, pero de alguna forma Marshall se había convertido en una persona fundamental en mi vida. Tal vez yo era su cuidadora, pero más que nada, él también cuidaba de mí. No en el sentido de protección, sino en el ámbito emocional. Me hacía reír con sus ocurrencias, me aconsejaba hasta en lo mínimo, me advertía sobre cosas que pasaban en la noticias y sobre todo me dejó un retacito de su sabiduría. Si no hubiera conocido a Marshall, seguramente mi vida seguiría siendo tan «normal» que me volvería loca.

En este momento no pienso insertar una frase inspiradora sobre la vida ni nada por el estilo, ya que no soy poeta. Simplemente diré que hay que valorar cada milisegundo con las personas que más amas. Respira como si fuera el último respiro de tu vida... y vive. Tomo todo el aire que puedo y me grabo lo siguiente en la mente «Marshall se ha ido» y tengo que aceptarlo.

Con ambas manos me limpio las lágrimas rústicamente de mis ojos dejándolos algo irritados al igual que mi nariz. Puedo sentir mi alma deshecha y adolorida como el resto de mi débil cuerpo. Me coloco de pie con gran esfuerzo, tomo la carta y la meto en mi pantalón de pijama asegurándome de que el elástico sostenga el papel para que no se escurra por el resto de mi pierna. Miro una vez más el cuerpo de Marsh que yace frente a mí, cuando de pronto siento una presencia a mis espaldas.

Giro mi cuerpo levemente y lo veo. Carter está debajo del umbral con una postura de rendición. Me sorprende ver sus ojos colmados en lágrimas y su mandíbula tiritar. En ese instante toma el aspecto de un niño pequeño, el cual su madre lo ha abandonado y llora sin cesar. Su mirada cristalizada está

puesta en el cuerpo de Marsh y nada más. Luego de unos segundos recuesta su cuerpo en el marco de la puerta para mantenerse en pie. Las lágrimas se han adueñado de su rostro y de tan solo verlo así hace que se destruya toda la fortaleza que me queda dejándome desarmada. No puedo moverme y tampoco quiero. Solo quiero que todos paremos de llorar pero eso parece imposible. Carter se limpia la nariz con la camiseta y se digna a mirarme. De tan solo ver sus ojos miel quebrantados sobre mí me dan ganas de rendirme. Él abre la boca e intenta hablarme, pero antes comienza a negar con la cabeza eufóricamente.

—Dime que no es cierto —su tono es suplicante y devastador—. Dímelo, Meg. Dime que no está muerto —la comisura de sus labios tiemblan con cada palabra que sale de su boca como fragmentos de vidrios resquebrajados—. ¡DÍMELO! —las lágrimas nublan mi vista, así que me obligo a mirar al suelo mientras niego, ya que no creo ser capaz de pronunciar una palabra más.

—Soy un cretino —golpea la pared con su puño mientras se insulta—. Esto... no puede estar pasando.

Carter se aleja del marco y decide entrar a la habitación. Pasa junto a mí y se arrodilla en el piso, justamente en el lugar en el que estaba hace unos minutos. Pone sus manos sobre Marsh, ignorándome. Lo escucho sollozar mientras se limita a hacer un solo movimiento. Negar con la cabeza.

—Yo... lo siento. Lo siento tanto —repite una y otra vez como si hablara con Marsh, pero todos sabemos que él ya no está aquí por más difícil que sea.

Después de aquello, escucho cómo Carter rompe en llanto. Recuesta su frente sobre el hombro de Marsh y llora sin consuelo. Aquella imagen me deprime más de lo que ya estoy. Pienso en acercarme a él, pero luego desecho esa idea y me alejo. Todos necesitamos un tiempo. Su cuerpo se sacude con cada sollozo y yo simplemente retrocedo vuelta un lío. Jamás había visto a Carter en este estado y jamás me imaginé verlo. Nunca pensé que mis ojos tuvieran la oportunidad de ver a un Carter vulnerable y sensible. Siempre creí que Carter era un tipo de bestia indiferente que le daba igual la vida. Creo que esta es la primera vez que veo a profundidad la parte humana de Carter Crane. Me doy cuenta de que cualquiera se puede hacer el fuerte ante una situación, pero lo único que hace es acumular todos esos sentimientos en una cápsula que algún día explotará desbordando lágrimas de tristeza, de amor, de alegría, de odio, de dolor y de todas las emociones

habidas y por haber. Creo que las personas sentimentales son aún más valientes que cualquiera al dejar sus emociones a la intemperie de todos.

Hoy me doy cuenta de que Carter es un chico como cualquier otro. Quizás no tan sensible, pero con sentimientos. Tal vez detrás de toda esa faceta de insensible esconde a alguien totalmente diferente y menos... cruel. Un Carter Crane apasionado y cariñoso, por más absurdo que suene.

...CR...

Ya han pasado un par de horas desde todo lo sucedido. Hay demasiada actividad alrededor de la mansión. Todo el personal está despierto y en pijamas. Ya se han llevado el cuerpo de Marshall... a donde llevan el cuerpo de todos los muertos. No me gusta mencionar el nombre de ese lugar. Carter se ha encerrado en su habitación como es de costumbre, solo que esta vez se ha asegurado de ponerle llave para que nadie más pueda entrar y lo entiendo. Yo también lo hago.

Lupe ha llamado a los señores Crane, no me imagino cómo debe estar el señor River al enterarse. Ella me ha informado de que ya vienen en camino, han tomado el primer vuelo desde Ámsterdam hasta San Diego. Varios familiares que yo desconozco han llegado a la mansión y hablan con Lupe. Los vecinos, incluyendo Shawn y sus padres, se han acercado. La mayoría quiere hablar con Carter y darle el pésame, pero él se niega a salir de su habitación.

Por otro lado, yo estoy en lo más recóndito de mi pieza, ya que nadie me necesita. Me he metido debajo de mi cama con una linterna —que obviamente es mi celular— y la carta de Marshall. ¿Por qué debajo de mi cama? Pues creo que necesito algo de intimidad y además no quiero que alguien entre a mi habitación y me encuentre llorando. Necesito estar más que sola para leer las palabras de Marsh, palabras que escribió cuando estaba vivo. Por cierto, he tirado todos los cálculos inservibles al basurero, creo que ya no serán necesarios.

He estado vacilando alrededor de tres minutos antes de abrirla. Pienso en cuál podría ser su enigmático contenido y por qué es tan importante para Marshall que la leyera. Doy vueltas en medio de la oscuridad hasta que me decido por prender la linterna de mi teléfono y tomar la carta entre mis

manos. Releo el título «Para Maggie» nuevamente antes de desdoblar el papel y ver su contenido. Es una caligrafía idéntica a la del título, solo que un poco más recogida para dar espacio en la hoja. Noto que son varias líneas, así que no pierdo el tiempo y comienzo a leer.

«Hola, Maggie. Espero poder entregarte esto antes de suceda y, si no es así, ruego por que lo encuentres. De seguro lo leerás cuando ya no esté merodeando por estos lados. Verás, al principio de todo creí que serías igual al resto de las cuidadoras interesadas que solo querrían un aumento de varios dólares, pero en definitiva me equivoqué. Sé que eres una joven bella, fuerte y valiente y por eso he decidido escribirte esto. Por cierto, no te emociones, no pienso dejarte dinero, terrenos o nada por el estilo. Pero te dejaré algún aún más valioso.

Te confesaré algo que nunca le he dicho a nadie y he decidido contártelo porque confío en ti y sé qué sabrás hacer con esta información. Hace un par de meses atrás, antes de que trabajaras para nosotros, tuve una cita con el doctor. Diré que odio ir al doctor, por lo cual era la primera vez que iba después de ya varios años. Me hice varios exámenes incluyendo una biopsia. Al final de todo el doctor tuvo una sesión privada conmigo para hacerme saber que padecía de leucemia avanzada o cáncer en la sangre en un estado crítico. Pregunté si había algún tratamiento, cuál era el proceso o qué clase de quimioterapia debía tomar, pero él solo se limitó a negar con la cabeza. Estaba desahuciado. Solo me quedaban cinco meses de vida. Ese día hice jurar al doctor que no le diría a ningún familiar sobre esto. A nadie en absoluto. Si iba a vivir solo cinco meses, iba a vivirlos como yo quería. No quería tratos especiales o pastillas que prometían alargar mi vida, no quería la lástima de nadie o que me amaran con hipocresía. Solo quería seguir viviendo como cualquier viejo. Intenté estar con River, pero él tenía ese tonto trabajo y fui un iluso al creer que mi nieto cambiaría.

Solo te tenía a Lupe y a ti.

El punto de todo esto es que necesito que me hagas un favor muy importante. Traté de buscar a la persona indicada para esto, pero sin duda mi hijo y su esposa no son los elegidos, sino tú. Te conozco, Meg, aunque solo haya sido por un par de meses. Eres una persona demasiado transparente y de tan solo verte a los ojos puedo deducir lo que estás sintiendo. Todo lo contrario a mi nieto y sé que en lo más recóndito de tu

corazón... hay un espacio especial para Carter. ¡No lo niegues! ¿Por qué crees que me dicen viejo sabio?

Carter es un chico terco e irresponsable y necesito que tú le enseñes el significado de la vida. La vida es mucho más que un videojuego. Él lo que necesita a alguien exactamente como tú. No a esa niñita inmadura que tiene por novia. Lo que más desea mi corazón es que Carter sea feliz a su modo, pero con cierto grado de sensatez. No que esté encerrado en su cuarto día y noche desperdiciando cada valioso segundo de su joven vida. Él es tan parecido a mí de joven, creyendo que es inmortal y que será así para siempre sin darse cuenta de que todos vamos para el mismo camino... la muerte, y que debemos aprovechar cada segundo que estemos en este pasajero lugar llamado mundo tratando de dejar nuestro legado en esta tierra. Nuestra pequeña huella.

Sé que dices odiarlo, pero me atreveré a citar esta típica, cliché, agotada y aburrida pero muy cierta frase: entre el odio y el amor hay un solo paso. ¿Estás dispuesta a darlo? Vamos, Meg. No lo puedes esconder. Sientes algo muy profundo por Carter y cualquiera puede asegurarlo con tan solo verte a los ojos. En el fondo, él sigue siendo el Carter cariñoso de hace tres años y sé que tú eres la persona indicada para encontrar a ese Carter y hacerlo volver. Cuida de él como lo hacías conmigo. Te necesitará más que nunca cuando yo no esté.

Te pido que te deshagas de esta carta y que esto quede como un secreto entre tú y yo, ya sabes, de anciano a una muy inteligente rubia. Por cierto, díles que no vistan de negro en mi funeral. Odio ese color. Es muy tétrico y sabes que esa palabra es todo lo opuesto a mí.

Gracias por cuidar de este viejo loco y enfermo, significa mucho para mí y mi familia. Gracias por aceptar trabajar conmigo. Gracias por darme la oportunidad de conocer a una joven tan risueña como tú. Gracias por soportar a Carter con su muy raro temperamento y quererlo así.

Y no lo olvides.

Eres una chica muy inteligente y buena, Megan.

Atentamente: un anciano llamado Marshall».

No pude reprimir las lágrimas durante mucho tiempo, por lo cual mi rostro está ahora humedecido. No me di cuenta de que había empezado a sollozar sin control.

Escribió Megan y no Maggie. No puedo dejar de releer mi nombre una y otra vez sobre el papel. Megan. Es la primera vez que me llama así... Y la última.

Salgo de por debajo de mi cama empapada entre sudor y lágrimas. Me aparto los mechones que se han pegoteado a mi rostro y camino hacia el basurero que se está desbordando en mis cálculos. Lo miro vacilante, pero luego asiento y acepto que esto es lo correcto. Esto es lo que él quería. Hago de la carta una bola de papel y la lanzo al basurero para confundirla con mis cálculos.

Me doy la vuelta y me lanzo sobre mi cama. Tomo mi almohada y la abrazo con todas mis fuerzas y dejo que las lágrimas la humedezcan. Me hago un ovillo y sollozo sin más remedio. Tengo miedo. Mi mente no deja de darle vueltas a algo que escribió Marshall y me temo que es no podría ser más cierto.

Me gusta Carter.



#LecciónDelDía:

Disfruta cada segundo con las personas que más quieres.

Muéstrales tu cariño y hazlos felices.

No esperes a que estén muertos para decirles
cuánto los quieres. ¡Díselo ya!

Se acabó

Capítulo 32

Nos encontramos en el Mount Hope Cemetery, uno de los cementerios más reconocidos de San Diego y obviamente los esposos Crane no perdieron la oportunidad de dejar descansar el cuerpo de Marsh en tan prestigioso lugar. Al final de todo no decidieron cremar el cuerpo de Marshall, sino el clásico funeral de ataúd.

De alguna manera logré hablar con la señora Elizabeth y decirle que Marsh no quería que vistieran de negro para su funeral. Ella me preguntó que cómo estaba tan segura de eso y entonces tuve que recurrir a una mentira y decirle que me lo había comentado antes de morir. Los esposos Crane también pagaron una autopsia para descifrar la causa de la muerte de Marsh y entonces allí se dieron cuenta de que padecía Leucemia.

Así que aquí estamos todos vestidos de blanco, reunidos alrededor el ataúd de Marshall y el hoyo por el cual pronto descendería. El lugar está repleto de personas. La señora Elizabeth junto a su esposo River se encuentran en uno de los extremos del ataúd. Los demás son parte del personal de la mansión, al rango al que pertenezco y la mayoría está conformada por personas que jamás he visto en mi vida. Visten de la manera más elegante posible y supongo que deben ser familiares y amigos de los Crane, los cuales jamás se inmutaron en venir a visitar a Marsh y de pronto aparecen en su funeral diciendo: «Era una buena persona».

Ya entiendo por qué Marshall no quería que nadie se enterara de su enfermedad: gracias a la hipocresía que desbordaba de los ojos de cada una de estas personas. Se nota lo falsos que son. Apuesto a que no han venido porque les importaba Marshall, sino porque están resguardando su inútil estatus social ante la familia Crane y eso simplemente me enferma. Si Marshall estuviera aquí de seguro los sacaría a todos de una patada.

Llegó el momento de pasar adelante y dar unas palabras sobre lo que fue Marshall en su vida. La señora Elizabeth me pidió que hablara, ya que fui la persona que pasó los últimos meses con él y la última que lo vio con vida, pero me negué. Creo que no seré lo suficientemente fuerte para hablar sin terminar llorando y no permitiré eso frente a una comunidad de millonarios. Primero fue el señor River y luego su esposa. Hablaron un par de personas del club «Hipócritas Millonarios» sobre lo alegre que era Marsh. También habló Lupe y Philip en nombre del personal. Pero lo que más me dejó desconcertada fue cuando Carter —quien está junto a mí— pasa al frente con las manos enterradas en los bolsillos. Lo último que esperaba era que Carter fuera a dar unas palabras sobre su abuelo.

Él mira al suelo mientras todos estamos a la expectativa de que hable. Trae puesta una playera blanca y por encima una chaqueta *jean* que lo cubre del frío. Sin embargo, yo me he puesto un vestido blanco con el cual me estoy congelando. Hoy es un día nublado, las nubes oscuras se han instalado sobre el pedazo de cielo que hay sobre nosotros. El sol no se asoma y la temperatura ha bajado, lo que ha causado que el clima se vuelva frío. Carter mira el ataúd y se muerde el labio inferior. Luego comienza a hablar con dificultad.

—Yo crecí con él desde pequeño. Quizá nunca le mostré cariño o afecto... pero siempre lo quise. Porque era mi abuelo y ahora ya no está. Quiero decirle lo siento, pero no puedo. Porque se ha ido. Pero eso ya no importa. Porque, al final de todo, yo era una decepción para él. Siempre tuvo esa opinión de mí y jamás tuve la oportunidad de cambiarla, o quizás sí, pero no la aproveché. Y ahora ya no hay remedio —habla entrecortadamente—. Solo quiero decir lo siento...

Deja la frase en el aire y levanta sus ojos cristalizados para mirarnos a todos, pero estos se detienen unos segundos sobre mí hipnotizándome. Antes de que me dé cuenta él se abre paso en medio de las personas y empieza a correr lejos de nosotros.

—¡Carter! —lo llama su madre, quien le lanza una mirada frustrada—. Tenemos que proseguir con la ceremonia.

—No se preocupe, yo... iré por él —le digo.

—¿En serio? Te lo agradezco, linda —me da una mirada grata.

Salgo de por en medio de las personas y observo a los lejos su figura recostada a un árbol en medio del cementerio a unos trescientos metros. Camino con pasos suaves hacia él. Carter recuesta su frente sobre el rústico tronco del árbol y cuando estoy lo suficientemente cerca lo escucho.

—Vete, Meg.

—¿Cómo sabías?

—Eso no interesa. Déjame en paz.

—No —contesto decidida. Esta es la primera vez que cruzamos palabras desde que nos vimos aquella noche en la habitación de Marsh y, por alguna razón que no quiero mencionar, extraño conversar con él y creo que ahora lo necesita más que nunca—. Para nadie es fácil.

—Tú no lo entiendes —se gira y me mira con los ojos irritados de tanto llorar. La dulzura de estos se ha opacado gracias a las lágrimas. Recuesta su espalda en el tronco y mira hacia arriba tratando de evitar mi mirada. De tan solo verlo así me dan ganas de unirme a él y llorar, pero no puedo hacerlo. Tengo que mantenerme fuerte. Por él y por Marshall.

—Es cierto, quizás no lo entiendo —me encojo de hombros—. Pero puedo ayudarte —me acerco aún más. Él bufa con ironía.

—¿Cómo?

Es cierto, Meg. ¿Cómo? Suspiro.

—No lo sé.

—Gran respuesta, Lennon. Me haces sentir mejor —el sarcasmo destila de su tono.

No lo pienso, solo actuó. Me acerco lo más que puedo a su cuerpo y rodeo su torso con mis brazos. Meto mis manos por dentro de su chaqueta *jean*, la cual está cálida y las entrelazo en su espalda. Acomodo mi cabeza sobre su cómodo pecho y suelto todo el aire que retuve en mis pulmones. La calidez de su cuerpo me hace sentir mejor.

—¿Qué haces?

—Te abrazo —respondo simple. Él se revuelve en un signo de incomodidad.

—Suéltame, Meg.

—A veces solo necesitas un abrazo para sentirte mejor. Inténtalo —lo animo, ya que él no se ha inmutado en responderme el abrazo. Su torso está

rígido al igual que el tronco de un árbol y puedo sentir el nerviosismo en él. Aplico más fuerza sobre el abrazo, me adhiero a su pecho y ejecuto más presión en mis brazos hasta que él cede.

Inclina su torso hacia mí y yo lo suelto. Rodea mi cuerpo con sus brazos, no lo hace con ferocidad, es un paseo. Sí, un paseo. Carter baja sus manos hasta mi cintura y yo subo las mías hasta su cuello, entonces con aquellos dedos que parecen ser tan livianos como pluma desciende en un recorrido, examinando cada perímetro de la zona. Aferra sus dedos a la parte baja de mi espalda. Trato de no estremecerme, pero es inevitable. Deja caer su mentón sobre mi hombro, su mejilla humedecida por las lágrimas roza la mía. Carter no es un chico dotado con vello facial y lo prefiero así, no había notado lo tersa que es su piel. Puedo escuchar su agitada respiración en mi oído y su aliento chocar en mi oreja. Él está nervioso, pero yo no puedo estar mejor. Abrazarlo se siente demasiado bien. Su respiración es entrecortada e insegura, pero a medida que pasa el tiempo se regula. Al inicio me estrechaba con timidez, pero ahora me retiene con todas sus fuerzas y yo hago lo mismo con él.

—Tienes razón —lo escucho susurrar—. Se siente bien —admite, su voz ya no está quebrada, sino que es todo lo opuesto. Es limpia, firme y segura—. Gracias, Meg.

Y así nos mantuvimos durante un largo rato. No nos movimos de ese lugar. Solo nos abrazábamos sin tener la intención de soltarnos. Tampoco dijimos nada. A veces el silencio suele ser más cómodo que cualquier conversación. En estos momentos Carter huele a champú y colonia. Quizás la colonia gana en esta guerra de olores. Nunca había percibido ese aromático olor en él. Carter no suele ser una persona fragante, pero al parecer hoy ha decidido darse un baño y preocuparse un poco más por su aseo. Tengo que admitirlo, no es la mejor fragancia del mundo, pero en él... es perfecta. Después de unos minutos me doy cuenta de que debemos regresar. No quiero soltarlo, si pudiera me quedaría aquí el resto de mi vida, pero sinceramente eso no tendría sentido. Tomo todas mis fuerzas y me obligo a desenlazar mis manos destruyendo aquel hermoso momento. Una ráfaga de viento frío ataca mi cuerpo cuando me separo de él y la calidez tan reconfortante que he sentido se esfuma en un parpadeo. Rozo seguidas veces mis manos contra el dorso de

mis brazos desnudos intentando entrar en calor, pero es inútil. Carter me suelta y observa.

—¿Tienes frío?

—Algo —digo indiferente, sin tomarle importancia.

Me doy la vuelta para mirar hacia el lugar de la ceremonia, donde se supone que deberían estar las personas, pero ahora solo quedan unas cuantas. A la distancia noto la silueta de un bulto elevado de tierra sobre la llanura y doy por hecho de que el cuerpo de Marsh ya ha sido enterrado. Vaya que hemos demorado.

—Creo que debemos volver —giro hacia Carter y me sorprendo al ver que se ha quitado la chaqueta de encima y dejado al descubierto sus pálidos brazos fuera de su playera.

—Tómala —la extiende hasta mí.

—¿Me estás dando tu chaqueta? —suelto desconcertada.

—Te ves ridícula temblando así. La necesitas más que yo —empuño la chaqueta en mis manos y él la suelta. Noto que es pesada, así que la acerco a mi cuerpo para que no caiga al suelo. Carter me da una mirada más antes de alejarse del árbol y comenzar a caminar lejos, en dirección a la tumba de Marsh. Lo observo, veo su espalda cubierta por la tela blanca de su playera la que le queda ancha y esta se mueve con el viento en una sola dirección. Sus pasos son pesados y fatigados.

Observo la chaqueta entre mis manos y no puedo evitar sonreír. En las películas siempre suele suceder que el chico malo con una motocicleta le coloca delicadamente su chaqueta de cuero negra a una pobre chica que tiene frío y aquel detalle significa que ella le atrae. Luego se van de fiesta y tienen la noche más loca de sus vidas. Pero sin duda alguna esto no es como en las películas. Empezando porque es de día y es ridículo tener frío a las 3:45 de la tarde en San Diego, California. La chaqueta es de *jean*, no de cuero, lo cual lo hace menos rudo y no me la ha colocado «delicadamente». Luego está el hecho de que Carter no es un chico malo y no tiene una motocicleta, aunque pudiera, y dudo mucho que le atraiga a Carter, ya que es obvio que no quiere nada con ninguna rubia.

Pero si lo ves desde otra perspectiva, entrecierras un poco los ojos, te inclinas un poquito a la izquierda y buscas un ángulo ilógico... esto sería

similar a una de esas películas.

...CR...

Al final de todo me tuve que ir de regreso en el auto de Carter, ya que no tenía con quién más irme, y creo que últimamente él se ha vuelto mi chofer encubierto. El día ha pasado de nublado a lluvioso, afuera hay un torrencial aguacero y esta ya es la segunda vez que llueve en pleno verano. Todo es culpa del calentamiento global. El trayecto fue silencioso y algo incómodo hasta que Carter estacionó el auto frente a una casa que obviamente no es la mansión.

—¿Dónde estamos?

—Casa de Piper.

—¿Qué? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué clase de emboscada es esta? —demando.

—¿Emboscada? No seas dramática. Necesito hablar con ella.

—¿Sobre qué? —cuestiono sin antes procesarlo.

—¡¿Por qué te importa?! —grita rústico y grosero. Doy un respingo, sobresaltada.

—De acuerdo —suelto algo herida y aparto la mirada para llevarla hasta la ventana. Me cruzo de brazos mientras me muerdo el interior de la mejilla. Escucho cómo bota el aire por la boca.

—Lo siento, solo... necesito contarle sobre lo de Marsh. Es mi novia y creo que debe saberlo —lo escucho, pero no me inmuto en contestarle—. ¿Meg? ¿Estás bien?

—Mejor que nunca —digo y escucho cómo mi tono me contradice.

—No, estás enojada —asegura.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Te conozco.

—Sí, claro.

Sus dedos adheridos a mi mentón me toman por sorpresa. Gira mi cabeza con cuidado y me obliga a mirarlo a los ojos. Bueno, prácticamente no me obliga, ya que es inevitable no mirar aquellas lagunas miel.

—No te enojés, lo siento. ¿De acuerdo?

—Ya no interesa —ruedo los ojos—. No hay por qué discutir por esto — sacudo mi cabeza apartando su toque de mi piel.

—Vale, quédate aquí, vuelvo enseguida —y habiendo dicho esto sale del auto y se abre paso en medio de la cortina de agua.

Los minutos comienzan a pasar lentamente. La lluvia resuena sobre el metal del auto de Carter, veo las gotas caer por la ventana como suele pasar en las películas cuando un auto va en marcha. El limpiaparabrisas se mueve de lado a lado en una rutina de tres segundos en cada intercambio, según lo que calculo. Intento seguir ambas varitas con mis ojos, pero solo termino mareándome. Enciendo la radio y sintonizo una estación en la que están pasando *Riptide* de Vance Joy. Dejo que la música se adueñe de la atmósfera y que el sonido del ukelele resuene más allá de las gotas que forman su bullicio en el exterior. Canto las líricas del coro, ya que solo me sé esa parte. Es una canción muy pegajosa.

Por encima de todo eso escucho una vibración seguida de un leve pitido. Desvío mi mirada hasta el portavasos donde se encuentra el teléfono de Carter. La pantalla late, se prende y se apaga en un llamado. Tomo el aparato en mi mano y veo en la pantalla la foto de la señora Elizabeth, por encima de ella enuncia «Mamá». ¿Contesto? No, eso es muy atrevido. ¿Pero qué tal si es algo importante? Mejor, busco a Carter. Sí, eso sería lo más apropiado. Meto el teléfono en uno de los bolsillos de la chaqueta de Carter. Abro la puerta y las gotas no pierden ni un segundo para comenzar a empaparme. Me cubro la cabeza con la chaqueta, pero esta no parece ser de gran ayuda, ya que lo único que hace es absorber el agua. Corro por el sendero de pavimento hasta llegar al porche de la casa donde puedo refugiarme. Me he empapado más de lo que esperaba. Trato de secarme lo más que puedo, pero es inútil. Saco el teléfono y miro la pantalla, esta aún sigue vibrando. Dejo caer mi mano sobre el picaporte, abro la puerta sin antes tocar y esta es la segunda vez que me arrepiento de no hacerlo.

Lo primero que obtengo es la vista de un gran majestuoso y elegante recibidor. Pero lo que me deja más que pasmada no es el recibidor, sino la escena que hay en él. Al abrir la puerta he quedado detrás del alto cuerpo de Carter, pero al moverme unos centímetros a su costado puedo ver a su novia en... casi nada de ropa. Ella está en un conjunto de sostén y bragas de color

turquesa, lo que es perturbador, pero lo que es aún más perturbador es ver a un chico fornido y fortachón detrás de ella en unos simples bóxers.

Oh, oh, esto me huele muy mal. Debí haberme quedado en el auto. Siempre llegas en el momento más oportuno, Meg.

Lo más incómodo es que nadie dice nada. Solo se dan miradas pasmadas justo como la que tengo en estos instantes. Piper me mira y me fulmina, pero luego su mirada regresa a Carter a quien mira con vergüenza. *Hipócrita.*

—Carter, no es lo que piensas... —habla con su voz chillona cargada en pena. *Que buena actriz es.* No puedo evitar estremecerme con la fuerte carcajada que ha soltado Carter, es una carcajada llena de sarcasmo, ironía, odio y sobre todo sufrimiento.

—Si no es lo que pienso, ¿entonces qué es? —niega con la cabeza.

—Déjame explicarte... —Piper da un paso acercándose a nosotros, pero eso basta para colmar la paciencia de Carter.

—Cierra la boca. No pienso escuchar más tus mentiras. Ni siquiera pienso tomarme el tiempo de ofenderte con mi vocabulario... sucio y grotesco —sonríe—. Porque creo que ya quedó claro la clase de alimaña que eres. No pienso gastar saliva contigo. ¡Así que mejor terminemos con esta farsa de una vez por todas! ¡Se acabó, Charles! —entona cada sílaba, no, corrección, cada letra de esa última frase con euforia y desdén.

Se da la vuelta y al verme retrocede asombrado. Al parecer, no había notado mi presencia y hubiera preferido que se quedara así. Su rostro toma un aspecto colérico, sus mejillas se ruborizan, pero de ira. Me sobresalto al sentir su mano rodear mi brazo con una fuerza descomunal.

—Nos vamos, Lennon —me da una mirada fría y vacía antes de empezar a arrastrarme fuera de la casa de una manera una tanto posesiva. *¿Quién rayos se cree?*

—Oye, ¡suéltame! —trato de zafarme, pero él ejerce aún más presión—. Me lastimas —me quejo, pero a él no parece importarle y simplemente sigue halándome.

Tropiezo un par de veces, ya que Carter es más rápido que yo y prácticamente tira de mí como si fuera una muñeca de trapo. Salimos del porche y la lluvia vuelve a hacer su trabajo, parece haberse intensificado aún más y ahora que lo noto... el cielo está tronando. Odio los truenos. Giro la

cabeza y a través de las gotas puedo ver a Piper recostada en el marco de la puerta con esa sonrisa de tipeja.

—¡Creí que no te gustaban las rubias, Crane! —nos grita y luego comienza a reír de una forma descarada antes de cerrar la puerta con un golpe.

Al llegar al auto Carter abre la puerta de un jalón de una manera nada caballerosa y me obliga a entrar. Mi trasero se estrella contra el asiento y antes de que me dé cuenta Carter ya se encuentra junto a mí en el asiento del conductor. Caigo en cuenta de que ambos estamos empapados y húmedos. Al parecer, la lluvia no tiene intenciones de cesar. Siento un punzante dolor en mi brazo, así que corro a examinarlo. Me saco la chaqueta de encima y veo en mi brazo unas marcas púrpuras que por lo que ha sucedido, doy por hecho que son las marcas de los dedos de Carter. Quizás no es una herida abierta, pero puedo sentir la magulladura en el músculo.

Me vuelvo hacia él y observo cómo recuesta su frente en el volante en un gesto de rendición. Cierra los ojos y noto sus castañas y delicadas pestañas descansar sobre sus pómulos. Las gotas de lluvia recorren su elegante perfil desde mi punto de vista y no puedo diferenciarlas de las lágrimas. Unas resbalan por el borde de su nariz perfilada y otras por el corte de su mandíbula para luego descender por su cuello. Siento la necesidad de tocarlo para poder aliviar su dolor, pero creo que esa no es la mejor opción en estos instantes. Por la poca experiencia que tengo con Carter Crane, una de las cosas que he aprendido es que no debes acercarte a él a menos que él lo quiera o, si no, corre el riesgo como he hecho anteriormente.

—Te dije que te quedarás aquí. ¿Por qué no lo has hecho? —demanda con una voz pasiva lo que me deja desconcertada.

—Tu madre estaba llamando —noto que aún tengo el teléfono entre mis manos y que se ha mojado así que lo seco con la chaqueta y se lo entrego.

—Podía esperar.

—¿Qué tal si era importante? —lo escucho suspirar exasperado.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Te hice daño, ¿cierto? —no abre los ojos, pero puedo sentir la culpabilidad en su tono—. Soy un inútil, no lo pensé antes. En serio lo siento, no fue mi intención...

—No es para tanto —lo interrumpo. En otro caso, si Carter me hubiera tratado de esa misma manera quizás lo estaría golpeando en estos instantes, pero debo aceptar que en parte yo tuve la culpa. Él solo estaba actuando como quizás yo actuaría si hubiera encontrado a Ryan engañándome frente a mis propios ojos—. Solo no lo vuelvas a hacer —le pido ya que en un momento temí por mi vida por más absurdo que suene.

Carter despega su frente del volante y abre los ojos, los cuales se clavan al parabrisas. No me mira; sin embargo, yo no puedo apartar mis ojos de él. Gira la llave y pone el auto en marcha. Espero que esta vez sí vayamos a casa.



#LecciónDelDía:

No sean tan inoportunos como Meg,
usen su lógica ante una situación.

Te quiero para mí

Capítulo 33

Sentada en el borde de mi cama con la chaqueta de Carter entre mis manos, escucho el bullicio de golpes y gritos desde su habitación. Es casi parecido al día que llegué a esta mansión y escuché su grito sobre mi cabeza creyendo que era un secuestrador o algo parecido. Solo que ahora llora y solloza de una manera tan alta que recorre los pasillos de la mansión hasta colarse en mi pieza. Y todo aquello solo significa algo: él está destruido. No quisiera estar en su lugar. Qué repulsivo sería despedirte de tu abuelo y descubrir que tu novia te engaña el mismo día.

Al llegar a casa Lupe me comentó que los esposos Crane pasarían la noche con un tío del señor River, hermano de Marshall. Ya que al parecer quieren estar en familia y darle todo el apoyo al señor River con su pérdida. ¿Pero quién le da apoyo a Carter? Puedo comprenderlo y en parte sentir lo que él siente. Marsh era su abuelo y ahora está arrepentido por no haber disfrutado de él. Piper era su novia a la que estaba acostumbrado y ahora ya no la tiene. Ha tenido que despedirse de dos de las cosas más importantes de su vida en menos de doce horas y es claro que es demasiado para él.

Miro la chaqueta entre mis manos y suspiro. Estoy debatiéndome entre qué hacer y qué no hacer.

Crack.

Escucho el eco de cómo algo se rompe y se parte en mil trocitos, como es propio de todas las cosas que se rompen. Siento la vibración de las paredes cada vez que Carter deja caer su puño sobre el yeso. Supongo que es él el que está golpeando las paredes como *Ralph, el Demoledor*. Lo escucho gemir, jadear, llorar, sollozar y quejarse con lamentos algo derrotados. Esto es suficiente. Debo... Debo ir a devolverle su chaqueta.

Oh, vamos, ¿a quién engaña? Debo ir a salvarlo de él mismo.

Por lo que he escuchado hasta el momento, no se encuentra nada bien. Se escucha desconsolado y desecho, y algo que aprendí muy bien de mi padre fue que cuando las personas están en ese estado son capaces de lo mínimo. ¿Y qué tal si se hace daño? No puedo permitir eso.

Me levanto de la cama y me echo su chaqueta al hombro. Salgo de mi habitación y la claridad de los sollozos aumenta. No es necesario seguirlos, sé exactamente dónde queda la habitación de Carter.

Toco la puerta, pero él no responde, así que me dispongo a entrar. No me sorprendo de la bárbara suciedad que se ha adueñado de la habitación, sino de que mis ojos se desvían hacia él, quien está sentado en el suelo con las piernas cruzadas en una posición mariposa como un niño de preescolar en una clase. Está sentado sobre la alfombra en medio de la habitación, pero toda mi atención es captada por la botella que tiene entre sus manos. La botella que él observa detalladamente y acaricia con su mano mientras la sostiene con la otra como si fuera una gema preciosa. Es un recipiente que toma una forma cuadrangular, su contenido es un líquido ámbar parecido a la miel y en la etiqueta enuncia: *Jack Daniel's*. Whiskey.

¿De dónde rayos Carter ha sacado una botella de whiskey de veinticinco centímetros de altura?

Él levanta el rostro y me mira. Mi corazón da un vuelco al ver su aspecto. Su rostro está enrojecido totalmente, sus ojos están inyectados en sangre y su playera blanca está humedecida de una manera desagradable. Veo retazos de vidrios esparcidos por toda la habitación y noto algunas cortadas superficiales en el filo de su mandíbula y en la palma de su mano que han empezado a sangrar y dejado en la superficie de su pálida piel delgados senderos rojos. Su mirada es vacía y doliente. Sus ojos abren una herida en mi alma y cada parpadeo solamente la profundiza transmitiendo su dolor, ira y enojo. Solía decir que Carter era una persona que sabe esconder muy bien sus sentimientos, pero eso ha cambiado estos últimos días y no lo culpo.

—Sabes, se la quité a mi padre de ese gran mini bar que tiene —toma un gran respiro y alza la botella en el aire haciéndose referencia a ella. Su voz es densa y confusa. Es de esas típicas voces trastabillantes que usan los ebrios—. La tenía guardada para un caso urgente de esos... ya sabes... en los que quieres olvidarte de todo —hace una pausa—. Pero no sirve de nada esta basura —deja caer la botella sobre la gruesa alfombra junto a su mano como

si de pronto el efecto de la gravedad se tornara compacto y no pudiera sostenerla más—. ¿Por qué yo, Lennon? ¿Por qué me engañó? —su voz confusa se quiebra causando que se vuelva aún más inentendible— ¡Yo no la amaba! ¡Nunca la amé! Ella era lo único que tenía, lo único que me quedaba... y ahora ya no tengo nada. Creo que me lo merecía...

—¡Claro que no! —suelto enfadada. Dejo la chaqueta a un lado en el piso y voy y me arrodillo junto a él para quedar a su nivel. Dejo caer mis manos en mi regazo y lo miro directamente—. ¡Tú no mereces nada de lo que te está sucediendo, Carter! ¡Piper no te merecía a ti! ¡No supo valorarte! Y... no estás solo —me muerdo el labio inferior vacilante.

—Estoy más solo que nunca —posa su mirada vacía en un punto fijo de la habitación, mirando hacia la nada. Suelta un largo suspiro devastador—. No tengo abuelo ni novia, mis padres están aquí, pero siguen ausentes, no hablo con mi mejor amigo desde hace semanas...

Apoya su mano sobre la botella y la vuelve a alzar para llevársela a la boca, da un trago y arruga el rostro mientras suelta un «Agh». Intenta dar otro trago más, pero antes yo se la aparto de un jalón. Apoyo ambas manos sobre los costados de la botella y halo, mi trasero se estrella contra el piso, la pesada botella cae sobre mi regazo y se derraman gotas de la amarga bebida sobre mí.

—Dámelo —me mira con el ceño fruncido. Estira sus brazos, que terminan a una distancia considerable de mi cuerpo.

—No, ya estás suficientemente ebrio —aparto la botella y me coloco de pie. Ahora estiro mi mano, ofreciéndole ayuda para levantarse. El gesto de Carter se profundiza aún más, observa mi mano como si fuera un espécimen raro, acerca su nariz a esta y la olfatea como sabueso—. ¿Qué haces?

—¿Esa es tu mano?

—Sí, sí lo es. Ahora tómala.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¡Ash! —suelto fastidiada.

Inclino mi torso y meto mis manos debajo de sus axilas para levantarlo. *Oh, oh, mala elección. Ugh.* Están sudadas. Retiro mi anterior acción.

—Levántate —le exijo esta vez con una voz autoritaria mientras rozo mis manos contra mi vestido blanco seguidas veces.

Él pone una mano en el suelo, alza su cadera e intenta levantarse, se balancea de un lado a otro como si no tuviera control de su equilibrio, así que me veo obligada a tomarlo de los costados y ayudarlo a ponerse en pie. Se tambalea, pero con mi ayuda logra mantenerse firme.

—Ven —me coloco detrás de él, coloco ambas manos contra sus omoplatos y empujo para que avance. Su cuerpo es pesado, pero aun así comienza a caminar a trompicones.

—¿A dónde vamos? —suelta curioso.

—A la regadera. Necesitas bajarte esa borrachera.

—Pero yo no quiero —reprocha como un niño pequeño que no quiere darse un baño.

—No me interesa —sigo empujando con más fuerza al ver que él trata de frenar con sus pies, pero gracias a lo ebrio que está no tiene las fuerzas suficientes para retenerme.

Abro la puerta del baño y le indico que pase, pero él no se inmuta, así que lo tomo de la muñeca y lo jalo dentro. Le coloco llave a la puerta y me giro hacia él, quien está parado en medio del baño con la mirada perdida. Paso junto a él y extendo mi brazo para alcanzar la llave de agua fría de la ducha, que es diferenciada con un color azul de la caliente, que tiene un color rojo. Giro la llave varias veces y el agua helada comienza a caer y humedece parte de mi brazo. Me giro y lo tomo de los hombros, él impone fuerza, pero no la suficiente como para no ser arrastrado hasta por debajo del caño de agua fría.

Cuando la cabeza de Carter queda debajo del chorro de agua, lo primero que sucede es el efecto cuchara. ¿Qué es el efecto cuchara? Pues es ese efecto cuando pones la parte previa de una cuchara debajo de un chorro de agua. El agua empieza a desparramarse en todas las direcciones, solo que como Carter es un ser vivo alto y no una cuchara, el agua empieza a descender por su cabeza hacia el resto de su cuerpo hasta terminar totalmente empapado. Su sudadera blanca se adhiere a su abdomen pasando de blanca a transparente.

—Uff, está... fría —Carter se sacude tembloroso y se abraza a sí mismo.

—Vale, solo quédate allí un rato. Necesitas bajarte esa embriaguez —me cruzo de brazos y me recuesto en la pared fría mientras cierro los ojos y suelto un suspiro agotador. Arrastrar a Carter hasta aquí no fue trabajo fácil.

Durante unos segundos solo se escucha el sonido del agua azotar el suelo de la bañera hasta que su áspera voz interviene.

—Sabes... el whiskey no me pudo sacar de la cabeza el hecho de que mi novia me engañó de la peor manera y de que mi abuelo está muerto... —deja la frase en el aire, pero repentinamente siento su mano mojada alrededor de mi brazo y antes de que me dé cuenta estoy debajo del chorro de agua junto a él.

—¿Pero qué rayos...? —intento zafarme de su agarre rápidamente, pero él aprovecha la cercanía y me toma de la cintura cortando la distancia entre nosotros. Rodea mi espalda con un solo brazo y me apega lo más posible a su cuerpo. Cabe resaltar que para entonces ya estoy totalmente empapada al igual que él—. ¿Qué haces? —protesto incómoda, mas él no responde.

Con su mano libre toma mis brazos, que en estos momentos han colapsado gracias a que mi corazón palpita más rápido de lo normal, y los acomoda en sus hombros, dejándose el espacio libre hacia toda mi cintura. Las gotas golpean sobre la coronilla de mi cabeza, pero eso es lo que menos importa en estas circunstancias. Ahora pasa ambos brazos por mi espalda y ejerce una fuerza delicada pero prominente, lo que evita que un solo centímetro de nuestros cuerpos esté separado de esta incómoda unión.

Carter comienza a dar masajes en mis omóplatos y en la parte baja de mi espalda, lo que me causa leves escalofríos placenteros. Gracias al agua las prendas se han vuelto pesadas, pero ni loca me las pensaba sacar de encima. La ropa es lo único que separa nuestras pieles. Los cabellos se han adherido a mis húmedas mejillas, pero él, con su mano, remueve cada mechón rubio y deja mi rostro exento. Sus dedos pasean por el margen de mi rostro, la punta de su dedo índice se instala en el borde de mi barbilla y segundos después ejerce una delicada presión para que mi rostro se encuentre con el de él. El grato y afable color miel de sus ojos ha atraído cada partícula de mi cuerpo, es inevitable no mirar aquella pupila oscura perdida en ese mar meloso que es su iris. Carter acaricia mi mejilla, rozándome con sus nudillos de arriba abajo en un sutil movimiento contra mi piel que produce ciertas explosiones entre átomo y átomo, o células o lo que sea. No era muy buena en clase de ciencias, como he dicho.

—¿Pero sabes qué es lo peor de todo? —observo el lento movimiento de sus labios al separarse y pronunciar aquella frase que entra por mis oídos y

retumba en un eco dentro de mi cráneo hasta cobrar sentido. Su cercanía está afectando mi sistema respiratorio. Él hace una pausa, respira profundo y sonríe antes de pronunciar la siguiente frase que seguramente cambiaría el curso de esta historia—. Pero creo que lo peor de todo es que el whiskey no pudo sacarme de la cabeza el hecho de que me gusta una rubia.

Y en ese instante algo dentro de mí explotó. Sí, así de sencillo. ¡BUM! Explotó. No estoy segura si es una ola de emociones, pero de lo que sí estoy segura es de que me he quedado pasmada entre sus brazos. Vale, alguien que le diga al mundo que deje de girar sobre su propio eje como suele hacer cada milisegundo durante veinticuatro horas en un período de trescientos sesenta y cinco días. Esto... es... legendario. Vale, ahora que el mundo se ha detenido... analicemos esta situación. Carter Crane, el chico vago, insensible e inepto — que ya no es tan vago, insensible o inepto (sin dejar de lado atractivo)— ha confesado que le gusta una «rubia». Según él, una clase humana que debe ser discriminada por tan solo su color de cabello, la cual la priva de un don llamado «inteligencia» y eso, señoras y señores, es totalmente erróneo. Hay que tomar en cuenta que ambos estamos encerrado en un cuarto de baño debajo de un chorro de agua fría, totalmente empapados y prácticamente nuestros cuerpos están adheridos el uno al otro, lo que hace aún más confusa la situación. Pero creo que el detalle más claro es el hecho de que Carter está ebrio.

No está pensando con claridad. De seguro por eso ha dicho eso. Pero algunos dicen: «Todos los borrachos dicen la verdad».

Pero de seguro Carter es ese tipo de ebrio que miente. ¿No? Es imposible que le guste, no tanto por mi físico, sino por mi absurdo color de cabello. *¿No recuerdas cuántas veces te dijo que te despreciaba por ser rubia, Meg? ¿Cada insulto, cada palabra, no lo recuerdas? ¡Sí, sí lo recuerdo! ¿Pero las personas cambian no? ¿Y tú crees que Carter es ese tipo de persona? No... lo sé. Uf, a veces las charlas con mi mente me desesperan. Oh oh, he estado pensando durante mucho tiempo, se supone que debería darle una respuesta, de seguro en estos instantes debo estar haciendo gestos raros al hablar conmigo misma.*

—Estás ebrio, no sabes lo que dices. De seguro mañana ni siquiera recordarás todo esto —declaro con un tono seguro.

—Me gustas desde hace mucho Meg. Creo que fue desde que nos besamos en el playa —sonríe con lo que supongo que es el vago recuerdo de aquel beso y de tan solo acordarme me ruborizo—. Pero creo que nunca tuve el valor de aceptarlo... hasta ahora que te tengo entre mis brazos —me mira y me veo obligada a bajar la mirada retraída por sus palabras.

Él aún me sostiene de la cintura con su brazo, solo que ahora con su mano libre juguetea con las puntas de mi cabello húmedo y dorado.

—¿Por qué estás siendo tan... amable conmigo cuando yo solo he sido un inútil? —cuestiona con su voz cargada en curiosidad.

—Pues... porque Marshall me lo pidió —y juro que en ese momento me consideré la persona más ridícula del mundo. *¿Por qué rayos le dijiste eso? ¿Pero que se suponía que le diría? «Estoy ayudándote porque yo también siento algo por ti, amado Carter» ¡NO! Eso sería aún más patético. Noto cómo la expresión en el rostro cambia a una de tristeza y dolor. La has regado Meg.*

—¿Ah sí? ¿Y que más te dijo? ¿Que soy una total vergüenza para él? ¿Que debo salir de mi habitación para convertirme en un hombre? ¿Que soy un inútil? —reprocha enojado, pero puedo sentir el desconsuelo en su tono. Él intenta soltarse, pero yo me aferro a él ahora, me apego aún más a él evitando que me suelte. Paseo mis manos desde sus hombros hasta su nuca y entrelazo mis manos en este lugar reservado. Las gotas de agua se escurren entre su piel y la mía, lo que humedece cada diminuto poro. Me coloco de puntillas lo más que puedo y me acerco a su rostro.

—No, Carter. Marsh no creía eso —musito ligeramente gracias a la falta de aire en mis pulmones a causa de nuestra cercanía. Los ojos de Carter se pasean de manera aleatoria entre mis ojos y mis labios haciéndome sentir aún más nerviosa. Trago—. Él solo quería lo mejor para ti. Tu abuelo te amaba como no tienes idea. Eras su único nieto. Eres especial, Carter, no solo para él, sino también...

Y antes de que pueda siquiera finalizar la frase, Carter presiona con una fuerza descomunal mi cuerpo contra él. Su mano se arrastra por mi nuca hasta la parte baja de mi cabeza y entonces atrae mis labios a los suyos. Comienza a besarme con ferocidad y con una necesidad nunca antes experimentada. Sus labios están húmedos al igual que el resto de su cuerpo, el sabor a licor se hace presente, pero no es tan amargo como se supondría. Carter acaricia mi

cabello con las yemas de sus dedos y, cuando encuentra unos mechones libres, comienza a rizarlos. Nuestros labios se mueven conjuntamente en una danza por más absurdo que suene, encajan perfectamente el uno con el otro. Sus labios se han vuelto más suaves y tersos desde la última vez que lo besé. Tengo que admitir que los labios de Carter son los mejores que he probado nunca. Las hormonas comienzan a maquinarse por todo mi cuerpo mandando chispas explosivas a cada centímetro de mi piel mojada. Carter no se detiene y desliza una mano hacia mi pierna e inmediatamente que su dedos entran en contacto con mi piel desnuda es como una quemadura plácida y confortable. Una leve caricia y ya me tiene bajo su control. Carter me besa. Yo beso a Carter. Él y yo nos besamos. Así de simple.

—Me gustas, Carter —susurro en medio del beso, jadeante pero él vuelve a atacar mis labios una vez más. Bajo mis manos hasta su espalda y empiezo a hacer diminutos círculos con mis dedos en el hueco de su médula. Él muerde dócilmente el borde de mi labio inferior descontrolando todo, antes de dar una respuesta que hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Te quiero, Meg. Te quiero para mí —susurra y las palabras vuelan en su aliento agitado, aquellas palabras fueron como una tersa y exquisita caricia a mi oído, lo que provoca que en mi estómago se desatara una horda de mariposas que aletean sus alas a una velocidad inimaginable raspando las paredes de mi órgano.

De pronto, no sé cómo... nos encontrábamos tirados en el suelo de la bañera. Al parecer, Carter ha resbalado y yo he quedado sentada sobre su regazo aun rodeándolo con mis brazos. Ambos nos reímos muy fuerte, creo que demasiado fuerte. Son carcajadas imparables. Es la primera vez que lo oigo reír desde que Marshall se ha ido o quizás la primera vez que lo oigo reír de verdad. Las carcajadas cesaron en un momento, pero las sonrisas se mantienen y me encuentro mirándolo totalmente anonadada a aquellos maravillosos ojos. Pero de pronto los pensamientos comenzaron a invadirme.

¿Es que no te das cuenta, Meg?! ¿Te está usando para olvidarse de su exnovia! ¿O qué? ¿Creeste que realmente Carter Crane te quiere? ¿El Carter Crane insensible, cretino, inútil, tarado y fastidioso como lo has descrito un millón de veces? ¿Eso sería muy patético y lamentable! ¿Él solo te está usando! ¿Las personas no cambian de un día para el otro, Megan! ¿Acaso no recuerdas lo que dijo aquel día en la playa? «Jamás me he enamorado y no

pienso hacerlo, yo solo necesito a alguien para pasar el tiempo, nada serio». Y creo que este próximo «nada serio» serás tú si te dejas enredar en su sucio juego. ¿O acaso quieres ser la próxima Piper, eh?

Tuve que sacudir mi cabeza para apartar todos aquellos pensamientos que rondan en mi mente. Quizás son ciertos o no. Pero él me ha dicho «Te quiero», ¿o acaso es parte de su artimaña? ¡No lo sé! ¡Estoy demasiado confundida! ¿Cómo puedo confiar en un chico que me ha gritado cientos de veces que me odia y ahora me dice te quiero? ¡¿Cómo?! Aunque este beso es un argumento pesado para contradecir lo anterior. ¡¿Qué hago?! ¡AGH!

Alzo mi mirada hasta él y lo veo sonriendo limpiamente. Coloca su gran mano sobre mi mejilla y trata de atraerme una vez más para volver a besarme, pero yo me aparto y coloco una mano sobre su pecho evitando que me acerque aún más. Dejo caer mi frente en su barbilla mientras suelto un cansado suspiro.

—No —musito—. Lo siento —lo sé, sueno absurda.

—¿Qué sucede?

—Yo... debo irme —trato de no sonar tan cortante, pero fallo.

—¿Estás bien? —inquire preocupado. Asiento con la cabeza.

Carter suelta mi cintura dejando un espacio vacío en aquella zona, pero siento sus cálidas pero a la vez mojadas —lo sé, es irónico— manos en ambas mejillas. Él alza mi cabeza y deposita un tibio beso en mi frente y luego uno delicado y sedoso sobre mis labios al cual no me pude negar. Jamás nadie me ha besado en la frente, solo mi padre y Wendy, pero eso no cuenta.

Tengo que juntar todas mis fuerzas para apartarme de él y de su cómoda anatomía. Me abrazo a mí misma y camino con pasos pesados hacia la salida. Cierro la puerta tras de mí, recuesto mi espalda en esta y cierro mis ojos, seguidamente dejo salir el suspiro más profundo que quizás alguna vez haya brotado de mis pulmones. ¿Qué rayos acabo de hacer?

Seguramente esta noche será de insomnio tratando de poner mis ideas claras con respecto a Carter. ¡Rayos!



#LecciónDelDía:

Si vas a besar a un chico como Carter Crane,
primero asegúrate de comprar pastillas para el insomnio.

Casi perfecto

Capítulo 34

El trayecto no fue nada fácil. Ya han pasado tres días desde lo sucedido con Carter y prácticamente han pasado tres meses desde que llegué a esta mansión. Se ha acabado el período de vacaciones para dar entrada a la época escolar y eso solo significa una cosa: es tiempo de dejar mi empleo de verano e ir a estudiar a mi añorada universidad. Al principio creí que sería fácil salir de esta casa, empacaría lo más rápido posible y saldría corriendo mientras me alejaba felizmente del «inútil» de Carter Crane. Bueno, así me lo imaginaba. Pero sucede que es todo lo contrario. La tristeza se ha instalado en una parte de mi corazón, lo que ha hecho que cada palpitar sea un sufrir. No quiero irme. Quiero quedarme con él. Pero las cosas tienen que ser así.

Es ridículo, lo sé. No estoy profundamente enamorada de Carter, creo que es muy temprano para afirmar aquella frase. Pero estoy segura de que lo que siento por él no es un simple sentimiento. Es algo... diferente. Pero sentirme atraída por él no va a cambiar las cosas, debo ir a estudiar, ya que esa debe ser mi prioridad. Además... ¿Quién me asegura que él siente lo mismo por mí? Tal vez me dijo un «Te quiero», pero aquello no debía significar nada y aún más si estaba borracho. Quizás es cierto y solo se estaba divirtiendo conmigo un rato a ver cómo caía en sus pequeños trucos o quizás estaba diciendo la verdad. ¡El punto es que eso ya no interesa! ¿Por qué? Porque me voy y muy lejos, y nada podría cambiarlo.

Doblo la ropa con enojo y la lanzo dentro de la maleta en la que estoy empacando. Antes tuve que darle una sacudida, ya que estuvo guardada en el armario durante tres meses. Me río internamente, qué gracioso, pareciera que fue ayer. Esta mañana tuve una larga y bonita charla con la señora Elizabeth, que simplemente me trasladó a aquel día en la cafetería en donde acepté trabajar para ella sin saber que conocería a quizás dos de los hombres más... ¿cómicos?, ¿influyentes?, ¿importantes? Bueno, no interesa. El hecho es que

conocí a un cómico y humorístico anciano y a un tonto y tarado pero lindo chico. La charla con la señora Elizabeth fue incómoda, pero al mismo tiempo reconfortante. Ella me agradeció infinitas veces por cuidar de su suegro tan bien, me dio palabras de ánimo y me alentó a que jamás abandonara mi sueño de poder estudiar. Luego me ofreció un sobre que tenía un sello que enunciaba «Liquidación». Ella no me estaba despidiendo y yo tampoco estaba renunciando. Era el simple hecho de que debemos avanzar, no puedo quedarme a vivir en esta *Barbie Dreamhouse* para siempre. Le agradecí y luego me regresé a mi habitación para empezar a empacar. Así he estado todo el día, empacando. No me he inmutado en salir de esta habitación que me ha recibido durante estos tres extraños y maravillosos meses. Es irónico que en unas pocas horas tuviera que abandonarla.

Por suerte he completado el dinero suficiente para pagar mi matrícula en Louisville. Aún recuerdo el día en que me mandaron mi carta de admisión y empecé a gritar como una maniática por toda mi casa. Nunca creí poder entrar, pero aquí estoy. Próxima a dar inicio a mi vida universitaria. Mis cálculos han sido perfectos. Llamé a papá y a Wendy para contarles sobre la muerte de Marshall y de que la señora Elizabeth me ha liquidado.

Un par de horas después me llegó el mensaje de Wendy, en el cual citaba que ya me había comprado mi boleto de avión directo al estado de Kentucky, donde se encuentra la Universidad de Louisville. Ya faltan menos de dos semanas para que comiencen las clases y, mientras estudio en Kentucky, me quedaré en casa de un primo de mi padre con su muy hermosa familia. Mi tía Wendy me está enviando dos semanas antes, ya que quiere que me acostumbre al ambiente de Kentucky y me organice correctamente. Ya todo está planeado, así que mañana a primera hora tomaré un vuelo directo a Kentucky y me encontraré con Wendy en el aeropuerto, alejándome miles de kilómetros de mi querido San Diego. Sin duda alguna extrañaré este lugar.

Cierro el zíper de la maleta con un poco de esfuerzo, ya que al parecer llevo más ropa de la que traje. Cuando ya está totalmente cerrada dejo caer ambas manos sobre la parte superior de esta y dejo salir un suspiro cansado. Ahora solo debía ponerme un pijama, acostarme, cerrar los ojos, abrir los ojos y tomar mi maleta para largarme a Kentucky. Si lo digo de esa manera, suena sencillo.

Pero antes... debo hacer algo que siempre quise. Unas semanas atrás descubrí que la ventana de mi habitación tiene un pequeño tejado. Siempre soñé con sentarme en uno de esos como hacen las chicas en las películas cuando se ponen a reflexionar. ¿Vamos, quién nunca antes ha soñado con estar dentro de un cliché? ¡No me culpen! Los clichés quizás son perfectos, pero la realidad no. Siempre he querido experimentar qué es vivir en un momento de perfección. Quizás en el tejado lo encuentre.

Camino hacia la ventana y tiro de ella hacia arriba, lo que permite que se abra. Cruzo mi cuerpo por el alféizar hasta llegar a la superficie fría del tejado. No me preocupo por cerrar la ventana, ya que pronto tendré que entrar e ir a dormir. Debo prepararme para el largo viaje de mañana.

Son alrededor de las 10:30 p.m. La noche ha caído obviamente y, cuando alzo la mirada, no pude evitar deslumbrarme con el maravilloso lienzo que hay sobre mi cabeza. Es como un cuadro irradiante en hermosura. Las estrellas están esparcidas a lo largo del firmamento negro que es el cielo, todas acomodadas totalmente a la perfección como si alguien se hubiera tomado el tiempo de colocarlas una por una para que fueran admiradas con aquel tenue pero radiante resplandor que poseen. La brisa fría de la noche me hacía estremecer. ¿Por qué rayos no traje mi sudadera? Me abrazo a mí misma y me encojo. Desde aquí tengo una vista a la casa del vecino que se encontraba a unos cuatrocientos metros de distancia y un niño en el interior llora. A lo lejos se escucha el bullicio de una fiesta, debe de ser alguna de las casas cercanas.

Vale, así es como me despedido de San Diego. Un cielo hermoso, la fría brisa, un niño desconocido llorando, una fiesta en la que no estoy —tampoco es como si quisiera estarlo— y yo sola...

—¡Auch! ¡Rayos! —doy un respingo sobresaltada mientras me giro hacia la ventana donde allí veo a un adolorido Carter. Al parecer, ha intentado pasar por el agujero de la ventana, pero accidentalmente se ha golpeado la cabeza contra el filo superior de esta. Desventaja número uno de ser alto como una jirafa. Para su buena suerte, al golpearse ha tropezado de forma tal que su cuerpo resbale por el tejado. Tengo que sostenerlo de la camiseta para que no se vaya hasta el borde y aterrice sobre el duro pasto de su jardín. Él se incorpora y se sienta junto a mí sin dejar de acariciar su cabeza, lo que causa que su cabello se desordene irresistiblemente. *Lo sé, estoy perdida.*

—Tenía planeado entrar silenciosamente por la ventana, cubrirte los ojos con mis manos y luego preguntarte «¿Quién soy?» con una vocecita aguda así como hacen en las películas. Pero al parecer las cosas no salen tan perfectas como las planeas —comenta pensativo sin atreverse a poner la mirada sobre mí. Yo me limito a bufar con una sonrisa.

—Bueno, eso es cierto.

—¿El qué?

—Por más que intentemos, jamás lograremos ser perfectos.

—Eso pensabas hasta que me conociste, ¿no? —bromea con arrogancia y logra sacarme otra sonrisa, así que me obligo a darle un empujón travieso.

—No digas babosadas —trato de esconder mi sonrisa de tarada con una mueca, pero fallo.

—Eres linda cuando sonríes —posa su mirada sobre mí y con tan solo eso logra que un cosquilleo recorra mi espina dorsal y me haga estremecer con ayuda del frío.

—Babosada número dos que dices en la noche y en menos de veinte segundos. Creo que este es un nuevo récord, Crane.

Esta vez le toca a él sonreír. Así que aquí estamos dos tarados sonriendo o quizás... estamos sonriendo como tarados. ¿No es lo mismo? ¡Ugh! Ya me confundí y con la sonrisa de Carter es aún más difícil concentrarme en lo que estoy pensando. Él me observa detenidamente durante unos segundos más hasta que su sonrisa comienza a desvanecerse poco a poco. Baja la mirada y aparta sus ojos de mí, coloca sus codos sobre sus rodillas y comienza a jugar con sus dedos entre ambas piernas algo distraído. Veo su manzana de adán subir y bajar al tragar con inconveniente.

—Vi las maletas sobre tu cama —pronuncia con dificultad—. ¿Eso qué significa? —gira su cabeza hacia mí mostrándome la desilusión y la falta de esperanza que hay en sus ojos.

Vale, lo sé. Marshall me pidió que cuidara de Carter en su carta, pero... ¿qué se suponía que haría? ¿Quedarme el resto de mi vida adherida a este chico porque Marsh simplemente me lo pidió? ¡Seamos realistas! ¡Eso no tiene sentido! No puedo quedarme con Carter a cuidar de él y evitar que se tropiece con la vida. No puedo ser su niñera de por vida solo porque un anciano lo quería y sé que Marshall tampoco hubiera querido que renunciara

a mi sueño de estudiar solo por cuidar de su nieto. Si alguien abandona la gran oportunidad de estudiar solo por quedarse con un «chico de verano» que se la ha pasado insultándola la mayoría del tiempo y que de pronto dice que «la quiere» pero no está segura de ello... lo consideraría como alguien incoherente. ¡Miles de personas alrededor del mundo darían lo que sea por tener la oportunidad de estudiar! Estoy tratando de pensar con la mente y obstruir lo que quizás sienta mi corazón.

—Yo... me voy mañana por la mañana —voy directa al grano y aparto la mirada, así que no alcanzo a ver la expresión en su rostro—. Después de todo, ya no tengo nada que hacer aquí. Ya nada me retiene y los tres meses se han pasado. Ya tengo el dinero suficiente y pues debo irme... —trato de decir con simpleza.

—¿Dinero suficiente para qué? —pregunta curioso y confundido. Luego me doy cuenta de algo. Jamás le he contado a Carter la razón por la que estuve trabajando para su abuelo.

—El dinero suficiente para pagar mi universidad —le aseguro y él frunce el ceño mientras parpadea un par de veces tratando de procesar la frase.

—Espera... ¿Qué? ¿Universidad? —asiento.

—¿Qué? ¿Creíste que no me importaban los estudios? —bufo—. Oh, vamos. No soy esa clase de chica —ruedo los ojos.

—Entonces... ¿Todo este tiempo trabajaste para pagar tus estudios? —dice como si la frase aún no cobrara sentido dentro de su cabeza.

—Sí... mi sueño siempre ha sido ir a la Universidad de Louisville en Kentucky y mírame... estoy a pocas horas de cumplirlo —sonríe forzosamente.

—¿Por eso nunca renunciaste y soportaste todas mis estupideces? ¿Por ir a la universidad? —cuestiona incrédulo. Asiento mientras le respondo con un pequeño «Uhum».

—Kentucky está muy lejos —se queja como si estuviera adolorido.

—Lo sé —reflexiono sin ánimos.

Me muerdo la parte interior de mi labio mientras pienso en qué tema buscar para dejar de hablar de Kentucky, pero tampoco hablar sobre lo sucedido aquel día en la regadera. Abro la boca para decir algo, pero prontamente Carter se adelanta.

—¿Sabes por qué Marsh siempre te llamaba Maggie? —no sé qué es lo que ha causado este giro tan repentino en la conversación, pero simplemente me dejo llevar. También tengo una leve curiosidad por descubrirlo—. ¿Tienes idea de quién era Maggie? ¿O de lo que iba a ser Maggie? —sonríe como si me estuviera contando algo muy gracioso.

Pero yo me limito a fruncir el entrecejo tratando de deducir lo que trata de decirme. Cuando me canso de pensar, niego con la cabeza y entonces escucho a Carter soltar una risa suave, animada y contundente.

—No tengo idea —acepto.

—Maggie iba a ser yo —declara y no puedo evitar que mi gesto se profundice. Entrecierro un ojo acercando mi pómulo a mi ceja en una expresión de confusión completa.

—¿De qué rayos me hablas? ¿Tú? ¿Maggie?

Él vuelve a reír profundamente. Deja caer su espalda sobre el tejado y extiende su largo cuerpo sobre la superficie de esta, poniéndose cómodo como si estuviera en su cama. Coloca sus manos detrás de su cabeza en una posición relajada mientras las comisuras de sus labios tiran en direcciones opuestas. Alza sus ojos al cielo y comienza a hablar mientras admira la oscuridad sobre nosotros. Yo lo imito y me acuesto junto a él.

—Vale, lo sé, lo sé. Es extraño, pero es cierto. Cuando Marshall se enteró de que mi madre estaba embarazada y de que su único hijo le iba a dar un nieto se emocionó más que nunca. Marshall siempre deseó tener una nieta. Era su mayor anhelo, ya que mi padre también resultó ser hombre e hijo único y nunca tuvo la oportunidad de tener una hija. Así que esperó a que mis padres le dieran una nieta. Cuando le hicieron el ultrasonido a mi madre y vieron mi... ya sabes... —suelta incómodo y noto cómo se sonroja levemente, lo que causa que sonría inconscientemente—. Aquello que me hace hombre o lo que sea... Marshall se decepcionó mucho, pero nunca me rechazó e incluso me quiso y me dio de su cariño... al principio. Después del parto mi madre decidió no tener más hijos. En fin, mi abuelo siempre soñó con ponerle a su hija o a su nieta «Maggie», pero nunca tuvo la suerte hasta... que tú llegaste. Creo que siempre fuiste esa nieta deseada que nunca tuvo —reflexiona, lo que provoca que se me rompa el alma—. Eres aplicada, responsable y rubia... prácticamente perfecta. Todo lo opuesto a mí —noto cómo sonrío de lado por el rabillo del ojo.

—Vaya —suelto impresionada y sin aire—... entonces te ibas a llamar Maggie —me burlo.

—Por suerte fui hombre —expresa divertido.

—¿Por qué lo dices?

—¿Maggie? Nah, ¡qué asco de nombre!

—¡Oye! A mí me gusta —reprocho—. Si hubieras sido una chica, habría sido mejor que te llamaran Maggie antes de... ¿Cartera?

Él gira levemente su cabeza hacia mí y me fulmina con una mirada de «¿Es en serio?» rueda los ojos y regresa su vista al cielo.

Luego de eso el silencio inunda el aire. Por el momento nadie tiene planeado decir ni una sola palabra más. Así que me limito a observar nuevamente el cielo. Pero vamos... ¿A quién engaño? ¡No estoy mirando el cielo, por Dios! Estoy intentando admirar las casi perfectas facciones del glorioso perfil de Carter por el rabillo del ojo tratando de disimular para que él no me cache mirándolo como torpe. Inclino solo un poco el rostro para tener una mejor vista de su rostro. Recorro cada relieve de su piel con mi mirada. Me deleito con la refinada punta de su nariz y las diminutas pecas en sus mejillas. Observo detenidamente sus medianas pestañas que se agitan con cada parpadeo. Bajo mis ojos hasta la prominencia de sus labios que quizás he saboreado unas... creo que ya perdí la cuenta. Pero luego aquella pregunta que me había estado atormentando desde hace varios meses llegó a mi cabeza como un golpe magistral.

—¿Por qué odias tanto a las rubias, Carter? —suelto la pregunta sin antes tomar el tiempo de procesarla dentro de mi cabeza a ver si suena un tanto sutil. Pero al decirla en voz alta creo que fue todo lo contrario. Siento cómo la anatomía de él se tensa junto mí. De pronto siento una pesadez en el ambiente y admito que lo he arruinado.

—¿En serio quieres saberlo? —su voz se torna insegura y vacilante.

—He deseado tener la respuesta a esa pregunta como nunca nadie. Además creo que me lo debes después de haber dicho tantas cosas sin justificación. ¿No crees?

—Va... vale— noto cómo se estremece y la comodidad de su cuerpo desaparece. Saca sus manos de por debajo de su cabeza y se las lleva a su rostro intentando quitarse lo que al parecer son rastros de angustia.

Cierra los ojos con fuerza y empuña sus párpados durante unos segundos como si se estuviera tomando un tiempo antes de contármelo. No sé que estoy a punto de escuchar, pero creo que he preparado mi mente para todo.

—Cuando te dije que había cero rubias en mi lista de chicas... mentí. Bueno, no mentí, sino que te escondí una parte de la verdad. Quizás pensaste que fue una rubia la que me rompió el corazón, pero... no fue una, sino... muchas. La historia comienza hace más de seis años. Yo estaba terminando mi secundaria ya casi para pasar a preparatoria cuando conocí a una chica llamada Claire. Era una linda chica de cabello rubio como el oro y suave como el algodón —sonríe de lado—. Nos conocimos y mantuvimos una relación de casi dos años hasta que ella... pues... terminó conmigo. Una vez te dije que jamás me había enamorado y de que nunca había experimentado el amor, pero creo que Claire fue lo más cerca que estuve del amor —suelta con resequedad y una pizca de amargura—. Me dijo que se había aburrido de mí, que yo no era el chico ideal para ella, que no era lo que ella necesitaba y se apartó de mí. Así de simple. Luego de eso, durante un año mantuve una leve obsesión a las rubias.

—Espera... ¿Qué? —interrumpo algo desconcertada—. ¿Obsesión?

—Sí, eso —alzo mis cejas maravillada.

—De acuerdo, continúa.

—Mi lista de chicas estuvo conformada por puras rubias durante un asqueroso año. No recuerdo con exactitud cuántas fueron... unas... ¿diecisiete?, ¿veinticinco? Creo que salí con todas las rubias de Crawford o en su mayoría y pues tú... ni siquiera sabía de tu existencia realmente y estabas un par de cursos más abajo que yo, así que eras prácticamente una niña.

—Oye —me quejo.

—Lo siento —sonríe—. Pero no salí con todas esas rubias porque las quisiera, ni porque sintiera algo por ellas. Eso era absurdo. Solo salía con ellas para encontrar a una chica parecida a Claire. Pero por más que intentara ninguna llegaba a su nivel. No tenían la tonalidad de rubio perfecto como el de ella o sus cabellos eran resecos y no tersos como los de ella. Eso lo comprobaba con tan solo besarlas y pasar desprevenidamente mis manos por sus cabellos. Luego las dejaba y un par de veces ellas me dejaban a mí al no

ver mi interés en la relación, pero jamás sufrí por ellas como sufrí por Claire. Incluso lo llegué a llamar «La Maldición de las Rubias» —bufa y niega con la cabeza.

Me he dado cuenta de que he girado mi cuerpo por completo dejando mi peso sobre mi hombro mientras observo a Carter hablar. Él no me mira directo a los ojos, sino que habla como si le estuviera hablándole al cielo, pero lo prefiero así.

—Al final de ese año, Claire volvió y me pidió que regresara con ella y acepté sin vacilar. Dejé mi obsesión por las rubias, ya que tenía de vuelta a la única rubia que quería, pero entonces... sucedió. Una noche Claire me invitó a una fiesta en su casa, pero aquella... no era solo una fiesta. Ella empezó a hablar frente a todas las personas. Todo Crawford estaba allí y gritó frente a ellos que no me quería y de que jamás me iba a querer. También aprovechó la oportunidad para presentarme a su mugroso novio, que fue parte de su plan para avergonzarme. Fue la peor noche de mi vida. Salí de la fiesta y regresé a mi casa, me encerré en mi habitación y comencé a romper todo a mi paso. Creo que desde entonces nunca fui el mismo. Comencé a odiar todo y a todos, en especial mi miserable vida. Esa misma noche también hice un juramento que decidí llamarlo «Una ley personal». Iba a borrar aquella absurda y ridícula lista de chicas y comenzar una nueva en donde iba a haber cero rubias —suspira agotado—. Comencé a odiar a cada rubia que se atravesaba en mi camino sin preocuparme por conocerla. Es como mi venganza para Claire, quien sin decir nada desapareció de mi vida —se muerde el labio inferior al finalizar.

¿Entonces eso fue lo que causó ese cambio tan drástico en él? ¿Un montón de rubias? Creo que ahora lo comprendo más que nadie y me culpo por haberlo juzgado sin antes haber sabido la razón concreta de su actitud. Aún recuerdo la charla que tuve con Lupe y Marshall en el jardín mientras desayunábamos. Ellos desconocían la razón del cambio de Carter, pero ahora... quizás tenga la respuesta.

—Es la primera vez que cuento esto en voz alta —admite con una sonrisa que, sin duda, era forzada y doliente.

—¡Vaya, pero qué... miserable alimaña! —expreso enojada con esa tal Claire. ¿Quién rayos se cree?

—Sí, creo que esa es la frase correcta —suelta con sarcasmo.

—Realmente no sé qué decir —admito al ver que me he quedado sin palabras.

—No tienes que decir nada. Me siento de maravilla al haberlo dejado salir, es como una carga menos —se sacude.

—Y... —me relamo los labios nerviosa—. ¿Eso cambia algo entre nosotros? O sea... no estoy segura. ¿Tú... me odias aún? ¿Qué rayos fue lo que sucedió ese día en la regadera? ¿Recuerdas siquiera algo? —hablo entrecortadamente.

Carter suspira. Deja de admirar al cielo para girarse sobre su cuerpo, coloca su puño sobre su sien y deja caer su peso sobre su codo y su cadera. Ahora me mira a mí, poniéndome aún más nerviosa que antes. Yo vuelvo a acostarme sobre mi espalda y sin poder evitarlo lo miro a sus deslumbrantes ojos que hacen contraste con la noche.

—Yo quiero pedirte disculpas por haberte...

—No te disculpes —le pido—. Solo quiero que me expliques qué fue lo que sucedió y lo... que dijiste.

—Yo... no sé qué me pasa. Necesitaba besarte y simplemente lo hice. Necesitaba comprobar si lo que estaba sintiendo era real o solo un dolor de estómago. Yo no sé qué fue lo que hice mal, Meg. Algo me está pasando, no sé describirlo y creo que tú eres la única respuesta a ello. Sé que justo ahora me estoy escuchando como un torpe, pero no me importa. Ya nada me importa cuando tú estás cerca —habla demasiado rápido provocando que sonría—. Yo te besé y sentí cosas que jamás había sentido, Meg —confiesa incrédulo.

Trato de borrar la torpe sonrisa que tengo plantada en el rostro, pero es inútil.

—¿Entonces no me besaste porque querías olvidarte de Piper? —frunce el ceño.

—¿Piper? ¿De qué hablas? Ni siquiera estaba pensando en ella cuando te besé. Solo estaba intentando que mi estómago no explotara por tu culpa —admite y no puedo evitar soltar una fuerte carcajada a la que él se unió.

—¿Entonces recuerdas todo lo que sucedió? —siento el rubor en mis mejillas. Tenía la esperanza de que no recordara todo aquello, ya que fue algo explosivo pero a la vez vergonzoso.

—Eso creo —se encoge de hombros.

—Y... recuerdas lo que dijiste de... —tartamudeo nerviosa, mi pulso se había acelerado de tan solo regresar a aquel día.

—¿De que me gustas? ¿De que te quiero solo para mí? —pronuncia limpiamente. Asiento tímida mientras intento evadir su mirada—. Pues es todo cierto, Meg. Yo creo que de verdad me gustas. No mentiría sobre eso. Cuando te tengo cerca no soy el mismo Carter.

—¿Pero te gusto como Piper? ¿O como Claire? —inquiero. No estoy segura de lo que estoy preguntando. Creo que con «Piper» me refiero a solo «atracción» y con «Claire» a algo más «profundo», aunque ambas se hayan comportado como unas cualquiera con él.

—¿Qué? Como ninguna... tú... tú eres diferente.

—¿En qué sentido?

—En todos. Piper es una chica sexy, pero... un asco de persona. Claire... fue una farsa la mayoría del tiempo. Creí que eras una rubia más, Megan. Pero... me equivoqué. El simple hecho de que te preocupes por tus estudios y trabajos para ir a la universidad me sorprende, todo de ti me sorprende. Cuando toqué tu cabello por primera vez me di cuenta de que era perfecto. No en ese sentido de perfección, el de Claire era hermoso, brillante y sedoso en una manera exagerada, casi falso. Pero el tuyo... es todo lo anterior, solo que de una manera detallada y simple, y eso me encanta. El punto es que no me gustas por tu cabello, sino que todo en ti me gusta. ¿Entiendes? —*juro por Carmelo que estoy más roja que la nariz de Rodolfo el Reno*—. Simplemente no eres la rubia que yo esperaba que fueras.

Creo que he enmudecido totalmente. No sé qué decir, abro la boca, pero las palabras no salen. Me pellizco disimuladamente a ver si esto real y creo que me duele. Parpadeo un par de veces asombrada y busco las palabras correctas para contestar.

—Tú también me gustas.

—Creo que eso ya lo he escuchado antes —me recuerda y no puedo evitar sentirme una completa inútil. *¡Ya se lo había dicho en el baño! ¡Qué tonta soy! ¡Tonta, tonta, tonta!* Me abofeteó mentalmente un trillón de veces—. Pero me gusta escucharlo, así que dilo otra vez —sonríe travieso.

—Ni en broma —digo ruborizada.

Carter acerca una mano a mi mejilla y la acaricia con su pulgar en un roce divino, lo que me ruboriza aún más. Siento el calor arder en mis pómulos, creo que nunca en mi vida me he sonrojado tanto con un chico. Es un tibio calor como cuando vas a la playa sin protector solar y se te queman las mejillas, sí, era parecido a ese ardor, solo que multiplicado por cinco. La sonrisa de mi rostro se evapora rápidamente al darme cuenta de la realidad. El duro golpe de la realidad que me llega como una cachetada en mi quemadura de sol metafórica. Todo lo que nos hemos dicho esta noche, con las estrellas sobre nosotros como testigos, sería en vano. Mañana yo me iré a Kentucky y no hay vuelta a atrás. Por más que Carter y yo dijéramos «querernos» y sentir algo hacia el otro, eso no serviría de nada.

—¿Qué sucede? —pregunta al ver mi cara de pocos amigos.

—Sabes que todo esto es inútil, no? —coloco mi mano sobre su mano que está en mi mejilla y la retiro de ese lugar, mas no la suelto, sino que la sujeto fuertemente.

—¿Por qué lo dices?

Río con ironía y resentimiento hacia la vida. ¿Tiene que gustarme este chico justamente cuando ya no podemos estar juntos? ¡Ay, no puede ser! Eso ha sonado como la típica frase de una novela trágica con un final triste. ¿Acaso en eso nos convertiremos?

—Mañana me iré, Carter —le recuerdo y su gesto afligido regresa—. Yo iré a estudiar y tú seguirás con tu vida de chico millonario, ¿no es así? —se encoge de hombros mientras hace una mueca.

—Ya no estoy tan seguro de querer esa vida —al escucharlo decir eso con su voz rota en trozos les garantizo que un agujero negro se ha creado en mi alma arrasando con todos los sentimientos posibles y me dieron ganas de golpearlo, de golpearlo, de golpear al globo terráqueo por hacernos esto. Pero no lo hice y tampoco es como si pudiera. Simplemente me quedé mirándolo anonadada.

Carter pasa su brazo por encima de mí acorralando mi cuerpo entre sus dos brazos y acercándose aún más. Sin pensarlo paso mis manos desde sus hombros hasta su nuca y entrelacé mis dedos allí, hice un poco de presión con el propósito de que se acercara lo más posible, su rostro se aproxima al mío hasta que las puntas de nuestras narices rozan y nuestro aliento se mezcla.

—¿Te digo algo? —pronuncia y, al mover sus labios, estos se friccionan con los míos mandando leves cortocircuitos por mi cuerpo. Asiento con suavidad lo que crea el mismo efecto anterior—. Quiero besarte en estos instantes —sonríe de lado, es una sonrisa pilla.

—¿Y qué esperas? —alzo mis cejas y bajo una mano desde su nuca para ahora dedicarme a acariciar su pómulo con mi dedo pulgar, el cual se pasea entre sus pecas cuidadosamente tomándose el trabajo de revisar cada milímetro de su piel. Carter sonríe por milésima vez en la noche y se acerca para depositar un delicado beso en la punta de mi nariz y luego otro en mi labios que se intensifica.

La verdad creo que jamás había besado a Carter así. La mayoría de las veces que nos besamos siempre ha sido algo loco, salvaje y apasionado, pero esta vez es diferente... Lo estamos disfrutando. Describiría este beso con adjetivos como delicado, tierno y puro, pero la verdad este beso es algo «casi perfecto». Incrusto mis manos en su lacio y suave cabello castaño. Carter juguetea con el borde de mi playera y sus dedos rozan traviesamente la piel de mi abdomen y juro que las mariposas quizás se transformaron en pterosaurios voladores. Suelto un leve «Oye» al sentir su toque y él se limita a sonreír sobre mis labios. Con su mano quita la mía de su mejilla y la lleva a su abdomen, tanteo aquella zona algo tímida y creo que su sonrisa se ensancha. Carter se aparta de mis labios para comenzar a besar mi mentón, pero me toma por sorpresa cuando empieza a descender. Siento sus tersos y tibios besos sobre mi cuello e inconscientemente me estremezco bajo su cuerpo.

¿He dicho que me encanta besar a Carter? Pues ahora diré que amo que Carter me bese, solo él tiene esa forma tan única de hacerlo que me enloquece por completo. Trato de mantener las hormonas bajas sus riendas, pero creo que eso es imposible con Carter besándome de esa manera. Él deja su anterior tarea para regresar a mis labios y creo que en esos instantes me pierdo en la magnitud de su beso. Besar a Carter es como tocar el cielo. Las emociones se mezclan y los pensamientos vienen a mi mente. Quizás este beso sea lo más cerca que estemos de la perfección y creo que eso realmente apesta. No, el beso no. Este beso es glorioso, lo que apesta es el hecho de que somos tan imperfectos que no podremos estar juntos. Creo que mi estómago a este punto se ha convertido en una licuadora de pterosaurios. Este beso era

tan magistral que podía escuchar a una multitud imaginaria gritándonos ovaciones y aplaudiendo, era tan único que podía ver a Marshall sonreír al darse cuenta de que siempre tuvo la razón, era tan perfecto que podía escuchar fuegos artificiales explotar en lo alto del cielo...

No, esperen. ¿Qué?

Creo que los fuegos artificiales si son reales.

Carter y yo nos separamos para ver el majestuoso espectáculo sobre nuestras cabezas, las pirotecnias explotan con elegancia y tenacidad iluminando el oscuro cielo de San Diego, dejando atrás a las humildes estrellas. Carter se sienta junto a mí y entrelaza su mano con la mía sin apartar la mirada del cielo. Definitivamente esto era lo más cerca que vamos a estar de la perfección. Los fuegos artificiales explotan prácticamente sobre nuestras cabezas, es realmente hermoso. Cuando estos finalizan una gran sonrisa se dibuja en mi rostro. Pero esperen... *¿De dónde rayos han salido estos fuegos artificiales y por qué están tan cerca?*

Bajo mi cabeza hacia el jardín y veo la indiscutible figura de un chico muy conocido de pie en el verde pasto.

—¿Shawn? —suelto sorprendida y desconcertada.

—¿Shawn?! —exclama Carter con el ceño fruncido.

Él alza su mano y la agita en el aire mientras nos da una sonrisa de oreja a oreja como un niño pequeño que saluda a su madre cuando lo viene a retirar del jardín de infantes.

—¡Hey! ¿Qué tal chicos? Eso estuvo fantástico, no? —se coloca ambas manos en las caderas mientras echa un vistazo al cielo refiriéndose a las pirotecnias. Noto que junto a él hay una cajeta que obviamente lleva una etiqueta de fuegos artificiales.

—¿Tú hiciste eso? —le pregunta y Shawn asiente feliz—. ¿Por qué?

—Bueno, los vi besándose desde la ventana de mi habitación y creí que ya era hora de sacarlos. Los tenía guardados desde la Navidad pasada, pero nunca llegué a lanzarlos y ustedes se veían tan asquerosamente románticos que decidí hacerlos explotar. Ya saben, así como en las películas cuando se dan un beso romántico y todo eso —sonríe con inocencia.

No puedo evitar soltar una profunda carcajada. Carter sonríe, pero de pronto se saca un zapato y se lo lanza a Shawn, quien lo esquiva con un ágil

movimiento.

—¿Y qué con eso?

—¡Eres un tonto! ¡Estábamos en la mejor parte del beso! —le reclama Carter y creo que para entonces estoy muriendo de risa y de vergüenza — mataste la pasión, Tontowell.

—¡Ya te extrañaba amigo! ¡Te amo! —le grita con sarcasmo y le lanza un beso causando que Carter ruede los ojos.

—¿Y tienes permiso para eso? —le pregunta Carter.

—¿Permiso para qué?

—Para lanzar pirotecnias. Si no lo tienes, la policía te multa.

Shawn se lleva una mano a la cabeza algo desconcertado, pero luego vuelve a sonreír.

—No, no tengo... pero mi novia sí —alza las cejas con picardía. Carter comienza a toser.

—Espera... ¿Qué dijiste? ¿Novia?

—Aja —asiente y de pronto la figura de otra persona aparece en el jardín de entre las sombras. Es una chica. Lleva el cabello negro y, cuando la observo más detalladamente, noto que lleva un mechón de color rojo tintado...

Esperen... ¡Oh, no puede ser! Abro mis párpados de dos en dos. ¡Es Ruthie, la Bromista! ¡Shawn está saliendo con Ruthie! Ella se acerca y con sus brazos rodea el torso de Shawn, él pasa su brazo por los hombros de ella en una posición comprometedora. Por el rabillo del ojo puedo ver a un boquiabierto y perplejo Carter. Sin embargo, yo no puedo parar de sonreír. ¡Esto es lo mejor del mundo! ¿Shawn y Ruthie juntos? ¡Ja! ¿Quién lo diría, eh?

—Hola, Lennon; hola, Crane —nos saluda con una sonrisa igual de pícaro que la de Shawn.

—¿Ella esa tu novia? —explota Carter en una carcajada—. Qué buena broma, Ruthie —el rostro de ella se oscurece, fulminante.

—No es una broma —dice con el tono cargado en seriedad.

—¿Ah no?

—No —Shawn niega.

Ups, momento incómodo.

—¡Felicidades, chicos! —intervengo tratando de salvar el momento.

—Igualmente —contesta ella. Carter y yo nos damos una mirada de soslayo.

—No, él y yo no somos... —intento excusarme, pero Shawn me interrumpe.

—Vimos cómo se estaban besando, casi se comen. No tiene por qué negarlo —su comentario causa que Carter y yo soltemos risitas nerviosas—. Hay una fiesta por aquí cerca. ¿Quieren venir?

Carter me da una mirada sonriente, examina mis ojos durante unos pequeños segundos y luego regresa la vista hacia ellos.

—Gracias chicos, pero creo que nos quedaremos aquí, mirando las estrellas.

—Son tan románticos que quiero vomitar. ¿Qué rayos hiciste con mi Carter, Meg?

Me encojo de hombros sonriente.

—Vale, ustedes se lo pierden —y luego de eso Ruthie y Shawn, la pareja del año, se retiran tomados de la mano.

Carter deja caer su espalda nuevamente sobre el tejado.

—Ven aquí —me atrae hacia él. Pasa su brazo por mis hombros y yo lo abrazo con todas mis fuerzas aferrándome a su calidez, dejo descansar mi cabeza sobre su pecho mientras él acaricia mi cabello con su mano. El subir y bajar de su pecho me tranquiliza y de pronto mis párpados comienzan a volverse pesados.

—¿Carter? —lo llamo.

—¿Uhum?

—Si algún día nos volvemos a ver, después de mañana... espero verte casado con una rubia y teniendo muchos niños rubios —sonrío adolorida mientras trato de mantener los ojos abiertos. Espero su respuesta, mas esta no llega, sino que en vez de eso Carter se limita a darme un suave beso en la coronilla de la cabeza.

Luego de aquello lo único que recuerdo es haber cerrado mis ojos perdiéndome en la exquisita fragancia que emana de su cuerpo. Sus fuertes brazos me rodean de forma protectora y el majestuoso sonido del palpitar de su corazón es lo último que escucho.

...CR...

Llevo más de cuatro días en Kentucky.

Lo sé, el tiempo corre rápido. La verdad, la despedida de San Diego fue algo veloz. Estaba todo el personal de la casa incluyendo a los dueños, la señora Elizabeth y el señor River. Todos me despidieron con un abrazo y agradeciendo mis servicios a los Crane. Creo que Lupe incluso derramó un par de lágrimas y casi me exprime entre sus brazos como un limón. ¿Quién diría que una latina se convertiría en mi mejor amiga durante tres meses? Y sí, todos me despidieron... excepto Carter. Cuando desperté después de aquella noche estaba en mi cama sola. Mis maletas estaban empacadas y todo estaba listo para partir. Carter no se dignó en aparecer y no entiendo por qué, creo que eso realmente me afectó. No haberle dicho adiós apesta horrible y puede que nunca más lo vuelva a ver. Ni siquiera tuve la oportunidad de abrazarlo o besarlo una última vez. Lo odio por haberme hecho eso. ¿Qué rayos le sucedía? Ya no sé ni qué pensar. Aquella noche me había dicho las cosas más hermosas que un chico alguna vez podría decirle a una chica, me dijo que le gustaba y que lo hacía sentir cosas nunca antes experimentadas. ¿Y luego no se digna a darme la cara y decirme adiós? Aún sigo sin entender a Carter Crane.

Pero el punto es que eso ya no interesa. Aquella mañana tomé mi vuelo a Kentucky y en el avión lloré como una niña desconsolada. Y no, no fue como en las películas como cuando la chica que ve su ciudad desde la ventanilla del avión y una lágrima resbala por su mejilla mientras lloraba en silencio por el chico que quería, pero tenía que dejar atrás. No, no fue así. Simplemente tuve que correr al baño, ya que empecé a sollozar y a hipar como niñita captando la atención de las personas. Lloré de ira contra Carter y la vida. En el baño lloré aún más fuerte que nunca, prácticamente estaba soltando leves gritos entre sollozos como María Magdalena mientras intentaba limpiarme los mocos con el papel higiénico que solo logró irritar mi nariz. Hubo un par de turbulencias allí dentro, así que terminé vomitando y una aeromoza tuvo que venir a ayudarme. Sí, así de patético fue.

Ya me he instalado en la casa del primo de papá. Es una pequeña y humilde familia de cuatro, la pareja y dos pequeños. Lucas y Lucy. El cambio fue drástico, he pasado de estar en una mansión a una pequeña casa en Kentucky.

No me quejo, la casa es hermosa, pero sin duda alguna se queda pequeña junto a la *Barbie Dreamhouse*. Todo es tan extraño aquí en Kentucky, ya extraño a Lupe hablando español como loca, extraño a Marshall viendo «Acumuladores» y perdiendo el control remoto, extraño Wendy y su extraña forma de ser y sin duda extraño a Carter jugando videojuegos como si su vida dependiera de ello y sus inigualables besos a los cuales me había vuelto adicta aquellos últimos días que estuve con él. Pero creo que así terminará esta historia entre Carter y yo. Ambos separados por kilómetros y más kilómetros con vidas totalmente opuestas. ¿Qué irónico, no?

Hoy era una fresca mañana en Louisville, cierro la puerta principal detrás de mí y me acerco a la bicicleta que yace sobre el suelo del porche. La brisa mañanera es reconfortante y algo parecida a la de San Diego. ¡Rayos, debo dejar de pensar tanto en San Diego! Louisville será mi nuevo hogar de ahora en adelante lo quiera o no. La tomo de los manubrios y la llevo hasta la acera donde pude subirme y comenzar a pedalear. Iré por un poco de café. El señor Garrett, el primo de mi padre, me dijo que había una cafetería a unas cuantas cuadras, así que también aprovecharía para dar un corto recorrido por las calles de Louisville. Pedaleo un par de calles arriba y en el camino pude ver a un grupo de niños jugando con cascos y patines, todos ríen y se gritan bromas. Una señora pasea a su perro y detrás de ella vienen dos ancianos haciendo ejercicio que prontamente la rebasaron. Concentro mi mirada en el camino hasta que llego a la cafetería y desmonto la bicicleta. Entro al local y una campanita suena sobre mi cabeza, la cual la mayoría ignora. Hay personas vestidas como empresarios, también hay *hipsters* leyendo y otro montón de seres vivientes. Formo la fila y antes de que me dé cuenta ya estoy frente al mostrador con un chico frente a mí. Es un rubio de ojos oscuros y sonrisa reluciente. Al verme su sonrisa se ensancha.

—Hola... ¿Qué te puedo servir? —se limpia las manos en su delantal negro, noto que detrás de este llevaba una camisa de cuadros con las mangas recogidas hasta los codos. Este tiene pinta de ser un *cowboy*.

—Humm, ¿Qué tal... un *latte*?

—Vale, perfecto. ¿Algo más? —pasa una mano por el cabello.

Niego con la cabeza.

—Noup —le doy una sonrisa débil y me hago a un lado del mostrador para que el próximo cliente haga su pedido.

Saco mi celular —sí, el que me regaló Carter— del bolsillo trasero de mi *jean*. Reviso los mensajes y solo tengo uno de mi tía Wendy preguntando cómo estoy. Escribo una rápida respuesta y la envío, pero para entonces ya el chico detrás del mostrador está nuevamente allí con aquella deslumbrante sonrisa y mi *latte*. Saco el dinero de mi bolsillo y lo pongo sobre el mostrador. Él lo toma y me da un leve guiño para luego darme la espalda y regresar a su trabajo.

—Ten un buen día— lo escucho decir. Esperen... ¿Me ha guiñado el ojo o había sido un simple parpadeo? Después de todo eso ya no interesa. Ya nada interesa.

Salgo del local y noto que a unos doscientos metros más adelante hay una estación de autobuses. Las personas bajan y suben a sus respectivos autobuses con maletas y bolsos, algo afanados. Al parecer, estos autobuses te llevan a diferentes partes del estado de Kentucky. Junto a la estación hay una tienda de recuerdos, pero creo que ninguna de estas dos cosas tenga importancia, así que me doy la vuelta y me subo nuevamente en la bicicleta, dejo el café en la canasta delantera que tiene la bici y comienzo a pedalear calles abajo. Tarareo una canción mientras muevo mi cabeza de lado a lado, de regreso hay una señora regando las plantas en su hermoso jardín y una casa después un viejo está recogiendo el periódico.

Pero luego sucede... fue un grito limpio y claro a mis espaldas. Una voz gruesa, ronca y prominente. Una voz que reconocería en Kentucky y en cualquier rincón de este planeta.

—¡Oye! ¡Imbécila!

Solo alguien en el mundo, sí, solo alguien en el la infinidad del gran globo terráqueo podría cometer aquella tremenda falta de gramática.

Empuño mis manos sobre los manubrios, tenso mis brazos, yergo mi espalda y la bicicleta frena de golpe. Frena tan rápido provocando que el envase de café se salga de la canasta y aterrice en el duro asfalto. Mis ojos están demasiado abiertos y creo que por poco se salen, mi corazón palpita a una velocidad nunca antes experimentada y un tremendo cosquilleo recorre mi cuerpo desde la coronilla de mi cabeza hasta la planta de mis pies. Trago en seco y creo que un par de lágrimas se acumularon en el borde de mi párpado inferior nublando parte de mi vista. Me muerdo el labio inferior

debatíendome entre qué hacer y qué no hacer. Escucho un par de ruedas pequeñas friccionar contra el pavimento y algunos pasos pesados correr a mis espaldas. Mi pulso va tan rápido que he empezado a hiperventilarme. Tengo que parpadear un par de veces para lograr reaccionar a la situación, tomo todo el valor posible y giro mi cabeza sobre mi hombro.

Y allí está él. Creo que estoy sonriendo. Viene corriendo hacia mí de una manera torpe y trastabillante. Lleva una mochila colgada en la espalda y una maleta de ruedas que de vez en cuando se le cae y tiene que detenerse a recogerla. Ni siquiera lo pensé antes de tirar la bicicleta a un lado y correr hacia él. La segunda vez que se le cae la maleta no se detiene a recogerla. Con cada paso la distancia se acorta más entre nosotros y mi corazón amenaza con salirse de mi pecho.

Él se detiene a unos cinco metros con los brazos abiertos como Rose en *Titanic* y yo simplemente corro aquella distancia hasta estrellarme contra su majestuoso pecho que me recibe amablemente. Rodeo su torso con mis brazos y me aferro a su cuerpo con tanta fuerza que creo que nunca seré capaz de separarme de él. Al instante él responde a mi abrazo y me rodea con delicadeza mientras acaricia mi espalda y mi cabello con sus gloriosas manos. Tenerlo tan cerca de esta manera me hace bien.

Y luego lloro. Lloro de felicidad y agradecimiento por tenerlo cerca nuevamente. Lloro como a una niña pequeña a la cual le han arrebatado su caramelo, pero prontamente se lo devuelven. Simplemente lloro y sollozo de alegría contra su pecho y aspiro la adictiva fragancia que era tan típica de él. Lloro.

—Tranquila, ya estoy aquí —lo escucho sisear en mi oído, sus labios fríos rozan la sensible piel de mi oreja y sorprendentemente él decide depositar un suave beso allí que provoca que me estremezca. ¿Cómo rayos logra hacer todo eso?

Cuando logro calmar mis sollozos Carter toma mi rostro entre sus manos y me obliga a alzar la cabeza para mirar aquellos inigualables, deslumbrantes, profundos y azucarados ojos miel que, sin duda, provocan que mi alma se derrita cada vez que hago contacto visual con él. Y luego me besa. Besa mis labios de aquella manera tan perfecta que solo él podía hacer. Sin duda Carter tiene la fórmula ideal para el beso perfecto. Luego mueve sus labios hasta mi nariz y la besa, besa mis párpados, besa mis pómulos, besa mi mentón, besa

mi frente y así se dedica a besar cada milímetro de mi rostro sin dejar de lado ninguna zona. Mi rostro está colmado en sus besos.

—Siempre quise hacer eso —sonríe de manera tonta.

—¿Qué cosa?

—Besar todo tu rostro —Creo que su sonrisa se me ha contagiado.

—¿Por qué no te despediste? —le pregunto dolida.

—Me resignaba a decirte adiós. No podía aceptar que te perdería —niego con la cabeza incrédula.

—¿Qué rayos haces aquí?

—No me lo vas a creer — ahora me muestra sus dientes.

—¿Qué sucede?

—Hace dos meses mi madre me inscribió a la Universidad de Louisville. Ella y el director son grandes amigos, así que mandó una carta de solicitud y al parecer me aceptaron. ¡Estuve inscrito en una universidad hace más de dos meses y ni siquiera la sabía! Ayer mi madre me lo contó y compré el primer vuelo a Kentucky. Y aquí estoy; por cierto, he comprado un apartamento por aquí cerca, así que creo que ya tengo estadía. Solo... debo encontrarlo —se pasa una mano por el cabello sonriente.

Y ahora puedo confirmar que todo en el mundo es posible. Carter Crane va a estudiar en la misma universidad que yo. No lo digo tanto por la parte económica, sino por la parte de «estudiar». De tantas universidades en este gigantesco país justamente tendría que venir a estudiar a la mía. A Louisville.

—¿Tú? ¿Estudiando? ¿Dónde rayos dejaste a Carter Crane? —bromeo.

—Soy yo. Solo que... diferente. Te aseguro que si tú no estuvieras aquí ni siquiera hubiera salido de mi casa. Pero me he puesto como meta de que ahora en adelante... tú serás mi motivo para todo —me guiña un ojo y creo que morí mentalmente—. ¿Te digo algo?

Asiento curiosa. Él comienza a limpiar los restos de lágrimas que hay en mis mejillas y aparta los mechones rebeldes de mi rostro con sus dedos.

—Una vez te dije que jamás me había enamorado y que el amor no era lo mío, ¿cierto? —vuelvo a asentir recordando aquel día en la playa—. Pues aún no estoy muy seguro de saber qué es el amor. ¿Crees que puedas enseñarme? —hace un puchero.

—¿Cómo? ¿Que sea tu maestra del amor? —suelto una carcajada. ¡Rayos, lo he extrañado un mundo!

—¡Sí! ¡Mi maestra del amor! —exclama con euforia.

—Eso suena absurdo y ridículo. Mejor seré tu novia, ¿vale? —Carter abre los ojos y una gran sonrisa limpia e indiscutible se dibuja en su rostro.

—De acuerdo. Creo que así suena mejor —me suelta y va a recoger su maleta que está tirada en el pavimento. Yo corro por mi bicicleta cuando noto que un perro está a punto de hacer sus necesidades sobre ella, prácticamente ya tiene la pata levantada, pero al ver que me acerco sale corriendo muy rápido y lo pierdo de vista—. ¿Qué tal si vamos a encontrar mi apartamento y me ayudas a instalarme? Ya sabes, soy nuevo por aquí —se acerca a mí con su maleta a rastras.

—Buena idea —levanto la bicicleta con una mano y con la otra entrelazo mis dedos con los de Carter mientras caminamos por la calle tomados de la mano. Llevar una bicicleta con una sola mano no era tan fácil como parece, pero me las arreglo, ya que lo último que quiero hacer en estos instantes es soltarlo. El simple hecho de volver a separarme de él por tan solo unos metros me aterra.

¿Me pregunto qué diría la Meg de hace tres meses sobre la Meg de ahora? ¿O quizás el Carter de hace tres meses sobre el Carter de ahora? Creo que seguramente nuestros *yo* de hace tres meses nos meterían a ambos en un manicomio. Y, señoras y señores... esta es otra teoría comprobada. Las personas cambian. Qué cómico, ¿no?

—¿Recuerdas lo último que me dijiste aquella noche en el tejado? —me pregunta Carter, suelta mi mano y ahora rodea mis hombros con su largo brazo acercándose más a él mientras continuamos nuestra caminata por la acera. Frunzo el ceño.

—¿Sobre qué?

—Sobre que si nos volvíamos a ver después de ese día querías verme casado con una rubia y teniendo muchos hijos rubios. ¿Recuerdas?

¡Es cierto! ¡Lo había dicho! ¡Que patética soy! ¡Ugh! Escondo el rostro ruborizada y llena de vergüenza.

—Eh, sobre eso... —trato de excusarme, pero él me interrumpe.

—¿Qué crees que suceda si a la única rubia que quiero en mi vida es a ti?
—su pregunta es seria y firme.

Mi corazón da un vuelco al escucharlo formular aquella frase. ¿Cómo es posible que con tan solo un par de palabras logre moverme el suelo ocasionándome un terremoto de emociones?

Alzo la mirada para encontrarme una vez más con sus ojos y darle mi más amplia sonrisa. He perdido la cuenta de cuántas veces Carter me ha hecho sonreír en estos últimos días y sé que aún vendrán un millón de sonrisas más por su causa.

—Pues... ya me tienes.

Epílogo

4 años después

—¿Pollo o hamburguesa? —me pregunta Carter mientras observa la tabla del menú.

—Pollo —digo segura.

—Pues yo quiero hamburguesa —alza la cabeza y mira al mesero, quien toma nuestra orden y luego se retira.

Carter y yo nos encontramos en un restaurante de comida rápida en San Diego y son alrededor de las 8:30 de la noche. Él y yo ya llevamos más de cinco años de noviazgo y les aseguro que ha sido increíble. Me ha dado la oportunidad de conocer al Carter cariñoso, risueño y humorístico que cada vez que me cuenta un chiste o se ríe simplemente no podía evitar que el vago recuerdo de Marshall inunde mi mente. Pero no un recuerdo triste y doliente, no. Era un recuerdo cómico y humorístico que me causa una sonrisa al ver que siempre tuvo la razón. A veces quisiera que estuviera vivo para darle las gracias por tantas cosas y en especial por hacerme caer en cuenta de que simplemente Carter es para mí. Parece irreal que hace más de cinco años se fue este querido anciano.

Por otro lado, hace un par de meses atrás Carter y yo nos graduamos de la universidad, ambos con una especialidad en Informática. ¿Quién lo diría, no? ¿Y les digo algo? A Carter le iba mucho mejor que a mí. Lo sé, suena imposible, pero es la purita verdad. Incluso él se graduó con un promedio más alto que el mío, pero creo que todo esto se debe a que estudiábamos juntos y yo era su tutora; por lo tanto, no podía concentrarme teniéndolo tan cerca. Lo más gracioso de todo es que recientemente un grupo de desarrolladores de videojuegos —en otras palabras «frikis» a un nivel tan superior que van a la universidad a estudiar cómo ser aún más «frikis»— lo contactaron al ver qué era tan bueno con eso de la tecnología y le ofrecieron un contrato. Carter trabajaría para lo que más le gusta hacer: jugar

videojuegos. Solo que ahora sería... crear videojuegos. ¿Qué ironía, no? Si hablan de mí, pues tampoco me va tan mal. He comenzado como ayudante en una de las tiendas de Apple —sí, la reconocida marca de la manzanita—. Pero quizás en un par de años tenga un puesto especial en esta gran industria y quién sabe y me hago hasta amiga de la hija de Steve Jobs. De acuerdo... demasiada fantasía.

Carter y yo hemos venido a San Diego a visitar parte de nuestro pasado. Llevamos más de una semana aquí y tuvimos la oportunidad de ir a visitar la tumba de Marshall y también de ver a mi tía Wendy, quien finalmente tomó la decisión de tener una relación seria con el tal Aaron. Cuando llegamos a la mansión Crane sin duda una avalancha de recuerdos cayó sobre mí. Todo era tan irónico de tan solo pensar que antes yo era una simple empleada y ahora soy la novia del hijo del dueño. ¡Ja, parece una de esas películas del rico y la pobre! Volví a ver a Lupe, quien seguía igual de guapa y también me encontré con Jesse, mi fiel amigo. Ruthie y Shawn se casaron hace tres años y Ruthie ya tiene cuatro meses de embarazo. Lo sé, yo también me sorprendí. Pobre engendro, esperemos que Shawn lo eduque bien. Pero al final lo más cómico que nos ha ocurrido fue justamente hoy, en este mismo restaurante, al encontrarnos a Piper trabajando de mesera. Al vernos entrar, abrió los ojos tanto que creí que se le saldrían y luego corrió detrás de una puerta a refugiarse llena de vergüenza. Creo que realmente no quería atendernos y no la obligaríamos, ya que me daba mucha lástima la pobre chica. ¿Siquiera habrá pensado en estudiar? Después de todo así es como se pierde la joven sociedad.

El mesero regresa con nuestras órdenes listas y entonces Carter y yo comenzamos a comer en silencio. Al final de todo Carter paga la cuenta y saca su billetera para darle propina al mesero, pero prontamente algo diminutivo, brillante y reluciente cae sobre la mesa. Tengo poco tiempo para lograr distinguir lo que es, ya que en un rápido movimiento Carter lo recupera y lo empuña en su mano impidiéndome descubrir lo que es. Él le da el dinero al mesero quien se retira con cara de indiferencia.

—¿Qué es eso? —inquiero curiosa mientras dejo caer mi codo sobre la mesa y pongo mi mentón sobre mi puño.

—¿Qué cosa? —finge no saber de lo que hablo.

—Lo que tienes en la mano —le recuerdo.

—¿De qué hablas? No tengo nada en la mano —bufa nervioso.

—Oh, sí que lo tienes.

—No, no lo tengo —niega con la cabeza. Me cruzo de brazos y alzo mis cejas lanzándole una mirada retadora.

—Dime qué es lo que tienes —uso una voz firme y decidida.

—No te lo diré.

—Acabas de aceptar que tienes algo en la mano. ¡Ahora dímelo! —exclamo. La curiosidad es mi leal amiga. Carter rueda los ojos.

—Basta, Meg. No pienso decírtelo... ahora.

—¿Entonces cuándo? —lo fulmino.

—No lo sé. ¿Podemos irnos ya? —se coloca de pie y me toma del brazo intentando levantarme, pero yo solo impongo fuerza y me aferro a mi asiento.

—No pienso moverme hasta que me digas que es lo que tienes en la mano —hago un gesto enojada. Odio que Carter me esconda cosas.

Él me suelta y me mira. Al darse cuenta de que voy en serio y no me moveré, vuelve a sentarse en su asiento con el rostro colmado en nerviosismo. Se pasa una mano por el cabello, típico de él cuando se está debatiendo entre qué hacer y qué no hacer. Créanme, en estos cinco años he aprendido más de que Carter que de mí misma.

—Vale yo... quería preguntarte algo —juguetea con la cosa que tiene entre sus manos que aún no me permite ver.

—Continúa —suelto impaciente.

—Yo solo quiero saber si...

—¿Si qué?

—¡¿Me podrías dejar hablar?! —se lleva el dedo índice y pulgar al tabique, fastidiado. Pongo los ojos en blanco.

—Vale.

—¿Quería saber si puedes ser mi Yoko Ono y yo tu John Lennon? —me da una sonrisa limpia, tierna y algo temblorosa gracias a su nervios.

Esperen... yo escuchado eso antes. Pero... ¡No puede ser! Esa fue la ridícula frase de ligue que usó en la fiesta que organizó Piper en la mansión Crane, pero él estaba tan ebrio que hablaba incoherencias y empezó a coquetear conmigo. ¿Cómo es posible que recuerde eso que ha sucedido hace más de un

milenio y estaba borracho? De acuerdo, estoy exagerando pero en serio han pasado años desde aquello.

—Tú... dijiste eso en...

—La fiesta. Lo sé.

—¿Lo recuerdas?

—A la perfección.

—¿Cómo?

—Que esté borracho no significa que tenga alzhéimer, Meg.

—O sea que recuerdas lo del beso y lo de...

—Ajá. Completamente todo.

—¿Por qué rayos me besaste?

—Yo te lo dije. Siempre he creído que besas de maravilla —se encoge sonriente de hombros.

Comienzo a toser perpleja al ver lo que finalmente tiene en la mano. Él abre sus dedos dejando expuesto en la palma de su mano un anillo deslumbrante. No es esa clase de anillos que poseen diamantes y piedras preciosas o está bañado en oro. Es un anillo simple en color plata sin ningún accesorio llamativo y me encanta. Odio los diamantes. Entonces... ¿Esto qué quiere decir? ¿Me acaba de pedir que sea su Yoko Ono y ahora me muestra un anillo? ¿Está sucediendo lo que yo creo que está sucediendo? Carraspeo algo desconcertada.

—Eh... ¿Eso qué significa? —le pregunto sin apartar la mirada del anillo que yace sobre la superficie de su mano. Creo que sueno estúpida.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo —suelta y hace una mueca con sus labios—. Te lo iba a pedir ayer mientras estábamos en la playa, pero... luego tú comenzaste a besarme y yo te besé y ya sabes... —se rasca la nuca nervioso—. En ese momento tenía más ganas de besarte que de pedirte que nos casemos —sonríe con inocencia.

Sí, ayer Carter y yo tuvimos una hermosa velada en la playa de Carlsbad mientras veíamos el atardecer. Cabe resaltar que aquella fue la playa en la que nos dimos nuestro primer beso y tuvimos la primera conversación sin ninguna discusión. Así que es un lugar significativo y especial para ambos. Ahora me dice que me iba a pedir matrimonio en aquella magnífica ocasión,

pero prefirió besarme antes de aquello y ahora me lo está pidiendo en... ¡un restaurante de comida rápida! Esto sin duda es increíble, aunque no tengo derecho a quejarme, ya que es mi culpa.

Esto es desastroso, pero de alguna forma puedo verle el lado gracioso. No puedo enojarme con él cuando me está pidiendo matrimonio. Creo que al final no importa el lugar en que estemos, el simple hecho de que me esté proponiendo pasar el resto de mi vida junto a él es adorable. Así que calma, Meg. No hay por qué hacer el papel de la novia loca de remate.

Boto el aire por la boca y seguidamente le doy mi más amplia y agradable sonrisa a la cual él responde con un destello de esperanza en sus ojos miel.

—Vale, pero solo si prometes no morirte como John Lennon y dejarme sola como a Yoko —hago un puchero y al parecer mi sonrisa se le contagia de una manera inigualable.

—¿Morir de amor cuenta?

—Noup, solo físicamente.

—Ouh, si es así, entonces lo prometo —alza su mano derecha al nivel de su hombro como si hiciera un juramento.

—Entonces yo acepto —estiro mi mano para que él me coloque el anillo. Él la toma delicadamente y lo posa en mi dedo anular, en donde encaja a la perfección y, acto seguido, acaricia mi mano entre las suyas sin dejar de sonreír.

—¿Ya podemos irnos?

—Seguro. — me coloco de pie y él me sigue fuera del local. Carter rodea mi cintura mientras caminamos hacia el estacionamiento en busca de su auto.

Es irónico que en un par de años pasara de ser la famosa «cuidadora de su abuelo» a ser su «futura esposa».

La vida siempre estará llena de ironías. Y creo que después de todo mi vida no resultó ser tan desastrosa como yo creía.

Joana Marcús Sastre



Las apariencias engañan

IRRESISTIBLE
propuesta

Nova Casa Editorial

Irresistible propuesta

Marcús, Joana

9788416942350

440 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Recuerda: las apariencias engañan Jessica Evans está enamorada profundamente de Matt Figgins desde hace unos cuatro años. Aunque, a sus ojos, Jessica no existe. Pero es comprensible, ya que Matt es de las personas más conocidas en el instituto Eastwood. Por otro lado, Scott Danvers es un compañero del equipo de Matt, y por algunas circunstancias, necesita un favor de Jessica, por lo que le propone algo irresistible; ella fingirá ser su novia durante un mes a cambio de que él la acerque a Matt. A pesar de que para Jessica Scott sería la última opción como amigo entre todos los hombres del mundo, acepta. ¿Saldrá bien la Irresistible Propuesta?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

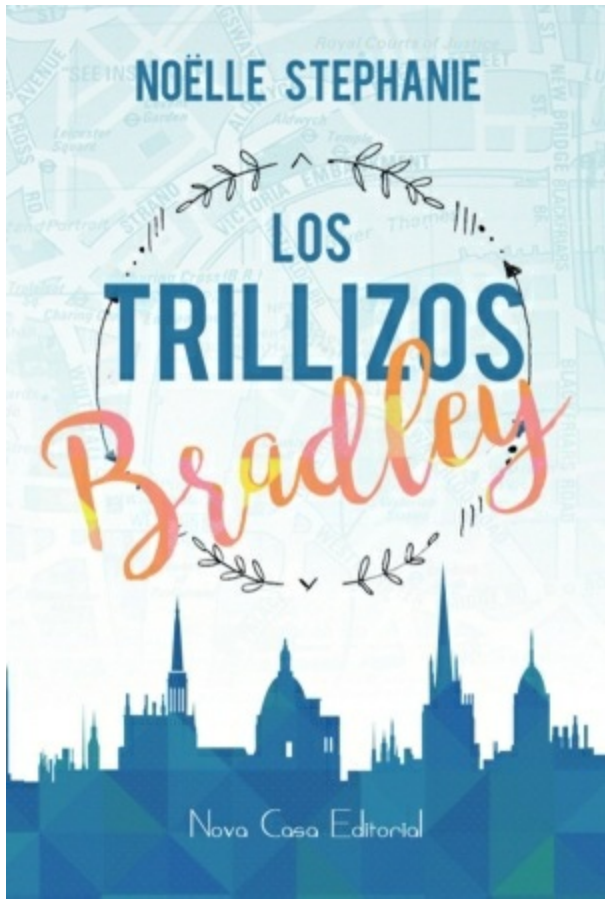
9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



NOËLLE STEPHANIE

LOS
TRILLIZOS
Bradley

Nova Casa Editorial

Los trillizos Bradley

Stephanie, Noëlle

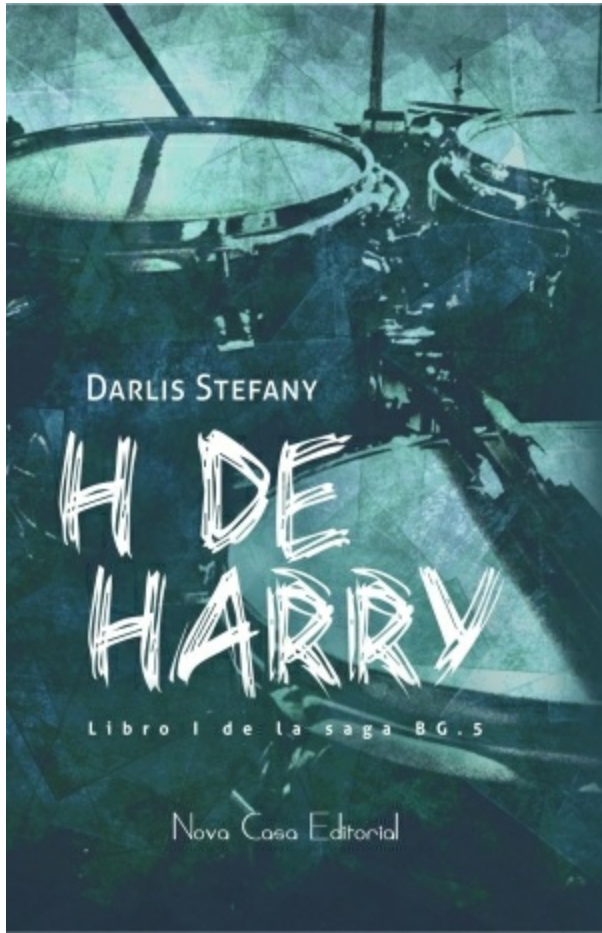
9788416942282

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Naly decide apuntarse al programa de familias de acogida en la universidad, lo último que espera es que el desorden ocupe su nueva vivienda. Los Bradley son de lo más peculiar. Con unos padres empresarios que pasan sus días de viaje, los tres hermanos idénticos han tirado la casa por la ventana. No solo por su edad, sino también por su personalidad; Hal, Edward y Welsey, son de lo más opuestos. Mientras Hal es totalmente coqueto, estúpido, mujeriego y engreído; su hermano Edward es la persona más misteriosa, callada y malhumorada que Naly ha podido conocer. Pero, en toda familia hay uno bueno: Welsey, el mayor de los trillizos es simpático, confidencial y buen amigo. El chico perfecto, ¿no? No obstante, su aspecto hace pensar que se acaba de escapar de una película de los años cuarenta. Naly, lejos de la oportunidad de irse, solo puede optar por solucionar la relación. ¿Podrá ayudar a los hermanos a solucionar sus diferencias? Y, si no es así, ¿se dejará arrastrar? Una historia de amor en la que todas las direcciones parecerán igual de correctas. La perfecta descripción de la lucha de un amor dividido en tres partes. Porque, ¿qué hay mejor que vivir con un chico guapo? Vivir con tres.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



DARLIS STEFANY

HIDE HARRY

Libro 1 de la saga B.G.5

Nova Casa Editorial

H de Harry

Stefany, Darlis

9788416942640

744 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Kaethennis ha disfrutado de los placeres de la vida. Mucho. Casi se puede decir que demasiado. Es un alma libre, o al menos así se definiría ella. Kaethennis solo tuvo una debilidad, un desliz: Jake. Jake le dio la espalda a Kaethennis, él simplemente huyó, literalmente. Harry Jefferson vive por la batería, sus manos son sus herramientas de trabajo. Pero una de ellas ha sido lesionada cuando Dexter, su compañero de banda y hermano, juega con sus baquetas y accidentalmente le golpea con estas. BG.5 está de visita en Liverpool. Los Stuart viven en Liverpool. Harry ha ido al hospital y Kaethennis... también. Él la ha ayudado y ella podría ayudarlo a él... Ahora Harry y Kaethennis no pueden mantener sus manos quietas. Kaethennis no sabe si la «H» es de Harry o de huir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

L. B. SILVA

CITY FAREWELL

Nova Casa Editorial



Farewell City

Silva, L.B.

9788416942923

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Farewell City es lo poco que ha quedado de América. En ruinas, se mantiene viva gracias a la increíble colaboración de los Guardianes. Día a día, el gobierno dona un granito de arena para hacer de la ciudad, olvidada por culpa de los sentimientos, un lugar mejor. Farewell cambiará con mucho esfuerzo, el virus finalmente se irá y nuestros habitantes podrán vivir sin necesidad de mirar detrás de su hombro todas las noches. Los Iluminados (normalmente llamados Rebeldes) perderán la batalla, y finalmente la responsabilidad y la sabiduría ganarán. Todo lo que has oído es mentira. Lo que escuches en la televisión es mentira. Lo que tus padres digan es mentira. Farewell es la ciudad destruida por el propio gobierno el día que decidieron crear aquel virus que se llevó consigo millones de almas, dejando solamente a personas sin sentimientos. Farewell se divide en lo bueno y lo malo, en sentimientos y la carencia de ellos. ¿De que lado estás tú?

[Cómpralo y empieza a leer](#)